PAULA GARRIDO

Devuélveme todas las flores

Selecta

Devuélveme todas las flores

Paula Garrido

Selecta

En un mundo descomunal
Siento mi fragilidad
Lucha de gigantes, Love of Lesbian & Zahara

Prólogo

La primera vez que te vi pensé que ojalá no fuera la última. No pensaba, solo sentía el corazón en la boca y el sudor en mis manos. Sí, el asqueroso y horrible sudor. También me temblaba todo el cuerpo. La segunda vez que te vi—y pensé— quise por primera vez que no te marcharas nunca. Te sentí tan adentro como si siempre hubieras estado ahí. Lo siento, nunca nos gustó decir esa palabra. «Lo siento». Estas sí que las dijimos muchas, muchas veces. Pero eso fue después. Después de vernos, de besarnos, de querernos, de cuidarnos, de odiarnos—un poquito—, y volviéndonos a querer, solo que mejor, en nuestro pequeño mundo, donde solo existíamos nosotros dos.

Yo solo quería verte como la primera vez todas las veces.

Pero esta fue diferente. Y tú y yo lo sabíamos.

PRIMERA PARTE

La vida es sueño

Capítulo 1

Septiembre

Creo que decidí empezar con todo esto cuando miré el jarrón y lo encontré vacío. Hacía muchísimo tiempo que no lucía tan efímero y caduco. Sin la tierra húmeda por el agua, sin la cálida luz del sol parecía aún más frágil. Las rosas rojas, las margaritas amarillas y los tulipanes morados. Marchitas, muertas, abandonadas en la basura. No por mí. Al menos no exactamente. Aunque sí de diferente manera. Déjame que te explique. Yo creé esa tradición, muy convenientemente pensada. Era algo que necesitaba, y que en ese momento de mi vida, tan duro y tan lleno de cambios, susceptibles de volver a experimentarlos, requería. Te lo aseguro. Yo les di vida, y ellas me la devolvieron, me dibujaron la ilusión en mi rostro y también en el de mi madre, no olvidemos. Y luego, te lo regalé a ti, la idea y el significado mucho más grande que le otorgaba, que para mi yo de entonces, era la felicidad. Te lo di porque te quería como nunca había querido a nadie y como siempre deseé hacerlo. Y te quise más cuando me diste justo lo que necesitaba: más flores en la ventana. Amor hacia mi persona. Amor a nuestra relación romántica empedernida que se perdió cuando tú te encontraste. Tranquilo, que no te culpo, todo sucedió como tenía que ser. Bonito, real, y sentimental. Todo sucedió como tenía que ser, porque en el momento en el que te encontraste,

yo me perdí. Y en ese momento, odiaba con toda mi alma aquel jarrón que no podía volver a llenar, ni ser.

Es natural que no entiendas nada, así que déjame este espacio en blanco que se convertirá en mi diario para plasmar todo lo que llevo dentro y necesito contarte. Alguien dijo una vez que hay que romperse para coger aire. Lo sé porque lo leí. Y si está escrito tiene que ser verdad. Esa frase me la repito ahora como un mantra, teniendo la sensación de que si se me olvida, mi vida carecerá de sentido y desapareceré. Y no puedo desaparecer sin antes contarte cómo me sentí, antes, durante y después de ti.

A finales de septiembre del año pasado, volvió a resurgir mi personalidad, más fuerte que nunca, y me sentía muy yo, porque a la vez me sabía demasiado pequeña para lo que vendría. El caso es que no me equivoqué. Y todo lo que viví—y vivimos— me vino demasiado grande, lo que conllevó que me rompiese. Pero volvamos a lo que nos preocupa. Sí, a los dos. En aquellos días, la emoción no me cabía en el pecho por un único motivo: mi ansiada marcha, mi queridísima independencia. Lo pasé tanto bien como mal, no te voy a mentir. Mal porque me sentía culpable por dejar atrás a mi madre, que a mis ojos se encontraba completamente sola. Recuperándose del accidente que le había dejado grandes secuelas a ella y ninguna a mí. Quiero decir físicas, dejemos los traumas en un rincón, agazapados por el momento. Y me autoengañé convenciéndome a mí misma de que no estaría sola. Que tendría a los Carrillo a su lado, como siempre. Que tendría a su hija todos los fines de semana. Ella también lo necesitaba. Esa distancia igual que ese espacio tan liberador como lo puede ser la brisa que corre por la ventana en un día de verano. Cuán equivocada estaba. También era una persona, una mujer bella, dulce. Con sus ambiciones, deseos, obligaciones y proyecto de vida.

Y ese día comenzó, como todos los demás, a trompicones. Con prisas a todos lados, con los gritos de mi querida madre de telón de fondo, junto con el dichoso despertador que había programado para las 6:53 de la mañana. Espero que a estas alturas ya hayas aceptado esa peculiaridad que decías que te molestaba tanto (y que yo no entendía), pero que, en el fondo, ambos sabíamos que te encantaba. Sentí el frío de las baldosas bajo mis pies descalzos mientras me miraba detenidamente en el espejo. Y era consciente del paso del

tiempo. El moreno del verano desaparecía de mi piel, cosa que me disgustaba. Pero ese día estaba imparable. Y nada me lo iba a estropear, ¿verdad? Además, pese a ello, me vi con muy buen aspecto: las canicas azules que eran mis ojos no estaban adornadas de ojeras, mi pelo castaño brillaba más de lo normal. Recuerdo que mientras me cepillaba mi larga melena, le envié un mensaje a Iris, aun sabiendo que la vería antes de que lo leyera. La echaba tanto de menos... El texto que escribí era algo así: «Creo que me muero de los nervios».

No sé qué me llevó a coger el vestido de color rojo y tirantes. Sí, justamente ese en el que estás pensando ahora. Pero es que era uno de mis preferidos y me sentaba de fábula. Recuerdo sonreír mientras me calzaba las sandalias.

«No me puedo creer que te vayas», me había dicho mi madre al poner un pie en la cocina. Estaba lavando los trastos que nos habíamos dejado la noche anterior, tras ver por milésima vez nuestra película favorita. Qué digo, la película favorita de todo el mundo que tuviera buen gusto, *Posdata: te quiero,* y que se había llevado consigo un mar de lágrimas. Quizá solo dos. En eso nos parecíamos las dos. Tú una vez me lo dijiste. En mí quedaban reflejadas su dulzura y valentía. Qué pena que perdiese esta última por el camino.

—Ay, mamá...—Me agaché hasta quedar a su altura y la envolví con mis brazos—. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

La voz se le rompió, sorbió por su nariz y se tragó los mocos. Literalmente. Ambas escurrimos el bulto. No había pasado nada. Porque si las dos nos hubiéramos echado a llorar en aquel instante, no habríamos parado. Y, en verdad, no teníamos tiempo para aquello. Para enfriar el ambiente, me pidió que le echara una mano. Aunque no me gustase esa expresión, me callé. Aquella tarea era cosa de las dos, ya que tanto la una como la otra había cenado anoche y comido, después, unas palomitas frente al televisor, y nuestra labor era recoger el estropicio juntas. Y mientras que una fregaba y otra secaba, las paredes de la casa vibraron gracias al timbre que teníamos afuera. Mi madre dejó lo que estaba a punto de terminar y fue a recibirlos. A los Carrillo. Por supuesto, no podían ser otros.

Capítulo 2

Yo miraba al reloj de cuco que teníamos en la pared de la cocina, ese que cuando las manecillas llegaban a las en punto se ponía a canturrear. Quizá no era lo más destacable ni lo más bonito del hogar, pero a mí me lo parecía. Porque cuando lo miraba, veía a mi madre llevarse las manos a la cabeza cada vez que íbamos tarde para algún sitio. Porque todavía podía escuchar el silbido de aquel pájaro junto al del horno, avisándonos de que las galletas ya estaban hechas. Y el olor a las flores que descansaban justo debajo de él, en dirección a la ventana. Puestas estratégicamente ahí. Y donde ahora solo había polvo. Me pregunté por primera vez por qué nunca había comprado flores. Por qué siempre lo había dejado en vuestras manos. Lo miré por última vez. Quizá, su belleza residía en el paso de los años y lo que conllevaba. Una infancia feliz. Adorné mi rostro con una sonrisa melancólica y me enjuagué las manos en el fregadero.

Cuando apareció la cabellera rubia por la puerta, algo me sacudió por dentro. No sabría cómo explicártelo... es que me estremecí. Vale, lo reconozco, eran puros nervios que me estaban comiendo viva, y yo los dejaba. Si me hubieras preguntado cómo me sentía aquel día, te hubiera dicho que no estaba para nada nerviosa ni que tampoco sentía un nudo en el estómago, que prefería que me tragase la tierra a experimentar otra vez un «primer día». Pero ahora te lo digo. Porque

me sentí así y peor. Y porque creo que se debería normalizar más el estar mal, lo mismo que contarlo. Romperse para respirar. Y mientras te cuento todo esto... la voz de Susana se cuela en mis oídos, haciéndome casi cosquillas. Que sí, que voy.

Entró como lo que es. Como un torbellino que en vez de destruir a su paso lo reconstruye. Así eran las cosas con aquella mujer. Lo hacía todo mejor, con una energía despampanante, arrolladora, soltando más palabras en segundos que respiraciones en sí. Cualquiera diría con esto que era agotadora, pero tú sabes que no lo era, que Susana te hacía recargar las pilas cuando tú no sabías que te habías quedado sin estas. Porque sí, puede que te agobiara, y que su manera de ser tan nerviosa y planificadora resultara algo cargante, pero había veces que era necesario. Por eso la queríamos, aunque a veces nos sacara un poquitín de quicio.

—Esto debe ser un milagro. ¡Julia estando lista antes de tiempo!— me dijo al abrazarme. Ya se podía notar el estrés a su alrededor.

—Aunque te parezca mentira, yo he tenido mucho que ver.—Mi madre intentó mostrarse indignada, aunque no le terminó de salir, y como consecuencia, ahí estaban las pequeñas arrugas en torno a su nariz.

—Buenos días, señoritas.—Entonces entró por la puerta el único hombre de mi casa y de mi vida. Y todo lo sentí más lleno, más cálido. Me acerqué y le di dos besos para que después me acariciase la cabellera. Me encantaba ese gesto, y me encantaba más él. Aunque eso lo sabes tú y todo el mundo que me conozca un poquito. Adoraba a Robert porque era la versión paternal que nunca había tenido. Y sin embargo, me pertenecía. Porque así era él. Se entregaba a los demás sin pedir nada a cambio. Y yo me había tirado a sus brazos con los ojos cerrados, sintiéndome segura. Y mientras me regodeaba en lo buenos que eran mis seres queridos, ellos hablaban entre sí. «¿Has visto qué calor sigue haciendo todavía?», preguntaba mi madre desde abajo, con los brazos cruzados. «Está claro que el verano no quiere irse», siguió la pelirrubia.

—Ah, Pilar. ¿Te sigue dando problemas la lavadora?

—¡Ay!—Se llevó las manos a la cabeza—. Para nada, funciona perfectamente. Muchísimas gracias otra vez, Robert. Tus manos son una maravilla.

Este dio una palmada en respuesta y siguió la conversación:

—Nada, mujer. Cuando quieras.

—No, no. Déjate. No seas un *bocasandalias* de esos.

Yo me reí sin poder evitarlo. «Bocachancla, mamá. Se dice bocachancla». Pero ninguno pareció escucharme. Y en lo que yo tardé en ensimismarme en un punto cualquiera de la pared, Robert pareció recordar la razón de que se encontraran en mi casa. Me preguntó si estaba lista y si lo tenía todo conmigo. Habrás supuesto que no, y así era. Se me había olvidado el cargador del móvil. Cómo no. Pero tengo que admitir que no me molestaba ser tan despistada y no iba a pedir perdón por ello. Subí las escaleras, la madera crujía bajo mis pies, la luz entraba por la ventana del pasillo, las yemas de mis dedos, jugando con el gotelé, casi acariciándolo con mimo. Casi como si con ese roce supiera el adiós inminente. Recogí el cargador y me lo metí en la mochila. Miré por última vez mi habitación, que estaba como siempre. Con un poco de desorden por aquí y por allá. La máquina de escribir que me regaló mi madre por mi dieciocho cumpleaños y con la que me eché a llorar, en color rosa palo y estilo *vintage*. Los libros que dejaría porque hacía tiempo que no los tocaba y ya eran más mesita de noche que otra cosa. Los cincuenta y tres dibujos que decoraban la pared. Desde *La noche estrellada*, un retrato de Pol 3.14, al lado de lo que se intuía como la silueta de una mariposa, hasta la explosión de colores de una versión de *Amapolas*, de Monet. Amplia gama de variedad y colores. Todos y cada uno de ellos hechos por Iris. Algunos más especiales, otros, resultados de horas muertas en mi habitación. La Polaroid, que había tenido tiempos mejores... Mi casa. Mi hogar. Un trocito de mí se quedaba aquí.

Desde Madrid dirección a Salamanca, me sentí triste por la despedida. Los padres de mi mejor amiga se habían ofrecido a llevarme hasta allí. De esta manera, también podían visitar a Iris y le hacíamos un favor a mi madre. Mataban de dos tiros a un pájaro, recordé que había dicho mi progenitora. Escribiendo ahora se me escapa una carcajada, como a ti. El caso es que esa sensación no se me quitó en todo el camino aun escuchando a Pol 3.14, fíjate tú hasta qué punto llegaba el drama. Intenté leer y fracasé. No te asustes, que fue momentáneamente. No me podía quitar la silla de ruedas de mi cabeza, maldito estúpido trasto. Nos había jorobado la vida a las dos.

Me obligué a mí misma a dejar esos pensamientos atrás. Ya era mi momento y estaba dispuesta a disfrutarlo al máximo.

***

Cuando dejamos el coche en el aparcamiento de la Facultad de Derecho, nada más salir nos encontramos con una rubia mucho más alta, sonriente y joven que la que me acompañaba. Tan parecidas y diferentes como las dos caras de una moneda. Nos refugiamos en un abrazo y lo supe. Supe que hay abrazos que son alivios. Luego tú también me lo confirmaste. Pero continuemos. Me enteré por su retahíla que quería darme una sorpresa y que se había convertido en cómplice de sus propios padres para que fuera posible. Iris y la adolescente que no quiere marcharse. La recuerdo radiante. Los labios pintados de rojo, los ojos verdes iguales que los de su madre resaltaban y brillaban a la luz del sol, enmarcados por las finitas pecas que decoraban su rostro. Llevaba un mono color vaquero y una camiseta básica blanca de mangas cortas. Estaba guapísima.

—Te imaginaba durmiendo y dibujando en sueños.

Esa era la gran meta de mi mejor amiga. Ser artista. Pintar, dibujar, crear lo que sea que sus dedos tuvieran ganas de plasmar en cualquier momento. Regalar magia a quien la quisiese. Porque eso es lo que hacía, y lo hacía con el corazón.

—No me lo digas dos veces, Julia. Qué sueño tengo.

Entonces tocó el momento con sus padres. Y me aparté. Sí, a veces me sentía fuera de lugar en mi propia familia, por eso intenté con todas mis fuerzas que nosotros creáramos una. Pero no todo es tan bonito como lo pintan... y menos si no lo hace Iris. Otra vez, lo siento. Siento que nos hubiéramos quedado tan cerca, pero a la vez tan lejos... Las muestras de afecto terminaron, y yo dejé de notarme incómoda y nos encaminamos a nuestro apartamento.

No sé si hace falta, pero te lo voy a recordar. Como bien conoces, en la avenida de los Maristas viviríamos las dos. En un pequeño apartamento, recalquemos su tamaño. Con dos habitaciones minúsculas, una cocina enana, un cuarto de baño... ¿de dos metros

cuadrados? Un salón práctico a la par que funcional, como nos lo vendió el casero. Así que nosotras lo escogimos porque era lo que nos podíamos permitir. Lo que yo me podía permitir, e Iris, como buena salvavidas que era, se adaptaba a mí. Recuerdo que yo me quejaba hasta la saciedad de aquello, luego la animaba a que se marchara y aspirase a algo mejor... entonces ella se defendía diciendo que si no era conmigo, no iba a ser. Simple y llanamente. Yo me quedaba callada, pensando en lo mucho que la quería. Ahora... mirándolo desde la distancia, no le encuentro el más mínimo sentido. Porque... cuánto tiempo había pasado allí, ¿meses? No llegué a hacer el año. De eso estoy segura. Aun así no se marchó cuando yo lo hice. Y eso me gustó. Tiempo después me confesó que me sentía más en aquel lugar que cuando estaba conmigo. Aquella afirmación me dolió igual que me gustó, dos emociones a partes iguales. No te enfades, yo la comprendo. Iris era muy Iris. Y yo, muy yo. Pero ya no.

Decoré la pared de mi dormitorio con unas luces estrambóticas. Siempre había sido más de estar brillando que en la oscuridad entre sus penumbras. Además, es que le daba mucho uso. Me consideraba una persona nocturna, era cuando estaba más despierta y alerta. Me entraban más ganas de leer y lo podía hacer sin que me molestasen, también escribir, aunque eso me lo guardaba para mí. No obstante, dada esa regla de tres, aquello se podía extender a casi todo. Tendí un hilo sobre la ventana que había encima de la cama y con pinzas dejé colgadas unas cuantas fotografías. Mis padres, cuando aún estaban enamorados, creyendo que juntos podrían con todo y contra todos. Otra foto protagonizada por mi madre y por mí, de hacía muchísimos años, a la edad de cinco o seis—cuando eres más bicho que persona—, seguramente de la noche de San Juan. Lo único que sé era que estaba mellada, la sonrisa no me cabía en la cara. A continuación, otra fotografía de mis mejores amigos, cuando éramos unos críos, en las mismas vacaciones en la playa de Almería. En esta se había quedado plasmada un atardecer de una tarde cualquiera, con unos preciosos recuerdos recogidos en papel y en nuestros corazones. La última imagen se diferenciaba porque estaba sacada con la Polaroid hacía un par de meses, en la que se me veía observando *Un mundo*, de Ángeles Santos, en el museo Reina Sofía. Me la había sacado, según dijo, en mi mejor versión: despistada, observadora, escurridiza. Puede que fuera

así, yo solo recuerdo que me perdí en medio de tanto arte, dejándome llevar hasta que lo sentí debajo de la piel. Hasta que lo comprendí.

Entonces, unas cuantas horas más tardes, Iris nos enseñó el barrio en el que viviríamos tantas cosas y en el que yo cambiaría tanto. Gracias a ti. Sí, pese a todo, no me arrepiento de nada. Es más, si tuviera la oportunidad de volver atrás y repetirlo, lo haría. Sin cambiar nada. Vale, puede que sí cambiara un par de cosas.

—Mira, esta cafetería, por lo que se ve, es nueva. O eso dicen nuestras viejas vecinas del segundo por el ojo de patio.

—Iris...—la regañó su padre.

—¿Qué?—Regalándonos su cara más angelical, se colgó de mi brazo y siguió solita la conversación—. Las tartas están buenísimas. Sobre todo las *red velvet*, justo al lado de los helados. ¡Oh Dios, los helados!

Recuerdo que el estómago me rugió, y ahora, pensando en esto, vuelve a hacerlo. Como una súplica. «Nos vamos a pasar todas las tardes aquí», terminé afirmando. «Exacto», dijo la pelirrubia guiñándome un ojo. Yo miré el cartel para quedarme con el nombre. Holiday Café. No se me olvidaría, ya que dicha cafetería estaba justo al salir de nuestro portal. Los cuatro seguimos caminando calle abajo, dejando atrás la Plaza de los Jilgueros, que se encontraba muy cerca de la Escuela de Arte donde estudiaba mi amiga. Obviamente, sus padres quisieron visitarla y eso hicimos. La verdad es que era un muy buen barrio, bien situado, muy céntrico. Rodeado de facultades, también teníamos la estación de autobuses muy a mano. Para tranquilidad de Susana, dos hospitales flanqueaban nuestra calle, nuestro supermercado de confianza solo nos quedaba a ocho minutos andando, y si seguíamos en línea recta, terminábamos en la Plaza Mayor, la reina de la ciudad.

Sin embargo, no sé cómo fuimos a parar a la Biblioteca Municipal Gabriel y Galán. Le hice ojitos a mi mejor amiga. Arrugó la nariz, confusa por un momento, pero luego miró donde yo tenía la vista fijada y negó con la cabeza rápida y repetidas veces.

—Oh, no. Por favor, acabas de llegar, no me hagas esto.

No. Nosotras no lo compartíamos todo, gracias a Dios, no hubiera soportado pasar tanto tiempo con ella y todas y cada una de las cosas que apreciaba. Habría terminado tirándola por la ventana de nuestro

sexto. No. Yo necesitaba espacio. Conmigo misma. Para soñar despierta en amores imposibles, en cómo hacerlos posibles. Al final lo conseguí, ¿verdad? Susana me miró, conociéndome mejor que los demás.

—Déjala. Ella es feliz así.

—¿Así cómo? ¿Perdiéndose en los libros?—preguntó mi amiga.

—Tú lo has dicho, querida, no yo. Que Julia se quede aquí disfrutando de esta magnífica biblioteca mientras nosotros vamos a tomarnos un helado. ¿Os parece bien? ¿De acuerdo, cielo?—Esta vez me miró a mí. Siempre me había fascinado que Susana fuera más de «cielo» y mi madre, de «cariño». Se repartían hasta las muestras de afecto—. Nos vemos luego allí.

Capítulo 3

Al entrar en la biblioteca descubrí que sería mi refugio ideal cuando me sintiese sobrecargada. También tendría otros en aquella ciudad donde me sentiría a salvo. Aunque al final no pasé tanto tiempo allí como quería, y eso fue culpa mía. Otra de las tantas cosas que había dicho que haría y que, finalmente, no sucedió. El silencio reinaba en la estancia, y yo me quedé estática. No sé qué fue lo que me recorrió por dentro, pero tuve la necesidad de observarlo todo con lupa. Tristemente, el edificio no contaba con nada interesante. La edificación era nueva. De ladrillo, consistente, con una claraboya como techo por la que entraba toda la claridad del mundo. Arrugué mi nariz. Sería muy molesto cuando lloviese, el ruido de las gotas de agua caer con gran fuerza contra el cristal molestaría. Tiempo después, comprobé que así era. Sin embargo, se contrarrestaba con lo que guardaba en su interior. Mientras me acercaba al mostrador, me di cuenta de que la alfombra necesitaba un buen repaso, como las uñas de mis pies. El esmalte naranja se estaba descascarando, pero apenas se apreciaba con las sandalias romanas que llevaba. Quien las mirase, se quedaría prendado en los lacitos a cada lado de los tobillos.

Una voz llamó mi atención. Levanté la vista y pude darme cuenta de que una mujer se estaba dirigiéndose a mí. Al ver que no conseguía una contestación por mi parte, volvió a preguntar si necesitaba ayuda,

a lo que yo respondí que sí, efectivamente. La mujer que se escondía tras la mesa de recepción se había aclarado la garganta por tercera vez, en un intento de llamar mi atención y despertarme de mi letargo. «Hola, me llamo Julia y soy despistada. No me escondo». Pero aquella señora mayor no me contestó al pensamiento anterior con un: «Hola, Julia». Le pedí disculpas, saboreando la cereza de mis labios.

Colocándose sus gafas de avispa, señaló con su dedo índice un cartel que informaba de que no se podía gritar. Yo no había gritado, pero aun así me callé al instante. La persona que estaba delante de mí no parecía feliz y yo no quería darle más motivos para no serlo. Le pregunté dónde quedaba la sección de los grandes clásicos literarios (casi en susurros inaudibles), y me indicó, de muy malas maneras, que me dirigiera a la segunda planta. Le di las gracias sabiendo que ya no me prestaba atención. Y cuando aparecí en aquella planta y logré fijarme bien en todo el contenido que podía conseguir, creo que escuché el momento exacto en el que se me desencajó la mandíbula. Porque se me cayó hasta el suelo. Sin poder evitarlo, alargué la mano, y las yemas de mis dedos tocaron las solapas de aquellos libros, que escondían tantas, tantas historias... que a mí no me daría tiempo a descubrir. No después de saber la cantidad de libros que tenía que leer durante el curso, quizá la suerte querría que fuera algunos de estos. Un carraspeo me devolvió a la realidad.

—¿Buscas algo?—Sus ojos azules me miraron simpáticos, acompañados de una sonrisa ladeada a causa de una pequeñita parálisis.

Llevaba el cabello corto, pero no demasiado. Lo sé porque recuerdo el amago de unos rizos castaños que no los dejaban ser. Y la barba perfectamente cuidada. Vestía demasiado formal para el contexto en el que nos encontrábamos. Ya entonces me pareció más joven de lo que aparentaba ser, y no lo entendía. No lo entendía porque aquella formalidad y seriedad no encajaban con la manera de mover el rostro ni las puntillas de sus pies.

—Hola.—Sonrisa, por mi parte; respuesta, por la suya.

—¿Y bien?

—*Romeo y Julieta*.—Ni siquiera lo pensé. Te lo juro, había sido un acto reflejo. Y eso que lo había traído conmigo, aunque me lo hubiera dejado en el piso. Pero seguro que aquí habría una edición que haría a

mi corazón explotar.

—Vaya...—Se aproximó hasta llegar a mi lado—. No pareces de esas chicas.—Me echó un vistazo rápido, y yo pude ver el brillo travieso en ese mar azul que eran sus ojos—. De esas chicas que tienen buen gusto.

La risa burbujeó en mi pecho hasta que la dejé salir y se escuchó mejor acompañada con la suya de fondo.

—Creí que ibas a decir otra cosa.

—Para ser gracioso no hace falta ser un imbécil.

Ahí estaba, ese acento tan marcado y cerrado del norte. Hubiera apostado lo que fuera a que sería de Galicia y habría ganado... Esa forma de hablar que no le pegaba en absoluto con ese aspecto físico que quería mostrar. Intenté morderme la lengua y contenerme, pero no pude. Le pregunté que de dónde se había escapado. Que lo de parecer—literalmente— un intelectual para serlo se había pasado de moda hacía mucho tiempo.

Por la carcajada que soltó, confirmé que a él también le parecía demasiado.

—Es que hoy me he despertado juguetón. Lo reconozco.

Meneó un par de veces la cabeza, cosa que reconocí como un tic, y me gustó. Su sonrisa ladeada de por sí, que estuviera nervioso y que no lo escondiera. El timbre de su voz: melódico, enérgico, aunque sabía que había algo que lo estaba haciendo retroceder.

No lo dejaba salir.

—A ti se te ve muy...—Yo esperé, con las cejas alzadas—. Extravagante.

Jugó un ratito a surfear por las estanterías en la búsqueda de lo que yo consideraba uno de los mejores libros.

—Aquí está.

Me lo entregó. Lo observé como una niña miraría un caramelo. Lo hojeé por dentro. Me di cuenta de qué edición se trataba.

—Esto es un tesoro.

Vi en su cara lo que yo creí que era determinación, luego aprendí que no era más que pura emoción. Y luego, asintió con su cabeza.

—Y vale oro.

—Cantidades ingentes.—Nos reímos, cómplices—. ¿Sabes si puedo sacarlo? ¿Trabajas aquí? A lo mejor te estoy atosigando demasiado, lo

siento.

—Sí. Solo necesitas tener una identificación. Y no.

Parecía que iba a seguir hablando, pero el tono de llamada de mi móvil nos interrumpió.

—Lo siento—dije mientras lo buscaba en el bolsillo de Doraemon —. ¿Qué decías?

—No te preocupes. Estás ocupada. Ya nos veremos por aquí…

«Julia», terminé diciendo por él. «Christian», dijo, y nos estrechamos las manos entre bambalinas, tesoros deseando ser descubiertos, con la sensación de habernos encontrado.

—Qué casualidad, una variante de nuestra gran protagonista.

Sonreí por el doble sentido. Y desapareció en el momento exacto en el que al descolgar el teléfono me respondió la voz dulce de mi madre. Salí del lugar haciéndole un resumen de mi primer día, con aquel libro bajo mi brazo.

Capítulo 4

Sin rumbo, a la deriva de mis sentidos, anduve degustando todo lo que encontraba a mi paso. Una cafetería delante de la gran fachada. Unas chicas con los apuntes en la mesa, viéndose desesperadas, pero con la carcajada en la boca a puntito de salir. Un par de chicos fumando a dos metros de mí. Miré en el GPS la dirección del lugar en el que había quedado con los Carrillo. Soy despistada, mucho. Tuve que preguntar a varias personas, avanzando un poco más con la respuesta de cada una. Después de seguir las indicaciones, me encontré caminando por el Paseo de las Carmelitas en dirección a casa, pero cuando sentí el calor del sol pegándose a mi piel y vi a lo lejos el Campo de Francisco, decidí perderme un poquito en él. Anduve entre su maravillosa vegetación, llena de plantas, árboles y mariposas de todas las clases y colores. Los pajarillos, colándose por entre las hojas para darse de beber mientras reposaban en el estanque, reponiendo fuerzas con las migajas de pan que les estaban dejando un grupo de señoras mayores por allí cerca, mientras en la distancia, una pareja se cogía de las manos como si fuera la primera vez. Y sí, los envidié. Sé que de una forma nada sana y casi obsesa. Sin embargo, es lo que ansiaba con todo mi ser. Que te mirasen como si fueras lo más bonito del mundo, como si fueras único. Un regalo. Me mordí los labios, conteniendo mis ganas de gritarles la suerte que tenían y que

debían ser conscientes de lo que estaban viviendo, para memorarlo cuando ya no fuera. Quisiera decirte que no nos veo siendo ellos, cogiéndonos de las manos con delicadeza, pero temblando por dentro. Con el corazón latiéndonos en las orejas, con las palabras que siempre quise escuchar en tu boca.

Un «te quiero» deslizándose en tus labios, que llegan directos a los míos. Porque lo hago. Nos recuerdo bonitos, siendo felices. Y lloro por dentro.

Salí del parque con las mejillas encendidas, feliz, recorriendo una y dos y tres callejuelas hasta dar con mi calle (debería haber seguido el norte en vez del sur). Finalmente, encontré la cafetería que quedaba demasiado cerca de lo que llamaría «mi casa» a partir de ahora. Me acuerdo de que pensé que tendría que sacar fuerzas de flaqueza para no acabar allí cada dos por tres. Ya habrás comprobado que fallé. Todavía más cuando me uní a ellos cayendo en la tentación. Nos quedamos por lo menos dos horas allí, cual lagartos, disfrutando de una tarrina de pistacho tamaño mediano, otra de Nutella junto dos cafés, eso sí, uno descafeinado para que Susana pudiese controlar los nervios en la noche por dejarnos solas allí...

Luego quisieron dar un paseo. Yo estaba tan en mi mundo que, si me hubieran pedido hacer otra cosa, cualquier locura incluso, hubiera dicho que sí. Vimos poco a poco cómo fue desapareciendo el sol para dejarnos otra noche estrellada, aquella mucho más bonita. Porque terminamos delante de mi facultad, ya que no querían irse sin verla. Cruzamos el puente del río Tormes, inmortalizando el momento para el resto de nuestras vidas, con la Plaza Mayor detrás; los transeúntes, volviendo a sus casas, haciendo turismo, enamorándose de la ciudad como nosotros hicimos aquel día. Escribo esto último mientras miro con nostalgia la fotografía que tengo delante, recordando con mucho cariño. Porque fue el día en que todo empezó. El primer día que pasé siendo eterna en la que hoy por hoy es nuestra ciudad. También nuestra canción.

Capítulo 5

Octubre

A veces pienso en lo que me costó acostumbrarme a aquella ciudad, a la manera de vivir los días con ese regusto por la libertad que a la vez me llenaba de un miedo insoportable. Que, aún hoy, sigo llevando por dentro. Otras—aunque muchas menos— creo que en el momento en el que los Carrillo se pusieron rumbo de vuelta a Madrid, se me quitó un gran peso de encima, que volvió justo cuando apareciste en mi vida.

Me gustaría decirte que me comporté como la persona adulta que soy ahora—una pequeña parte de mí quiere creerlo, aunque sé que me falta mucho para serlo al cien por cien—. En realidad, ¿existen las personas adultas? ¿Qué consideramos por «ser adultos»? Porque si es estar amargado a todas horas yendo con prisas a cualquier parte, con el ceño fruncido impreso en la frente, habiendo olvidado qué es la pasión, lo siento, pero no lo quiero. Me quedo como estoy. Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió, no. Las cajas de la mudanza se quedaron olvidadas en el suelo del salón. Como las sábanas de mi cama, lo mismo que la compra del mes. Tendrían que esperar. ¿Por qué? Te lo explicaré. Primero porque dormí con Iris aquella noche, acabamos reventadas de patearnos toda la ciudad de una vez. Y segundo, hizo un día tan caluroso que... no. Caluroso no. Pegajoso,

que decidimos que lo mejor era tomarse la mañana con tranquilidad, así que eso hicimos.

***

Siempre he podido ver más allá de lo que las personas quieren que veamos. Iris bromeaba con que contaba con un sexto sentido, pero la realidad es que simplemente me fijaba mucho en los detalles. Yo creía que la gente era así de transparente. Quizá así fue hasta que apareciste tú. Luego aprendí a no fiarme de los que no lo eran. Por eso, aquel viernes cuando nos sentamos en Holiday Café y pedimos el desayuno, para endulzarnos un poquito y... para qué mentir, cotillear sobre todo lo que me había perdido en el último mes, me di cuenta de que mi mejor amiga estaba por completo colgada por un chico. Un chico que había conocido en la universidad, tras haber coincidido un par de veces y con el que se lio en una fiesta. Pero entonces, ocurrió lo de siempre. Por mucho que eso me molestara. ¿Cómo era aquel odioso dicho? Ah, sí. «Breve pero intenso». Yo no estaba de acuerdo para nada. Solo ¡míranos! Y no lo recuerdo breve, pero para nada. Al revés, a mí me daba la sensación de que lo nuestro duró mil años. Si solo pudiera haber mil más... Lo que te estaba diciendo es que Iris aceptaba sin más las relaciones de «aquí te pillo, aquí te mato», ya fueran a condurarle una tarde o una hora. Ella ansiaba sentir algo, aunque después terminara evaporándose aquella sensación, podía guardarse el recuerdo. Y por qué no, también divertirse un poquito.

Yo no era así ni mucho menos, ya me conoces. Pero no me malinterpretes, por favor. Lo que quiero decir es que Iris apenas depositaba su confianza en el amor pero sí en las sensaciones. Al contrario que yo. Pero hablaremos de eso más adelante. Por lo que me contó en aquella terracita totalmente improvisada en mitad de la acera, el tonteo murió después de varias semanas. Se evaporó, sin que se diesen cuenta. Mientras se mostraba digna, como si lo hubiera superado, pensé que era capaz de mentirse a sí misma, pero no a mí. Era evidente que trataba de ocultarlo, se había vuelto a morder las uñas, que llevaba desconchadas y todas de un mismo color. Puede que

ese simple gesto no significara nada para nadie. Pero para mí... era como si encima de su cabeza llevase un cartel y en letras de neón se pudiera leer: «No-estoy-bien». Sin embargo, lo dejé pasar cuando revoloteó sus ojos por undécima vez a la pantalla de su móvil, iluminada mostrando un mensaje, pero no el que ella quería. Lo supe por cómo frunció sus labios.

Luego de terminarme el dulce, me apliqué el *gloss* de cereza y lo guardé en mi mochila que descansaba en la silla de al lado. Y me tocó a mí. Mi única preocupación por el momento eran los estudios... aunque eso cambiaría pronto, te lo aseguro. Sé que la aburrí con mi retahíla sobre cuáles iban a ser mis próximas asignaturas, pero yo estaba realmente emocionada. «Lo peor y lo mejor van a ser los trabajos en grupos, eres consciente, ¿no?». Me contuve las ganas de darle un manotazo y apartarle las uñas de la boca, pero me concentré en aquella cuestión. Ya. «Y supongo que habrá algunos profesores que me harán la vida un poquitín difícil. Aunque espero que no sean muchos».

—Si yo te contara—bufó la pelirrubia.

—Seguro que cuando se me pase la emoción del principio, ya no querré ir. Pero la verdad es que estoy entusiasmada. ¡Por cierto! Ya tengo por fin los horarios.

—¿Has podido acceder al campus?

—¡Sí!—Cogí mi teléfono móvil que tenía a mano. Y busqué la foto que le había hecho al horario de este cuatrimestre. También lo había impreso. Pero cómo no... lo acabé perdiendo. Justo como a ti—. Lingüística, Historia y Cultura Inglesa, Literatura Inglesa: medieval y renacentista, Métodos, Herramientas y Paradigmas del Lenguaje, y Literatura Americana.

Iris levantó el rostro del móvil. ¿Te has dado cuenta ya de que era una adicta al mundo del internet y las redes sociales? Pues te lo confirmo. Casi que le tuvimos que hacer una terapia de choque.

—¿Qué has dicho?

Mi amiga mantenía sus ojos bien abiertos con total incredulidad, y yo me quedé mirando cómo asimilaba la información. Iris era tremendamente divertida, y con sus reacciones solo te podías reír.

—Mira, si tengo que repetir todo el discurso...

Me cogió del brazo y me zarandeó, como si no me diera cuenta de

las grandes consecuencias que podía tener mi último comentario.

—No, no. La de los métodos, herramientas y yo qué sé.

—¿Qué pasa con esa?—Saqué de mi cartera un billete de diez euros y pagué por las dos, ignorando la cara de desaprobación de mi mejor amiga y esos labios arrugados.

—¿Sabes quién te la da?—Negué con mi cabeza, y como una loca se puso a teclear en la pantalla de su móvil, tan fuerte que muchas veces creía que podría llegar a romper el cristal. Al cabo de un minuto, me enseñó aquello que andaba buscando—. Joder, no aparece foto. Pero qué más da. ¿Te acuerdas de la asignatura que me saqué en tercera convocatoria? Procedimientos, técnicas y algo así.

—Procedimientos, Técnicas y Destrezas—terminé por ella. Pero me ignoró. El camarero nos trajo la cuenta y nos levantamos para marcharnos de allí—. Gracias.

—Sí, bueno, qué más da. No sé si lo sabes, pero los profesores se van rulando de facultades y de carreras. No importa, mientras lo que impartan esté dentro de su sector. Y por lo que se ve, ella es la coordinadora de su departamento, la muy hija de zorra.

No te voy a mentir. Escuchaba y seguía el hilo a medias. Iris hablaba tan rápido e intensa que me costaba concentrar mi atención única y exclusivamente en ella. Porque justo en aquel momento, en el aire flotaba el olor de un pan recién hecho que me dejó por completo obnubilada.

—¿Cómo dices?

—¡Julia! Fue la asignatura más difícil que he tenido jamás.

—Si mal no recuerdo, la peor fue Matemáticas de tercero de primaria, cuando casi te suspenden por no saberte las tablas de multiplicar.

—Qué graciosa. Riéndote de las desgracias de tu mejor amiga, así te va.

Cuidado con el karma.

Yo me reí. Dulcemente. Según tú y todos. Y me agarré a ella y enganché mi brazo con el suyo, a la vez que le daba un beso sonoro en su mejilla rechoncha. Pasamos de largo la estación de autobuses, en la que había muchísimo tráfico. Y tiré una vez más de ella, para que dejara estar el móvil y la mente en blanco. Yo me coloqué las asas de mi mochila.

—Anda, vamos, que se nos hace tarde y tenemos que hacer mil cosas.

Capítulo 6

Puedo contarte que me preocupé, que le di vueltas y vueltas en mi cabeza, pero eso sería mentir. ¿Se trataba de un asunto que podía solucionar ahora mismo? ¿Verdad que no? Ya me buscaría las habichuelas cuando tocase. Y si es que me tocaba. Puede que ni tuviera a esa dichosa profesora este curso. Menuda puñalada del destino, estarás pensando ahora. Lo que escuece no es el puñal, es la herida, cielo. Eso lo sabemos ahora. Jodida mala suerte y jodidas vueltas que daba la vida... Lo único que verdaderamente me importaba en ese momento era que nos íbamos de fiesta y yo tenía unas ganas locas de 1) pasármelo bien, 2) beber, y 3) mover el culo. Tantas que Iris y yo habíamos empezado antes de tiempo. Estrenamos el piso de la mejor manera que nos pareció. Pusimos nuestra *playlist* de prefiesta en Spotify. Con todos los temazos del momento y los que no podían faltar de toda la vida. Y puede que nos hubiéramos tomado el primer chupito en la cocina. Iris nos maquilló, terminando con un rojo cereza potente en los labios. Por mi parte, me adueñé de las planchas, porque sí es verdad que, al contrario que ella, tenía el pelo liso, y se quedaba mejor con un buen repaso. Por un lado, un *body* rojo, con trasparencias. Unos pitillos. Pelo rubio rizado y suelto. Por el otro, un mono negro, con la espalda al aire. Una coleta de caballo alta. Unas pocas ondas en las puntas morenas. Toda la noche por delante y las

ganas de comernos el mundo.

Sudor. Alcohol. Música. Baile. Roce. Piel. Reencuentros. Nos habíamos metido en un bar de copas un poco cutre que estaba en el mismísimo centro, en la calle Zamora. En el nombre, podíamos leer el de mi mejor amiga—seguido de una terminación—, por eso, a ella ya le encantaba. Y también porque la bebida estaba muy barata y al final eso era lo que nos tiraba más. Nos juntamos con su compañera de clase. Una chica muy parecida a nosotras (en las formas), pero que estaba más pendiente de su pareja, y no le vimos el pelo en toda la noche; lo que nos dio pena los primeros cinco minutos posteriores a su marcha. A fin de cuentas, ella se lo estaba pasando mejor que nosotras. Iris lo estaba intentando con todas sus fuerzas (de verdad que sí), pero en cuanto se escuchaba una canción de desamor, se me venía abajo. Y yo intenté que se repusiera y disfrutase de la noche. Canté a pleno pulmón con ella todas esas canciones, lo dimos todo cuando—por fin—, se dignaron a ponernos lo que habíamos pedido. Más tarde, la invité a la siguiente copa. Incluso cuando quiso salir para tomar el aire y le pidió un cigarro a un grupito que teníamos al lado, yo terminé pidiendo otro. La dejé hacer, lamerse un poco las heridas y reconfortarse a sí misma. Hasta que la vi sacar el teléfono. Lo iba a llamar. Iba a caer. No dejaba de pensar en cogerla por lo hombros y zarandearla hasta que se despertase del trance en el que estaba. El amor. En ese momento no la entendía. Porque no conocía lo que estaba sintiendo. No sabía cómo era que tus piernas flaqueasen en el momento exacto en el que vuestros ojos se encuentran. Que se acelere tu corazón por cómo te sonríe. Que por invitarlo unas cuantas veces a casa pueda convertirse en esta. Hasta que llegaste tú, y comprendí que se puede echar de menos a una persona incluso cuando estás con ella. Eso yo lo sé de sobras. Estúpido amor.

Entonces el chico se presentó en lo que tardamos en fumarnos dos cigarros, y un llanto que pasó a ser nada salvo mocos y un poco de máscara de pestañas en la ojera. Parecía venir desde casa o de cualquier otro lugar. Lo que te quiero decir es que no aparentaba estar de fiesta como nosotras. Lo vi llegar antes que ella, aparcar la moto, quitarse el casco y echar un vistazo hasta dar con mi amiga. Me sorprendió que no le costase. Tendrías que haber visto lo rápido que avistó a mi mejor amiga, como si tuvieran una especie de conexión, un

hilo invisible que los uniese. Iris estaba con la cabeza gacha, y la levantó justo a tiempo. Se levantó del escalón en el que estaba tirada sin problema, a pesar de que yo era consciente de que el alcohol le estaba dejando huella.

—Eloy, Julia. Julia, Eloy.

—Hola...

Los dos besos que nos dimos a modo de presentación fueron un poco torpes. Yo lo saludé mientras mi cabeza se formaba una opinión sobre él.

—Hola. ¿Qué tal?

Desprendía olor a fresa. Tez morena. Con pecas manchando su rostro. Un aro en la oreja izquierda. No paraba de mover las manos, de los nervios, de la timidez. Por esa noche, por mi amiga, por la charla que iban a tener. Al lado de él estaba un chico. Supuse que se trataba de su amigo, pero este no dijo nada. Ninguno lo dijo en dos largos minutos. Y nunca me han gustado los silencios. Aunque yo fuera más de callar y escuchar, no soportaba aquellos momentos de incomodidad. Hasta que llegaron los nuestros y aprendí a valorarlos como lo que son. Pequeños escondites de paz.

—Bonita noche para echar un polvo de reconciliación, ¿verdad?— dije, medio en broma y completamente en serio. Además, te vuelvo a repetir, no soportaba la tensión que se palpaba en el ambiente.

Eloy no dijo ni una palabra de lo cortado que se quedó. Iris me dio un codazo. El otro chico simplemente se rio.

—Muy directa tu amiga.

—Ya te lo dije.

En vez de mandarme a la mierda, que es lo que habría hecho Iris si hubiera estado en sus cabales aquella noche, me lanzó una sonrisa abierta, sincera, que dejó a la vista la hilera de sus perfectos dientes.

—Y parece que ahora os tenéis que decir más cosas.

Yo era así. Me gustaba ser directa, ir directa al grano. De esa manera, no se echaba a perder el tiempo, no se formaban malentendidos y todo quedaba mucho mejor. Eso no significaba decir las cosas de malas formas. Con tacto, sinceridad y de buenas maneras.

Eso siempre.

—Ahí te ha dado, tío—comentó por primera vez su amigo.

—Sí, tienes razón.

—Pero para hablar—especificó mi amiga—, tenemos que estar a solas. ¿No creéis? Con vosotros delante no me salen las palabras.—Eso es preocupante.

—A mí me gustaría observar el espectáculo. Por si te da un tortazo. Odiaría perdérmelo.—El otro chico se subió al carro.

—¿Por qué no os vais los dos para que pueda besarla a gusto?

Iris me miró, y yo puedo jurar que noté su corazón saltar. Nada me hacía más feliz que verla así.

—Vale, vale—cedí—. Eh... tú. ¿Me acompañas a la barra?

—Se llama Isaac—intercedió el chico de los ojos verdes.

—Yo te acompaño adonde tú quieras.

Brindamos por nuestros amigos. Me enteré de que nos sacaban dos años más. Eloy estaba haciendo una carrera difícil de narices, creo recordar que se trataba de alguna ingeniería. La verdad es que no pude escucharlo bien por la música, así que algunas veces no sabía de qué estaba hablando. Lo que sí me fijé muy bien fue en sus oscuros y atrayentes ojos. Isaac era latino, de Colombia. Y pese a llevar aquí casi toda su vida (por lo que me comentó) aún le quedaba resquicios de ese acento que se me antojaba ser un poquito irresistible. Algo de lo que él era plenamente consciente y se beneficiaba de ello. Aunque tirase más fichas que palabras, en el fondo estábamos de broma. Porque sí, yo le seguía el rollo. Hasta que mi vejiga no dio para más y nos despedimos justamente allí.

No sé cuánto tiempo estuve en el baño. Puede que fuera el alcohol o que me hubiese quedado demasiado enganchada a la pantalla del móvil mientras esperaba, pero cuando salí, el local estaba casi vacío, de no ser por un grupo—bastante grande— de chicos. Estaban en la barra, por lo que podía ver, pidiendo. Acababan de llegar. Ni rastro de Eloy, ni rastro de Isaac, ni rastro de Iris.

Allá íbamos.

¿Sabes esa sensación? ¿Ese cosquilleo que te pica en la piel, en la nuca, porque hay alguien que te está acribillando con la mirada? En esos momentos, me ponía incómoda, nerviosa y empezaba a moverme. Pero aquella vez... pude intuirlo. Cuando me di la vuelta, y fui a parar con esos ojos inolvidables y esa mandíbula cuadrada, perfecta, por la que había estado bebiendo los vientos durante muchos años... fui feliz.

Acortamos la distancia que nos separaba a trompicones. Los dos, y

yo me lancé sobre él. Le rodeé el cuello con mis brazos, me alzó y comenzó a dar vueltas hasta que nuestro equilibrio peligró y tuvimos muchas papeletas de acabar en el suelo. Al final terminamos riéndonos.

—Te diría que me sorprende verte por aquí, pero la verdad es que no—le dije nada más darle un beso en su mejilla.

—Y yo no me puedo creer que no me hayas avisado de que habías llegado a la ciudad.

—La verdad es que acabo de llegar.

—La verdad es que estás preciosa.

Sonreí.

Bruno giró su cabeza cuando uno de sus amigos lo llamó. Hizo un gesto para que siguieran sin él, y se volvió hacia mí. Y sin esperarlo, me abrazó casi emocionado.

—Hacía tanto tiempo que no te veía... y ahora mírate. Has crecido mucho.

Puse los ojos en blanco. Esa era nuestra broma. Siempre habíamos tenido esa complicidad, aunque yo fuera la mejor amiga de su hermana y por ratos (cuando éramos pequeñas) nos peleábamos con él... conmigo tenía el terreno ganado y lo sabía. Puede que porque supiera que estaba colgada de él. Claro que, por aquel entonces, yo era una niña, todavía creía en las hadas, en el Ratoncito Pérez y hasta en los sueños.

—Solo ha pasado un año, Bruno... Además, ¿quién tiene la culpa de eso?

Se llevó una mano al pecho.

—Culpable. Déjame que te lo recompense... te invito a una copa.

Bruno tenía cinco años más que nosotras. Había estudiado algo de finanzas, números... tenía que ver con las económicas, eso lo sé. Y cuando terminó las prácticas del grado superior, lo contrataron. Llevaba tres años en la misma empresa, que se encontraba en Salamanca. Y ya no iba tanto por casa... sino que dejaba las fiestas para volver. Ahora, los tres estábamos juntos. Y puede que no lo fuéramos a ver todos los días, pero estaba ahí. Porque Iris era su debilidad; yo, su trébol de cuatro hojas; y él, nuestro salvavidas.

—¿Y el diablo vestido de Prada dónde está? ¿O se ha perdido?

—No te lo puedo decir, si no, tu hermana me mataría. ¿Y con

quién me entretendría entonces?

Vi cómo las piezas encajaron en su cabeza en el momento exacto. Seguramente se estaría acordando de cuando lo utilizábamos de modelo y le pintábamos las uñas.

—Ni se te ocurra, pequeña bruja.—Di un sorbo a mi botellín—. ¿Entonces, te has quedado sola?

—Y desamparada.

—Menos mal que he aparecido.

—¿Para salvarme de esos?

Señalé con mi botella vacía a sus amigos. Estaban en la pista molestando a unas chicas.

—Son del trabajo.—Puse cara de estar chupando un limón—. Algunos son buena gente, fíjate los que tenemos detrás. Yo me junto con esos.

Miré por encima de su hombro. Había un par de chicos en la barra, uno sentado, que seguía con sus pies el ritmo de la música, y otro bebiendo una pinta. Y comiendo sin parar cacahuetes, mientras reían a carcajadas limpias. Y era verdad que tenían el mismo aire que Bruno. De buenos. De los que ves venir de lejos, y de frente.

—Si tú lo dices. Bueno, majo. Una que se va.

Me levanté.

—No jodas... y yo que iba a pedir la segunda.

—Otro día. Estoy muy pero que muy muy muy cansada del viaje. Y tu querida hermana me ha dado plantón con cambiazo.

—Menudo dos por uno.—Vi cómo él cogía su chaqueta y se la colgaba sobre el brazo—. Te llevo, entonces. No puedo dejar que te vayas sola.

Para llegar a casa tuvimos que recorrernos casi toda la ciudad. Bruno no vivía en el mismo centro de Salamanca, sino en un pueblo que quedaba un poquito más lejos, hacia el sureste. Mientras que nos dirigíamos hacia el coche donde estaba aparcado, yo deseaba que no estuviera muy lejos porque me dolían a rabiar los pies por los tacones, y Bruno alargaba el resumen de su vida. Resultó que la localidad donde habitaba era Valdelagua y era una zona muy tranquila.

Además, cuando se mudó, pudo alquilar una casita sencilla y clásica. Yo lo noté muy animado con ello, incluso me enseñó fotos de todas las habitaciones que la componían. «Te pega mucho», recuerdo que le dije, mientras me resguardaba del rocío que se precipitaba en la madrugada. Y sí, lo decía de verdad. ¿Por qué cuando bebes te vuelves más tierna? Me reí, arrugando la nariz, sin saber el efecto que provocaba en él ese simple gesto. Supongo que lo mismo que producía en mí su deslumbrante sonrisa, porque con tal de verlo sonreír a mí se me olvidaban todas mis penas, siempre lo había hecho... Siguió contándome que trabajaba en una consultoría especializada en la prestación de permisos, y yo lo miraba casi embobada y pensando que parecía mucho mayor de lo que era. Había madurado y eso nos diferenciaba. Pero a pesar de ello, sus rizos rebeldes, que llegaban hasta casi las cejas y le tapaban las orejas, junto con esa aguamarina que tenía por ojos, idénticos a los de su hermana, le restaban años. Y es que era—y sigue siendo— tan atractivo... Perdona. Se me ha ido durante un segundo. Las divagaciones y yo, qué te voy a contar.

—Así que me tiro media vida entre Santa Marta del Tormes, donde queda la empresa—especificó— y mi casa: Valdelagua. Y supongo que, a partir de ahora que estáis vosotras aquí, pasaré más horas en el centro.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Pese a que no lo veía, sabía que se había puesto tan colorado como lo estaban mis labios. O incluso más. Eso me había recordado una cosa...

—No es para tanto.—Afirmé con mi cabeza, le di mi teléfono para que me lo sujetara mientras ponía la cámara.

—Anda, sujeta esto un momento... No, ¡no te muevas! Que me tengo que retocar el maquillaje... Así.—Le lancé un beso luego de devolver las cosas a su sitio—. ¿Están bien?

—Tú siempre lo estás.

Ya, ya sé lo que estarás pensando, y sí. Esos celos que te están naciendo desde lo más malo de ti llevan razón. Pero yo en ese momento no lo vi. Es más, cuando todo explotó y tuve que retroceder para averiguar dónde había cambiado nuestra relación, me di cuenta de que había sido así desde siempre. Sin embargo, sabemos que a los sentimientos no podemos echarle el freno aunque queramos. Y no sé si

eso es bueno o malo. No. Tiene que ser bueno. Si no, carecería de sentido el sentido de la vida. Valga la redundancia.

—Es aquí.—Me agarré a él para bajar la cuesta del aparcamiento y me esforcé en ser más rápida para pagar, aunque al final, no lo conseguí—. Guárdate eso, chiquitina.

Le dediqué una sonrisa dulce, pese a haber fracasado en mi intento. Y me perdí en cuanto pronunció aquella palabra que me había asignado cuando todavía no sabía ni hablar.

—Te he echado de menos.—Me di cuenta de que realmente le iban bien las cosas a mi compañero de la infancia cuando los faros de un Seat Ibiza nuevecito se encendieron. Y es que olía nuevo aquel coche, ese aroma a cuero por los asientos y el ¿desinfectante? que utilizaban para prepararlo antes de su viaje.

—¿Cómo está tu madre?

Yo empecé a bostezar cada dos por tres. Estaba realmente cansada, y el sueño se apoderaba de mí sin pedir permiso.

—Contenta. Triste. E ilusionada.

—Vas a tener que explicarte mejor, Julia.—La risa vibró en su pecho, y a mí me brillaron los ojos.

—A ver... Contenta porque se ha quedado sola, ¡por fin me he quitado de en medio!—Era consciente de que hablaba demasiado alto y un pelín más rápido de lo habitual. Me consideraba una persona bastante serena. Normalmente me sabía controlar desde fuera. Otra cosa era lo de dentro...—. Triste porque la realidad es que le da pena. E ilusionada porque, en cierta manera, también es un nuevo comienzo para ella.

—Y para ti.

—Y para mí, sí.

Desvió la mirada hacia la luna del coche. La escarcha de la noche (se notaba que pronto comenzaría el otoño porque a pesar de que los días seguían siendo calurosos, las noches daban bastante frío) estaba dejando su huella en el cristal. Hacía tiempo que estábamos parados frente a mi portal. Pero es que Bruno no quería que me marchase—ya se lo noté aquel día— y la verdad es que yo tampoco quería despedirme de él.

—Pues te voy a dejar.

—Tú a mí no me dejes nunca, eh.

—Es tarde, Bruno.

—Ya lo sé, chiquitina.—Me susurró. Y de pronto fui consciente de que el ambiente había cambiado. Y lo supe, aunque después lo negara una y un millón de veces más; mi corazón ya lo sabía. Solo que yo no estaba preparada para ello. Bruno también lo notó. Y no sabría decirte por qué nos pusimos nerviosos, y lo torpe que resultó todo después. Cómo me sentí rara cuando me agarró de la cintura con su brazo, y yo acabé convirtiéndolo en un abrazo. Y entonces llegó aquel beso sobre la piel de mi cuello que no sentí como debería. Y no lo soporté.

—¿Sabes que te quiero, verdad? Hasta el infinito, hasta las estrellas ida y vuelta. Lo sabes, ¿verdad?

Y por primera vez, lo vi más serio de lo que nunca había sido conmigo. Lo observé respirar contenido, como con aceptación. Como quien sabe que ha perdido la guerra.

—Y yo mucho, mucho más, Julia.

Capítulo 7

Paréntesis

Una noche me lo confesaste. Te acercaste por detrás, despacito, y me lo susurraste al oído. Seis minutos. Fue el tiempo que te bastó para enamorarte de mí. Si me hubieras visto aquella noche..., te hubieran sobrado cinco minutos y cincuenta y nueve segundos.

Capítulo 8

Iris apareció a la mañana siguiente, con el mismo conjunto que la noche anterior, solo que con una sudadera por encima. Yo estaba segura de que aquella prenda no le pertenecía, tampoco llevaba las medias puestas... y aún se podía apreciar el maquillaje en su rostro, aunque ya no estuviera impecable. Cómo lo iba a estar, después de toda una noche. Dejó el bolso tirado en el sofá y vino a la cocina. Yo estaba haciendo café, necesitaba tomarme mi dosis diaria para comenzar el día y que este fuera productivo. Ya me conoces. Si no me tomaba cinco cafés diarios no era persona. Pero es que tú tampoco. Se sentó en la pequeña mesilla que ocupaba casi todo el espacio. Y se tapaba la cara, lo que solo significaba una cosa: le daba vergüenza lo que estaba a puntito de contarme.

—¿Quieres café?

—Sí. Lo necesito. La verdad es que... no he dormido mucho.— Ahogó un bostezo.

—No me digas.

Mientras servía el café en dos tazas que nos habíamos traído de nuestras casas de verdad, Iris cayó en la cuenta de que había desaparecido. Y el colmo era que ni siquiera se acordó de avisarse.

—Lo siento muchísimo, Julia. Es que cuando estoy con él se me va la cabeza y no pienso... y yo qué sé. Sabes a lo que me refiero.

«No, la verdad es que no lo sé», pensé. Y sin embargo, no dije nada. Me quedé mirándola fijamente mientras echaba dos cucharillas de azúcar en mi bebida. Le ofrecí lo mismo a ella, pero se negó haciendo un gesto con su cabeza.

—Bueno, ya sé que no. Tú nunca has estado con un chico como yo lo estoy con Eloy.

Debo decirte que aquello era verdad. No, nunca me había enamorado. Nunca sentí el hormigueo en la piel cuando miraba a algún chico, ni lo echaba de menos cuando no estábamos juntos. Tampoco me imaginaba la vida sin ellos. Yo solo... me centraba en pasar un buen rato. Ya entonces supe que quería vivir algo así. Sentirlo bajo mi piel.

—¿Enamorada?—pregunté dando un sorbito pequeñín.

—¡Yo!—Se sobresaltó—. Qué dices... No.—Vi que esa idea que imaginaba tan imposible se abrió paso en su cabecita—. No, no.

—Ni que fuese tan malo.—Me deshice y volví hacer el moño que llevaba puesto para estar en casa. Y esperé un poquito antes de preguntar—: Entonces ¿cómo fue la noche?

—Horrible—escupió—. A ver, no toda. Las cosas iban muy bien. Cuando tú e Isaac entrasteis, nosotros decidimos irnos.

—O sea que te olvidaste de mí en cinco segundos.

—Hija de zorra.—Alargó su brazo y me empujó—. No seas mala.

Yo le lancé un beso, completamente de broma. Ella prosiguió:

—Fuimos a su casa y hablamos. Resulta que los dos nos echábamos de menos. Y bueno, sí. Nos acabamos liando. No de una forma bruta como otras veces. Fue muy tierno. Romántico. Hasta que nos metimos en su casa, fui a bajarme las bragas y ¡ahí estaba! En el momento menos oportuno. Parecía que habían matado a alguien. No, no te rías, Julia. Lo pasé fatal.

Y la creí. Iris manejaba un sentido del ridículo estratosféricamente alto. Daba por hecho que lo pasó mal y aun así no pude evitar sonreír detrás de mi taza. Imaginarme la situación me resultaba adorable. Iris, muerta de vergüenza; Eloy, sin saber dónde meterse y cómo ayudar...

—Y ya ves, ahora llevo sus calzoncillos puestos. Y las bragas, ¡ay, Dios!

Observé cómo corrió hasta coger su bolso, sacar la dichosa prenda. Ir con paso acelerado al cuarto de baño e imagino que tirarla

al cesto de la ropa sucia. A su vuelta, yo solté una carcajada limpia, y aunque ella intentaba con toda su alma resistirse, acabó haciéndolo también. Me reí tanto que se me escaparon un par de lágrimas.

—¡Oye! Que se te está corriendo la máscara de pestañas. ¿Es que no te desmaquillaste anoche?

Yo negué con mi cabeza.

—Llegué muy tarde y estaba demasiado cansada para ello.

—¿Ah, sí?—Iris nos sirvió más café—. ¿Tú qué hiciste después de que yo me fuera? No me digas que te liaste con su amigo...

—Para el carro, querida—le susurré. Le conté que Isaac y yo habíamos bebido a su salud, pero que después de aquello me habían entrado unas terribles ganas de ir al baño. Y cuando salí, él había desaparecido. «Él y vosotros», especifiqué. «Pero tranquila, que alguien vino a mi rescate. Y no me aburrí».

En ese momento mi mejor amiga decidió interrumpirme para avisarme de que su hermano iba a venir a comer con nosotras. Por eso de que hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos. Sí, tropecientos cincuenta y tres mil años, o para el caso, unas cuantas horas. Porque fue él quien me rescató.

***

Me dejaron a mí elegir la comida de ese día, y como adivinarás, pedimos chino. Me moría de ganas por descubrir todos los chinos de la zona y elegir mi favorito (aunque estaba casi segura de que todos me gustarían). Iris no paraba de meterse con Bruno y su barba casi imposible de ver. «¿Qué te crees, que pareces mayor con esa pelusilla o algo así? Porque no», le soltó mientras poníamos la mesa. Luego salió el tema de sus padres; y Bruno hizo ver como que estaba enfadado porque no le habían avisado, para después quitarle importancia, porque, de todas formas, no hubiera podido quedar, tenía demasiado trabajo atrasado. Parecía ser que habían despedido a un compañero que no hacía las cosas como tenía que hacerlas y ahora le tocaba a él arreglarlo. Parecía cansado de aquello.

Comimos en silencio mientras veíamos en la televisión las noticias

y las comentábamos. Después recogimos todo y limpiamos el estropicio que habíamos montado en la cocina. Bruno se fue tan rápido como había venido, según dijo, había quedado con unos amigos. Iris se encerró en su cuarto para terminar un trabajo que tenía que entregar el lunes. Y yo terminé de colocar las cosas de la mudanza y luego me tomé otro café mientras hablaba con mi madre por teléfono y le contaba qué tal el primer día de independencia. Parecía que nos iba bien a las dos.

Capítulo 9

Empecé las clases sintiéndome pletórica. Incluso me había levantado a la primera cuando sonó la alarma a las 6:57. Me deshice del sueño en la ducha, porque me obligué a mí misma a depilarme para conseguir que me espabilara. Luego tuve que hacer el papel de madre para que Iris saliera de entre sus sábanas. Mientras que ella preparaba el café con las tostadas, me vestí. Me calcé unos vaqueros y un jersey muy fino, de color gris. Muy parecido a las nubes cuando están a puntito de sucumbir y rociarnos de agua, o como mis ojos, dependiendo de cómo los mires. No se me olvidó coger la chaqueta, por la mañana ya se notaba la brisa fría que se colaba en los huesos. Sin embargo, ese día me dirigí yo sola hasta la facultad, mi amiga no tenía clase a primera hora los lunes, así que decidió quedarse en casa más tiempo. Recuerdo que pensé si a mí me pasaría lo mismo, si luego de dos semanas o un mes ya no tendría esas ganas de ir a la universidad. Y está claro que me ocurrió. Así era la vida, entonces y ahora. Solo que yo no imaginaba por aquel entonces perder la emoción por nada. Siempre intentaba guardarme un as bajo la manga.

Cuando llegué al edificio de Humanidades y Letras, pude distinguir a lo lejos el alumnado que se encontraban en la misma situación que yo de los que ya estaban acostumbrados y llevaban a su espalda años de experiencia. Me gustó el ambiente en el que se movía

la gente, las carcajadas, los grupos de estudio, rodeando las mesas, el sonido de las teclas en los ordenadores... Supe que me había perdido cuando volví al mismo punto de partida. Otra vez me encontraba frente al ascensor del segundo piso. El edificio contaba con una forma cilíndrica y muchísimas plantas. Yo me encontraba en la segunda, donde supuestamente tenía que estar mi clase, la cual comenzaba en apenas unos minutos. «No te preocupes», un alma caritativa tuvo la decencia de indicarme el camino, me equivoqué de piso, cómo no. Además, me apunté en la mano el número del aula para que no se me pasara. Lo que no esperé fue lo siguiente: nunca en la vida imaginé que pudiese encontrarme a aquella persona allí, delante de mis ojos, con la sonrisa ladeada que lo identificaba y las cejas alzadas.

—¡Hola!

—Buenos días. No esperaba encontrarte por aquí.

—Yo tampoco, si te soy sincera.

Christian no paraba de moverse. Casi incómodo. Aquel día vestía más formal, y llevaba demasiada gomina en el pelo. Me fijé en que en su oreja izquierda se entreveía un agujero. Seguramente en el pasado estuvo decorado por un pendiente. Ya no.

Cuando iba a agradecerle la ayuda del otro día, huyó tan rápido que no me dio tiempo a decirle apenas un «me alegro de verte». ¿Que por qué no le pregunté qué hacía allí? No lo sé. La respuesta más acertada, supongo, es que estaba tan metida en mi mundo que tampoco me enteré de que una compañera de clase había creado un grupo de WhatsApp en clase. Que al final no se utilizaba para nada salvo para avisar cuando las notas estaban colgadas, pues también. Pero una tenía que estar pendiente de esas cosas.

La chica que se sentó a mi lado en aquella clase—y, a partir de esa, en todas— no podría haber sido otra que Natalia. Y lo digo en serio. Creo que fue decisivo en nuestras vidas, más para unos que para otros. Tú sabes a quién me refiero... hablando ya en serio. Creo firmemente en el «efecto mariposa». Ese en el que una cosa hace que desencadene otra y después otra y otra. Así millones de veces. No es que lo crea, es que lo sé. Sé que si hubiéramos hecho algo distinto, no habríamos sido nosotros. Yo no me hubiera enamorado de ti. No me hubiera sacrificado por ti. Quizá ya estaría trabajando en lo que consideraba que era mi sueño. Desde siempre. ¿Pero sabes qué?

Compensa. Lo hace, en serio. Por todo lo que viví contigo. Por lo que me diste. Porque los recuerdos permanecen a través del tiempo. Y yo me quedo con eso.

De Natalia, lo que más llamaba la atención era su sonrisa, enmarcada por unos labios mullidos y rosados. Pero es que tenía unos dientes envidiablemente perfectos. Obvio, debido a una ortodoncia de muchísimos años. Solo nos dio tiempo a presentarnos y poco más. Yo guardé el móvil en el bolsillo pequeño de mi mochila justo a tiempo de que apareciera el profesor. No sé si lo llegasteis a hablar, o si bromeasteis con la situación tan embarazosa que ocurrió. Es cierto que nosotros nunca lo hicimos. Creímos que si no tocábamos el tema no aparecería para acabar con todo. Aun así, ocurrió. Como tuvo que ser. Christian entró en la clase con paso ligero, mostrando una seguridad que no sentía. Dejó su maletín encima de su mesa y volvió a la puerta para cerrarla de un buen golpe seco. Está claro, al menos para mí, que lo hizo a propósito. Así llamaba la atención de su alumnado. Cenando una vez nos contó—bueno, solo a mí porque tú ya te sabías de memoria todas sus anécdotas...— que lo habían confundido con un alumno y deseaba que no volviera a pasar.

Natalia, el resto de la clase y yo lo mirábamos curiosos. Desde mi perspectiva aún confusa, la intriga se adueñaba de mí. No pude evitar sentir curiosidad; y me lamí los labios, reteniendo una sonrisa, cuando él posó su mar sobre mis ojos.

—Buenos días.—Se aclaró la garganta un par de veces, reconociendo que todos le prestaban atención. Los murmullos pesaban tantísimo en el aire que resultaba imposible mantener el interés.

—¿Ese es el profesor?—preguntó mi compañera y próxima amiga, que aún ignoraba, lo mismo que yo, que seríamos íntimas.

—Bien, parece que me escucháis. Eso está muy bien. Al grupo anterior al vuestro le costaba.—Se oyeron risas de fondo—. Soy el profesor de esta magnífica asignatura que estoy seguro que a todos os encantará.—Rodeó la mesa y se apoyó en el filo, mirando a todos y cada uno de los asistentes. A mí me miraba casi divertido, y puede que asomara su sonrisa torcida detrás de todo aquel movimiento de manos.

Nos explicó que era profesor adjunto y lo que aquello significaba. A mí me horrorizó que una profesión que ya de por sí fuera tan poco

valorada diera tan poco dinero. Era un abuso. Luego se presentó, y las risas hicieron mella en todas y cada una de las personas que estábamos allí. Resulta que su apellido era Gallego. Y como él era de Galicia, el chiste se contaba solo. Luego se acercó a la pizarra y escribió el nombre de la asignatura: Literatura Inglesa: medieval y renacentista.

—¿Quién no ha leído Romeo y Julieta? Porque es el momento perfecto para hacerlo. Aunque me consta que a algunos les apasiona. ¿Verdad, Julia?

Todavía me pica la piel de la vergüenza. Y te prometo que me siento las mejillas arder. Es más, es que se me pusieron tal cual en ese momento. Todos acabaron prestándome atención, Natalia se había quedado pasmada a mi lado. Sin embargo, sé que no lo hizo con mala intención, y después de eso, no volvió a hacerme ningún caso especial ni nada por el estilo. Al igual que tú, aunque muchos se nieguen a creernos.

***

—¿De verdad que es legal que un tipo así sea nuestro profesor? En serio. Esto solo ocurre en las películas.

—Yo creo que estás exagerando un pelín—lo dije de broma, pero también en serio.

Era la hora del almuerzo, acabábamos de salir de nuestra segunda clase y presentación del día, de la que ya no recuerdo prácticamente nada. No fue interesante, ni especial, me resultó soporífera, interminable. En comparación con la de Christian, quiero decir. Natalia y yo habíamos decidido quedarnos en la facultad para conocernos un poquito mejor, así que eso hicimos.

Recuerdo que su teléfono móvil no paraba de vibrar o sonar cada dos por tres. Y cuando nos sentamos en una de las mesas del comedor, no fue diferente. Mientras que escribía lo que supuse que era un mensaje, se metió una patata frita en la boca. Yo pensaba en lo mona que era sin pretenderlo. La trenza le daba una imagen más ingenua, aunque el color de su cabello, negro en profundidad, y ese brillo la

hacían entrar en un contraste que la favorecía. Y ese acento del sur que hacía que su manera de hablar fuera más simpática. Casi que te hipnotizaba con las palabras.

—Recuérdame cómo os conocisteis.—Yo me reí. Parecía realmente ansiosa, y esa imagen era graciosísima.

—La semana pasada. El viernes. ¿O fue...?—Dudé—. No, imposible. El jueves seguía en casa. No sé ni en qué día vivo. Bueno.—Alcé mi voz para resaltar lo importante. Lo que me gustaba irme por las ramas...—. Que entré en la biblioteca municipal y ahí estaba él.

Ahondé en detalles del rato que compartimos. Realmente no había nada que destacar de nuestro pequeñito encuentro, pero aún y por esas, a Natalia le llamaba la atención. Luego descubrí que, como a Iris, le encantaba un buen drama. En eso consiguieron encajar bastante. A diferencia de nosotras, que nos unía el amor por la literatura y nuestra manera de ser nosotras mismas acompañadas la una de la otra.

—Mi género favorito es el *thriller*, me da igual de qué sea. Y me puedo llegar a leer unos cinco libros a la semana, depende de cómo me enganche.

—¡Exacto!—comenté eufórica—. Esto, ESTO, es justamente lo que esperaba conseguir de la carrera.

Natalia tomaba el postre y acabó lamiendo la cucharilla con lo último que quedaba del yogurt.

—Bueno, yo tenía una idea en la cabeza que no se asemeja poco o nada con la realidad.

—¿Como qué?

—Ya sabes... cumples los dieciocho. Te vas a vivir sola. Esperas la vida universitaria con tanta ansia que, cuando llega, prácticamente se va. Ahora me estoy dando cuenta de lo que es ser un «adulto». ¿Y sabes qué?

—¿Qué?—respondí a ese verde botella que eran sus ojos.

—Me gusta, pero a la vez no. Y echo de menos a mi familia. Es un poco duro, ¿sabes?

La verdad es que me sentí identificada con ella, aunque no se lo hice saber. Al menos, no en aquel momento. A mí no me gustaba la vida adulta, yo quería ser Wendy hasta el final, hasta que encontrara a mi Peter Pan y los dos fuéramos lo más felices que pudiéramos ser. Pero quizá fuera así, como decía Natalia. Ella venía desde Cádiz,

dejando atrás una familia en extremo numerosa y casi excesivamente feliz. Era la hermana mayor de seis hermanos, todos demasiados pequeños, así que entendía ese sentimiento de añoranza que experimentaba. De cierta manera, me recordaba a lo que yo sentí con Bruno. Y mi amiga, como casi la mayoría de los adolescentes del país, había ansiado y había tenido la suerte de poder realizar sus estudios en una de las mejores universidades que había. Además, acababa de cumplir los dieciocho años, sacado un trece en selectividad—muy alejado de mi simple ocho—, leía más que hablaba y también le encantaba el mundo *influencer*. De ahí que no se despegara del teléfono... Con el tiempo aprendí que disfrutaba mucho de los chismes y más de los chicos de pelo rizado y ojos verdes. Por eso ella tuvo esa reacción con Christian.

Y al terminar la tarde, ya nos habíamos dado nuestras redes sociales (aunque yo las utilizara bien poco), y también nos dimos nuestros números de teléfono—que en el futuro guardaríamos como favoritos—. Tendría un gran recuerdo de cómo nos conocimos, esa familiaridad que estuvo presente desde el minuto uno y la complicidad que sabíamos que existía solo con mirarnos. Me llevé muchas cosas buenas de la facultad. Natalia fue una de ellas. Y tú, también.

Capítulo 10

El tiempo pasó volando sin importarle siquiera. De verdad, en aquella época los días parecían segundos, las semanas, minutos y los meses, horas. No como justo ahora, que se me antoja pesado y casi angustioso ver cómo las manecillas del reloj se mueven con tal lentitud que parece que incluso se rían de mí. Contigo no me sentía así, era al revés. Me faltaba tiempo que disfrutar. Quería más y más, pero como diría mi madre: «El avaricioso forma el saco». Sabemos a lo que se refiere. Lo que intento explicarte en este momento es que todo transcurrió con normalidad. Al parecer, Iris y Eloy volvían a estar sumidos en su relación—la de antes—, si ella estuviera leyendo esto, lo que te escribo directamente a ti, me obligaría a tacharlo e incluso a borrarlo. Puede que arrancara la página. Bueno, eso lo haría la Iris de antes. Puede que la de ahora lo arrancara para enmarcarlo en su casa. Nadie es el que era entonces. Pero eso es otra historia que no interesa en este momento. Yo sabía que se traían una especie de relación moderna, de las actuales. Líos, rollos o como narices se llamen. Pero es que me negaba a denominarlo así, para mí, perdía totalmente la magia. Parece que hoy en día lo de mostrar tus sentimientos y ser una persona sensible no está de moda y te hace parecer débil, frágil. Yo creo que eso, que es lo mío y lo nuestro, se podría calificar de valiente más que de cualquier otra cosa. Pero a lo que iba. El martes presenté a

esas dos cabezas locas que tengo por amigas y todo encajó. Al instante. Como un puzle que se completó. Para mi salud resultó ser todo un alivio. Casi paz. La relación que formamos Iris, Natalia y yo era eso. Volvimos a ver a Bruno, y ahí fue donde comenzaron a torcerse las cosas. Sí, es justamente lo que estás pensando. Y de verdad que si no hubiera sido tan despistada, de haberlo notado, lo hubiese parado mucho antes. Me lo encontré de frente cuando me disponía a salir de la ducha. Y me dio un susto de muerte, por cierto. Menos mal que teníamos la alfombra para no resbalarnos. El caso es que ahí ya noté que me miraba de forma extraña. Más intensa, como si fuera la primera vez que me veía. Luego lo entendí. Porque a mí me pasó exactamente lo mismo contigo. Bruno se disculpó, diciendo que iba a hacer pis antes de marcharse, y se esfumó del cuarto de baño en un visto y no visto. Iris no se enteró de ese incidente. Ojalá lo hubiera hecho. Me hubiera ahorrado muchísimas cosas.

Me mentalicé a mí misma para apuntarme al gimnasio después de clases, y en esa semana no falté ni un solo día, así que me sentía bien. Tuve que acudir a una tutoría el jueves con Christian, porque había faltado a su clase (le había dicho que tenía médico y que no había podido asistir, pero la verdad era que me había quedado dormida, aunque, claro, eso no se lo iba a decir). Me puso al día y me comentó que a la semana siguiente mandaría un ensayo crítico sobre los primeros capítulos, para ver nuestras formas de reflexionar, y que lo podía ir haciendo si quería.

Y el viernes... el viernes voló. Como yo. Preparé la maleta pequeña, puse una lavadora, luego la tendí y limpié el salón. Salí de casa con una dirección en mente antes de ir a la Estación de Renfe. Me dejé caer en la floristería que me había recomendado Bruno. Compré una orquídea, me hice una foto con ella y se la mandé a mi madre, junto con un mensaje: «Son preciosas y huelen mejor». Y le encantaron, por supuesto. Un poquito menos que a mí, si te soy sincera. Casi que me dio pena dejarlas allí. Pero ese jarrón—ese al que tanto odio le tengo— era su hogar, aunque yo ya no estuviera allí. La ayudé a ir al supermercado a hacer la compra del mes. También fuimos a Ikea, a cambiar los cojines de toda la casa, así que estuvimos casi todo el día en el sitio, las tres. Nos había acompañado Susana, que se perdió en la sección de cocina y no quiso salir hasta hacerse con

todo lo que necesitaba. Y por la noche se nos unió Robert, y decidimos ir a cenar al Pollito Tiko, nuestro sitio favorito para pedir un pollo asado, mientras les contaba qué tal había ido la semana. El domingo descansamos. Desayunamos churros y dimos un paseo por la Gran Vía, antes de coger el tren.

Antes de que todo cambiara.

***

En el tren

Ese día, el viento se había levantado para estropearnos la despedida. El pelo, también. Recuerdo que estaba tan cansada de no poder fijarlo en condiciones que acabé recogiéndolo en un moño horroroso. Llevaba una camiseta (que tenía un arcoíris estampado monísimo) sin mangas y que me quedaba algo corta, dejando que se me viera el ombligo, unos pantalones largos al estilo campana y unas Converse rojas. La chaqueta, guardada en la mochila. El labial de cereza, en mis labios. Ese que te sigue gustando (o eso espero). Tardé seis minutos en encontrar el asiento, que fueron los mismos que tú... ya sabes. Porque la persona que había chequeado mi billete me había señalado mal el vagón, y yo, como la persona despistada que era, no me di cuenta hasta que me metí en este. Tuve que esperar que el de Seguridad me indicara.

Qué casualidad tan maravillosa, o quizá lo fuéramos nosotros, que ya aquel día decidimos sentamos uno enfrente del otro. Pero tú no estabas en aquel momento, y a decir verdad, nunca supe dónde estuviste, porque nunca lo hablamos. Mientras yo me acomodaba en mi asiento, derecha, en la misma dirección que se dirigía el tren, nunca supe si tú te encontrabas en el baño, en la cafetería, hablando por teléfono o enamorando a otra chica cualquiera. Yo cogí mi libro prestado por la biblioteca y me quedé dormida, perdiéndome la oportunidad de verte como tú me viste a mí. Y estuve todo el trayecto soñando contigo sin saberlo todavía. Y al final, fuiste tú el que me despertaste para devolverme a la realidad, que, de un momento a otro, se había convertido en otro sueño.

—Perdona.

Tengo que decirte que solo con tu voz me cautivaste. ¿Cómo podía ser una voz tan excitante? Todavía no lo sé. Pero es que te prometo que, cuando hablabas, todo el que estuviera a tu alrededor dejaba de hacer lo que estuviera haciendo para prestarte atención. Y yo no fui diferente aquella vez.

Me quité los auriculares, sintiéndome aún somnolienta. Creo recordar que estaba escuchando nuestra canción, aunque todavía no lo fuese. Porque hasta ese momento no tenía sentido.

—Se te ha caído esto.

Me costó dejar de mirarte a los ojos. Se parecían muchísimo a un bloque de hielo. Al glaciar. A un cielo azul cristalino. Nada sutiles, atrayentes. Como tú. Encajaban a la perfección con el color de tu pelo, un rubio sucio, casi ceniza. Justo en ese momento apartaste los mechones que te tapaban los charcos de tus iris y ahí me fijé en que realmente lo llevabas demasiado largo. Cuando demasiado es «demasiado», ¿sabes? Por aquel entonces no te importaba. No te importaba que tu apariencia fuera la de otra persona. Que no te perteneciera. Y como estoy intentando ser todo lo sincera que puedo contigo, te lo voy a decir: parecías abandonado. Y triste, muy triste. Hasta los extremos. Y lo que es peor, parecías haberte abandonado a ti mismo. Con los hombros caídos, la cabeza inclinada hacia un lado, las mejillas hundidas. Era demasiado obvio que habías perdido muchísimo peso. Recuerdo que en mi cabeza me pregunté el porqué. Quise averiguar qué te había pasado. Fue casi como un impulso. Quería dejar que tus ojos dolieran al mirarlos. Un instinto de sobreprotección demasiado absurdo para dos completos desconocidos, ¿no te parece? Cruel destino.

Y mientras que yo te inspeccionaba y mi cabeza intentaba retener tu imagen para siempre, tú seguías con mi libro prestado en las manos. Te lo quité sin rozarnos ni siquiera los dedos. Aunque yo ya lo ansiara.

—Lo siento.

—Deberías tener más cuidado.—Escupiste aquellas palabras groseramente. Nada propio de ti, lo que aprendí después. Pero es que estabas molesto. Con el mundo entero y contigo mismo. Y conmigo, tan solo por estar delante de ti. Te disculpaste al segundo, y yo le

quité importancia gesticulando con mis manos y encogiéndome de hombros. Estaba demasiado fascinada con todo lo que no pegaba contigo. Eras un espécimen digno de estudiar. Nada cuadraba en ti.

Abriste un segundo la boca para cerrarla después. Te callabas algo, yo lo sabía y aquello me estaba matando. Pero quería dejarte ser. Que te calmaras, aunque no te mostraras nervioso por fuera y lo vivieras por dentro con ansiedad. Quería saber lo que querías decir, pero sobre todo, quería que quisieses seguir hablando conmigo.

Yo miraba a la ventana fingiendo estar pendiente del paisaje que teníamos a unos metros de distancia y que en apenas unos segundos nos quedaba tan lejano. Estaba segura de que mi parada quedaba cerca, y a pesar de lo poco que nos habíamos comunicado, quería seguir haciéndolo.

—¿Por qué...? No importa, no quiero molestarte.

—No lo haces.

Sé que respondí excesivamente rápido. Pero también sé que eso te llamó la atención, y de cierta manera, hizo que te removieras. Por dentro y por fuera.

—¿Por qué algo tan manido y tópico?

—¿Perdona?—Sí. Me lo tomé como una ofensa.

Sorprendido por mi indignación, tus labios formaron una «O» antes de cerrar la boca. Tuve que hacer un esfuerzo para apartar mis ojos de ese lunar—ese que tienes en la comisura del labio superior—que me traía y me trae loca.

—Existen libros más gloriosos que ese.

—No mejores—lo defendí. Y en contra de lo que opines, lo sigo haciendo.

—Ahí te equivocas. Hay muchos mejores.—Levantaste la mano como pidiendo calma, porque me viste venir—. Aunque también los hay peores, eso te lo concedo. Solo tienes que abrir tus miras más allá.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles?

—Te sorprendería lo que puedes llegar a descubrir.

Te pusiste a recoger tus cosas, y con eso, entendí que tu parada estaba próxima.

No sé por qué me embargó una extraña sensación de pérdida.

—Ponme a prueba.

El tren se paró.

—«Se me ocurre que vas a llegar distinta. No exactamente más linda, ni más fuerte, ni más dócil, ni más cauta. Tan solo vas a llegar distinta». Benedetti.

Y yo te respondí que ya lo sabía. *Bienvenida*, se llamaba el poema. Y en respuesta, sonreíste con la boca pequeñita, por primera vez. Mostrando la hilera de tus dientes blancos y relucientes. Pensé que fuiste un poquito más feliz en ese momento y que, por eso mismo, nuestra conversación había merecido la pena. Diste media vuelta. Y desapareciste al fin. Me dejaste pensando en cómo acababa aquel poema: «Ahora no tengo dudas, vas a llegar distinta y con señales, con nuevas, con hondura, con franqueza. Sé que voy a quererte sin preguntas, sé que vas a quererme sin respuestas».

Capítulo 11

Paréntesis

Y ya está. Ya me tenías. No sabía cómo te llamabas. Yo tampoco te había dicho mi nombre. Y, sin embargo, una historia comenzaba a escribirse, y nosotros éramos los protagonistas. Realmente nunca tuve ninguna oportunidad.

Capítulo 12

Desde aquel día te tuve siempre presente. En mi cabeza, en mi mente. Te nombré «el chico de los ojos tristes», y no dejaba de darte vueltas y vueltas. Nuestro encuentro me había sabido a poco, y me sentía algo tonta por ello. No eras nada mío. Pero aquello lo significó todo. Al fin y al cabo, marcó un antes y un después en nuestras vidas, ¿verdad? No es que me obsesionara ni nada. Puede que un poquito. Ya me conoces a mí y a mi intensidad. No pienso disculparme por ello.

Al llegar a casa, un pósit en la nevera me avisó de que Iris no tenía planeado volver aquella noche y que ya nos veríamos directamente para desayunar al día siguiente. Aquello me dio la oportunidad de disfrutar de unas horas de intimidad tan necesarias como el respirar para mí. Y luego llamé a mi madre para avisarle de que había llegado sana y salva. Sin problemas. Al final terminamos las dos comentando un programa del corazón, como hacíamos cuando estábamos juntas.

A la mañana siguiente llegué tarde a la cita que tenía con mi mejor amiga, por supuesto. De otro modo no podía ser. Ella ya me esperaba en la mesa, comiéndose su tostada. Le pedí perdón, aunque no lo sintiera, y ella le restó importancia porque al final y al cabo no la tenía. Me contó emocionadísima que traía consigo unos cuantos noticiones. Aquella mañana resplandecía, sin una gota de maquillaje,

con las mejillas encendidas e hinchadas por la ilusión y una sonrisa de oreja a oreja. Era obvio que tenía que ver con su enamorado, claro que ella no habló en ningún momento de la palabra que empezaba con «a». En cambio, se dedicó a explicarme detalladamente su última experiencia sexual. Que había sido muy satisfactoria. Por parte de los dos. Yo sabía que intentaba ocultar sus sentimientos, esconderlos. Enterrarlos debajo de ella. Pero seguían en su piel, por mucho que fingiera lo contrario. Estaban ahí. Latentes, pacientes, esperando por salir a borbotones, dispuestos a arrasar con lo que fuera. Solo había que esperar el momento adecuado. Lo segundo era que habían anunciado las fechas para el *tour* que haría mi cantante favorito de todos los tiempos. Creo que sabes a quién me refiero. Iris, como buena amiga que era, se ofreció para acompañarme a su concierto. Porque estaba claro que iba a ir. Lo que entonces no sabía era cuándo ni con quién. No le iba a hacer eso a mi amiga. No era ningún secreto que, tanto en la música como en el amor, no encajábamos en absoluto. Sin embargo, apreciaba mucho, muchísimo, el gesto tan tierno que suponía para ella. Y por último me comentó, de pasada, que el viernes la secretaria de mi facultad había llamado a casa, buscándome. Yo me extrañé. No de la llamada en sí, al fin y al cabo, donde pasaría más tiempo sería en el piso de Salamanca, por lo que mi teléfono de contacto era aquel. Lo que me era desconocido era el motivo. Así que le envié un mensaje a Natalia, preguntándole si estaba preparada ya. A lo que me respondió enseguida que sí. Habíamos planeado quedar y vernos antes de la clase, así podríamos hablar y yo podría ir a la secretaría de la facultad y averiguar qué era lo que querían de mí. Si lo hubiera sabido—si hubiera sabido cómo habría acabado todo tiempo después— me lo hubiera ahorrado. Pero todo tenía que ocurrir como ocurrió para enamorarnos. Y eso no lo cambio por nada. O casi nada.

—Le han denegado la beca.

—Eso es imposible.

—Nos llegó un *email* desde Administración, y a usted le ha tenido que llegar una carta del Gobierno de Estado.

Me estaba viniendo arriba por momentos. Y no de buenas.

—Pues a mí no me ha llegado nada.

—¿Lo ha comprobado? Puede que tarde un poco.

Me aparté el flequillo de la cara, que era más bien un mechón de pelo, el cual, me estaba poniendo de los nervios porque no paraba de pegarse al *gloss* del labial.

—¿Y se puede saber qué ha pasado?—saltó mi amiga.

No sabía quién de las dos estaba más indignada.

El hombre que nos estaba atendiendo, de unos cincuenta años, nos miraba con cara de pena y un poco de apuro. Se veía desde lejos que no tenía ni idea. Nos pidió un momento, y luego nos pasó con la responsable de Admisión. Aquella señora nos hizo transitar por un estrecho pasillo para llegar hasta su despacho. Natalia quería quedarse fuera, pero yo no la dejé despegarse de mí. No quería estar sola. Puede que a mí se me olvidara alguna información importante o... algo. No lo sé. Yo estaba frenética. Casi no me acuerdo de aquello. Sí que sentía la angustia y el corazón en la boca, pero nada más. Para escribir esto he tenido que preguntar a quienes estuvieron conmigo en aquel momento, no te digo más. La señora nos invitó a sentarnos enfrente del pequeño escritorio al que le sobraban hojas, informes, cartas, y carpetas por todos los lados. Vi cómo abría un pequeño expediente y suspiraba. Había un fallo con las cuentas de la renta y el patrimonio familiar. Me explicó que contaba con un plazo de dos semanas para presentar otra vez la documentación pertinente y que, si no había problemas, ya estaría solucionado. Si no, tenía un mes para abonar el primer pago de la matrícula.

Así que salí de allí con los ánimos por los suelos y con Natalia comiéndome la oreja, intentando animarme. Yo se lo agradecía, de verdad. Pero no estaba de humor para nada. Ella se marchó a las clases después de que la alentase. Quería quedarse a mi lado, pero me negué. Además, después necesitaríamos los apuntes. Con eso conseguí convencerla. Cuando las ondas de su cabello azabache desaparecieron escaleras arriba, me puse manos a la obra.

—¿Julia? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?—La voz me llegó a través

del aparato electrónico y solo con eso me calmé por dentro. Aunque por fuera estuvieran temblándome las manos y las piernas. Puede que tuviera ganas de llorar, no te voy a mentir... Sí...

—No. No es nada grave. Nada físico, al menos.

—¿Iris está contigo?

—No, ella está en clase. Mira, necesito tu ayuda.—Me mordí el labio inferior mientras me miraba en el espejo del baño, intentando ocultarme de la mirada de los demás.

—Claro, lo que necesites.—Escuché que me susurró con voz suave.

Le indiqué la dirección y en media hora estuve en su coche, rumbo a Madrid.

—Tranquilízate, de verdad, Julia. Que se va a solucionar. A ti te han dado siempre la beca. No te la van a quitar ahora.

—No lo sé, Bruno. No puedo evitar estar preocupada.

—¿Por qué?

—Como si no lo supieras... Si no me la conceden tendré que decirle adiós a la universidad y a todos mis sueños de un plumazo.

—Qué intensita eres a veces, chiquitina.

Aparcamos en la Plaza del Carmen, cerca del Teatro Príncipe. Si hubiéramos ido en otro momento y bajo otras condiciones, habría disfrutado como una enana de aquella escapadita. Pero no. Y es que todo se torció después. Fuimos a pie hasta el Ministerio de Hacienda. Yo tomaba la mano de Bruno con muchísima fuerza, y él no se quejó ni una sola vez. Es más, de vez en cuando ejercía cierta presión, siempre que me veía con la nariz arrugada de la preocupación. Fue un tremendo alivio sentir su apoyo incondicional allí presente. Sin embargo, cuando terminamos por los pelos porque estaban a puntito de cerrar y una vez que me indicaron la documentación que me faltaba y el papeleo estuvo correcto, nos marchamos en dirección de vuelta al coche. Teníamos que regresar, y nosotros seguíamos con las manos completamente cogidas. Bruno se mostraba demasiado cariñoso, como nunca lo había hecho. Casi de un modo retorcidamente cercano al romántico... Sí. Ahí fui consciente. A ver, era cierto que él había sido mi primer amor platónico, por decirlo de

una bonita manera. Todos lo supieron. Mi madre, sus padres, él mismo. Claro que yo tenía doce años, y él casi era mayor de edad. Lo que cambiaban las cosas, ¿no? Y el ambiente, que se enrareció. Al menos por mi parte. Casi cuando estábamos en la autovía, paramos a hacer un pedido de comida basura para tomarlo de camino a casa. Nos habían dado las tantas. Yo le agradecí la ayuda. Se había tenido que marchar por una «urgencia familiar». Nunca fui más consciente de aquella connotación. Me recordó una promesa que me había hecho una vez: haría lo que fuera por mí. Me quería demasiado para negarse. Ahora mi preocupación se centraba en de qué manera me quería. Y cómo me miraban aquellos ojos verdes traviesos. Y nos despedimos con la invitación de una cena por mi parte. Se lo debía. Además, quería ver si mis sospechas eran producto de algo o solo había sido mi cabeza, la ansiedad y los nervios. Deseaba que fuera lo segundo. Solo por no complicarnos más la vida, que parecía bastante torcida. Lo que me parecía horrible era que yo no albergaba en mi interior ningún sentimiento parecido a los que él parecía mostrar, y eso me angustiaba a niveles insospechados.

Llamé a mi madre en el silencio cómodo de mi habitación, después de haberme dado una duchita y haber calmado mis nervios. Estaba metida en la cama a las ocho de la tarde, pero es que me encontraba agotada. Se lo conté, claro. Después de haber encontrado la solución, no tenía ningún sentido ocultárselo. Sin embargo, las noticias no acabaron ahí. Yo ya se lo había notado en la voz, más llana, sin fuerza que de costumbre, pero lo había dejado pasar. Nunca hay que dejar pasar nada, ¿me oyes? Eso solo trae los problemas. Está más que comprobado. Míranos. Mi madre puso la guinda al pastel cuando soltó por la boca que la semana siguiente le darían los resultados de la analítica. Sí, esa que supondría un cambio, un todo, en nuestras vidas; ya que, si salía positiva, tendríamos vía libre para la operación. Pero si salía negativa...

Hola, nervios, estrés, agobio y ansiedad. No os echaba de menos.

Capítulo 13

En el tren

El escenario para nuestra segunda vez fue el siguiente viernes. Nosotros no lo sabíamos, pero los viernes y domingos eran nuestros días. Ambos cogíamos el mismo tren en la misma dirección, a veces, de ida; otras, de vuelta. Y, sobre todo, por el mismo motivo. Y lo que llevábamos guardado por dentro era tan peligrosamente parecido y lo sufríamos de forma tan distinta que ni se parecía. Era una cosa de locos. ¿No? Antes creía que la loca era yo, pero es que de verdad que la situación me acompañaba... En el asiento que quedaba justo a mi lado sobrevivían unas flores un poquitín demasiado espachurradas. El agua goteaba de sus tallos, dejando un rastro húmedo a su paso. Afuera, en las calles salamanquesas llovía. Yo también lo hacía, aunque no de un modo visible.

Aquella vez nos habíamos colocado en sitios distintos. Bueno, la que se cambió en realidad fui yo. Desde hacía muchísimo tiempo tenías tu sitio casi reservado en exclusiva para ti. Los pasajeros veteranos los poseían. Era casi una regla no escrita. Además de que se diferenciaban a simple vista. El que estaba acostumbrado a viajar entre vagones, frenazos intempestivos, saludos con los seguratas, medias sonrisas, el sueñecito que sucumbía a los más exhaustos; de los que no despegaban la vista del cristal, del panel que avisaba sobre el

recorrido, solían llevar los *tickets* del viaje en las manos y unos nervios que era agradable para las personas en las que se fijaban en las pequeñas cosas que tiene la vida. Personas como yo. El caso es que aquel día yo no noté tu presencia hasta que decidiste cambiarte y alegrarme la vista. O la vida. Lo mismo era. Porque tú sí que me viste. Y sí, lo reconozco. Estaba en mi mundo de concentración en la nada. Entiéndeme, había pasado una pésima semana, casi había perdido mi cabeza por el asunto de mi madre, había faltado a clases, no había prestado la suficiente atención a mis amigas (en aquel momento, Bruno ocupaba mis pensamientos). Ni siquiera me había enterado de que Natalia había encontrado trabajo de no ser por Iris. Mi mejor amiga me bajó de las nubes soltándome con la boca bien abierta y grande un reproche merecidísimo. Tampoco fui al gimnasio, en el que por casualidad coincidía con Isaac. Y además, para más colmo, me encontraba en la peor semana del mes.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Eh?

Te lo estoy diciendo. Estaba ida. Nos habíamos saludado con un simple «hola», muy educado por tu parte y distraído por el mío. No me había ni fijado en que aquella vez llevabas tus gafas de vista que te hacían parecer mucho más intelectual. Y ni hablemos del atractivo... Me lograste sacar una pequeñita sonrisa vergonzosa.

Te quitaste el pelo de la frente. Ese tic que tenías que me gustaba tanto y que lograba distraerme más todavía. Como a un tonto un lápiz. No me di cuenta de que nos quedamos sin hablar un rato, porque los dos, los dos, estábamos perdidos el uno en el otro. Tus ojos tristes, escondidos detrás de aquellas gafas de estilo clásico de Ray-Ban. El lunar. La camisa en tono azul cielo que se te ceñía a los brazos y con la que tenías un aspecto desaliñado porque el pico del cuello estaba un poco doblado.

—Estás triste.

Quiero que me expliques cómo lo hacías. Cómo conseguías saber cuándo se avecinaba la tormenta antes incluso de que se acabara la calma. Cómo me conocías mejor que yo misma. Porque yo también quiero. Lo quise contigo.

—Supongo que tengo un mal día.

—Bueno... en cuanto a eso soy un experto.—Quisiste bromear,

pero te salió más bien el tiro por la culata. Yo calaba a las personas que lo sufrían todo y se lo callaban. Y siento decirte que mi radar contigo iba a explotar. Yo quería eliminar aquel naufragio de tus ojos. Solo tenía que averiguar cómo.

—En otra situación te diría que pensases en la suerte que tiene el día de tenerte a ti.

Me sonreíste enseñando los dientes, y yo sentí cómo se me erizó la piel. Como aún lo hace cuando estás cerca.

—¿Y qué tiene de diferente el día de hoy?—Cruzaste las piernas, dejando a la vista unos calcetines que ya habían disfrutado de sus mejores días. Y volví mi atención a tu rostro. Dejaste las gafas a un lado. Supuse que porque solo las necesitabas para ver de cerca, para trabajar con el ordenador, leer un libro o estudiar los rasgos de un rostro. Deseé que fuera el mío—. Espera... No, no. No eres de las personas que no siguen sus propios consejos.

—¿Y qué clase de persona soy?

Mientras nosotros nos sumergíamos en una de las conversaciones más interesantes que había mantenido (una de las primeras, porque contigo siempre fue así: nos faltaba tiempo para contarnos el todo y el nada), la vida seguía su cauce, se escuchaba de fondo a un bebé llorar y se podía oler la napolitana de chocolate que se estaba merendando el señor cincuentón que teníamos por vecino, dos filas de asiento más adelante.

—De las que siempre hacen lo que quieren. Y les da igual el resto.

—¿No es demasiado?

El flirteo era evidente, por parte de los dos. Así que espero que no estés negando con la cabeza cuando leas esto, sino sonriendo con la boca bien abierta, con la sonrisa con la que me arrebataste el corazón.

—No para ti.

—Vale. Puede que tengas razón. Pero una también tiene sus responsabilidades.

—¿Y esas cuáles son?

—Se supone que tengo que entregar una crítica. Pero así es imposible.

Normalmente no eras tan abierto con los desconocidos, ni siquiera con los conocidos. Qué digo, ni con tus amigos hablabas tanto y de esa forma tan cantarina y armoniosa. Al final resultó que tu pequeñita

debilidad era yo. No te lo vas a creer, pero te sentaba fenomenal. El ser feliz. Porque encantador, caballeroso y estar atento ya formaban parte de tus virtudes. Solo te faltaba quitarte de encima esa nubosidad que lo aplastaba.

Permanecías allí. Quieto. Con el ordenador sobre tus rodillas, con la pantalla medio baja y toda la atención puesta en mí. Con los ojos brillantes como quien está mirando algo que sabe que nunca tendrá. Que sabe que es un tesoro.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Suspiré otra vez, decaída. Tú estiraste las piernas, que se encontraron con las mías.

Retorcidas.

—Qué. Cuándo. Cómo. Dónde. Quién. Estoy cansada de buscar las respuestas.

—¿Qué es lo que te apetece?

—La verdad es que me encantaría bajarme del tren e ir a cualquier teatro o cine de esos pequeñitos, en los que ponen cualquier cosa de bajo presupuesto, pero que vale su peso en oro. Y comer palomitas. Oh, Dios. Lo que daría ahora por unas palomitas.

—Bueno. Eso ahora no lo puedes conseguir. Pero yo tengo un portátil enchufado a la red. Y no tengo palomitas, pero sí unos bombones que saben a cielo. Y estoy dispuesto a compartirlos contigo.

Y eso fue suficiente. Lo conseguiste. Me trajiste de vuelta, me devolviste las ganas. Y gracias, gracias por eso y por lo demás. Por todo.

—¿Hablas en serio?—pregunté alzando las cejas y lamiéndome los labios—. Es bastante raro y lo es más que me apetezca más por eso. Pero... ¿en qué plan?

—En el que dos personas están hartas de trabajar y necesitan un rato de tranquilidad. Y si lo pasan en compañía, mucho mejor.

Así que sí. Me puse a tu lado. Hombro con hombro. Codo con codo. Y los nervios por dentro. Tú le diste al *play* y te tragaste dos horas de una película (e historia) que te horripilaba, solo por mí. Como tantas veces hiciste. Como otras tantas cosas. Sí, aquello fue un gesto precioso por tu parte. Verdaderamente bonito.

***

Nada más llegar a casa, me la encontré vacía. Subí las cosas al cuarto, puse las flores en el jarrón. Y como el reloj de cuco marcaba ya las nueve de la noche pasadas y mamá estaría a punto de volver a casa, me puse con la cena. Preparé unos platos al más puro estilo mexicano. Hice unas fajitas con carne picada, ensalada y tomate—me tiré bastante rato porque yo misma elaboré la masa—, y después, busqué la bolsa con los nachos y el guacamole. Hasta puse la mesa y la decoré con unas velas. Me gustó tanto cómo quedó la estética que subí la foto a las *stories* de Instagram. Me sorprendí cuando me la contestó—a los pocos segundos— Isaac con el emoji ese que se le cae la baba, sabes de cuál te estoy hablando, ¿verdad? Una segunda notificación sonó, avisándome de que había enviado otro mensaje, justo cuando se abría la puerta de casa. Dejé el móvil allí sin mirarlo.

Mamá había pedido un taxi para volver y llevaba la bolsa de deporte encima de las piernas, mientras que empujaba la silla de ruedas con sus brazos. Al verme, una sonrisa le brotó en el rostro. Yo me acerqué a ella, temblorosa, llena de nervios por lo de esa noche. Me quería mostrar segura cuando no me sentía así en absoluto, pero quería parecer valiente delante de ella, y quería que supiera que todo iría bien. Pasase lo que pasase. En cambio, ella, con sus ropas de deporte, el top y los pantalones a juego, el pelo—tan parecido al mío — recogido en un moño, y los mechones sueltos, pegados en la nuca por el sudor. Con la cara brillante por este. Parecía la serenidad en persona. Quizá fuera por su estrella. Con la que nació. Nunca me pareció más bella y feliz. Y más en aquel momento. Por aquella razón.

Tuve que esperar a que se duchara y se vistiera otra vez. Decía que el festín que había preparado y la ocasión lo merecían. No era para menos. Incluso se maquilló, dándose color en las mejillas, que la hacía parecer más joven de lo que era. Y se calzó sus tacones favoritos. Supuse que la respuesta era un «sí» como una catedral, porque no sabía a qué venía tanta felicidad, llegando a mis mismos niveles cuando estaba normal. Hoy no. Y no entendía cómo no estaba a nada de tener un infarto, porque yo me encontraba justamente así.

Cenamos sin ver la televisión, y prácticamente en silencio. Me estaba muriendo por dentro, y ella no hacía otra cosa que remover la

comida (cuando yo no paraba de masticar y tragar, angustiada) y comentaba de vez en cuando que estaba encantada de que ya no estuviera ahí porque estaba adelgazando, la muy... ¡pero si era ella la que se lanzaba a los dulces como si no hubiera comido en su vida! Pero sí que estaba más delgada, y en forma. Y estaba contenta por eso. La autoestima, que es muy hija de puta con todas nosotras. No se salva ni una.

La velada, en general, fue muy agradable. Hasta que llegó el momento de abrir el sobre (aunque yo me había jurado que lo tenía que haber abierto antes que yo, porque ese humor no era tan propio de ella). Sin embargo, ahí estaba. Largo, grueso, e imponiéndome más que las notas de selectividad. Lo abrió con una mano, porque la otra estaba agarrada a la mía. Y solo te voy a decir una cosa: una lágrima de felicidad rodó por sus mejillas, estropeándole el maquillaje a su paso y mejorando su calidad de vida, a la vez.

Me reitero. Nunca me pareció más bella y feliz.

***

En el tren

Eso era lo que me pasaba el domingo. A eso se debía mi gran humor y esas ganas de vivir que tenía, que llegué a contagiarte. Por eso te conté un tema tan personal aquel día, el mismo que pronunciaste mi nombre y yo memoricé el tuyo. Parecíamos estar conectados, como si ambos supiéramos la importancia de aquel momento y la repercusión que tendría en nuestras vidas. Aquella tensión, el tira y afloja y la complicidad... fueron magia.

Algo me decía que te buscara, me lo pedían las entrañas, la piel me picaba hasta que te encontré. Llevabas la misma camisa que hacía tres días y me dio exactamente igual. Yo llevaba nuestro vestido favorito (porque era el favorito de los dos), junto con una chaqueta de lana por encima, y no me pasó desapercibida la mirada que me echaste. La que provocó que el pulso se me acelerase y deseara besarte por primera vez. Ojalá pudiéramos volver a vivirlo todo otra vez.

—Buenas tardes, Julia.

Abrí la boca y la cerré, totalmente aturdida. Me dejé caer en mi sitio habitual.

—¿No crees que estás jugando con ventaja? Te sabes mi nombre...—Caí en la cuenta de que yo no te había dicho cómo me llamaba, así que me pregunté en voz alta—: ¿Cómo sabes...? Yo el tuyo no...—Y me interrumpiste con tu risa.

—Cuando se te cayó el libro pude verlo. Y nunca me habías preguntado mi nombre.

—¿Y es...?—Puede que me estuviera mordiendo el labio a propósito, lo admito.

—Alexander.

—Alexander.—Repetí. Cerraste y abriste los ojos rápida y bruscamente. Como si estuvieras disfrutando de aquel sonido que salía de mi boca. No voy a decirte que a mí me pasaba lo mismo, que el timbre de tu voz, grave, fuerte y sofisticado, me hipnotizaba. No te lo voy a decir porque eso sería bailarte mucho el agua y ya lo hice bastante.

—Y no, no puedo tener ninguna ventaja.—Te inclinaste, y a mí me llegó el olor de tu perfume, o puede que fueras tú mismo. Porque siempre olías de aquella manera tan especial. A fresco, a la hierba recién cortada. A limpio. Lo confieso, yo me enamoré de ti en ese momento—. Porque esto no es ningún juego.

Saboreé esas palabras antes de contestar.

—Para no ser ningún juego, estoy pensando que me sigues.

—Yo podría decirte lo mismo... ¿Qué tal el fin de semana?—preguntaste.

Y me salió de dentro. Tal era la emoción que no sabía que guardaba, que no pude evitar echarme hacia delante y poner una mano en tus piernas.

—Estoy—hice una pausa, para darle más emoción— en éxtasis.

Creí verte tenso por un segundo, pero mudaste tan pronto la expresión que después pensé que había sido cosa de mi imaginación. Te alegraste por mí como si te hubiera pasado a ti mismo. Y eso era lo que yo estaba buscando en una persona. En ti.

—¿Y eso por qué?

—Me han dado una noticia fantástica—admito que chillé un poquitín, pero a ti se te agrandó la sonrisa y se te achinaron los ojos

de esa manera que me encanta, así que no me arrepiento de nada.

—¿Y se puede saber cuál?

Me aparté el maldito mechón que se me pegaba a los labios, colocándolo detrás de mi oreja.

—Es...—Fruncí mi boca. De repente, me pareció que me había pasado. Era algo demasiado íntimo. Pero es que contigo me pasaba eso. Sentía que te conocía desde siempre. Lo siento por utilizar esa palabra. Pero es la verdad—. Se trata de un tema de salud. De la familia.

Vi la confrontación en el fondo de tus iris. Decían que eran un espejo de lo que sentíamos. Quizá fuera de verdad. Ahora lo creo. Luego vi la determinación y el entendimiento. No te faltó nada más que decir.

—Me alegro de que hayan sido noticias buenas.

Se me encendieron las mejillas.

—Gracias—y lo dije de corazón.

—No, Julia. Gracias a ti.

Con el tiempo, aprendí que te referías a otra cosa. Mucho más grande, inmenso. Diferente. Nuevo. Que se encontraba por encima de nuestras posibilidades y se nos escapaba de nuestro control. Te referías a nosotros.

Capítulo 14

Sigo creyendo firmemente que las patatas fritas deberían considerarse la octava maravilla del mundo. Es la comida, aperitivo, *snack* perfecto. Lo que te consigue quitar el gusanillo. ¿Qué quieres picotear algo a las doce de la mañana? ¿Mientras almuerzas? ¿Cuando estás de fiesta? Unas patatas. Normales, estilo fajitas, *deluxe*, *curly*, bravas. Con ketchup. Con mostaza y miel. O con queso. Qué más da. Están deliciosas. Y fue justamente eso lo que pedimos el día que quedamos todos (chicas y chicos incluidos), en el sitio donde trabajaba Natalia. Una hamburguesería al estilo americano. Era lunes, y era pronto, la hora que no sabes si decir buenas tardes o noches, así que estaba bastante tranquilo. Y nuestra amiga se pudo coger el descanso en ese momento. Tenía media hora antes de volver y que empezara la hora punta. Estábamos las tres, Eloy e Isaac. Nos habíamos reunido para celebrar—en pequeño comité— el asunto de mi madre; sin embargo, mientras íbamos de camino, nos encontramos con los chicos. Y yo estaba de tan buen humor que los acabé invitando, y ellos no perdieron la oportunidad de unirse.

Nos lo estábamos pasando en grande con las anécdotas que relataba Natalia en la única semana que llevaba de trabajo. Desde unos guiris que habían intentado ligar con ella, el susto que se había llevado (más de una vez) porque no le cuadró la caja en uno de los

días que le tocó de cierre, hasta...

—No, es que lo último que me esperaba encontrar era un bicho como mi mano de grande allí. Es que me quise morir.

Yo me reí. Era tan graciosa la forma en que lo contaba. De verdad que Natalia era de esas personas que, con solo verlas, no puedes parar de reír.

—¿Qué hiciste?

Isaac intentaba encenderse un cigarro; digo intentar porque, con el viento que había, le tuve que hacer de pared con mis manos para que pudiera prender la mecha. Porque nosotros tuvimos la idea genial de elegir la terraza aquel día de mediados de octubre. A las ocho de la tarde. A unos diez, puede que doce grados.

—¿Qué coño iba a hacer? Tiré la basura allí y hui.

—Yo no hubiera vuelto en la vida.—Me eché el pelo hacia atrás, girando la cabeza al otro lado. Miré a aquel chico latino, que era más atractivo por sus formas que por los cánones de belleza simples y llanos a los que estábamos acostumbrados.

—Eh, ¿por qué no compartes un poquito?

Él se me quedó mirando, sonriendo, con la lengua queriendo salir, entre los dientes. Y luego, se miró la mano que sujetaba el cigarro y lo vi arrugando sus cejas.

—¿Fumas?

Me encogí de hombros.

—A veces.

Me lo pasó, reajustando su postura para quedar muy cerca de mí. Yo me di cuenta. Iris también. Y Natalia. Incluso el bicho ese se habría dado cuenta si hubiera estado ahí.

Me sentí rara, pero lo dejé pasar, mientras soltaba el humo por la boca.

—Es como yo—habló la pelirrubia—. Lo dejamos para ocasiones especiales. Para las buenas noticias.—Y me guiñó un ojo.

Yo me reí después de dar otra calada y devolvérselo al chico que estaba a mi lado.

—Exacto.

—¿Y qué estamos celebrando?

Iris me miró circunspecta. No, no se lo había contado a su novio. Y no porque yo se lo hubiera pedido, si no porque ella comprendía

que era una cosa mía, personal, y que era yo la que debía contarlo si quería. Natalia tenía los labios rectos, finos, serios. Se lo había contado antes. Por mensajes, y se había alegrado mucho.

—Van a operar a mi madre—lo dije abiertamente, en voz alta y muy feliz. Por fin todo iba a mejorar—. Tuvo un accidente y casi...—Por el otro lado, Iris me apretó la mano y yo le sonreí—. Bueno, que tiene dificultades para caminar y necesita esa operación. Y ya le han dado el sí.

Natalia aplaudió y se levantó para darme un gran abrazo. Eloy me felicitó, diciendo que se alegraba. E Isaac se llevó el cigarro a lo boca, para sostenerlo... y abrió sus brazos. Yo me pegué a él.

Pero ahí estaba mi mejor amiga, para rebajar la tensión y quedar como la gran idiota—querida— que es.

—Luego están las veces que fumamos porque estamos de fiesta y nos apetece, sin más.

Su novio, que estaba dándole un beso en la mejilla en ese momento, bromeó con que ese hecho era una rareza total en los jóvenes de hoy. Y todos nos reímos. Nuestras carcajadas se quedaban recogidas en aquel espacio y dibujaban el ambiente mucho más apacible, más cálido.

—O... por desamor—dije señalándola con mi dedo índice.

—Pero...—agregó, y le dio una palmada a Eloy, para que tuviera las manos quietecitas—. También por amor.

Y a mí, en ese momento, me vinieron unos ojos tristes a la cabeza. Como si fuera un *flash*, y tu sonrisa, una postal. Y tu nombre. Como si fuera un fogonazo. Supongo que fue, aquel día, el primero de muchos en el que te eché de menos. Fíjate tú hasta qué punto estaba ya la cosa. Jodidísima. Y me lo callé, mientras escuchaba a mi mejor amiga parlotear que se había enterado de que una compañera de clase se había operado el pecho y que por eso había faltado a las clases, me lo callé mientras seguía fumándome el cigarrillo de Isaac, haciéndome la tonta, como si no pasara nada. Posando para las *stories* de Natalia, y hablando por audio con sus hermanos (nos habíamos aficionado a hacerlo), y seguí callada escuchando el monólogo que se había marcado Eloy en tres segundos.

Porque también me di cuenta de que estaba rodeada en ese momento de personas maravillosas, de que el mundo puede ser un

lugar superbonito. Y que son las personas las que hacen que merezca la pena. Y no, no las tenía todas conmigo. Y mucho menos con nosotros. Pero sabía que los tenía a ellos. Y eso no lo cambiaba por nada en el mundo.

***

Estaba escuchando música en mi habitación, pasando del clásico *Zapatillas*, de El canto del Loco, a una un poco más actual de Maldita Nerea. Sí, yo moría con el pop español, sobre todo de los 2000 hasta hoy. Mientras cantaba las últimas letras y la melodía se fundía y se perdía en el aire... solo pude escuchar los primeros segundos de la siguiente, cuando el sonido se volvió estridente e insoportable. Me quedé mirando con indignación el reflejo contra el espejo. En pijama, con un moño totalmente despeinado, descalza, y con el mando de la televisión por micrófono, me sentí ofendida de que me hubieran interrumpido el concierto.

Cogí el teléfono móvil y me tumbé en la cama incluso antes de mirar quién era. Quizá fuera mi madre. A lo mejor se le había pasado comentarme algo en la llamada habitual y rutinaria de después de cenar, sobre las diez y media de la noche. Solamente había un problema, y es que era casi la una de la madrugada, así que me preocupé. Y la preocupación me duró medio segundo, que es lo que tardé en contestar la llamada al ver quién era.

—Hombre—dije alargando la «e», mientras miraba el techo y jugaba con mi pelo—. Si es el señor desaparecido.

Su risa ronca me llegó a través de las ondas electromagnéticas y me sentí bien. Era bueno saber que podíamos seguir igual.

—Tú sí que estás desaparecida. Cada vez que voy al piso y no te veo, se me parte el corazón.

—Claro.—La ironía era notable en mi voz. Eso me había dejado un poco rota. No sabía que había estado viniendo.

—Te lo juro. Cada fin de semana voy, y tú no estás.

Arrugué la nariz.

—No jures, que está feo.

—Pues, entonces, te lo prometo.—Iba a producirse un silencio, pero él lo cortó antes de tiempo—. Bueno, ¿qué? ¿Vas a tardar mucho en bajar?

Me di la vuelta en la cama, quedando bocabajo, y tan rápido que se me cayó el cojín de unicornio que había traído de casa.

—¿Qué dices?—pregunté, por completo seria. Me estiré como buenamente pude para rescatar el cojín.

—Estoy abajo, en la puerta de tu casa.

—Claro, Bruno. Y yo soy la reina de España.

Otra risa. Seguro que habría agitado la cabeza, como siempre hacía.

—Julia, tengo un paquete de pipas que lleva tu nombre y las escaleras están esperando que las deleitemos con nuestros culos. O bajas tú o subo yo a por ti. Y mira, te agradecería lo segundo, porque se me están congelando las pelotas.

—Vale, vale. Espérate que avise a tu hermana y que me vista.

En el tiempo que el ascensor tardaba en bajar los seis pisos, Iris se había quejado unas trescientas treinta seis veces. Todavía seguía despierta, pero decía que la había sacado de la cama a esas horas solo por estar en un parque, con su hermano, y a diez grados. No paraba de bostezar y de decir que tenía un frío que creía que se moría. Y ese fue el tema de conversación un largo rato, hasta que empezó con las pipas y se calló. Yo, que aunque tenía la nariz roja y me sentía tocada la garganta por el cambio de temperatura, no dije ni una palabra. Vestida por los pies con las zapatillas de andar por casa (de conejitos, muy adorables) y los pantalones del pijama, y arriba, con el abrigo, no se me ocurría una mejor manera de pasar la noche que allí, a la intemperie, y con mis dos mejores amigos.

Bruno se movió, dando una vuelta al banco donde estábamos sentados (que habíamos sustituido muy rápido por las escaleras. Respaldo lumbar: 1 - Barandilla: 0). No voy a mentir y decirte que no le pegué un buen repaso. Llevaba unos vaqueros ceñidos a las piernas y desgastados—eran viejos de verdad, lo sé porque me acuerdo cuando Susana le cosió aquel parche que tenía pegado en el trasero—. La sudadera se dejaba entrever entre el cuello y todo el embrollo del chaquetón. Aun con tanta ropa, se veía que tenía muy buen tipo.

Aunque no fuera el mío. Terminó colocándose a mi lado, apoyando su cabeza en mi hombro, y yo la mía, en la suya, hasta que lo escuché bostezar. Iris se nos había quedado dormida, en el otro lado, con la cabeza en mis piernas y estirada en toda la plenitud del banco, con los pies colgando. Eso nos había proporcionado la intimidad suficiente para la conversación que queríamos mantener. Recuerdo la pena y el apuro que me daba que fuéramos por distintos derroteros. Y mira que lo intenté evitar. Pero hay cosas que son inevitables, por mucho que nos esforcemos. Igual que nosotros no pudimos parar lo que sentíamos ni la situación con la que nos encontrábamos ni las consecuencias que se produjeron.

—¿Por qué has venido?

Él se irguió, mirándome a los ojos, con una intensidad que me dejó helada, pero menos que justo después.

—Te tenía que decir una cosa.—Creo que el corazón se me paró al instante. Las manos me empezaron a sudar, e incluso me mareé—. Felicidades... por lo de tu madre. He hablado antes con la mía por teléfono y me lo ha contado. Ya sabes cómo es. Obviaré que me siento un pelín despechado por no haberme enterado por ti.

Tragué saliva a medida que asimilaba lo que acababa de decirme. Y no pude evitar que se me escapara un suspiro lleno de alivio, y me arrepentí al momento. De verdad, lo que menos deseaba era hacerle daño. De cualquier forma.

—Oye... no sé qué estarías pensando, pero ¿sería tan malo?

Los dos éramos conscientes de lo que estaba ocurriendo. Vi cómo entrecerraba los ojos analizando las posibilidades. Yo me mordí el labio, incómoda. Alcancé sus manos y las entrelacé con las mías.

—Lo siento... Gracias. Yo... pensé que...

—¿Sería tan malo?

Me lo quedé mirando lo que me pareció una eternidad. Fui testigo en primera línea del dolor cruzándose por su rostro. Y me odié por no sentirlo como él. Era guapo, era atractivo, divertido, gracioso, interesante... ¿por qué no me encajaba? Nunca había pensado en él de aquella forma en la que me miraba. Al menos no de verdad. Incluso hacía años, cuando seguía teniendo una visión infantil de las relaciones, casi idealizadas. Sin embargo, aquella mirada era muchas cosas de las que nunca habíamos sido. Pensé que quizá no lo había

intentado. Porque simplemente nunca había pensado en aquella posibilidad. Por muy remota que fuera. Porque esto era la realidad.

—No lo sé—dije.

Y me equivoqué. Rotundamente. Ahora soy por completo consciente de ello. Porque eso llenó de esperanzas a su corazón, y a su mente, de confusión. Sí, yo provoqué aquello. Provoqué el efecto mariposa y eso bastó para que las piezas de dominó cayesen una a una. Ver la realidad distorsionada es lo peor que podía pasar, y eso fue lo que nos pasó. Eso fue lo que lo jodió todo.

—Una cena. Solamente una. ¿Qué puede pasar, eh?—Lo miré arqueando las cejas—. ¿Que te bese y que me pegues una hostia porque me he pasado? ¿O que te bese y te guste?

Le di un manotazo. Me pareció mal hablar así y delante de Iris. Como si no fuera lo correcto, como si no fuera con nosotros. Y ahora sé por qué. Lo nuestro no tenía ningún sentido. Estábamos destinados al fracaso. Y aun así, lo intenté.

—Está bien. Pero invitas tú.

Capítulo 15

Noviembre

En el tren

Después de dos semanas siguiendo nuestra rutina, no te sorprenderá saber que me acostumbré a ti. A pesar del poco tiempo que nos conocíamos, yo quería más. Cuando la semana se me antojaba pesada y aburrida, no hacía falta obligar a mis pensamientos a que se desviaran. Porque no me costaba en absoluto hacerlo. Y sin pretenderlo, al menos, una parte de mí (porque creo que mi subconsciente me acercaba a ti) me encontraba imaginándote. Recreaba los momentos que habíamos vivido y fantaseaba con los próximos que tendríamos. Incluso me aterraba que no se dieran más ocasiones para disfrutarlos.

Y sí. Admito que me arreglaba de más cuando en mi interior sabía que te vería. «Arreglar». Metafóricamente hablando. Ya me conoces. Elegía la ropa que me gustaba más y me quedaba mejor. Cuando me maquillaba, me daba cuenta de que tardaba más de lo normal porque le prestaba más atención a la piel y a que quedara perfecto. Y me esforzaba por peinarme un poquito más. Me preocupaba y hacía malabares durante la semana para que justamente se diera la casualidad de que el viernes, que era cuando nos veíamos, me tuviera que lavar el pelo. Quiero pensar que lo hacía por mí. Me gustaba

sentirme guapa, que me subiera la autoestima. Que me reforzara la seguridad que a veces no sentía. Querría pensarlo. Pero sé que tuviste que ver en el proceso. Y mira, te lo agradezco. Porque en parte me ayudaste a quererme más y mejor. No solo en ese aspecto, sino en todo lo demás que sí importa. En lo que llevamos por dentro.

Antes de entrar en la estación, paré en una pastelería. Ya entonces no podía olvidar los bombones que me diste en esa ocasión. Y es que te tengo que dar la razón: eran los mejores bombones que había probado en toda mi vida; y por lo que pude ver e intuir, supe que te había costado un poquitín cedérmelos. Así que quise recompensártelo.

—¿Quieres?

Ya en mi sitio, en nuestros sitios habituales, me dejé caer cuando deposité las cosas encima de nuestras cabezas, en el hueco que había específicamente para las maletas.

Tú alzaste la cabeza y te recolocaste las gafas, mientras te pasabas la lengua por el labio, en un acto reflejo, y yo me obligaba a mí misma a quitar la vista de aquella fruta prohibida.

—Vaya...—Se te notaba la sorpresa en tu voz. Y la alegría que te brindé con ese simple gesto—. Por educación debería decirte que no.

—Conmigo puedes dejar los modales a un lado. Vamos a soltarnos el pelo los dos juntos.

Esa vez me senté directamente a tu lado. Como si fuera lo más normal del mundo y lo hubiéramos hecho infinidad de veces. Como si tuviera que ser así. Se sentía de ese modo. Me quitaste la palmera de chocolate y la partiste en dos. Hiciste el amago de llevarte el trozo más pequeño.

—De eso nada.—Le di un mordisco a ese trozo que tenías en tu mano. Tú te reíste a la misma vez que se te caían unas migajas encima de la ropa, en ese jersey que tenía el mismo color que tus ojos. Con el que se me caía la baba porque no había persona más atractiva que tú.

—Bueno, pues muchas gracias.

Abrí mi bolso mientras dejaba las flores, esta vez unos tulipanes, sobre mis rodillas. Busqué las servilletas que había cogido antes y nos las repartí. Ambos nos quedamos en silencio, y en nuestro pequeño metro cuadrado, solo se oía el crujir de aquella bollería que estaba de muerte.

—Está muy buena—comentaste mientras te limpiabas la boca.

Asentí.

—La mejor de la estación.

—¡Cuidado!—Me asustaste, no te lo voy a negar. Menudo respingón pegué—. Te vas a manchar.—Tu voz se fue apagando cuando la gota de chocolate cayó directamente sobre mi pecho, formando una lágrima—. Tarde.

Me miré el pecho. Tú también me lo miraste.

—Ay, jo.

Alcé mi mano, dispuesta a quitar la mancha que había arruinado mi jersey de cuello alto. De color blanco y manga larga, llevaba un juego de collares en color dorado que le daba un toque distintivo. Mierda, recuerdo que pensé: «Mi *outfit* por completo arruinado». Me cogiste la muñeca con tu mano y... mierda otra vez. De repente, estabas peligrosamente cerca.

—Cuidado—susurraste para luego negar con la cabeza—. Eres un desastre.

Fue tu turno de coger la servilleta, aproximarte a mí—en, a mi parecer, un ritmo demasiado lento— y mirarme a los ojos, con una expresión por demás educada y tierna.

—¿Puedo?—Yo asentí con mi cabeza, y aquella mancha desapareció, dejando solo un leve rastro tras su paso—. De este modo, ya casi no se nota.

Admito que no te estaba escuchando, pero era porque no podía apartar los ojos de ti. Todo entero.

—Gracias. Un poco desastre sí que soy—admití.

Te guardaste el pañuelo en el bolsillo del pantalón negro de pinza y luego te pusiste a buscar algo en tu maletín. Me perdí en tus manos, en los dedos tan finos y largos y tan...

—No quería decir...

—Ya, ya lo sé. No te disculpes por eso.

Me eché para atrás, apoyándome en el ventanal, evitando todo contacto contigo. Porque hasta ese mismo momento nos estábamos rozando las piernas, y yo estaba como un flan. Solo por eso, ¿te lo puedes creer? Rescaté el ejemplar con el que estaba trabajando y anoté en el papel lo que no se me podía olvidar. Nunca se me olvidará la cara que pusiste. De verdad, para saber esconder tan bien tus emociones, que parecías guardar con llave. En aquel instante y por

aquella estúpida razón fuiste un libro abierto.

—¿Qué? No es como si fuera una primera edición.

—Y menos mal que no lo es.—Te quitaste las gafas y las limpiaste con una toallita. ¿Quién es capaz de no perder un objeto tan sumamente pequeñito y darle, además, la utilidad que tiene? Por supuesto que tú—. De cualquier manera, ¿por qué lo haces?

—¿El qué?—Volví a sentarme bien y no ocupar tanto espacio porque una pareja de ancianos se había ubicado delante de nosotros.

Porque estábamos tan sumidos el uno en el otro que habíamos perdido la noción del tiempo y ya casi habíamos llegado a Madrid. El tren se había llenado, y nuestro tiempo juntos estaba a punto de acabar. ¿Cuándo empezamos a necesitar más? Yo creo que fue en aquel viaje. Deseé que no terminase nunca. De eso sí me acuerdo.

—Pintarrajearlos.

—Son anotaciones—dije, sin una pizca de humor.

—¿Sabes lo que son los cuadernos?

—¿Nunca te han dicho que no tienes que tomártelo todo tan en serio?—Me mirabas con una incredulidad digna de admirar. Como si fuera un espécimen rarísimo. Y es que lo era—. Vamos. Es papel. Sirve para escribir en él. Su propósito. Además de que lo convierte en algo más real. No has vivido el libro si no lo manipulas. Y deberías leerlas —señalé las notas—, estoy segura de que aprenderías algo.

—Lo he hecho.

Alcé una ceja, ignorando cómo los latidos de mi corazón iban cada vez más rápidos y me ponía nerviosa, como pocas veces.

—¿Ah, sí?

Y tú ladeaste la cabeza, con esa sonrisa segura que me volvía loca.

—Sí, Julia—respiraste hondo—. Y son magníficas.

Me voy a ahorrar lo que vino después. Porque me dejaste sin palabras y con las mejillas coloradas de pura vergüenza. Siempre me ha costado aceptar los halagos cuando van dirigidos a algo relacionado directa o indirectamente con mi trabajo. Pero tú, tú me enseñaste a digerirlas, a aceptarlas con gratitud y una gran sonrisa. ¿Y sabes? Sí que fue aquel viaje cuando quise y necesité más. Porque yo me tenía que bajar demasiado pronto para mi gusto. Y tú habías puesto tu mano en mi reposabrazos. Y buscaste a tientas la mía, con timidez, curiosidad y ganas.

Y no, no se me pasó por alto aquel comentario de la pareja de ancianos—adorables— que teníamos enfrente. Estaban cuchicheando y no lo hacían precisamente en voz baja, que es lo que se espera de los cuchicheos. Aparte de que también nos taladraban con sus miradas y sus comentarios sobre nosotros, demasiado obvio como para obviarlos. «¿A qué te recuerda?», escuché que le preguntaba el señor mayor a su compañera. Y con voz afable y caramelosa que me recordó a las tardes de verano, ella respondió: «A nosotros, ¿a quién si no?».

Capítulo 16

Paréntesis

Yo tenía que coger el tren a las y cincuenta y tres todos los viernes; y por ti, siempre cogía el de menos veinte. ¿Para ti también fue siempre así? ¿Me pusiste por delante? Porque espero que no. Yo, por mi parte, sí que lo hice contigo. Y ahora sé que me equivoqué. Eso no era amor, al menos no formaba parte del amor propio. Pero es que yo quería quererte por encima de mí y de todo lo demás. Gracias que al final tú me enseñaste que el amor es querer bien y libre. Sin limitaciones, con el apoyo incondicional y la confianza que se debe tener. Plena, llana. Consciente e inconsciente. El amor es coger de la mano a la persona que tú eliges y que te elige a ti y compartir la vida que ambos queréis juntos. Y cuando no puede ser, por el motivo que sea (no olvidemos que nosotros no somos los primeros ni los últimos en pasar por esto, por una ruptura que duele más porque sabemos que aún nos queremos y que lo hicimos todo lo bien que supimos hacerlo), solo queda una opción. Y es volar. Y no te olvides, Alex, ni por un momento: sabes y puedes hacerlo. Sin rencores, sin penas, sin llantos, sin reproches. Vuela alto y recuérdame bonito. Sígueme queriendo a pesar de todo. Porque yo lo hago. Y lo seguiré haciendo.

Capítulo 17

Fue un fin de semana horrible. Bueno, en realidad no pasó nada del otro mundo, y la monotonía se hizo eco en toda la casa, puede que en todo el barrio e incluso la ciudad. Pero algo... algo se sentía diferente. Tú también lo notaste, ¿verdad? No paró de llover. Viernes, sábado y domingo. Así que por eso mismo, casi no salimos de casa. Solo para ir a hacernos las uñas con Susana, y para que me echara el sermón de cada semana e intentara sonsacarme información interesante—y quién sabe, ilegal— de sus hijos. Si ella supiera... tampoco faltaron las tres preguntas de Robert, como las 7W en inglés, que se le parecía bastante, solo cambiando las «W», por los «qué tal». «Qué tal la semana, qué tal las clases, qué tal el piso...», y acabando por su: «¿No lo habréis quemado, no?». Aunque, bueno, esta vez varió un poquito, porque al final me dijo (señalándome con el dedo amenazante) que la semana que viene quería ver a su hija. En casa o fuera de esta. Del modo que fuera. Y no se lo discutí. Me parecía un poco feo que Iris no bajara tanto como yo, claro que nuestras situaciones eran completamente diferentes. Mi madre me necesitaba en un sentido literal de la palabra, e Iris se encontraba en un momento en que no es que lo necesitara, sino que quería pasar todo el tiempo posible con su novio. Con su primer novio de verdad.

Claro que una aquí, contigo en la cabeza todos los segundos,

minutos y horas que tiene el día, también necesitaba cosas. En serio, a partir de ahí no te pude sacar de mi cabeza en ningún momento. Ni tu olor, jodido olor que se me impregnaba en todo el cuerpo y que me dejaba más tonta de lo que ya estaba. Ese tira y afloja, esa galantería acompañado de aquel atrevimiento. Estaba claro que lo que querías era matarme.

Y recuerdo dormir mal, comer peor. No echarme la siesta. No hacer nada de la universidad. Pasarme todo el fin de semana melancólica, rara, con una sensación pesada en el estómago. Y todo por ti.

En el tren

Por eso, y sobre todo porque sabía que te vería el domingo, escogí el conjunto perfecto para ocasionar una reacción por tu parte. Aunque fuera solo un pestañeo, algo que me indicara que no era cosa mía, que a ti también te pasaba, que no me estaba convirtiendo en una demente. Además, también tengo que decirte que la «cita» que había estado evitando que sucediera estaba a puntito de ser. Esa noche me vería con Bruno de un modo que yo no estaba segura de querer. Eso sí. Lo organicé bien. Entré con ropa de deporte, te busqué entre la gente, me vine un poco abajo cuando me di cuenta de que el asiento a tu lado estaba ocupado por una chica, y me vine arriba cuando vi que no le hacías ni caso. Que no la miraste como me mirabas a mí. Esas pequeñas cosas son las que marcaban la diferencia, al fin y al cabo. Esperé a que se bajara para ocupar su lugar y no tardé ni cinco minutos en levantarme para ir al baño y cambiarme. Tú te quedaste en el mismo sitio, vigilando mis cosas.

El sonido de los tacones hizo que levantaras la vista. Vi cómo abrías la boca y luego la cerrabas. Y el fuego en tus ojos. Ese también lo vi. Llegué hasta ti y me puse de puntillas para guardar la bolsa con la ropa que traía con anterioridad, y antes de sentarme, me alisé la falda, lo que consiguió que se te agitara la respiración, y yo me tragué la sonrisa triunfante. Luego hice un repaso mental de mi vestimenta: botas altas hasta las rodillas, medias de rejilla, con un lazo detrás de la rodilla, y una camisa ceñida.

Tosiste, gruñiste o te aclaraste la garganta, una de las tres, antes de hablarme.

—Julia.

—Alex.

Me miraste. Era la primera vez que te llamaba así y supe que te gustó. Yo revoloteé mis pestañas hacia ti. Doblaste el periódico que habías dejado de leer hacía rato.

—¿Tienes planes para esta noche?

Yo, como no quería la cosa, estaba quitando los nudos de mis auriculares.

—Pues sí.

—Una cita.

Se me cayeron los auriculares al suelo. Y casi nos dimos un golpe al ir a recogerlos los dos.

—Toma.—Los depositaste en mi mano—. No te preocupes. No quería que te pusieras tan nerviosa.

—¿Cómo dices?

—Es obvio que tienes una cita esta noche... y grandes expectativas. Es normal que estés nerviosa. El chico te tiene que gustar bastante.

—Pues para tu información, chico listo, es un cumpleaños.

Te cruzaste de piernas.

—Entonces ¿no te gusta nadie?

Pero yo seguía a lo mío.

—Además, «¿cita?». ¿Quién lo llama así ahora? Mira, pareces mayor, pero tanto.

—Se llama «educación».—Te recolocaste las gafas.

—Se llama «ser un anticuado».

—Pues, entonces, perdona por lo que voy a hacer: ¿te gustaría tener una cita conmigo? Fuera del tren, por supuesto. Y voy a ahorrarme lo de que invitaría yo porque eso suena demasiado machista y tengo clarísimamente interiorizadas las connotaciones que conlleva, y no es, ni por asomo, mi intención. Solo quiero conocerte mejor.

Eras muy inteligente, eso te lo voy a conceder. También eras de pocas palabras, pero es que no hacía falta lo contrario. Para eso ya estaba yo. Tú hablabas lo justo y necesario, en los momentos más

oportunos. Además, es que decías las cosas más acertadas posibles. Eso me encantaba de ti... El caso es que con ese comentario conseguiste que cerrase la boca. Porque en boca cerrada no entran moscas. Pero tampoco deja lugar para las risas. Así que me reí, mientras te dije que sí.

De aquel día saqué dos conclusiones: la buena era que tenía una «cita» contigo la semana que viene, que era lo que andaba buscando casi desde que te conocí; la mala era que tenía una «cita» con Bruno dentro de una hora, y no había pensado ni una sola vez en él.

***

Bruno me recogió en la entrada de la estación. Llevaba un gorro azul, a conjunto con sus vaqueros desgastados y su sudadera sin capucha. Había llegado tarde, y no me había importado. Porque yo tenía la cabeza en otra cosa, o en otra persona, para ser más precisos.

Con una sonrisa de disculpa seguida de un beso en la mejilla nos saludamos y salimos del centro comercial. Bajamos toda la calle del Paseo hasta dar a parar con un Domino's Pizza. Mis formas y mis ropas desentonaban con todo, aunque yo estuviera más que acostumbrada a ese estilo y me encantase, me había vestido demasiado formal y lo sabía. Incluso traía conmigo lo que podía catalogar como un abrigo de señora. Era excesivo, y aun así Bruno no me había dicho ni una palabra.

Mi mejor amigo no paró de hablar ni por un instante, pero siempre relacionado con su trabajo (lo que a mis ojos parecía bastante aburrido. Y creo que él lo sabía. Pero era su trabajo, su pasión, su futuro). Y sin embargo, no hacía otra cosa que quejarse. No le gustaba la forma en la que trabajaban, porque a veces había que hacerlo de manera grupal y se llevaba bastante regulín con sus compañeros (al final, solo le caía bien aquel chico de la barra, que conocía porque habíamos coincidido el día que salimos de fiesta por separado). Y yo intenté controlarme y me callé como buenamente pude, dejándolo hablar—y desahogarse—, sabiendo escuchar, para luego intentar animarlo (aunque ni yo misma me lo creía), diciéndole que lo mirase

por el lado bueno: que era el primer trabajo que tenía y era de lo suyo. Y que, además, estaba bien pagado. Bruno se rio. De mí. No había quién se lo creyera. Yo siempre había dicho que el dinero no lo era todo. Sí, que podía ayudar y todo lo que tú quisieras. Que lo sé. Por ti y por mí misma. Pero el dinero no daba la felicidad, y tú lo acabaste aprendiendo por las buenas y por las malas.

El caso es que mientras nos comíamos el tercer plato de pizza, ya sabes, por lo del menú bufet que también sabíamos—y sabemos— aprovechar, fuimos cambiando de tema, como un niño que salta de cama en cama. Sin disfrutar, ni saborear, ni apreciar el silencio. Aunque yo me hubiera quedado callada gran parte de la noche (sobre todo, el tramo que duró desde que salimos del sitio y fuimos a buscar una bolera). Y sí, me dolía la boca de reírme, pero no me bailaban las piernas ni sentía nada en el estómago. Y era frustrante, de verdad que sí. Cuando estábamos cambiándonos nuestros zapatos—y mis preciosas botas— por los reglamentarios, yo sabía que todo aquello no tenía ningún sentido. Eso no era ninguna «cita». Estábamos haciendo lo que siempre hacíamos. Salir, pasárnoslo bien, contarnos nuestras cosas. Sí, todo eso. Pero no había deseo. Ni romántico, ni sexual ni nada que se le parezca a algo que puede sentir una pareja o dos personas que están empezando a conocerse. A gustarse. No tenía nada que ver contigo. Y me empecé a agobiar cuando Bruno me preguntó una, y dos veces, que qué me pasaba, para luego, a la tercera, explotar y dejarle las cosas claras. Siempre me había caracterizado por mi impulsividad, eso lo sabes bien. Eso no quiere decir que me sintiera orgullosa, ni mucho menos, cuando vi el dolor en los ojos de aquella persona que significaba tanto para mí, que había estado siempre a mi lado, en todo momento. Que había sido—y seguía siendo— un hermano para mí. Aunque ahora estuviera confundido.

Pero, cuando llegaron las dos de la mañana y a ambos se nos escapó—a la vez— un bostezo, nos reímos, y lo sentí como siempre. Bruno acabó acompañándome a casa aquella noche, yo le dije que se podía quedar a dormir, y él me recordó que en aquel piso estaba Iris, y que sería mejor que todo aquello quedara entre nosotros dos. Lo dijo muy triste. Cuando se marchó, lo último que vi fueron sus ojos verdes y ese rostro totalmente afligido. Y cuando me tiré en la cama, vi otros ojos. Tristes de por sí. Por una razón que todavía no tenía el placer de

recordar. Unas canicas azules que dolían al mirarlas, que quemaban, risueños cuando me miraban, preciosos y completamente diferentes.

Capítulo 18

La semana pasó de largo, con mucho frío y muchos encuentros en el Holiday Café y la biblioteca. Nosotras tres éramos de estudiar en grupo, sobre todo por la ayuda, no solo con las dudas que tuvieras, sino para centrarte y focalizar toda tu atención a lo que tiene que estar. Ya se notaba que el curso avanzaba, en nuestras agendas ya no cabía ni una nota más, y se nos acumulaban los trabajos en grupo, todos recogidos en una enorme montaña de papel. Aunque sabía que el papel no tenía ni punto de comparación con lo digital—y más en mi carrera—. ¿No crees que era todo un desperdicio? Había que pensar un poquito más en el planeta y tomar conciencia. Y podía ser tan fácil como el reciclaje.

Lo dijimos muchas veces. Y nunca nos escuchasteis.

Aquel jueves siguió su curso con normalidad. Las risas en las clases del profesor Christian, en Literatura Inglesa, el aburrimiento en Lingüística, el cumpleaños de la madre de Natalia y el comedero de cabeza para conseguirle un regalo que tuviera en sí las tres B (bueno, bonito y barato). Y por otro lado, también había otros comederos de cabeza. El de Bruno, que me había estado mensajeando por todas las redes sociales habidas y por haber y que me había llamado más que mi propia madre. Yo ya no sabía qué hacer. Se lo había dicho por las buenas, por las malas, le había dado largas, y él seguía y seguía.

No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Pero lo peor vino después. Cuando luego de comer, me fui al gimnasio y estuve mi hora reglamentaria haciendo los ejercicios... y apareció Isaac. Yo estaba ya con el último, en la cinta, andando. Me sonrió y vino hasta mí para saludarme, aunque solo nos dijimos unas cuantas palabras porque yo estaba inmersa en el ejercicio y en la música que me llegaba a través de los auriculares, y él debía comenzar los suyos. Lo que me dejó descolocada fue que cuando estaba a punto de marcharme, me despedí diciéndole que lo vería por la noche—porque había una fiesta. Benditos sean los jueves universitarios, pero más los *juernes*, porque al día siguiente no había clase—, y él me contestó con que si me acompañaba a las duchas, con un tono totalmente sugerente. Me lo tomé por completo a broma y no le hice caso, pese a saber en qué sentido lo había dicho. Con este chico nunca podías saber si hablaba en serio o no. Sin embargo, no me refería a esto cuando dije «lo peor» y es que tenía que pasar. De cierta manera, sabía que acabaría cayendo, porque yo soy muy dada a cagarla. Déjame que te explique.

Esa noche, nos habíamos arreglado en el piso de Natalia, porque quería que yo la peinara, y que Iris la maquillase. Bueno, a las dos. Porque yo también quería. Lo que tenía esa chica con las brochas era un don, y nadie se lo iba a negar. Además, teníamos que dejarle a Natalia la tarjeta de crédito, para pedir online el regalo de su madre. Al final le acabó pidiendo un set de pintura, recomendado por nuestra otra amiga, la experta en esos menesteres. Le había comprado un estuche que ella misma quería, así que estaba segura de que no se arrepentiría. Entre una cosa y otra salimos de casa a eso de la una de la madrugada, y llegamos a la discoteca (esta vez de verdad, nada de tugurios cutres, sin música que no se pudiera bailar) a la hora justa para poder entrar sin pagar. Y allí, en la puerta, ya estaban todos esperándonos. Incluido el hermano de mi mejor amiga—y mejor amigo—, que se estaba comportando muy raro últimamente y que ya me estaba cansando.

Nada más entrar en el local, me llevé a las chicas al centro de la pista, porque estaba sonando la canción del momento. Empezamos a bailar, cantar y posar para los vídeos que irían a parar a los *stories* de Iris. El chico de los ojos marrones, Eloy, nos preguntó qué queríamos

para beber y se fue con su amigo a pedir en la barra. No hubo ni rastro de Bruno, claro que eso fue solamente lo que duraron tres canciones. Luego sentí una mano en mi espalda. Yo se la quité con la que tenía libre y le di un sorbo a mi copa, que iba más o menos por la mitad. Aquella noche tenía mucha sed.

Tenía un gran dilema entre manos, porque por una parte pensaba que ya me estaba resultando cansino el tema, pero por otra, no se me iba la idea de que yo quería mucho a Bruno y que se movía tan bien... Tenía sus manos en mis caderas y nos balanceábamos al compás de la música.

—Julia...—Su voz sonaba entrecortada y quizá algo pastosa. Él también había estado bebiendo. Pero es que yo iba por la segunda, y no hacía ni una hora desde que habíamos llegado.

—Bruno...—Me reí sin saber el porqué y sintiendo mi lengua totalmente pesada.

Quizá..., deberíamos haber cenado algo más. Porque unas croquetas solamente estaba claro que era poca comida para tres personas. Y yo lo dije. Y, por cierto, ¿dónde estaban los demás?

—Deberíamos hablar.

Me eché hacia atrás y me choqué con una chica, a la que, inmediatamente, pedí perdón. Lo que me faltaba era liarla también en ese aspecto.

—¿De qué?

—Ya lo sabes. No intentes negarlo.—¿Negar qué? Pensaba, pero no decía nada—. Lo que hay entre nosotros. Es evidente. Lo mejor es dejarnos llevar. No pienses en las consecuencias ni en nada más.

Me abrazó. Y yo me enganché a él como siempre hacía, solo que ahora era distinto. Solo lo veía a él. Miraba directo a sus ojos, pero no eran los suyos, sino los tuyos. Te imaginaba a ti. Sus manos eran las tuyas, aquel cabello tan suave te pertenecía. Y los labios que me llamaban. Sé que debía de haber actuado de forma diferente. Parar aquello. No estaba bien. Lo estaba engañando, aunque fuera en mi cabeza. Me estaba engañando a mí misma, yo no lo quería a él. Quería aquello contigo. Ansiaba sentirlo, vivirlo. La confusión se había apoderado de mí. La confusión, el control, el alcohol, Bruno.

Volví al grupo unos diez minutos después. Cuando ya me sentía horrible—de todas las formas posibles y en todos los sentidos—. Le

había dado esquinazo en el momento que sugirió que nos fuéramos de allí. Ni siquiera accedí a salir afuera, según él, para tomar el aire. Había sido un completo y estúpido error. Nuestra relación había cambiado. Él también. A peor. Y como todavía lo consideraba un amigo—y joder, más que eso, lo consideraba de la familia—, me veía responsable de lo que había sucedido. En parte, claro. Solo lo estaba confundiendo y confundiéndome más a mí. No era él al que tenía en la cabeza. Era el chico al que veía todas las semanas en un tren (que parecía ir directo a mi corazón). Sin embargo, sabía que la cagada había subido de nivel cuando vi el rostro de mi mejor amiga.

—¿Dónde estabas?

Me quedé congelada, porque supe que lo había visto todo. Y si ella lo había visto, los demás también. Eloy me miraba como siempre, puede que con una pizca de compasión, Isaac quería mostrar indiferencia mientras se liaba un cigarro, y la boca de Natalia estaba en línea recta y fina, parecía enfadada.

—Iris, yo...

Levantó su mano.

— Déjalo... si te hemos visto. Todos en esta discoteca lo han hecho.—Me mordí el labio—. ¿Desde cuándo estáis liados?

—Desde nunca. Ha pasado y ya está, ¿vale?

—¿Como que vale, Julia? Es mi hermano, tía. También creía que era el tuyo, pero se ve que no.

—Iris. Desde mi punto de vista, sí. ¿Vale? Pero él... el otro día...

—Ves. Había más y te lo has callado. ¿Cuándo empezaste a no contarme las cosas?

En ese punto, yo ya estaba cabreada. Los demás estaban callados, viendo cómo nos peleábamos y hasta qué punto llegaríamos.

—¿Se supone que te lo tengo que contar todo?

—Venga ya, Julia..., que nos conocemos.

Se dio la vuelta y cogió su bolso. Vi cómo lo abría y sacaba unos *tickets*.

—De acuerdo, sí. Tengo que explicarte, solo si no te obcecaras tanto, quizá... Giró la cabeza en dirección a su novio.

—¿Puedes ir a por los abrigos, por favor? Nos vemos en la puerta.

—¿Te vas? ¿Es en serio?

—Mira, Julia..., Ahórratelo, al menos hasta mañana. Yo me

marcho. Dormiré en casa de Eloy.

Se fue. Y de repente, solo éramos tres. Natalia subió la cabeza hasta que me pudo mirar a los ojos, y vi cómo los suyos estaban serios. Parecían afligidos. ¿Qué? No entendía nada, absolutamente nada. Me susurró un «yo también me voy» acompañado de un «y yo contigo. La noche se ha ido a la mierda», de Isaac. Y solo quedó una.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, me desperté con un dolor de cabeza insoportable, sintiéndome fatal conmigo misma y enfadada con el mundo en general. Me arrastré por toda la casa con mis zapatillas de conejitos en tonos diferentes de amarillo pastel. Fui al baño, quejumbrosa, y estuve demasiado tiempo sentada en el váter. Creo que me quedé dormida, porque cuando me di cuenta, tenía los ojos cerrados y la cabeza hacia abajo. Salí del baño con un suspiro y fui directa al salón.

Por supuesto, estaba sola en casa. Y no es que Iris hubiera llegado de puntillas para meterse en su cuarto y dormir hasta el día siguiente, no. Ni siquiera vino para coger algo de ropa, tampoco cuando dieron casi las cinco de la tarde y yo estaba comiendo los restos de comida del día anterior. Después de mandar unos veinte mensajes a mi mejor amiga y que ni siquiera le llegasen—al llamarla por teléfono me había dado cuenta de que lo tenía apagado—, y después de sentirme lo suficientemente patética por sentirme así y haber estado desde anoche compadeciéndome a mí misma... me metí en la ducha. Era hora de actuar. Pero primero, quería mimarme un poquitín, porque sabía que la tormenta estaba avecinándose y estaba a puntito de caer la de Dios.

Mientras la voz de Pol, de Pol 3.14, inundaba todo el cuarto de baño, yo me daba cariño e intentaba aliviar la ansiedad que sentía. Me

extendí la mascarilla y puse el temporizador (que me avisaría a la hora exacta en la que me la tenía que quitar), cogí la cuchilla y me la pasé por las piernas y las axilas, y después, me eché crema corporal para aliviar la piel, ahora enrojecida y sensible. Me gustaba estar depilada, pero odiaba el proceso y todo lo que sufría la piel. Luego, abrí el grifo de la ducha al mismo tiempo en que sonó la alarma. Más tarde, me desenredé el pelo, sintiendo de repente unas ganas irrefrenables de cortármelo. Entonces, fui consciente de lo mal que me encontraba. Que necesitaba solucionar esto cuanto antes. Era increíble lo que puede afectar estar mal con la gente a tu alrededor (gente que es importante para ti y que quieres, y más si es recíproco). Para mí, el asunto se volvió urgentísimo cuando vi las tijeras en su estuche y me lo pensé durante un segundo. ¿Qué había de malo en cortarse una misma el pelo? Ya os lo digo yo: todo. Así que salí corriendo de allí.

Dejé pasar a una familia que entraba en mi edificio sosteniendo la puerta para ellos, mientras los observaba. Una madre, un padre y tres niños. Todos ayudaban en lo que podían. Cuando noté el aire frío atravesar y congelar mis piernas me arrepentí de ponerme aquella ropa. El pelo suelto, el olor a cereza, un jersey gris, con los puños rizados y el cuello en forma de pico, un peto corto y de falda, negro. Las medias, de rejilla. El frío calando en los huesos. Y en mis oídos otra vez Pol 3.14. Siempre él. Para todo.

Caminé y caminé, arrastrando mi maleta por la acera y escuchando de fondo el clac-clac por el suelo, entremezclándose con las letras de *Bipolar*. Di gracias a Dios porque la hamburguesería estuviera de camino a la estación. Entré, y me di de frente con mi otra amiga. Solo que sus ojos me miraban diferentes.

—¿Qué haces aquí?

—Hola a ti también.—Me quité el pelo de la cara y observé el local. Estaba muy frecuentado para la hora que era. Pero claro, ese día no había clases y los universitarios estaban en las calles, aprovechándolo—. ¿Puedes hablar?

—Julia...—Iba a acercarse a mí, pero un chico la llamó, pidiéndole la cuenta—. Ve a la barra y espérame allí.

Eso hice. Dejé la maleta a un lado y me subí en el taburete. Estaba leyendo la etiqueta de la mostaza cuando apareció ante mí.

—¿Qué quieres? Le he pedido a Mati que me supla, pero no puedo estar aquí mucho tiempo.

Guardé mis auriculares en el bolso.

—Lo siento.

Ella fregaba los vasos mientras hablábamos.

—¿Sentir? ¿El qué? ¿Acaso sabes de lo que estás hablando?

Me mordí el labio antes de explicarme.

—Sé que la cagué, ¿de acuerdo? Que Bruno es el hermano de Iris y que no tuve que liarme con él. Pero ¿es para tanto? ¿Para que todos os enfadéis de esa manera?

Natalia dejó lo que estaba haciendo para sacar la fregona del cuarto de atrás, que se la había pedido su compañero, y volvió enseguida.

—No te enteras, Julia. Me encanta esa faceta tuya de chica adorable y despistada, pero te tiras demasiado tiempo en las nubes y no te das cuenta de las cosas.—Fruncí mi ceño, medio confusa, medio enfadada. Estaba cansada de no enterarme de la misa la mitad. Si había algo—y era obvio que sí— que yo no sabía, no era mi culpa que actuara en consecuencia. De eso me di cuenta demasiado tarde.

—Espera, Natalia. Tienes razón en todo lo que has dicho. Sí, soy despistada y me cuesta enterarme de las cosas. De lo que ocurre ante mis ojos. Y más si no me lo dicen. ¿Sabes? No soy adivina.—Hice una pausa para recuperar algo de saliva, me sentía la boca completamente seca. Mi amiga parecía querer dar una respuesta a mi comentario, pero no la dejé—. Es obvio que tú estás más enfadada de lo que debería de estar Iris... que ahora que lo pienso, ella tampoco tendría que estarlo ¡porque no le incumbe esta situación! Pero, por lo que se ve, a ti sí, ¿no?—Respiré agitada antes de continuar—. Siento no haberlo visto antes. Soy lenta de reflejos.

Quise bromear para destensar el ambiente y funcionó. Porque Natalia se rio melodiosamente y asimismo conseguí aflojar también la tensión que manejaba mi cuerpo, que era demasiado para mi salud. Yo me uní a aquel dulce sonido y me alegré de que pudiera conseguir ese efecto entre las dos. Parecía que podríamos arreglar las cosas pronto. Aunque yo nunca dudé de que lo hiciéramos. Solo que antes no sabía

qué era lo que estaba pasando. Si hubiera sabido que Natalia escondía un profundo interés por mi mejor amigo nunca habría permitido aquello. Es más, al contrario, habría propiciado la situación para que acabaran juntos (cosa que sucedió después). Con lo que a mí me gustaba actuar de alcahueta...

Acabó confesándomelo mientras me daba la última pastilla que guardaba en su bolso. El malestar que había sentido aquella mañana—el dolor de cabeza, la pesadez en el cuerpo, la irritación de la garganta...— había ido mucho más allá. Ya me encontraba un trillón de veces peor. Y yo la escuchaba sin mostrar queja alguna. «Me gusta, sí. De acuerdo, eso se queda algo corto. Me encanta. Es divertidísimo, tiene carisma, visión de futuro... No lo sé, Julia. Pero es que es verlo y me vuelvo una completa tonta. ¿Sabes lo que te quiero decir?». Y yo contesté que sí. Porque yo sentía lo mismo, salvo que mis pensamientos y mis sentimientos iban dirigidos hacia otra persona. Sin embargo, en aquel momento que compartimos, pese a ser importante porque fue el primero tan íntimo que vivimos, no se lo revelé. No le conté que mi corazón ya no estaba en mis manos, sino en otras. Porque entonces ni yo misma lo sabía.

No sé cómo acabé convenciéndola de que los sentimientos que decía Bruno sentir por mí estaban entremezclados con la falsa ilusión y la pura confusión de intentar querer a alguien a quien conoces de muchísimo tiempo porque «es lo que toca». Me recordé mentalmente que también se lo tenía que hacer saber a mi mejor amigo, procurando así que todo volviera a la normalidad... Me costó un buen rato, pero al final me creyó.

Y luego me pasé el resto de la tarde desahogándome con ella y con mis nuevas patatas fritas favoritas. Recuerdo que me prometí a mí misma que nunca olvidaría su sabor, ni su textura, ni tampoco lo mucho que engordaban. Aún hoy siguen siendo mis favoritas, pero volvamos al tema que nos interesa: sabía que debía hablar con mucha gente y dejar las cosas claras como el cristal, de tal forma como si fuera el mismísimo Don Limpio. Y acabó afirmándome que, pese a habernos peleado en lo que ambas considerábamos una tontería de pelea, me seguía queriendo. Y yo a ella. Eso era lo verdaderamente importante.

***

En el tren

Estaba tan ensimismada en lo que acababa de pasar que cuando José—el de la floristería— me preguntó cómo estaba, ni siquiera le contesté. Incluso, casi me fui del sitio sin pagar. Él se lo tomó bien, a risa y bromeando. Le pedí disculpas y marché al tren. Parecía que últimamente no decía otra cosa.

Aquel día, no apareciste. Después entendí, claro que sí. Pero te eché mucho en falta. Necesitaba despejarme, te necesitaba a ti como al respirar. ¿Qué pasó? Que me tiré todo el trayecto a casa comiéndome la cabeza y sintiéndome una estúpida por estar más para allá que para acá. Intenté hablar con Iris—a la que le habían llegado mis mensajes y me había dejado, claramente, en visto—. Lo último que le dije fue que, cuando volviera, esperaba encontrarla en casa para poder hablar.

Quise olvidarme de todo y me pareció perfecto hacerlo leyendo. Saqué mi libro, aquel que te había descubierto antes que yo. Abrí la página que estaba doblada (no me gustaban los marcapáginas ni los clips. Y para qué engañarme, era una manía que tenía, eso, junto con los pósits para marcar algo que me encantaba). Sabes lo que me encontré. Una marca a lápiz. Números. Nueve dígitos que lo cambiaron todo. Que lo significaron todo. No me faltó tiempo para guardarte entre mis contactos, para buscarte en WhatsApp, y decepcionarme después. Tenías la foto de perfil quitada, ajena a tus ajenos. Y fue a las 21:01 cuando abrí tu conversación, que se quedó para siempre allí.

> Julia: ¿Te has perdido hoy?

Me contestaste con segundos de diferencia. Recuerdo lo nerviosa que estaba cuando vi aquel «escribiendo...» tan lento, tan tortuoso.

> Alex: ¿Y tú solo lees en el tren?

Me vi a mí misma sonriendo ante mi reflejo, en la pantalla del

móvil. Nunca escribí tan rápido.

Julia: Lo siento. He estado muy liada.

Nunca mejor dicho.

Alex: Y yo, como un adolescente, mirando el móvil cada dos por tres.

Julia: Qué tierno.

Alex: Eso tú, que no me ves un día y ya me echas de menos.

Le respondí con el emoji del fantasma y una risa. Luego, no hubo nada hasta trece minutos después, por su parte. Escribiendo... Una risa. Escribiendo... En línea, escribiendo...

Alex: Que tengas un buen fin de semana, Julia. Nos vemos el domingo, ya lo sabes.

Julia: Sí, ya lo sé.

Capítulo 20

Tengo que confesarlo: evidentemente me puse tonta cuando saludé a mi madre después de una semana y acabé llorando cuando me abrazó. Yo quería subir a mi habitación, encerrarme y no volver a salir jamás. Bueno, jamás no. De aquí a diez años podía ser suficiente. Pero mamá me obligó a quedarme en el salón, poner la cabeza en sus piernas y desahogarme. Tampoco es que me costara mucho (aunque lo intenté evitar). Siempre he tenido la lengua muy larga. Y si la persona con la que más hablaba me había quitado la palabra, no podía hacer otra cosa que contárselo a mi madre. Porque nosotras nos lo contábamos todo.

—Ahora no sé qué más hacer.—Me quité de encima de ella y me deslicé por toda la extensión del largo sofá hasta quedar hecha un ovillo en la otra esquina. Con los brazos y la cabeza por fuera del posabrazo.

Mi madre me dio un *cojinazo*. Si es que esa expresión existe.

—Anda, quítate de ahí. Que se te va a subir la sangre a la cabeza.

«Cojinazo». Yo creo que no.

Me enderecé un poco, con las piernas recogidas y abrazándome a mí misma. Solté un quejido lloroso.

—Julia, solo has metido la pata. No es el fin del mundo.

—¿Ah, no?

—Ellos también lo han hecho.

—¿El qué?

Dejó la pregunta en el aire, porque quitó los frenos a la silla de ruedas y desapareció de mi vista. Volvió al cabo de unos minutos, con una botella de agua. La abrió, bebió un poco y luego me la pasó a mí.

—Bebe, que te vas a deshidratar de tanta llorera.—Mientras que yo tragaba, ella seguía hablando—. Bruno, Iris... todos tus amigos. También han tenido la culpa.

La miré totalmente confundida.

—¿Ah sí?

Otro *cojinazo*.

—¿Quieres parar ya, mala madre?

—Yo seré una mala madre, pero creo que te he enseñado a hablar más que con monosílabos.

Me acaricié el brazo justo donde me había dado un pellizco, con un gesto de dolor, cruzándome el rostro.

—Vale, sí.—Me miró, entornando sus ojos marrones oscuros, su mal genio estaba asomando la cabecita—. Perdona. ¿Pero, por qué dices eso?

Hizo el amago de querer levantarse. Me dispuse a ayudarla cuando me miró todavía de más mala gana, así que solo me hice a un lado en el sofá, dejando libre el hueco que normalmente utilizaba.

Ignoré el gesto de dolor en su rostro cuando acomodó sus piernas en la mesita. Ahí sí le pasé un cojín, para ponerlo en sus pies. Comenzó a masajearse las piernas en las articulaciones, por donde más necesitaba que circulara la sangre.

—Habré parido a una despistada, torpe, vaga y perezosa.

La interrumpí:

—Vaya, gracias.

—Pero te he enseñado a no hacer daño a nadie. Al menos, no intencionadamente. Tienes un corazón muy grande. Lo demuestras siempre, todos los días. A mí y a todos. Ellos eso lo saben.—Volvía a tener los ojos llorosos, aunque en ese instante fuera de pura emoción —. Y no eres adivina.—La miré, sin comprender—. Natalia te tendría que haber dicho que le gustaba Bruno.

—Lo sabría si hubiera estado.

—¿Y dónde estabas?

Arrugué mi nariz cuando me di cuenta. Nosotras nos pasábamos la vida juntas en Salamanca. Las tres. Bien... si estábamos en clases, no estaba Iris. Pero comíamos juntas las tres, nos íbamos de tiendas, al cine. A excepción de cuando Natalia trabajaba, pero incluso en esos ratos, nos dejábamos caer por allí para hacerle compañía un rato. Y a excepción de... oh, claro.

—Aquí. Donde quiero estar.

Me cogió la mano.

—No tienes la culpa de eso. Deberían sentir vergüenza ellos, por no venir a ver a sus padres. Tampoco es que se puedan comparar las situaciones, pero...—Ese comentario consiguió que nos riéramos las dos—. Bruno tiene que asumir la realidad. E Iris necesita tiempo. Piensa en lo chocante que habrá sido para ella.

—Casi tanto como para mí.

Asintió.

—No deja de ser su hermano. Y tú eres como una hermana para ella. Déjale espacio y ya verás. Seguro que la semana que viene todo estará olvidado.

—¿Seguro?—pregunté mientras me temblaba el labio.

—¿En algún momento de mi vida me he equivocado?—Me dio unas palmaditas en mi muñeca—. ¿Podemos cenar ya? Estoy muerta de hambre.

Me giré, cambiando de postura para quedar frente a ella.

—La verdad... es que te quería contar otra cosa.

Vi la sorpresa en su cara y no pude evitar reír. Además de que dejó de darle vueltas a la botella de agua casi vacía.

Se cruzó de brazos.

—¿Tiene que ver con que llegues tan tarde los viernes?

Mi cara de sorpresa era un completo poema.

—¿Cómo lo sabes?—Su única respuesta fue alzar una ceja—. Bueno. Pues... sí. He conocido...—Me quedé pensando por qué le estaba contando realmente esto. En realidad, no era nada. Solamente era Alex. Un chico que me parecía genial en todos los sentidos y con el que iba a tener una «cita» de verdad. «Solamente» eras tú... Puede que estuviera divagando demasiado, porque me había quedado en silencio más tiempo de lo normal. Puede que mi madre se estuviera empezando a asustar—. He conocido a un chico.

—De acuerdo.

—¿No me vas a preguntar cómo es?

—Me lo vas a contar tú.

Esta vez fui yo la que le dio un *cojinazo*.

—Pues es guapo, pero, mamá, guapo de verdad. No hay ni un solo detalle, ni siquiera un mísero ápice de su cara en que puedas ver algo... Tiene los ojos azules de un azul tan intenso que te llegan al alma, pero...

—¿Pero?

—Demasiado triste.

—¿Quién? ¿Él?

Asentí con mi cabeza, y luego seguí con mi perorata. Le resumí cómo eras, al menos la faceta que mostrabas delante de mí, que sacabas a relucir conmigo. En ese momento supuse—y tiempo después confirmé mis sospechas— que yo sacaba la mejor parte de ti. Que sí, eras educado hasta el extremo con la mayoría de la gente y también hacías notar tus aires de caballerosidad a la menor oportunidad. Pero solo conmigo te mostrabas dulce, atento, incluso empático. Por eso me molestaba tanto que no me dejaras hacer eso mismo contigo, ponerme en tu piel, conocer tu dolor, ayudarte a soportarlo. Por mucho que tú me dijeras que mi mera presencia te aliviaba, sabía en el fondo de mi ser que aquello no era suficiente. Pero aquella noche le narré a mi madre la parte más superficial, la que menos importancia tenía, pero al fin y al cabo, lo único que me habías dejado conocer. Y mi madre escuchó atenta todos los detalles, regalándome sonrisas de persona sabia que ha pasado por lo mismo, de las que saben lo que se siente; solo una cosa le llamó la atención. Yo también habría sacado las garras si mi hija (mi hipotética hija) me hubiera dicho que estaba «enamorándose»—palabra que no salió de mi boca aquella primera vez, te lo prometo por todo lo que más quiero— de un hombre mayor que ella.

—¿Cómo que mayor? ¿Cuánto?

Me di una palmada mentalmente en la frente.

—No lo sé. O sea, no es un viejo. Me sacará como mucho tres años —admito que mentí en esa parte. Pero seamos sinceros, no sabía cuántos años tenías. Yo solo... hice las cuentas muy rápido y mal. Tampoco es que quisiera preocupar a mi madre. Y menos en su estado

—. Pero se viste con bufandas y abrigos y habla demasiado correcto. Es excesivamente educado y respetuoso, y eso no es normal en los chicos de mi edad.

—¿Y por eso me dices que es mayor? Ay, hija. Ya sabes lo que dicen: «El tiempo solo es una *alusión*».

—Ilusión, mamá. El tiempo es una ilusión. Bueno... no sé. El caso es que nos conocimos en el tren. Siempre, todas y cada una de las semanas coincidimos. Y el otro... me pidió salir. Así que hemos quedado el domingo.—Se quedó callada—. ¿Qué te parece?

—Me parece que te gusta.

—Pues sí, mamá. Si no, no saldría con él.

—Bien. Pues solo te voy a decir dos cosas: ten cuidado y pásatelo muy bien. Y si llega el caso y lo quieres, quiérelo mucho.

Y ahí estaba. Lo mejor para cerrar el tema, el puntito que no podía mejorar el final del capítulo. Así era mi madre, sabía justamente qué decir, no tenía pelos en la lengua, y lo que a mí me parecía una maravilla: no se andaba con tonterías. Si debía avisarte de algo, lo hacía. Si debía frenarte, empujarte, ser tu paño de lágrimas, todo lo hacía con una sonrisa en su rostro y con un comentario muy acertado detrás. Siempre. Y también siempre, casi sin que te dieras cuenta—yo creo que para que no le contestásemos—, cambiaba radicalmente de tema, de cero a cien en milésimas de segundos. Así era Pilar. Quien me recordó y reprochó a partes iguales que esperaba cenar antes de hacerse mayor. Yo hice el amago de ayudarla y supe que se encontraba exhausta cuando no abrió la boca para quejarse. Me preguntó cómo te llamabas, y yo le contesté Alex, Alexander, comenté rápido y corriendo. No había llegado a pensar, y tampoco te lo había preguntado por entonces si te gustaba que te llamase de aquella manera. Y ella tardó en contestarme, parecía estar haciendo un escáner mental a las nueve letras que conformaban tu nombre. De sus labios solamente salió una palabra: «interesante». Interesante seguro era lo que estaba rondando por su cabeza y que sabía que no compartiría conmigo. No todavía.

Capítulo 21

En el tren

El día de nuestra primera cita, la temperatura había descendido abruptamente. El invierno entraba con ganas, queriendo ser bien recibido, y en las calles, pese a ello, había tal cantidad de gente como si fuera la mismísima Navidad. Como si no importara que se te congelaran las orejas y la nariz a partes iguales, ni que llevaras tantas capas que te resultara difícil moverte. Tampoco se le hacía mucho caso a la llovizna que empezaba a caer bajo nuestros pies. No sabía lo que era, pero el aire que se respiraba era... diferente. Cálido, entrañable. Todos en aquel momento parecían felices. Yo era uno de ellos. Puede que fuera la emoción.

Llegué mucho antes de lo normal a la estación. Lo que pudo ser un indicio de todo lo que supondría para mí. De lo que significaría. Hice tiempo mirando los escaparates por fuera (una pena que fuera domingo y todo estuviera cerrado. Todo, excepto los restaurantes de comida rápida y alguna que otra cafetería). Perdí la noción cuando me di cuenta de que en una librería estaba expuesto el libro en el que estaba trabajando, y por el cual tú y yo habíamos empezado a hablar. Qué bonita era aquella sensación.

Entré a las vías luego de pasar el control—si bien faltara más de una hora—, y me senté en un banco a esperar, aunque antes, me quité

el chaquetón. Ya era hora. Y me eché para abajo mi vestido de flores (preciosísimo y a estrenar) para estar más cómoda cuando estuviera sentada. En mi mismo banco, se situaron un chico y una chica más o menos de mi edad. Eran pareja. O eso supuse por el tema de conversación y los tonos de voz que estaban usando (medio reproche, medio enfado, y terriblemente tristes). No quise inmiscuirme, no quise pegar la oreja y entrometerme en algo en lo que no tenía cabida, así que cogí mis auriculares.

Y entré en el tren buscándote. Mis pies se movieron rápidamente, al igual que mis ojos azules miraban por todas partes y el corazón seguía su curso. Ahora que lo pienso, me daba miedo llegar. Me daba miedo llegar y no verte, que no estuvieras allí, que todo hubiera sido cosa de mi imaginación y no hubiese ocurrido. Que nada fuera real. Y sin embargo allí estabas. Esperándome. Lo supe porque aquel día, inusual, estabas de pie. Y nervioso. Aunque me lo sigas negando una y mil veces más, yo lo sabía, y tú lo sabes.

Nos aproximamos a la vez. Porque me viste llegar desde lejos (eso sí que me lo dijiste) y anduviste hasta llegar a mí porque no podías esperar más. Porque te pasaba lo mismo que a mí. La emoción nos pesaba demasiado. Hasta en eso llegamos a coincidir. Y, por supuesto, llevabas una de tus bufandas—esta más gruesa y de lana, en tonos marrones—, tus gafas y tu abrigo—el de siempre—. Todo un intelectual. Y pijo. Exactamente, el prototipo por el que pensé que nunca llegaría a llamar mi atención. Y mírame, solo me faltaba comerme las uñas de los nervios. Menos mal que no era Iris.

Nos saludamos dándonos dos besos, sin pensar que era la primera vez que lo hacíamos, que íbamos a rozarnos, piel con piel. Con los labios. Recuerdo sentir tu mejilla rasposa a causa de la barba descuidada y un olor a menta—entremezclado con tu propio aroma—. Puede que aquello estuviera prohibido. Entonces nos sentamos juntos.

—¿Qué escuchas?

—*Jóvenes eternamente*.

Frunciste el ceño, y se te formaron esas arrugas que te hacían parecer más mayor (no más mayor, solo alguien de tu edad) que tanto odiabas y que a mí me encantaban. Porque llegué a apreciarlas. A sentirlas cuando pasaba las yemas de mis dedos para borrar con ellos la preocupación de tu rostro y saberme feliz y satisfecha conmigo

misma cuando lo hacía. Cuando te relajabas bajo mi tacto y me susurrabas que no me marchase nunca.

Pero eso fue mucho, mucho, muchísimo después.

—No la conozco.

Reconozco que me indignaste lo suficiente hasta pensar en bajarme del tren y no seguir con aquello. Pero seamos sinceros, eras demasiado guapo. Lo sigues siendo. Y mis idas y venidas eran un no parar, así que cuando sonreíste en respuesta a mi gesto de sorpresa y yo me quedé embobada con aquel hoyuelo de la comisura izquierda de tu labio, ya se me había pasado el arrebato.

—Pol 3.14.—Negaste con tu cabeza—. ¿*A ras del cielo*? ¿La canción de *A tres metros sobre el cielo*?

—¿De verdad has visto *A tres metros sobre el cielo*?

—¿Me vas a decir que tú no, Alex?—Alcé mis cejas y con tu mirada grisácea lo supe. No me quedó más remedio que reír—. Anda, toma. Escucha y llora.—Te pasé el auricular derecho y lo cogiste, pese a no querer. Lo sé—. Llora de lo bonita que es.

Abrí Spotify en mi móvil y puse la canción desde el principio, subiendo el volumen al máximo. 4 min 28 s es el tiempo que duraba la canción y en el que estuvimos completamente en silencio. Se veía a leguas tu reticencia. Al grupo, a las canciones románticas. En aquel momento me pregunté si también al amor.

Quité los auriculares del terminal y la *app* quedó en pausa.

—¿Qué te parece?

—Es... bonita. Realmente bonita.—Sincero, amable, terriblemente guapo.

Bésame ya, pensé.

—Es mi favorita—dije recolocándome en el asiento, para mirarte mejor.

Tú asentiste con la cabeza.

—¿Sabes a quién está dedicada?

—Supongo que a alguna ex.

Vi cómo cruzaste las piernas, una sobre otra, y a nuestras rodillas rozarse. Y a ti pedir disculpas en pequeñito mientras pensabas algo más grande.

—Creo que supones mal. Yo creo que le habla a su pareja, en presente. Como una declaración de amor gritada a los cuatro vientos.

A mí me brillaron los ojos, y tú te quedaste tiempo de más observándolos.

—La declaración de amor más bonita jamás hecha.

Nos levantamos, porque llegó la parada. Me avisaste, y yo cogí mi mochila con rapidez y torpeza, porque no me lo esperaba. Era antes de mi parada habitual, exactamente, a siete paradas. A unos cuarenta minutos de Salamanca. A nada de nuestra primera cita.

Caminé siguiendo tus pasos por un lugar que no conocía, con un chico al que prácticamente no conocía, y sintiéndome por completo segura.

—Pues tendré que seguir escuchando a ese Paul tres...

Me reí, y tú me seguiste la risa con la tuya, tan bonita, tan abierta, tan...

—Pol 3.14. Y creía que no te gustaban las historias románticas.

—Y no me gustan.

Me dejaste pasar la primera por los controles, sosteniendo mi bolso mientras me ponía el chaquetón.

—Todas sus canciones son canciones románticas.

—Si son como estas, no. O sí. Me gustan las historias románticas cuando son reales. Bonitas, dolorosas. Como el amor propio. No te han querido de verdad si no te han marcado huella. Como lo que lees. En el fondo aprendes lo que significó para la sociedad que ese libro fuera publicado en aquella época. Sin embargo, la relación que existe entre aquellos protagonistas no puede considerarse «amor». Al menos no del bueno.

Me paré en seco, en mitad de la calle, entorpeciendo el paso de los transeúntes y asimilando la lección que acababas de darme sin pretenderlo. Sabía que tenías razón y aprendí que aún existían personas con una clara visión del «amor del bueno» como tú lo llamabas. Y eso me daba esperanzas. Claro que mi orgullo no me permitía otorgarte esa razón lógica aplastante.

—No voy a empezar esta discusión otra vez.

—Está bien, no lo hagas.

—Alex...

—Julia...

Y me paré otra vez. Recordando lo que tenía que preguntarle. Me mordí el labio antes de hablar.

—¿Te molesta que te llame Alex? ¿O prefieres Alexander? A lo mejor me estoy tomando demasiadas confianzas. Puede que sí. ¿No te...?

Me cortó.

—Respira. Me puedes llamar como tú quieras. Siempre que lo hagas.

—Está bien. Alex me gusta. Alexander es demasiado serio, formal. Te llamaré así cuando me enfades.

—¿Qué?

Las connotaciones son fantásticas. El doble sentido. La ironía. El sarcasmo. Nosotros nos comunicábamos así. Nos decíamos «te quiero» sin abrir la boca. A través de los gestos, la postura o una caricia. Ese era nuestro lenguaje secreto. El que todo el mundo acaba creando con su círculo íntimo. Tú te convertiste en algo mucho mayor para mí. Te convertiste en mi persona.

—Ya has oído.—Le di una pequeña palmadita en su hombro.

—Como quieras.—Te quitaste el pelo de la cara, sacudiéndolo. Y cuando me miraste otra vez, el hoyuelo de la mejilla izquierda seguía ahí—. Mientras que vayamos ya a cenar.

—¿No es lo que estamos haciendo?

—No mientras te quedes quieta cada dos por tres.

—Oh, perdona, Alexander.

***

No me acuerdo del nombre del restaurante. Tampoco de lo que comimos. De la cara del camarero o de los demás clientes que estaban comiendo a un metro de nosotros. De lo que sí me acuerdo es de lo especial que fue, de las velas que daban el toque justo de luz para ver lo que estabas comiendo y que, aun así, la velada pudiera ser romántica.

Me acuerdo de la complicidad, las risas, los dedos entrelazados, nerviosos, antes de encontrarse y conocerse. Del apretón. Del haber compartido postre. De que me honraras haciéndome saber que nunca lo compartías. Que te perdía el chocolate. Casi tanto como yo.

Recuerdo la pelea por ver quién pagaba, mi reprimenda porque me arrebataras la cuenta de las manos. Ponerme de morros al saber que era un sitio caro, al igual que pijo (que conjuntaba a la perfección contigo y no tanto conmigo). La forma en la que me ganaste al decirme que la próxima vez me tocaba a mí. Todo. Yo, aceptando. Yo, aceptando por segunda vez cuando, de camino de vuelta al tren, te paraste y me compraste unas flores. Tenerme a tus pies.

—No hacía falta, de verdad—dije, por milésima vez, después de olerlas.

Eran tres rosas rojas, que para mí significaron un mundo. Por lo que dijiste después.

—No es justo que solo tu madre las reciba.—Te había contado que era eso lo que hacía todas las semanas en el tren.

—¿Sabes que nunca me habían regalado flores?

—Pero si te encantan.—La sorpresa era obvia en tu timbre de voz.

Yo solo me encogí de hombros.

—Mi madre las necesita más que yo.

Tu expresión varió. Puede que hubiera sido el momento perfecto para cambiar de tema y no «arruinar» aquella nebulosa que habíamos creado. Para mí fue perfecto de todas formas. Además, creo que necesitaba soltarlo.

—Es como un bálsamo, ¿sabes? Todo el mundo compra flores por alguna razón. La mía es que necesito que mi madre se olvide de sus pesares para que pueda respirar en paz. En parte lo hago porque eso conlleva que yo también pueda hacerlo. Respirar.

—Lo siento—susurraste, luego de un largo minuto en silencio. No hiciste más preguntas, no presionaste. Me dejaste ser.

—Yo también, pero ¿sabes? Ahora es un buen momento. No cómo hace un año o así, pasamos realmente por un infierno. Lo peor no fue el accidente, sino la rehabilitación.

—¿Tú también estuviste en él?

Confundida, tuve que exprimir mi cerebro para saber a qué te referías con aquello. Sí, yo estuve en el accidente. Sí, tuve la mejor suerte del mundo ya que, gracias a Dios, a mí no me había pasado nada que pudiésemos considerar grave. Solo algunas heridas superficiales. Lo más gordo se lo llevó ella. Me acuerdo perfectamente de aquella conversación, de cómo rozabas con tus dedos los míos para

intentar que me calmase cuando me temblaba la voz. Tu actitud empática siendo capaz de ponerte en mi lugar como nadie supo hacerlo.

—Se va a poner bien.—Mi tono de voz resultó totalmente convincente, y no me di cuenta de que tú ya no estabas ahí. Que te había engullido una nebulosa diferente y oscura—. ¿Y tú, adónde te diriges todas las semanas, eh? Destapa esos secretos.

Y fue en aquel momento. En el que me cogiste la muñeca que tenía libre (la que no sostenía las rosas), tirando de mí. Recuerdo que me di contra tu pecho. Cuando tu rostro quedó a escasos milímetros del mío y noté otra vez ese olor a menta. Me quedé embobada en el lunar de tu labio, y tus ojos fijos también en los míos. Yo notaba que el corazón se me iba a salir del pecho. Porque sabíamos lo que iba a pasar. Sabíamos que nos probaríamos y ya no habría vuelta atrás. Que sería demasiado. Que seguiríamos girando en nuestra mágica burbuja, aunque el mundo hubiera dejado de girar. Y ocurrió.

Por supuesto que ocurrió.

El día de nuestra primera cita, acabamos besándonos, asustados por lo que sentíamos, y por lo que estaba por venir. Pero ilusionados como si fuera el mismísimo día de Navidad. En cierto modo, aquel fue nuestro regalo.

Capítulo 22

Nada más bajar en mi parada y dejarte a ti atrás, me sonó el móvil. Una nueva notificación de mensaje. Y sabía quién era. Y por eso me encontraba sonriendo como una tonta. No habían pasado ni cinco minutos. El tren justo acababa de irse, y yo estaba subiendo todavía las escaleras mecánicas para salir de allí. En un primer momento, pensé en esperar, en no parecer tan ansiosa y preocupada. Claro que esa sensación se me fue enseguida y me salió de dentro mi vena impulsiva y decidida. Además, si me habías hablado tan pronto significaba algo. Y joder, que yo quería seguir hablando contigo. La noche se me había pasado demasiado rápido. Me llevé las flores al pecho y aspiré, por milésima vez, su increíble olor.

Alex: Me ha encantado estar contigo esta noche.

De repente, sentía que me sobraba muchísima ropa. Y eso que estábamos a diez grados. Pero es que me había derretido.

Julia: A mí también, gracias.

Metí el móvil de vuelta en el bolsillo, dispuesta a echar a caminar calle arriba y llegar a casa cuanto antes. De noche completamente,

casi de madrugada, las calles parecían más solitarias que lo normal.

Alex: ¿Y qué vas a hacer ahora?

Julia: Llegar a casa y comer algo de chocolate, ya que no me has dejado nada.

Alex: Casi nada se ajustaría más a la realidad. Y lo siento, el dulce es una de mis perdiciones.

Quizá me había pasado de la raya. Pero no me arrepentí de nada al darme cuenta de que llevabas un rato en línea y ver que no sabías qué responder. «Es demasiado pronto para contarte todos mis secretos... ¿no crees?». Cedí. Tenía razón. Así que dije estoicamente:

Julia: Lo es. Ahora me toca la parte mala. Nada más que llegue a casa tengo que coger el ordenador y seguir escribiendo.

No perdiste oportunidad y fuiste completamente directo.

Alex: ¿Eso quiere decir que yo soy lo bueno?

Vi aquel mensaje en la pantalla y decidí esperar antes de contestar. Decidí hacerte sufrir, como tú acababas de hacer. No te contesté hasta que no estuve dentro del ascensor en mi edificio.

Julia: Me gustaría averiguarlo.

Entré a casa quitándome los zapatos. Era tarde, de madrugada. No sabía si estaría Iris allí y no quería hacer ruido y despertarla. Aunque mi numerito de andar de puntillas para que el suelo no crujiera bajo mis pies no sirviera de nada. (la madera puede ser muy traicionera, aunque vayas descalza). Me sentí ridícula cuando vi el pósit—sí, Iris era fan número 1 de aquellos papelitos de colores y me los dejaba por toda la casa—. Porque era obvio que no iba a estar en ella. Si de normal no estaba, ahora menos. Y, sin embargo, me sentí mal al leer la nota. En esta, con una letra perfecta digna de ser protagonista en un *bullet journal*, me había dejado escrito que estaría con Eloy hasta el lunes, que esperaba verme aquel día para poder hablar, porque

aunque estuviésemos mal, me echaba de menos y teníamos que solucionar las cosas. Escribí en ese mismo pósit, que sabía que leería, un «te quiero» junto con un corazón. Luego, fui en busca del portátil.

Acabé acostándome a las tantas, y me sorprendí cuando me encontré otro mensaje de Alex y, más, cuando le respondí e, instantes después, advertí que lo había visto. Y me estaba respondiendo, así que nos pasamos una hora hablando (más o menos). Cuando nos despedimos para irnos a dormir ya (finalmente), habíamos dejado caer que queríamos vernos otra vez. Queríamos repetir. Los dos. ¿Te puedes imaginar en la nube que estaba? Puede que fuera la número treinta y cuatro mil seiscientos siete del cielo. Esa vez propusiste el viernes, en vez del domingo (no estábamos dispuestos a esperar tanto para volvernos a ver). ¿Aquello no fue suficiente para hacernos ver la magnitud de la situación? ¿Siempre fuimos tan intensos? Te respondí con lo único aceptable dadas las condiciones. Pero aquella vez me tocaba organizarlo a mí.

Capítulo 23

Diciembre

A la hora a la que se suponía que tenía que estar en la cafetería fue la misma en la que me metí en la ducha. No había dormido mucho y se me pegaron las sábanas de muy mal (o buenas) maneras. Es más, me quedé pensando, regocijándome en mi cansancio. ¿Valía la pena ir aquel día a la facultad? Por un día no iba a pasar nada, ¿no? Y, sin embargo, la buena voluntad ganó la batalla. Mientras que me caía el agua por el rostro y me echaba champú, dejé que se perdieran unos minutos más. Qué sueño tenía. Casi me arrepentía de haberme quedado hasta las tantas hablando contigo. Casi, pero no.

Me vestí a toda prisa—como siempre, en realidad—, aunque me costó algo más de tiempo que de costumbre. Empezando con que no encontraba los vaqueros que quería ponerme y tuve que maquillarme la zona de los ojos hasta tres veces. El *eyeliner* se me resistía, pero hoy se me había metido entre ceja y ceja hacérmelo, y como ya llegaba tarde, ¿qué más daba? Y tuve que volver al piso, cuando ya estaba a punto de salir del edificio, al ver que estaba lloviendo. No había cogido paraguas (creí haber traído uno de casa en la mudanza). Y la gota que colmó el vaso fue cuando la música se congeló en mis oídos para avisar de que alguien estaba llamándome.

—¿Qué quieres?

Entre la mochila, el paraguas y el teléfono, me costaba mantener el equilibrio para que no me cayera agua encima. En otras circunstancias lo hubiera disfrutado, e incluso puede que ni hubiera cogido el paraguas y hubiese caminado directamente bajo el agua, pero como era lunes y yo había empezado el día con el pie izquierdo y sumándole que estaba hablando con la persona con la que tenía menos ganas de hablar...

—Buenos días.—Pausa. Supuse que sentiría vergüenza ante mi tono cortante—.

—¿Te he despertado?

—No, Bruno. No me has despertado. Es lunes y tengo clases, ¿te acuerdas?

—Ya veo que te has despertado de mal humor.

Tuve que pararme un segundo en mitad de la calle y respirar profundo, intentando tranquilizarme para no soltarle ningún comentario hiriente hacia su persona.

—¿Para qué llamabas? No tengo mucho tiempo ahora mismo.

—Yo... quería...

—Bruno, al grano.—Me recoloqué la mochila en condiciones, ya que se me caía cada dos por tres.

—Tranquila, ¿vale?

No tardé mucho más en explotar.

—No, no puedo estar tranquila. ¡No haces más que ponerme las cosas difíciles!

Silencio.

—Lo siento.

Suspiré... ahora cansada. Esto tenía que terminar, por muchas razones, pero sobre todo por nosotros tres. Tenía la sensación de que había entrado en un bucle vicioso del que no podía salir, y en el que mientras sucedía, arrasaba con todo. Y más cuando acababa de llegar a la cafetería y pude ver desde afuera a Iris y Eloy, hablando entre ellos, con una sonrisa en sus caras mientras jugaban con las manos entrelazadas.

—Mira, sé que tenemos que hablar. Pero ahora no es el momento. Primero porque estoy agobiada porque voy tarde, ¿sabes?—Escuché un rastro ligero de risa por su parte y me sentí mejor—. Y segundo, porque sigo enfadada contigo.

Y no le mentí. Pero el tono en el que expresé mi último comentario, dulce y quejicoso, le dio a atender que lo único que yo quería era solucionar las cosas cuanto antes.

—Ya, pero eso no va a durar para siempre.

—Lo sé. Te aviso cuando pueda y quedamos para hablar.

—Está bien. Y, Julia..., lo siento.

Entré en el local cerrando mi paraguas de girasoles y lo dejé en una basura improvisada y disfrazada de paragüero. Saludé a Cristina, la camarera, quien me preguntó qué quería para tomar. Lo anotó y me dijo que enseguida me lo traía, y me señaló la mesa donde estaba mi amiga—muy bien acompañada, según dijo, guiñando un ojo—. Fui hasta ellos, saludé y me senté, a la vez que el silencio y la incomodidad ganaban protagonismo entre nosotros.

—Menudas ojeras tienes.—Mi mejor amiga fue la primera en hablar.

Yo me llevé las manos a la cabeza y me toqué las sienes con los dedos, masajeándolos y deseando que el dolor de cabeza desapareciera antes de asentarse. Iba a ser un día muy largo.

—Ya, lo sé. Le he notado, y ni el corrector ha podido arreglarlo.—Me di cuenta de que había sonado demasiado borde cuando vi que Eloy fruncía los labios antes de hablar.

—¿Mala noche?

—No te lo puedes ni imaginar.

Me levanté un momento para pedir un vaso de agua, y cuando volví a nuestra mesa, Eloy se estaba levantando.

—Yo... bueno. Me voy a ir para que podáis hablar tranquilas.

—Gracias—susurré—. Me alegro de verte.

—Yo también a ti.

—¡Ah, y me debes una cena!

No tardamos mucho en sacar el tema a relucir, y, a instancias contrarias a lo que me esperaba, Iris estaba bastante receptiva y empática. Creo que después debería darle las gracias a su novio, porque seguro que era debido a él. Normalmente en esas situaciones, mi amiga dejaba salir su lado pasivo-agresivo, y no la culpaba. Me lo merecía, aunque no tuviera toda la culpa. No podía obviar la parte que me tocaba a mí. Me escuchó sin decir una sola palabra, y cuando acabé toda mi retahíla—cosa que fue todo un logro porque tardé lo

mío, ya que le había contado todo, desde el principio, hacía dos meses — acabó saliendo su vena tan característica y se cagó en mí, pero también en su hermano. Y luego, me pidió perdón por dos motivos. Porque se había dado cuenta de que había reaccionado de forma exagerada, y por no haberme contado lo de Natalia—no era un secreto, pero se les había pasado contármelo—. Eso sí que se lo eché en cara. Si hubiéramos «trabajado» más la comunicación, todo esto se hubiera quedado en nada. No hubiera pasado. Y fue en ese momento cuando decidí contarle lo nuestro. Por desgracia no pude, porque se embarcó en una conversación consigo misma en la que me dejaba a mí interactuar a duras penas. Pero así era ella y así la quería.

Hablamos de lo que habíamos hecho cada una en el fin de semana, de cómo estaba mi madre, de cómo estaban sus padres—que me habían dejado caer que echaban de menos a su preciosa y olvidadiza hija—, de la universidad, del mal tiempo y de que, por fin, había llegado diciembre. La mejor época del año y nuestra favorita. Estábamos deseando ver el alumbrado que pondrían aquí en la ciudad universitaria y también en la nuestra de toda la vida: la metrópolis. Ya empezamos a hablar de las dudas que teníamos para los regalos de Navidad y que teníamos que quedar un día para hacer nuestra tradicional maratón de películas de temporada.

Y justo cuando iba a sacar otra vez el tema, Iris pagó la cuenta y empezó a recoger sus cosas. Eso sí, con toda la rapidez del mundo y sin prestarme mucha atención, hasta que le dije que «tenía que contarle una cosa», esa era nuestra frase mítica para lo que considerábamos las cosas y/o noticias verdaderamente importantes. Se sorprendió tanto que se le cayó el archivador al suelo, desparramándose unos cuantos folios y trabajos que debía entregar aquella semana. Le dejé caer que mi mala noche no se debía a nada «malo», sino todo lo contrario. La alarma de su móvil sonó, y nos vimos interrumpidas por las prisas que llevábamos. Nos despedimos cuando yo tuve que seguir mi camino para llegar hasta mi facultad, dejando en el aire la noticia que estaba segura de que le encantaría a mi mejor amiga: «He conocido a un chico».

Capítulo 24

A principios de mes, expusimos la obra de teatro que habíamos estado preparando durante todo el trimestre, frente a toda la clase y Christian. Nos jugábamos mucho, ya que en su asignatura no había exámenes y aquella actuación suponía el setenta por ciento de la nota. Todos estábamos nerviosos, ilusionados, emocionados, pero también cansados, con sueño y con muchas ganas de acabar. Había sido muy duro, aunque había sido decisión nuestra y estábamos felices por ello (y por todo el trabajo que nos había costado). Nos lo propuso Christian creo que en la segunda semana, y claro, nos incitó, sobre todo cuando las tres palabras mágicas hicieron sonar la flauta: no hay examen. Nosotros no nos lo pensamos mucho y se aprovechó de ello. Aun así nos advirtió del esfuerzo, sudor, horas y trabajo que supondría. Teníamos que elegir una obra y, en contra de mi idea, que no podía ser otra que Romeo y Julieta, al final nos decidimos por Hamlet, para salir un poco de los tópicos y darle la importancia que se merecía tal obra. Además, tuvimos que adaptarla por completo, el profesor quería la misma historia, trama, personas, y en definitiva todo lo demás, igual, pero con un pequeño cambio. Que sucediese en la actualidad. Quería que hablásemos asuntos importantes del presente, entremezclados con los que ya estaban, y quería un lenguaje totalmente distinto, moderno, joven y actual. Quizá un poquito soez...

Quitando eso (que nos ocupó la mayor parte de los dos primeros meses), nos quedaba lo demás. Y eso era buscar sitio, decorado, vestuario, personal, público—que conllevaba una campaña de publicidad y marketing de la que también nos hicimos cargo—. Mi grupo se encargó justamente de eso, de las relaciones sociales, que se nos daba bastante bien, y el otro grupo se encargó del decorado y las ropas que íbamos a usar, bien confeccionándolas ellos—algunos tenían tanta maña que parecía casi un don—, y otros se las llevaron a una modista o lo hacían sus padres o familiares. El decorado... bueno, nunca se ha visto utilizar más goma espuma jamás. Ni en fiestas infantiles. Nosotros lo superábamos.

Salió fantástico. Personas de dirección—incluidos la rectora y nuestro profesor— nos dieron la enhorabuena, nosotros nos sorprendimos con la gran cantidad de gente que acudió finalmente y acabamos superfelices, pese a saber que habíamos tenido un par de fallos con los diálogos; la risa floja y los nervios son muy malos, y más si se complementan. Y se contagian. Pero qué más daba, ya había terminado, nos habían aprobado—y con buena nota—, gracias al chivatazo y al buen rollo que tenía con Christian, me lo había contado y nos habíamos quitado un peso de encima.

Después nos fuimos a comer todo el grupo, aunque los rezagados y los más introvertidos declinaron la invitación. Y a mí me dio mucha pena irme tan pronto cuando se estaba tan bien allí (y más, después de comer tanto, que ahora lo único que tenía ganas era de dormir); sin embargo, el deber me llamaba, tenía que ir al gimnasio. Ya lo había abandonado demasiado, estaba pagando por ello y ya se pasaba de la raya el asunto. Aunque, antes de entrar, llamé a mi madre para contarle lo de la actuación—ella no había podido venir por lo obvio, aunque no me importaba. Se me olvidó cuando me contó las nuevas noticias después de que me callara. Había estado en el médico de cabecera, con Francisco, nuestro médico de confianza de toda la vida, quien le había dejado caer que últimamente las listas de esperan volaban y que sobre seguro la llamarían más pronto que tarde.

Estaba tan emocionada y con la adrenalina tan por las nubes que cuando cortamos la llamada, no me lo pensé dos veces antes de enviarle un mensaje a Bruno. O dos. Vale, quizá fueran tres.

Julia: Acabo de hablar con mi madre. ¡¡¡Parece que la van a operar pronto!!!

Julia: Sé que estamos un poco raros, pero no se me ocurría nadie mejor para contárselo.

Julia: Voy a entrar al gimnasio. ¿Puedes hablar después?

Puede que hubiera soltado una pequeña mentira, pero era más o menos verdad. Y como me acordé de ti, no pude evitar lo siguiente...

Julia: ALEX.

No tardaste en contestar.

Alex: Hola, Julia. Justamente estaba pensando en TI. ¿Te importaría explicarme por qué estamos gritando?

Me reí para mí misma y te envié un audio. Me temblaban demasiado los dedos como para ponerme a escribir. Además, ya estaba entrando en los vestuarios y mi intención era cambiarme de ropa cuanto antes. De repente, tenía muchas ganas de hacer deporte y desfogarme.

Julia: Mi madre ha estado en el médico hoy... y le han dicho que le queda poco para operarse. Llevamos más de un año esperando. ¡¡¡No puedo con la emoción!!!

Solté un gritito, literalmente.

Alex: Es una noticia fantástica. Tenemos que celebrarlo.

Me encantó tu entereza y templanza, y que, aun así, supiera que te alegrabas por mí. Significaba mucho, y en cierta manera, esa respuesta conseguía relajarme y darme seguridad. Era paz con otras palabras. Eras tú.

Julia: En nuestra cita.

Me mordí los labios, nerviosa, mientras le enviaba un emoji guiñando un ojo.

Alex: Me alegra que lo llames por su nombre.

Julia: Es lo que es.

Alex: Tienes razón: somos lo que somos.

***

Me encontré con Isaac dentro y le dejé que me llevase al límite. Ya sabes, un chico que está loco con el deporte y el gimnasio, que está mucho más tiempo entre máquinas que entre libros, cuando le das la mano, no es que te coja el brazo, es que te hace dar piruetas con los dos. En ese momento no me arrepentía de nada, cosa que cambió al día siguiente, cuando las agujetas me dieron la bienvenida haciéndome sufrir un poquito, y puede que más. Pero eso es otra historia.

Estaba tan feliz, tan ensimismada, en una burbuja de felicidad, que incluso le seguí las bromas y no le paré los pies. Aunque él sabía que yo no quería nada, me lo había dejado claro después, cuando nos despedimos en la salida y nos fumamos un cigarro. Era tan irónica la situación como perjudicial para nuestra salud, pero nos dio igual. Y se marchó—porque tenía que coger el autobús— antes de que apareciera el rey de Roma. Porque todos los caminos conducen a Roma o a... Bruno.

Me asustó, porque no lo vi venir. Me abrazó por detrás, levantándome en el aire y dando vueltas sobre sí mismo. Ahora es cuando me doy cuenta de que lo hacíamos mucho. Puede que incluso demasiado. Pero así habíamos sido siempre. Con una impulsividad que no era digna de ti, todo lo contario. Erais la noche y el día y eso me encantaba. Que fuerais tan distintos que podía distinguiros con los ojos cerrados. Tan diferentes, pero tan necesarios para mí. Porque yo ya sabía lo que quería. Y era a ti. Ya solo tenía que dejárselo claro a él. Fuimos andando hasta mi casa, pensando si lo mejor era quedarnos

en el parque a hablar o subir y estar a gusto y calentitos en el sofá. Finalmente, optamos por la opción más placentera para los dos. Por dos motivos. Hacía demasiado frío en la calle para estar sin razón ninguna, y no quería que nos ocultáramos. No teníamos por qué. No quería más secretos. Además, Iris no había llegado aún. Estaba todavía en la universidad.

Nos acomodamos en el salón, sentándonos en el sofá, juntos pero separados. Una metáfora que nos venía estupendamente.

—¿Desde cuándo dejas unas flores para ti?—Señaló las flores que tú me habías regalado. Yo no hice más que sonreír con la boca bien abierta y grande—. ¿De dónde son?

—Creo que deberíamos dejarnos de tonterías y hablar con claridad.

Ignoré la pregunta a posta, porque me pareció que no era el momento de hablar de ti, de lo nuestro. Por lo obvio y porque me parecía demasiado pronto, así que todavía me apetecía tenerte solo para mí. También ignoré el brillo triste y la mirada cabizbaja.

Tenía que ser así.

—Esto no puede volver a ocurrir.

En contra de lo que me esperaba, contestó:

—Lo sé.

—¿Lo sabes?—pregunté echándome hacia adelante.

—Te quiero y sé que tú me quieres a mí. Desgraciadamente, no de la misma manera. Eso lo sé ahora.

—Bruno... no creo que me hayas querido nunca de una manera romántica.—Me miró alzando sus cejas, mientras jugaba con un hilo que sobresalía de su camiseta, debajo de la sudadera—. La atracción... vale. Al final y al cabo somos seres humanos con impulsos. Ya lo viste en la discoteca.—Me encogí de hombros, medio en broma medio en serio. Intentando con todas mis fuerzas no morirme de la vergüenza.

—Qué científica de repente.

—Oye...—me quejé, dándole un *cojinazo*—. Te lo digo en serio. Creo que solo estás confundido.

Echó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Luego se los tapó con el brazo.

—Puede ser.

—Hay muchas más chicas...

—Tú eres única, Julia.—Me cortó. Lo miré con los labios fruncidos, y él le restó importancia, agitando sus manos—. Eso puede sonar tanto bien como mal. Pero... ya me entiendes.

—No. Yo soy como tu hermana. Así que deja de decir esas cosas. Por el bien de todos.

Alargué mi brazo y entrelacé nuestras manos. Nos quedamos mirándolas un buen rato.

—Siento todo el daño que he causado.

—Yo también. Así que, por favor, te lo pido, dejemos esta situación atrás para que podamos seguir hacia adelante. Como tiene que ser. Ya lo verás. Dentro de nada me estarás contando que te has liado con una y con otra.—Me miró como diciendo «sí, ya»—. O quién sabe, quizá te enamores. Muy pronto te olvidarás de mí y me llamarás para pedirme consejos de amor.

—El amor...—Echó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Siguió hablando justo un segundo después—. Eso que siempre has estado buscando y que no has encontrado aún. ¿De verdad quieres poner todas tus esperanzas en mí?

—Tengo un pálpito.

Me mordí la lengua para no soltar toda la información secreta que guardaba en mi cabeza. No me correspondía a mí decírselo. Por muy amiga suya que fuera, debía mantenerme en un segundo plano. Dejar que las cosas siguieran su cauce. Permitirle a Natalia declararse ella misma. Porque sabía que no le hacía ninguna falta mi ayuda.

—Si tú, persiguiéndolo día tras días, aún no lo has conseguido, ¿qué te hace pensar que lo encontraré antes?

«Antes que yo no, Bruno. Ya lo he encontrado», es lo que debería de haber dicho. Pero no lo hice. Fue mucho más gratificante saberlo en mi interior que compartirlo. Por el momento.

Capítulo 25

Escogí el Parque El Retiro para nuestra cita porque era uno de mis sitios favoritos de todos los tiempos, y creo que uno de los más bonitos. Me traía paz. Aquella vez, nos bajamos directamente en Atocha y decidimos ir andando hasta el sitio. Porque nos apetecía que nos diera el aire fresco en la cara—aunque el asunto del tren resultara totalmente romántico, también era un poco agobiante, y más cuando pasas tantas horas ahí adentro— y porque, también, nos apetecía disfrutar de un momento a solas el uno con el otro. Nada de autobuses, taxis, ni nada de eso. Solo nosotros dos. Con las palmas de las manos rozándose y muriéndose por el simple contacto.

Decidiste guardar las gafas, porque en aquel momento no te hacían falta. Ahí me enteré de que solo las necesitabas para ver de cerca (para cuando tenías que leer y esas cosas). Pese a eso, me advertiste de que no me quitarías los ojos de encima. Literalmente, recorriste mi cuerpo con tu mirada. Y yo me encendí. Sentí un cosquilleo que me atravesó entera, desde mi cabeza hasta las puntas de mis pies. Y me encantó y me puso nerviosa a partes iguales. Saber lo que me podías llegar a hacer sentir era... un poquito aterrador. Pero en el buen sentido, ¿entiendes?

Con los dos tulipanes que me acababas de regalar, uno amarillo y otro morado, en una mano... tuve que hacer unos pocos de malabares

hasta dar a parar con lo que estaba buscando en mi bolso XL (llevaba demasiadas cosas para la ocasión).

—Te he traído un regalo.

Me miraste con los ojos curiosos y achinados por sonreír. Tus hoyuelos me dieron la bienvenida más dulce que haya conocido jamás. Y me alegré como nunca lo había hecho. Ya me conoces, me ilusionaba como una tonta por nada. Pero era una de las cosas que más te gustaban de mí.

Nos paramos en mitad del Paseo de la Reina Sofía y nos ganamos unas miradas irritantes, tres gestos feos, dos insultos y una disculpa. No nos importó. Nos quedamos clavados en el suelo, el mundo había dejado de girar. Solo existíamos nosotros dos en aquel instante.

—Es una tontería.

—No lo será.

Incliné mi cabeza, quitándome el pelo de la cara y escondiéndolo tras mi oreja.

—Cierra los ojos.—Me atreví a cogerte de las manos, apretarlas, sentirte y, por último, depositar el objeto que había hecho que me acordara de ti. No pensaste que nos depararía tantos momentos, ¿verdad? Yo tampoco—. Ya.

Vi la confusión en tu rostro. Lo inspeccionaste, te lo acercaste mucho a los ojos, lo diste vuelta, lo moviste para ver si sonaba...

—Me encanta, muchas gracias.

Yo me reí.

—Si no lo has abierto todavía, no sabes lo que es.

—No he dicho que lo supiera.

—Es un adaptador.

Frunciste tus labios, hiciste un sonido que sonó a un «humm», como si estuvieras pensando, y yo tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no besarte allí mismo.

Porque te juro que moría por hacerlo.

—¿De qué?

—De auriculares, genio. Lo conectas al teléfono y tiene dos salidas de audio, es un divisor. Así podemos ir más cómodos cuando queramos escuchar música juntos...

—Pero no estaremos tan pegados.

Hice un mohín.

—¿No te gusta?

—No, no, Julia.—Te mudó la expresión en un plis plas—. Era una broma. Parece que mis dotes para ligar están algo... obsoletas. Eso o que soy algo torpe.

El viento hizo que me diese la vuelta, y quedé frente a frente contigo. Tú me frenaste de irme tres pasos por detrás de ti. Y yo no aguanté más. Me puse de puntillas y probé tus labios. Fríos pero cálidos. Aquel beso no duró tanto como esperábamos.

—No te preocupes, yo también lo soy.—Me giré, una vez más, ya delante de las grandes puertas. Y tiré del gorro que llevaba puesto para que me tapara bien las orejas. Hacía un frío que pelaba—. ¡Ya hemos llegado!

—¿Me has preparado una cita en El Retiro?

—No. Te he preparado un picnic con vistas a El Retiro—dije alzando mis cejas repetidamente y con gesto divertido.

—Eres una romántica empedernida, ¿verdad?

—Así es.

No fue una buena idea. En mi mente había imaginado otro escenario completamente diferente. Una visión mucho más dramática y romántica, con unos toques mucho más otoñales (aunque siguiéramos en esa estación). El invierno no había esperado y ya se había asentado en las calles de Madrid, de Salamanca y en casi todo el país. Como resultado, la noche anterior había caído la de Dios. El ambiente seguía húmedo, la tierra del suelo estaba todavía mojada, la hierba parecía estar abrigada bajo el rocío, y así era imposible echar la manta sobre el césped y nosotros, sobre esta. Naturaleza: 1 - Julia: 0.

—¡Lo siento!—grité cuando me di por vencida tras intentar sentarme y no mancharme por décima vez—. Qué desastre.

Traté de quitarme la tierra de mis botas y refunfuñé cuando tiraste de mis brazos y volvimos al caminito de piedra, fuera del terreno peligroso.

—¿Desastre por qué?

—Por no haber pensando que esto podría ocurrir. En mi mente, hacía un día soleado, comeríamos los sándwiches que había preparado, tumbados en el suelo, nos quedaríamos dormidos escuchando música y leeríamos juntos.

—Lo único que no podemos hacer es la parte del suelo, todo lo

demás, lo podemos hacer allí.

Acabamos en el sector de los bancos de merendola, que habían adaptado hacía poco y puesto un tejado que nos resguardaba bastante bien; cosa que agradecimos una hora después cuando se puso a llover a cántaros y nos quedamos solos. La poca gente que había decidió huir (bien a algún local, o directamente a sus casas). Las personas que estaban haciendo deporte (bien corriendo, andando o haciendo una clase grupal de yoga al aire libre) desaparecieron de inmediato. Y la familia que habíamos tenido a unos pocos metros (dos niños, una niña y su madre) estaba caminando con prisa hacia la salida, y nosotros... nosotros no nos movíamos de allí.

Y luego hicimos todo lo que llevaba planeado. Escuchamos música, a ti te empezó a gustar la clase de canciones que desde siempre me habían encantado, nos comimos los sándwiches en un apacible silencio que compartimos cómodamente y luego leímos mis partes preferidas de mi libro favorito.

—«Perdón verán unos; otros, el castigo, pues nunca hubo historia de más desconsuelo que la que vivieron Romeo y Julieta».

—Nunca hubo un amor más absurdo.—Te tiré las palomitas que había hecho horas antes en el piso y las esquivaste con mucha agilidad —. Lo siento, pero es lo que pienso. No se enamoraron, solo se encapricharon el uno del otro, hasta llevarlo al extremo. Porque eran adolescentes. Y solo supieron llevar el drama hasta la saciedad.

—Ahí, pero solamente ahí—te señalé con mi dedo acusador—, estoy de acuerdo contigo. El amor no puede, o no debería, ser tan complicado. Debería hacernos la vida más fácil, disfrutar, hacernos soñar, ilusionarnos y ser feliz. ¿No te parece?

—Contigo, sí. Me lo puedo imaginar.

Capítulo 26

Fue uno de los momentos más felices que vivimos juntos. Quise parar el tiempo y que no acabara nunca, pero siempre pasa. Los momentos se agotan, y uno tiene que irse. Aunque aquella vez fue casi a la noche. Me sorprendió que te abrieras ante mí, que me confesaras tu razón de las idas y venidas en el tren.

Porque sabía, tenía la corazonada de que también vivías en Salamanca, aunque algo lejos de mí. Y que también tenías un trozo de ti en Madrid, como yo, como nuestras historias. Estábamos partidos por la mitad, en diferentes partes, había dos que pertenecían a aquellas ciudades y lo que pasara allí. Pero otra... otra nos la habíamos guardado el uno para el otro.

Capítulo 27

En el tren

Una semana después

Después de que ambos confesáramos, y nos abriéramos el uno ante el otro, nuestra relación pasó a otro nivel. Me comentaste con pesar que tú estabas pasando por una situación extrañamente familiar. Tu madre padecía de alzhéimer, estadio grave en lo que denominaban como CDR (*clinical demential rating*), que actuaba sobre las cinco fases en torno a seis variables: la memoria, la orientación, el juicio (lo cognitivo), las relaciones sociales y, en definitiva, la vida doméstica con sus quehaceres, como podían serlo la higiene y el autocuidado. Estaba en la última fase de la enfermedad y la más dura, y aunque me dejaste entrever que no siempre habíais tenido una buena relación, te correspondía estar a su lado en aquellos momentos tan difíciles. Yo pensé que también la razón más grande, lógica y aplastante de por qué hacías lo que hacías era porque, en el fondo, seguía siendo tu madre. Y la querías. No, no me discutas esto, por favor. Sé que la quieres. Entonces, hoy, y siempre. Aunque no me atreví añadir ese pequeñín dato a nuestra conversación porque no quería que te cerrases en banda. Yo creía que me lo habías contado todo, ilusa de mí. Aun confiaba en ti por completo. Y soy dolorosamente consciente de que parte de mí lo sigue haciendo.

Puede que hacía poco que nos conociéramos, pero yo sentía que te conocía—de verdad— más que a mí misma (como cuando te abres en canal y dejas salir los miedos, los gustos y las manías), y yo sabía que a ti te pasaba lo mismo conmigo. Por eso, aquel día lo noté. Vi la neblina en tus ojos, en aquel momento turbios, confusos y algo perdidos. Te vi despistado, mirando por la ventana, sin ver. Sin verme a mí. Tanto, que no te diste cuenta de que llevaba contigo diez minutos y una parada cuando te toqué la pierna y te asustaste. Aun así, me pediste perdón por el error, y me diste un beso en la mejilla, demasiado cerca de las comisuras de mis labios y demasiado rápido. Estabas tan ido que ni reparaste en mi cara de perro mojado y niña enfurruñada. Sabía que ese día me necesitabas.

No me anduve por las ramas ni tintas medias. Te lo pregunté directamente, mientras veía cómo buscabas los chicles sabor a menta (que tanto me gustan) para cogerte uno y ofrecerme otro—el último —. Si eso no era amor, no sé lo que era. Dímelo. Tu respuesta fue muy escueta: «Mi madre». Y en ese momento, mi cabeza hizo clic, todos los engranajes se movieron por mi cabeza hasta que di a parar con el resultado. Ahora todo tenía sentido. Y era casi retorcido pensar que las razones que nos habían hecho conocernos, unirnos y, posteriormente, enamorarnos eran prácticamente las mismas. El mismo punto de unión y el mismo motivo. Quise llorar. Era muy injusto. En mi caso, por un trágico accidente que había hecho que nos jodiéramos la vida un tiempo. La parte positiva era que ese tiempo estaba a punto de terminar. Estábamos dejándolo atrás paso a paso—y nunca mejor dicho—. En el tuyo, una condición hereditaria, una lotería mal tocada y que solo acababa de comenzar (la peor parte). Me contuve las ganas de llorar, pero me temblaron las manos, y tú me las meciste. Me besaste las puntas de los dedos y me dijiste que no pasaba nada. Pero sí que pasaba, joder. Tu madre se estaba perdiendo, metafóricamente hablando, y también te perdería a ti. No me podía imaginar una peor manera de morir, olvidando tu vida, tu pasado, tus recuerdos, tus seres queridos y a ti. Era una injusticia de mierda.

No me arrepentí de no querer dejarte solo. Aquel día, llamé a mi madre para avisarla de que llegaría a casa por la mañana, al día siguiente, que habían pasado cosas, pero que no era nada «grave». Grave para mí. Ya le contaría todo cuando nos viéramos. La avisé para

que no me esperase. Pasé mi parada de largo (sin que tú lo notaras). Pero es que no estabas bien, y yo tampoco. Al rato, en Atocha, en tu parada, me preguntaste, confuso, qué seguía haciendo allí. Con las manos entrelazadas respondí que estar contigo. No nos faltó nada más para entenderlo. Callados y bajo un cielo gris, casi negro, cogimos el metro hasta llegar a Gran Vía, y luego andamos cinco minutos para llegar a tu casa. A tu casa, no la de tu madre. Me sorprendió ver lo grande y lujosa que era. Claro que era normal para esa ubicación, y la verdad es que te iba como anillo al dedo. Pero no dije nada. Dejaste tu maletín y abrigo en el recibidor y te aconsejé que a lo mejor una ducha conseguía calmar un pelín los nervios. Y mientras tanto, yo me fui a la cocina a preparar chocolate caliente, junto con unas galletas caseras—para las que tuve que bajar a la calle, robándote por unos minutos las llaves de tu hogar— para achatar las penas. Y quizá morirnos un poquito de amor.

Te cambió el humor. O fui yo. O eso me gusta pensar. Te saqué esas sonrisas que me paralizaban el corazón, y alguna que otra risa que me mataba. Nos obligué a hacernos una foto. Creo que en ese instante fue la primera vez que me abrazaste, que nos abrazamos. Nos rompimos un poquito y lloramos otro tanto. Pero no nos dejé echar a perder y llegar a la autocompasión. En cambio, puse música—seguro que te acuerdas del grupo y la canción, porque la bautizamos aquel día—. Dejamos recogida la cocina mientras yo cantaba y tú seguías el ritmo y soltabas algunas palabras del estribillo que ya se te habían quedado en la cabeza. Y cuando el aleatorio lo quiso, sucedió.

«No está demostrado que yo tenga que morir».

Noté tus manos en mi cintura y cómo se acomodaban perfectamente a mi figura. Yo rodeé tu cuello con mis brazos, sentí tu perfume, tu propio olor. Me perdí y me vi a mí misma encontrándome en ti.

«A mí me gustaría que vivamos para siempre...».

No sé en qué momento pasamos de estar mirándonos a los ojos a estar bailando, meciéndonos al compás de la música y el ritmo de nuestros corazones.

«¿Qué harías si tuvieras todo el tiempo de este mundo y no importara ni el pasado ni el futuro?».

Pues gastarlo contigo, amor. Eso es lo que haría. Antes, ahora y siempre. Aunque no nos convenza esa palabra.

Y reír, hasta que me duela el estómago. Y bailar, hasta que nos duelan los pies. Y besarnos, hasta que nos duelan los labios. Y hacer el amor. De todas las formas posibles. Como hicimos aquella noche. Duro, suave, con mimo, con sexo, con la lengua entre las piernas y mordiscos en la piel. Con las marcas que se quedaron. Pero también con galletas, abrazados, con la música. Y nuestro olor entremezclado, formando uno nuevo y único.

Nuestro.

«Y que seamos jóvenes eternamente».

Te puedo jurar que aquella noche aprendí el verdadero significado de la palabra «amor».

***

En el tren

Había sido un fin de semana intenso, en todos los sentidos, pero sobre todo en el nuestro. Todo había cambiado. A partir de aquel momento, la visión del mundo cambió para los dos. Yo ya no tenía ojos para nadie más, y tú te encontrabas en los míos. Llegamos a crear un nuevo significado para la palabra «hogar», aunque lo averiguaríamos con el tiempo.

Me acompañaste a coger el primer tren de la mañana. Claro que antes hicimos dos pequeñas paradas. A por churros, que los compramos—a pachas, para evitar el asunto de las peleas—, en un puesto que había en la calle. Y nos lo fuimos comiendo mientras andábamos hasta nuestro próximo destino. Que, aunque no era la floristería de siempre (nos enteramos de que ambos compartíamos el mismo sitio de compra, gracias, Bruno), esta nos hacía el apaño. Las flores eran las flores. Tanto para mi madre como para mí. Y tú me prometiste que nunca, jamás, me faltarían. Y yo te creí. Lo quisimos creer, los dos. Sin embargo, nadie te cuenta que lo malo de romper promesas es que estas, una vez rotas, son capaces de romperte a ti.

Yo pasé dos días increíbles con mi madre. Volvimos a ver *Posdata:*

te quiero. Porque a ambas nos hacía falta y teníamos mono de verla. Yo con el gusanillo en el estómago, por supuesto. Sintiéndome tan diferente a la última vez que daba hasta vértigo, pero de buenas maneras. Me moría de ganas por saber adónde llegaríamos. Y sí, después se lo conté a mi madre, evitando y callando los detalles íntimos que solo nos concernía a nosotros dos. Pero sin ocultar la ilusión que tenía por aquello, por ti. Lo dejamos a un lado cuando sacó su vena protectora de madre, porque no me quería poner de mal humor, y menos, cuando nos veíamos tan poco. Más tarde, fuimos a cenar con Susana y Robert al Pollito Tiko. Y pasamos una gran velada junto a ellos, llenas de risas y anécdotas por parte de la madre de mi mejor amiga, que se había apuntado al gimnasio y, por supuesto, tenía que ir dando el cante por donde pasase. Justo como sus dos hijos. Ya sabes lo que dicen, de tal palo tal astilla. Y así era.

Y entonces, volvió el domingo, y nos volvimos a ver. Donde siempre, donde todo comenzó, en nuestra burbuja, donde todavía éramos ignorantes, pero felices. Ojalá volviendo a aquellos días, ¿verdad? Pero no. Fue la primera vez que nos saludamos con un beso casto en los labios. La primera vez que actuamos como una pareja, sin serlo. Antes, ahora y siempre. Recuerdo la comodidad, la complicidad, los silencios cuidados y el tiempo bien invertidos, porque aunque yo estaba a lo mío (leyendo una novela de las mías, romanticonas, de las *topicazas*, fáciles y rápidas), y tú a lo tuyo (creo que en ese trayecto a mediados de diciembre, estabas con el ordenador buscando algo que regalar a tu madre, por Navidad—porque así de precavido eras, aunque yo no lo entendiese—), estábamos juntos. Compartiendo el tren, las formas y las ganas de vivir.

Capítulo 28

Nuestra historia no fue una historia convencional. Ni nosotros. Fue intensa desde el principio, empezamos como pocos lo hacen, con una confianza capaz de arrasar con los sentidos y con todo. Estaba bien, se sentía bien, nos hacía bien. Nos convertimos en el punto de apoyo el uno del otro, teníamos una conexión que nadie era capaz de entender, ni empatizar. ¿Cómo lo vas a saber si no lo habías vivido? A nosotros nos había unido el dolor, y el amor nos mantuvo juntos. Así sucedió. De forma sublime, arrolladora, romántica, en un escenario lleno de trenes, música de fondo y poesía de otros.

Y tú, con tus hoyuelos y sonrisa siempre presentes... ¿Cómo se suponía que tenía que superarte? Vamos, era imposible. Y la mirada gris cielo, con segundas intenciones, parecidas a las mías. No había quién nos detuviera por aquel entonces. Estábamos viviendo un pequeño pero intenso, corto cuento de hadas. ¿Y ahora? ¿Te gustan ya? ¿Crees en ellos? ¿En mí? Responde, antes de que desaparezca.

Yo lo sentía así, hasta el punto en que sabía que era tan nuestro, tan especial, que lo convertí sin querer en un secreto (un poquito a voces, porque mi madre sí sabía de ti, pero es que ella era un caso aparte). ¿Sabes que me daba miedo preguntarte si tu madre sabía de mí? Sabía lo que suponía para ti, y preguntártelo significaba situarte entre la espada y la pared, ubicándonos al mismo nivel, y es que, no lo

estábamos. Pero eso yo lo entendía. Porque a mí me pasaba igual.

Y sin embargo, se lo oculté a las chicas, bueno, y a todos los demás, en general. A veces sí que me entraban ganas de compartirlo y desahogarme con Iris, e incluso con Natalia, me hacía falta ese punto de comedia entre tanto drama. Bueno, drama no era, era... joder, que me estaba dejando caer por el precipicio y en vez de vértigo y arrepentimiento, sentía lo contrario. Lo que daba incluso más miedo, ¿verdad? Me alejé de ellas, porque prefería pasar mi tiempo libre contigo (porque a decir verdad, a ellas las veía mucho más, si no era en el piso, en la facultad, o en la biblioteca... o yo qué sé). Yo solo quería estar contigo. Me enganché a ti. Como una niña a las piruletas de fresa, o yo misma al bálsamo de cereza. Como cuando te encanta tanto un libro que no puedes parar de leer ni soltarlo, hasta que te lo acabas. Como a esa canción que no te puedes quitar de la cabeza, hasta que le coges manía o la aborreces. Pero contigo eso no pasaba. Te convertiste en mi persona favorita.

***

—Me han echado para atrás la crítica.

Frunciste el ceño y aparecieron esas arrugas de preocupación que me mataban y que quería que desaparecieran para siempre. Últimamente las tenías más. Tu madre había pasado unos días malos, donde la lucidez se había marchado dejando un lugar triste y oscuro en su mente, y en ti. Esperaba con todas mis ganas que mejorase.

—¿Por qué?

—Ha sido grupal.

—No me digas más.

Doblabas el mantel que habíamos utilizado en la cena y te vi recogiendo la cocina. Yo estaba en el salón, con las piernas estiradas encima de la mesa, mientras trabajaba en la dichosa asignatura que me tenía la cabeza frita. Maldita coordinadora de las narices. Me distes unos toquecitos en las piernas y las aparté un segundo para que pasaras y te sentaras en tu lado del sofá. Sí, ya nos acostumbramos a esas cosas. Era muy reconfortante, en realidad.

Y cuando me besaste el cuello no una, sino dos veces, mi mente voló y se quedó en blanco. Lo demás ya no tenía importancia.

—Alex...

—Te veo muy estresada.

Giré mi cara para mirarte y volviste a besarme, esta vez en la nariz. Si querías matarme por lo adorable que podías llegar a ser... te faltaba poco.

—Tengo que terminar esto. De verdad. Es para la semana que viene.

Eso te dio pie a quitarme el portátil de encima.

—Eso quiere decir que tienes tres días para hacerlos.—Te miré alzando mis cejas y de manera reprobatoria—. Vamos... solo nos queda esta noche.

—Y quinientas más.

***

Al día siguiente te llevé al Holiday Café (no sé si con la intención de que nos cruzáramos con mis amigos. Voy a pensar que no, porque con todo lo que pasó después... Mejor que no). Sí, ya habíamos pasado la fase de conocer también tu casa de Salamanca (tengo que añadir que estaba en el mejor barrio de la ciudad. No sabía lo que ganaba un editor, pero tú estabas forrado. Quizá venías de una familia adinerada... y como era una bocazas y mi personalidad se basaba en ser impulsiva, te lo pregunté). Pasamos a la privacidad y los temas personales.

—¿Tu padre?

—Mis padres se separaron al mes de nacer yo.—Me metí un trozo de tarta (de *red velvet*, por supuesto) y saboreé cada migaja. Dios, estaba tan buena como tú—. Separados, que no divorciados. La casa de mi madre en realidad está a su nombre, pero mientras no le pidamos nada, nos la deja.

—Lo siento, pero... menudo cabrón.

—Ya, lo sé. Lo es. Nunca lo he conocido. Y tampoco quiero hacerlo. Mi familia es la que es. Y la que yo forme, en un futuro, claro.

Creo que a ambos se nos pasó por la cabeza si teníamos un futuro. Y creo que ambos lo quisimos.

—¿El tuyo?

—Falleció. Hace unos...—Usaste la servilleta para limpiarte la boca, que tenías llena de chocolate—. Cuatro años. Antes de que mi madre enfermara.

No quería ir por temas escabrosos ni que el día se echara a perder, así que cambié rápidamente de tema.

—¿Hermanos? ¿Hermanas?—Moviste la cabeza de forma imperceptible y yo me creí lo que yo quise creer, porque sí—. Tampoco.

Después de que pagara (y antes de que yo terminara completamente cabreada), me cogiste la mano que tenía sobre la mesa y me acariciaste la palma de forma suave.

—No me intentes camelar ahora.

—La cicatriz que tienes en el muslo, ¿de qué es? No me mires así. Obviamente, me he dado cuenta. Te he visto desnuda, varias veces. ¿No me digas que te da vergüenza?

La risa resonó en tu pecho y me llegó y atravesó a partes iguales, inundándolo todo, volviéndolo mucho más bonito.

—No seas malo... Patinando. En el paseo marítimo de una de las playas de Almería. De vacaciones. Me di con una alambrada. Fue muy muy feo.

—Lo siento.

Bebí de mi batido hecho a base de frutos rojos, antes de hablar:

—¿Y tú, dónde veraniegas?

—Pues en Barcelona o en Cannes.

Solté el vaso antes de que se me escapara de entre los dedos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. ¿Por qué?

—De todas las playas y sitios que hay en España... para tirarte a una hamaca te vas a otro país, ¿de verdad?

—Eh... sí.—Te colocaste bien el cuello del abrigo y me enrollaste tu bufanda alrededor de mi cuello. Me saqué el pelo de debajo antes de que me dieras un beso.

—Menudo señor estás hecho.—Me reí.

—No seas mala...—susurraste, mientras me pellizcabas el trasero.

Capítulo 29

Alex: Ahora tengo al pesado este suplicándome que salga con él esta noche.

Julia: ¿Y por qué no lo haces?

Alex: No sé, quizá, porque... ¿tengo muchísimo trabajo?

Dejé el teléfono por enésima vez en la mesa e intenté concentrarme en mis amigos, en sus caras de fastidio y en terminar mi parte del trabajo. Aunque, en realidad... yo estaba aquí voluntariamente, de prestado. Si ellos no se ponían primero, yo no podía hacer nada. Así que cogí una vez más el móvil.

Julia: Pues como todo el mundo. Deberías salir y entretenerte un poquito.

—Julia, quieres hacerme el favor de dejar el puñetero teléfono ya.

—¿Con quién te hablas tanto, eh?

El primero, que me había arrebatado el teléfono de las manos y había soltado unos cuantos tacos por la boca, aunque yo sabía que no lo decía en serio, era Isaac. Y la que había hecho la preguntita había sido Iris. La verdad es que estábamos todos. En realidad, Bruno y

Alberto—su amigo del trabajo, el que habíamos conocido la semana pasada cuando quedamos para ir al cine— no estaban. Porque se encontraban trabajando en la oficina. Como casi todo el mundo un viernes por la mañana. Yo estaba ayudando a Isaac en un proyecto de Ciencias de la Salud que estaba haciendo. Me estaba entrevistando para un trabajo al que quería darle importancia a los familiares de personas enfermas, ya que como él defendía, a menudo quedaban (o quedábamos, mejor dicho) en el olvido. Era una buena idea, aunque desde mi punto de vista, a mí no me importaba quedar en un segundo plano, ya que no tenía las necesidades que mi madre sí. Y tú estarías de acuerdo conmigo, ¿verdad?

Le pedí a Isaac que me lo devolviera cuando vibró una vez más, antes de que tuviera tiempo para ver en la pantalla el mensaje antes que yo misma. Gracias a Dios, me hizo caso.

Alex: Preferiría que vinieras tú y así entretenernos mutuamente.

Me reí ante aquella directa y eso fue la gota que colmó el vaso.

—¿De qué te ríes tanto?

—De nada, de nada—dije negando con mi cabeza, mientras que le contestaba.

Julia: No. Sal con tu amigo. Diviértete. Olvídame un rato.

Alex: Eso creo que no puedo hacerlo.

Me guardé el móvil en el bolsillo de mis pantalones con el propósito de zanjar el tema en ese punto de la conversación, en el mismo momento en el que mi amiga me miraba con las cejas fruncidas, estudiando cada una de las facciones de mi rostro, pero sin que le diera tiempo a pronunciar ni una palabra, porque se le adelantó otra persona.

—Julia, Julia, Julia... muy mal.

Todos nos giramos para ver de dónde procedía aquella voz, y todos y cada uno de nosotros nos alegramos al ver quién era. Era el profesor Gallego con su acento tan característico. Aunque no había dado clase a los chicos, porque ellos estaban cursando carreras de ciencias, Christian Gallego era conocido en todo el campus. Por las

clases que daba, las tutorías que comenzaban en su despacho y que terminaban en unas cañas en cualquier tapería y, además, debido a su gran atractivo físico. Por una cosa o por otra, era el favorito de cualquier alumno universitario. Obviamente, también el nuestro.

—Los teléfonos móviles están prohibidos en las salas de estudios.

Sabía que estaba de broma por su sonrisa ladeada. Aunque, ahora que lo pensaba, jamás lo habíamos visto enfadado. Lo que me recordó que pronto tú y yo lo veríamos.

—No he traído el ordenador. Así que estaba en Google.—Me encogí de hombros—. Perdón.

—Ya, claro.

La situación me salvó, o más bien fue un timbre. Sonó un teléfono y cabe decir que no fue precisamente el mío. No te voy a negar que mis compañeros—y traicioneros amigos y amigas— miraron con disimulo los suyos propios y suspiraron aliviados sabiendo que no eran los culpables, porque, lo quisiéramos notar o no, el profesor Gallego nos estaba echando la bronca, a su manera, pero era una bronca al fin y al cabo. Fue gracioso ver su cara cuando se dio cuenta de lo que pasaba. Que el sonido procedía de su maletín. Sus mejillas se tornaron de un color rojizo incluso después de que pasara el mal rato.

—Christian, creo que para ti también está prohibido, eh.

—Señorita Alonso, cállese o le tendré que poner un negativo.—Las risas resonaron por toda la habitación—. Podéis seguir con Instagram o WhatsApp, que es viernes, no os veo hasta el lunes, y además, me voy de fiesta esta noche.—Era evidente que estaba de broma, pero más lo era su felicidad. Además, nos la contagió, aunque a nosotros nos quedase un buen rato aquí, en estas cuatro paredes y rodeados de libros y asignaturas que se nos atragantaban.

Además, con eso consiguió que todos nos olvidáramos del tema. Y de mi tema, también. Y cuando se marchó, seguimos ayudando a Isaac con lo suyo, y me preguntó cuánto hacía que no ponía por delante mi persona, en vez de a mi madre. Yo le respondí que no recordaba haberlo hecho. Lo que hizo que tomase notas en su cuaderno como un loco, y que yo me quedara pensando. Comenzamos una charla en la que me explicó que lo natural era pensar y actuar de ese modo, siendo uno mismo la primera opción en todo. Y yo no lo veía de otra forma que no fuera una completamente egoísta y absurda. Me contradijo y

me dio motivos que me hicieron cuestionarlo todo. Eso era lo normal. Pero qué era lo normal. Lo que cada cual decidiera, ¿no? Aunque entendía y comprendía los distintos puntos de vistas, experiencias y situaciones. Pero esta era la mía, la que me gustaba, y la que, a fin de cuentas, había aprendido a vivir hacía mucho.

***

No me libré del posterior interrogatorio por parte de Iris y Natalia, ya en casa, cuando habíamos terminado y decidimos quedarnos allí y estar una noche tranquilitas y solas con nosotras mismas como única compañía (los chicos se quejaron un pelín al principio, pero Isaac acabó agradeciéndonos nuestra ayuda, y en especial a mí, e invitando a Eloy a jugar un partido de fútbol, cosa a la cual nosotras nos negamos en rotundo a ir).

Al final acabé claudicando—mínimamente, porque no quería cometer los mismos errores del pasado—. Sí que había algo que no les estaba diciendo, y sí que tenía que ver con un chico. Pero les dije que estaba tan ilusionada—cosa que era verdad— que no quería gafarlo. Y me callé mis otras razones, que lo sentía tan nuestro que contarlo era como engañarnos y decepcionarnos (un poquito). Iris me confirmó lo que ya sabía, que lo intuía desde hacía algún tiempo y que no era normal que yo cogiera el tren todas las semanas a la misma hora, lo que le dejaba saber que se trataba de algo verdaderamente importante.

Y yo... yo no me sorprendí de aquello. Éramos mejores amigas por una razón.

Así que, el domingo, cuando te presentaste en mi casa (no, en la casa de mi madre), me alegraste el día, el alma y puede que un poquito la vida. Te enseñé quién era, cómo había sido y todos mis pequeños secretitos que guardaba allí y que me hacían ser quien soy ahora.

No sabes ni eres consciente de lo que significó aquel día para mí. Que le prestaras la atención que se merecía mi madre. Que le llevaras sus flores favoritas a ella, y me trajeras las mías también. No te voy a

confesar que te ganaste a mi madre en ese momento, porque ya lo sabes, te lo dijo ella misma. Era verdad. Entraste en nuestras vidas como un remolino, arrasando con todo, pero con un mimo y cuidado dignos de ti. De tu presencia y tu forma de ser.

Pero también te voy a confesar que te marchaste de la misma manera. Y aquello... aquello me destrozó. Aunque yo te obligase a hacerlo.

Capítulo 30

Aquel mes, aparte de ser protagonista de nuestro amor, también fue fuente de muchísimo estrés, agobio, trabajos que entregar y largas jornadas en la biblioteca. Volvimos a nuestro plan de antes, solo que, en ese corto plazo de tiempo, terminamos conformándonos. Ya no nos bastaba con las dos horas que pasábamos juntos en aquel tren, no. Pero es que no había otra. Yo echaba de menos los ratos en tu casa, rodeados por una manta, disfrutando de la lluvia y de una película juntos (daba igual el género, dependiendo de a quién le tocase elegir), donde no sabíamos dónde empezaba uno y terminaba otro. Y en las dos horas y media que duraban los trayectos entre Salamanca y Madrid, parecíamos dos adolescentes que disfrutaban de la mejor etapa de sus vidas. Me gusta pensar que quizá, en parte, sí lo éramos. Nos habíamos acostumbrado a la idea de ser un «nosotros». No es que nos costase al principio, sino todo lo contrario. Había sido extremadamente fácil, al menos así resultó para mí. Lo que nunca me había ocurrido con ningún otro chico—Iris los habría llamado «ligues»— me acabó pasando contigo. Me enamoré, pero qué puedo hacerle ahora. Ya te lo digo yo: nada. Quizá arrepentirme de cómo hicimos las cosas cuando todo se complicó. Sí, va a ser eso.

Y a finales de mes—y casi del trimestre escolar—, cuando ya había acabado todas las asignaturas—obviemos la parte de los

exámenes, que de eso ya me preocuparía cuando llegase (es decir, dentro de dos semanas. Vaya navidades pasaría)— y tú andabas... bueno, en aquel entonces no sabía dónde metías la cabeza. ¿Cómo narices no sabíamos realmente lo que hacíamos cada uno? Tú andabas trabajando las veinticuatro horas, siete días a la semana, y en tu descanso para comer, aprovechaste para llamarme por teléfono. Me pillaste en la calle, más exactamente en la Gran Vía. Era fin de semana y una de las veces que Iris había decidido venir conmigo a casa para visitar a sus padres (sí, ya casi cuando volvíamos para las vacaciones, pero qué vamos a hacer con ella).

—Lo siento.

Si eso es lo primero que te dicen tras descolgar el teléfono, lo normal es que te preocupes, ¿verdad? Así que sí, me asustaste hasta la muerte.

—¿Qué te pasa?—pregunté ansiosa y fatigada. Acababa de salir de Primark, la tienda que tenía todo lo que estuvieras buscando.

—Nada.—Escuché ruido de fondos, como el de una silla arrastrándose sobre una alfombra y folios, muchos de ellos, y después un «mierda», cuando seguramente se habían precipitado sobre el suelo —. Nada no. No voy a poder ir a casa este fin de semana.

Mi humor me cambió al instante, y se me notó en la voz.

—Me has asustado. ¿Tanto trabajo tienes?—Hice una pausa mientras me encendía un cigarro. La ansiedad había podido conmigo.

—No te muerdas el labio, y cambia esa cara.

—¿Cómo sabes...?—Sin querer, había dejado de hacerlo. Y ahora, miraba asustada a ambos lados, por si entre toda la marabunta estaba allí. Él no sabía que yo fumaba, y no quería que lo supiese.

—Julia, te conozco como si hubiéramos estado juntos desde siempre.

—Siempre es demasiado tiempo. Además, no siempre hemos sido nosotros.

—Tienes razón. ¿Te parece mejor si usamos el presente?

—¿Cómo...?—No entendía lo que me querías decir.

—Te conozco en presente. ¿Mejor?

Le di otra calada al cigarro, esta vez con una sonrisa en mis labios.

—Sí, mucho mejor.

—Genial. Nos vemos la semana que viene, ¿vale? Ya habré

acabado todo para entonces y estaré de vacaciones.

—Benditas sean.

—Sí.—Pausa—. ¿Qué, estás con tu madre? Salúdala de mi parte.

Me reí.

—De acuerdo, pero ahora estoy con Iris. En el centro, hemos venido de compras, porque tenemos una fiesta. Y luego, iremos a merendar y a ver el alumbrado.

—Que disfrutéis mucho el día. Yo voy a seguir con lo mío.

Escuché de fondo cómo tamborileabas con tus dedos sobre la mesa. Eso lo hacías cuando estabas nervioso.

—Gracias. Y, Alex... te echaré de menos.

—Y yo. En presente.

Nada más colgar, mi mejor amiga salió de la tienda, me birló el paquete de tabaco y me robó (según dijo ella) uno, pero yo vi que fueron tres. Y me enseñó el conjunto lencero por el que se había decidido comprar. Nuestra próxima parada fue Zara, y ahí sí que dimos con los modelitos que luciríamos en el Baile de Invierno, una fiesta que se había organizado en nuestra facultad, dada la similitud con los otros sistemas educativos (americano y británico). Aunque más parecido al estilo español—no habría nada de ponche y muy posiblemente el protagonista de la noche sería vodka del supermercado—, pero en el que teníamos que ir con pareja. Gracias a Dios yo iría con Isaac y todo sería cómodo y sin malos rollos.

Llegó el domingo. Y lo que me tenía con la mosca detrás de la oreja e hizo que empezara la mañana con el pie izquierdo era que Iris se había despertado de un humor muy extraño. No, era más su comportamiento que otra cosa. Estaba demasiado callada y nerviosa. Y se estaba comiendo las uñas de un modo frenético. Todos nos dimos cuenta de eso. Y me removí en mi sitio cuando Bruno (que también se había dejado caer por allí para la comida familiar) le dio un manotazo cuando se llevó una vez más los dedos a los labios.

—¿Quieres parar?

—No, imbécil.

—¿Y qué más?—pregunté riéndome.

—¿Qué es lo que te ha pasado esta vez para que no te dejes las uñas?—Iris cogió unas cuantas patatas fritas y se las comió, evitando

así tener que contestar.

—Son los exámenes. Está agobiada con todo lo que tiene que estudiar.

Bruno se estiró en su sitio, después de terminar y dejar los cubiertos en el plato.

—Menos mal que ya acabó esa época.

—Sí, ahora solo tienes que trabajar.—Se metió en la conversación su padre, y nosotras nos reímos con su comentario.

—Tú tienes la peor parte, Bruno. Acéptalo.

—Sí, pero después vais vosotras—dijo señalándonos mientras se levantaba, dispuesto a recoger las cosas y llevarlas a la cocina—. ¿Quién va a querer café?

Todos empezamos a pedir a nuestro gusto, hasta que nos mandó a callar y gritó «marchando», mientras desaparecía del comedor. No me di cuenta de la gravedad de la situación hasta que no vi que mi mejor amiga me cogía de las manos y me daba las gracias por haberla ayudado. Y le vi la cara. Esto no podía ser nada bueno. Nos subimos a su habitación después de la sobremesa, y me preocupó más todavía cuando llegó y ni se sentó en su cama, cuando, normalmente, ya estaría tumbada y suplicándome que nos acostásemos un rato. No hacía más que andar por la habitación y hablar para sí misma. Y ni cuando la llamé tres veces la saqué de su mundo. Le obligué a sentarse a mi lado y susurré y pregunté a partes iguales qué era lo que estaba ocultando, porque ya me estaba empezando a preocupar por la gravedad del asunto. Supe que se trataba de algo gordo cuando nos miramos a la cara y noté que estaba conteniendo las lágrimas. No sé explicarte la ansiedad que me entró por el cuerpo de ninguna manera, pero es que me sentí morir. En todo el tiempo que conocía a Iris—es decir, toda mi existencia— nunca la había visto llorar salvo cuando se hacía daño físicamente hablando. Intenté transmitirle toda la seguridad que podía en ese momento. Iris casi me chilló en voz baja— sí, es un poquito extraño que pueda hacer eso— que la había cagado. Esas fueron sus palabras, no las mías. A lo que yo contesté que cualquier cosa que hubiera sucedido tendría solución. No sería tan malo ni el fin del mundo. La insté para que se calmara y me contara de qué se trataba. Ella intentaba llevarse las manos a la boca, y aunque me estuviera poniendo de los nervios, me los tragué. «No sé

qué voy a hacer, no sé qué voy a hacer», no paraba de repetir. ¿Qué es? Vi cómo tragaba saliva y se pensaba cómo decir lo que estaba a punto de soltar por la boca. Te prometo que en mi vida no me hubiera imaginado lo que me confesó. Ella siempre tan responsable en ese aspecto, solamente en ese. El universo había querido que sucediese así. Lo sé. No tenía otra explicación. Así es cómo me enteré de que mi amiga tenía un retraso con respecto a su período. Lo que todavía no sabíamos, porque no se había hecho la prueba, era el resultado, ni cómo nos tomaríamos la noticia final. Ni lo que supondría para nuestras vidas.

SEGUNDA PARTE

Las ilusiones rotas

Capítulo 31

Paréntesis

La noche del Baile de Invierno cayó el 22 de diciembre, también conocido como «el día de la lotería» o el último del primer cuatrimestre. Llámalo casualidad o llámalo ilusión, pero todos estábamos locos de contentos por ese acontecimiento. Y no me refería solamente a los alumnos y alumnas de nuestra facultad, sino todas y cada una de las personas que conformaban este país. Los más pequeños ya estaban en sus casas, sin deberes que hacer, otros habían encontrado las respuestas a sus problemas al haberles tocado el primer, segundo, tercer premio. O el que fuera. Y lo estaban disfrutando en las calles. Y el resto... sin más, oficialmente, acababan de llegar las Navidades: vacaciones, pasar tiempo con la familia, viajes, encuentros, felicidad.

Pero la noche del Baile de Invierno también fue la primera vez que me viste como lo que éramos realmente (no por adentro, que es como nos habíamos conocido y nos habíamos dejado huella, sino desde afuera, como con todos los demás). Me viste en un contexto por completo desconocido y fuera de lugar para nosotros, donde no estábamos acostumbrados a vernos y a tratarnos como lo que éramos —y dejamos de ser (al menos, durante un tiempo)—. Me viste en un lugar al que ambos pertenecíamos, solo que de manera distinta, más

de lo que cabía de por sí; y eso, eso lo estropeó todo. Me viste y no me dijiste nada, por desgracia y por fortuna, porque de ese modo uno de los dos seguía teniendo fe en nosotros. Como presente, y como futuro, te tengo que decir.

No sé por qué no hicimos las cosas de otra manera, si es que no supimos hacerlas de forma diferente, o es que no teníamos otra opción. Yo me asemejaba más a lo primero y tú, a lo segundo. Eso también era lo que nos diferenciaba, ¿a qué sí? Yo, con mi impulsividad; y tú, con tu calma casi desquiciante. ¿Pero sabes lo que más me dolió? Que hubieras decidido que se había acabado desde el minuto uno en que te diste cuenta de la verdadera realidad. Sin yo saberlo y sin tener culpa. En realidad, ninguno de los dos la teníamos.

¿Cómo íbamos a saber que tú eras profesor y yo, alumna?

¿Cómo explicarle eso a un corazón roto que no quiere dejar de latir?

Ese fue el primer error. Ya estaba. Solo quedaba otro. La gran mentira.

***

Mi yo de por aquel entonces, aún ingenua y soñadora, te había contado que aquella noche tenía una fiesta y que, además, empezaban mis vacaciones. Tú me dijiste, exaltado y emocionado, lo mismo. Qué ilusos. Creímos que tendríamos un tiempo extra para vivir nuestro amor, para compartirlo sin prisas y como buenamente podíamos. Pensándolo bien, habían sido demasiadas señales como para no verlas, pero es que también estábamos cegados por el amor. Y era verdad, nunca nos habíamos preguntado sin más qué hacíamos con nuestra vida, a qué nos dedicábamos—ese cliché tan insulso que empezaba con *¿estudias o trabajas?* Y mucho menos sabíamos la edad el uno del otro. Escribiéndolo puede resultar surrealista. Qué persona con la que uno mantiene relación no es conocedora de ese dato. Sin embargo, sí que poseíamos otros datos a los que les dábamos más valor, porque creímos que eran especiales. Cómo preparar el café para uno y para el otro. El miedo más profundo. Nuestro escritor favorito. Lo que nos

puede llegar a sacar una sonrisa... Tampoco es que nos separasen tantos años. Yo me imaginaba que la diferencia rondaría unos cinco o así. Después me enteré de que, en realidad, nos separaban ocho. Todavía sigo pensando que no importaba, dijeras lo que dijeras. A ti lo que te preocupaba era la normativa de la universidad: tu carrera y mi futuro. Porque lo sabía, sabía que te importaba muchísimo más de lo que dejabas entrever.

El caso es que después de hacer el botellón con todos, ir al baile, nos paramos un largo rato en el *photocall*. Primero con las parejas correspondientes: Eloy e Iris, Natalia y Bruno—este había querido acompañarla luego de que se hubiera pronunciado un atisbo de lo que nosotros denominamos un tonteo— y una servidora con Isaac. Y luego las chicas y chicos solos, para más tarde, todo el grupo, serios, de broma, con accesorios... pasamos a entrar al *hall* en el que se había dispuesto la pista de baile, y puedo decir que ahí fue cuando comenzó la velada.

Desde mi punto de vista disfrutamos de una noche mágica, para recordar, de esas veces que todo va bien (en todos los aspectos de la vida y lo disfrutas al cien por cien porque no sabes cuánto va a durar. Pista: más bien poco). Aunque Iris y yo sufrimos unos diez minutos de mal rato, el único momento que nos pudimos quedar a solas—de repente, Natalia y su hermano habían desaparecido sin avisar. Aunque eso no le molestó en absoluto. Al contrario, se lo agradecimos metafóricamente hablando, porque pudimos acudir al baño y estar a solas—. Mi mejor amiga se vino abajo. Ya sabes por qué. Si yo estaba preocupadísima, no me podía imaginar cómo de angustiada estaría ella. Casi enferma. Y no ayudaba nada que no quisiera hacerse la prueba del embarazo, más cuando esa mañana se había despertado con náuseas y vómitos. Sé que daba mucho miedo, pero tenía que enfrentarse a la situación. Encararlo y ver si resultaba ser verdad o no. Muchas veces, la mente nos hacía creer cosas que no lo eran, y la sugestión podía jugarnos una mala pasada. Hablamos y hablamos hasta que se calmó y llegó al punto de poder controlarlo, y me prometió que la semana próxima se haría la prueba, después de Nochebuena y el día de Navidad. Y yo la creí.

Nos marchamos de allí a las siete de la mañana, más o menos, cuando tú y todo el profesorado habíais desaparecido ya hacía horas

(aunque yo no te había visto en ningún momento. Sin embargo, sí que vi al profesor Christian Gallego. Tiempo después me enteraría de que se trataba de tu mejor amigo. Sí, ese con el que habías salido de fiesta la semana pasada (de verdad, ¿cómo no lo vimos venir?). Eso no tiene importancia ahora. Charlamos bastante rato con él hasta que se marchó, mientras tú huías a no sé dónde. ¿Dónde se habían quedado tus pelotas? ¿Es que acaso ya no tenías? Jolín, es que lo pienso ahora, en frío, y yo hubiera dado la cara. Habría ido hasta ti, eso sí, total y absolutamente petrificada y puede que incluso conmocionada, pero te hubiera hablado y quizá habríamos podido solucionarlo mucho antes. Y no haber perdido tanto tiempo.

Después, fuimos a un bar que nos pillaba de camino, desayunamos churros y acabamos todos en mi casa, desparramados por cada superficie plana y cómoda que pudiéramos encontrar. Yo dormí con Isaac, que se había puesto un poco tonto (todavía no sabía en base a qué, ya le preguntaría cuando pudiera), pero se empecinó en dormir conmigo, poniendo de excusa que los demás iban del palo de pareja y que lo más seguro era que acabasen follando en cualquier lado. Al final accedí. Se mostró cariñoso pero nada pesado, y pensé que no hacíamos nada malo. Tampoco es que tuviera otro sitio donde hacerlo, Bruno y Natalia habían proclamado suyo el sofá.

Julia: Ya estoy en casa.

Julia: Me lo he pasado genial. Aunque no tan genial como si hubiera estado contigo.

Julia: Me voy a dormir. Buenas noches para mí, buen día para ti.

Esos fueron los últimos mensajes que te mandé. Tú nunca me los respondiste—ni esa noche, ni los días de después—, aunque los viste a la misma vez que yo dejaba el teléfono en la mesita de noche y caía en un profundo sueño a los segundos. Tú no podías dormir, como era normal dado lo que pasaba. Sigo pensando que me lo podías haber contado, podíamos haber aclarado las cosas, sentarnos a sopesar los pros y los contras. Pero no. Cabreado, porque pensabas que lo sabía todo y que te lo había ocultado, decidiste castigarme dejándome de hablar. Y lo lograste, por supuesto. Siempre lo hiciste con las cosas

que te proponías. Aquella vez no iba a ser menos. Así que me tuviste enferma de preocupación hasta que por mis santos cojones me envalentoné para averiguar qué era lo que andaba mal contigo. Porque me habías sentenciado, tratándome como la mala de la película cuando los dos, ambos, estábamos en el mismo punto. Lo que más me fastidiaba es que a ti parecía darte igual como yo me sintiese.

Habías decidido por los dos.

Y eso, eso no puedo perdonártelo.

Por todo lo que vino después. Por todo el daño que me hiciste.

Capítulo 32

Regresamos a Madrid mis dos mejores amigos y yo en el coche de este, por lo que no hubo posibilidad alguna de encontrarnos en nuestro lugar particular, y tampoco hubo otras señales, así que pasé las festividades angustiada y quizá un pelín perturbada. Que estaba que me subía por las paredes, preguntándome una y otra vez qué narices habría ocurrido. Y yo, preocupadísima por no haber tenido la posibilidad de haberme plantado en tu casa para hablar contigo. ¿Había hecho algo mal y te habías enfadado conmigo? Si era el caso, ¿de qué acto horrible se trataba? ¿Y si tu madre había empeorado considerablemente? Por Dios, que fuera de todo menos eso. Así me tenías. Ahora ya lo sabes. Supongo que lo leerás contento, eso es lo que pretendías de todas formas, ¿no? Espero que te sientas mejor ahora y que todo haya valido la pena. Pido disculpas porque yo no me sienta así. Será que soy una buena persona al fin y al cabo... Y todo porque no te salía de los cojones contestarme con un simple mensaje. No creo que costase tanto. De verdad, me hubiera bastado y me habría dado por satisfecha con un monosílabo. Pero no. Tú seguías con tu pataleta de niño pequeño, que no hacía más que quitarte la poca razón que aún tenías.

No me dejé influenciar y cambiar mi estado de ánimo por ti. Y menos en una de mis noches favoritas del año. Y como tal, como todas

y cada una de las Nochebuena vividas, cenamos con los Carrillo, en su casa. Cuando dieron las doce, mientras que nos tomábamos el chocolate caliente que había hecho Susana como dictaba la tradición, comenzamos con la entrega de lo que sería el primer regalo. En ese momento solo nos dábamos el del amigo invisible, al día siguiente habría muchos más. Y además, se presentarían para comer Eloy y Natalia. No, si es que la cosa entre ella y Bruno iba completamente en serio, y eso que nuestra querida amiga no nos había dicho ni mu. Pero es que, en ese aspecto, yo no podía decir tampoco nada. Estaba llevando las cosas incluso peor. Tenía que haber sabido que aquello también traería sus consecuencias. Para todos nosotros.

—El reloj, un bolso negro que necesitaba y no encontraba por ningún sitio, mi bálsamo de labios, que se me había acabado. Algo de dinerito... y tu bufanda.—Me senté luego de doblar aquella prenda que me había regalado Natalia, sin poder evitar pensarte.

—En mi casa tenemos la norma de darnos solamente un regalo para cada uno. No como cuando éramos pequeños, qué tiempos... Pero bueno, como soy la mayor, no se han complicado y me han dado dinero.—Hizo una pausa, mientras que gesticulaba con sus manos graciosamente—. Pero, mira, que también lo agradezco.

—Claro, claro—dije riéndome.

—¿Y a mí quién me ha regalado un organizador, por Dios?

Le di un manotazo en el culo porque se acababa de tirar bocabajo en la cama, junto a mi lado.

—No seas desagradecida.

Natalia, que estaba dando vueltas con la silla del escritorio, se detuvo de repente.

—Pero si eso mola mazo.

—Ya, claro. Para ti, que eres una psicótica del orden. Además, ya no es que sea un organizador semanal normal, no—gritó irónicamente —. Es que es escolar. Para los exámenes y esas mierdas.

—Ah, ¿sí?—Yo no me había dado cuenta de eso.

Los ojos se me fueron por trigésima vez a mi teléfono que había estado más callado que todos los santos juntos, y a pesar de que en el

fondo sabía que no habría ninguna notificación nueva, yo seguí estando pendiente.

—Seguro que ha sido mi madre.

—Seguro no, segurísimo—confirmé—. Me pidió consejo.

—Qué perra que es mi amiga. ¿Por qué no le dijiste que necesitaba un móvil nuevo, eh?

—Si te crees que tu madre te va a comprar un móvil nuevo sin necesitarlo, lo llevas claro, guapa. Bájate de las nubes. Además, lo vas a precisar para sacarte las que has suspendido en primera convocatoria...

—Tantos años de amistad para esto.

Natalia cogió en ese momento su móvil, tecleó varias veces y nos enseñó la pantalla. Estaba en la aplicación de WhatsApp, en el chat de nuestro grupo y acababa de enviar un *sticker* de un dibujo de una lápida que ponía «nuestra amistad». Después de eso, bajamos a comer.

Robert y Susana presidían la mesa, uno en cada esquina. Mi madre y yo estábamos sentadas una al lado de la otra. A mi lado se encontraba Bruno en su sitio habitual, con los ojos verdes tan diferentes a los que me gustaban en realidad... Frente a él, Natalia, a su lado, Eloy, y en el otro extremo, mi mejor amiga. Comenzamos a comer mientras se iban intercalando conversaciones triviales como el frío que hacía aquel día—la calefacción llevaba puesta desde bien entrada la madrugada— y preguntaban banalidades sobre las familias de unos y otros. Los padres de Eloy decidieron quedarse en Londres aquellas vacaciones, por temas de trabajo. Ni siquiera habían tenido la poca vergüenza de invitar a su único hijo a pasar aquel período con ellos. Menos mal que el chico era más bueno que el pan y parecía que no les guardaba ningún rencor, ni siquiera se mostraba decepcionado o dolido. Como si aquello fuera lo más normal del mundo. En cambio, se lo veía feliz por estar aquí. Lo mirabas, y el brillo que tenía en sus ojos cada vez que contemplaba a la pelirrubia era sobrecogedor. Solo un ciego no se daría cuenta de que estaba enamorado de ella hasta las trancas. Daban envidia, pero de la sana. Y me ponían un poco triste, también. Porque yo no sentía enfado; sin embargo, la preocupación me abrumaba hasta límites insospechados. No entendía lo que había podido pasar para tener este vacío que para mí era un completo sinsentido. Para que sepas a los niveles que llegaba mi incomprensión,

yo seguía con la idea en la cabeza de que algo grave le había pasado a tu madre. Algo grave, malo y feo. Que te tuviera lo suficientemente ausente como para no haber sabido de ti en todos estos días. Y no obstante, por otra parte, pensaba lo poco que tenía que importarte como para ni que te dignaras ya no a decirme nada, sino a ver mis mensajes. Ni siquiera los habías dejado en visto. ¿Qué querías que pensaras? La verdad, no. La verdad no la imaginé jamás. Lo siento por eso.

Julia: Espero que lo pasaras bien en Nochebuena. Supongo que te quedaste con tu madre.

Julia: ¿Le gustó el regalo?

Se había decidido por regalarle una edición anotada de *Peter Pan*, el cuento que le leía a él de pequeño. Era especial para ambos, y seguro que había acertado.

Julia: Que tengas una feliz Navidad, Alexander.

Julia: Aquí felices van a ser menos sin ti. Estando como estamos.

Y mientras que yo estaba en mi propio mundo, me había olvidado de los demás. Ni había ayudado a recoger la mesa. Ni siquiera cuando Susana soltó la pullita de que se sentía dolida porque su hija no le hubiera contado desde el principio que estaba saliendo con un chico, no dije nada. Tampoco cuando me di cuenta de que, por debajo de la mesa, no paraban de haber toquecitos con los pies, ni cuando me dieron no una, sino dos veces.

—Esa soy yo, Nat.

Vi cómo se ruborizaba y lo intentó ocultar.

—Lo siento—dijo en voz baja para que no se enterara nadie.

Cuando los adultos salieron del comedor y nos dejaron solos unos momentos, aproveché la oportunidad para preguntar.

—¿Y vosotros desde cuándo se supone que estáis?

—Desde hace un par de semanas.

—O sea, que estáis de rollo.—El «mmm» y el «bueno...» que soltaron ambos a la vez me aclaró que todavía no habían tenido la

conversación. Y supe que acababa de provocarla. Esa noche, aquellos dos hablarían—. Bueno... no os preocupéis. Vosotros a lo vuestro. Ya sabéis cómo soy. Además, hay cosas más importantes, ¿verdad?

Miré a Iris para ver si había pillado el doble sentido, lo que di por hecho cuando estuvo claro que se hizo la tonta. A mí no me podía engañar. Más tarde, cuando dimos por terminada la sobremesa, me cogió en un momento en el que nos habíamos quedado a solas y subimos a su habitación. Más específicamente a su cuarto de baño privado.

Empezó a remover en los cajones que tenía debajo del lavabo.

—¿Dónde narices está? Cuando lo traje tenía tanto miedo de que mi madre pudiera encontrarlo que lo escondí a conciencia. Tanto, que ahora no lo encuentro.

—Anda, quita. Siéntate ahí y bebe agua.

—¿Para qué?

—¿Ya tienes ganas de mear?

—No.—Respiré profundamente antes de contestar de malos modos. Sabía que era un momento tenso como para hacerlo más duro aún. Le expliqué cómo se hacía la prueba, y ella se agarró a la botella de agua hasta que no quedó ni una gota.

Me levanté del suelo cuando acabé de organizar un poco aquel espacio. Que si las planchas, las compresas, los tropecientos botes de un tamaño ridículamente pequeño de champús, geles, y acondicionadores, los bastoncillos para los oídos... por el amor de Dios.

—De verdad, Iris, tienes que hacer una limpieza a fondo.

—No, si ya lo sé.

—¿Entonces?

—¡Julia!—Intentó gritar en voz baja—. ¡No me pongas más nerviosa de lo que estoy, por favor! No es el momento.

—Lo siento.

Luego de un rato, preguntó:

—¿Ahora qué tenemos que hacer?

—Esperar.

Y esperamos. Y esperamos todavía más. Unos veinte minutos en total, más de los que hacían falta, eso seguro. Pero el tiempo suficiente para que mi amiga respirase hondo y estuviera lista para hacerlo. Yo

también. Y lo hicimos. Juntas, como con todo. Como la guardería. Como cuando nos unimos para destapar que el Ratoncito Pérez era Robert, y seguimos creyendo en los Reyes a pesar de saberlo. Y cuando nos vino la regla por primera vez, y el *piercing* a escondidas. A unos metros de donde se encontraban los demás, tan tranquilos, en una apacible y corriente realidad que esperaba ansiosa para ponerlo todo manga por hombro o pantalón por pierna, como diría mi madre. El *test* nos dio aquello, nos puso el mundo cabeza abajo y nos trajo consigo la alegría más grande que viviría mi mejor amiga. Puede que también la mía. Y aunque no reaccionamos de la mejor manera posible, se produjo un momento digno para recordar. Iris se echó a llorar, porque había tomado una decisión que cambiaría el resto de nuestras vidas. Algunos son dignos de la valentía que dicen tener y la demuestran. Otros simplemente se esconden y huyen, intentando escurrir el bulto. Pero hay cosas que es mejor afrontarlas de frente. Así es como lo hago yo. Y me parece mejor que todo lo que tú hiciste. Al menos al principio.

Capítulo 33

Y me harté. Claro que me harté. ¿Quién no lo hubiera hecho? Aunque antes de ello, había comentado y reflexionado con mi madre sobre el problema. Había analizado nuestra relación desde el minuto uno hasta el día de la explosión—por tu parte, por supuesto; por la mía, completamente desconocida—. Y cuando no aguanté más la rabia, la ira, la frustración, y sobre todo, el desconocimiento, la que explotó fui yo. Y no lo siento.

—Voy a ir a verlo. Ahora mismo.—Me bajé de la escalera cuando terminé de recolocar los libros en su sitio, luego de quitarle el polvo.

—No, no vas a ir. Al menos, no ahora mismo.

—¿Cómo que no?

—A mí no me hables así, niña.—Señaló con su dedo índice envuelto en las biznagas típicas navideñas, de color verde y rojo, mirándome de arriba abajo. Tenía una mano en mi cadera y el ceño fruncido a conjunto con mi mirada rabiosa.

—Lo siento.

—Primero acabamos esto. Y luego, si quieres vas a verlo, pero mándale un mensaje antes. Venga, va.

—¿Para qué? ¿Para que no me conteste?—Pero yo ya tenía el teléfono móvil en la mano, y mi madre había salido disparada de la habitación, dejándome un poquito de privacidad.

Me senté en el suelo, donde había tirado hacía hora y media la bata que usaba desde hacía más o menos unos tres años. De cerditos y todas las tonalidades de rosa, monísima. Ahora llevaba puestos mis pantalones de franela, pero en la parte de arriba solo quedaba la camiseta de tirantes de algodón. Por el calor que tenía encima. Y es que mi madre se había levantado empecinada con hacer la limpieza a fondo en el salón, y no había quién le sacara la idea de la cabeza, así que incluso antes de desayunar ya habíamos comenzado con la tarea. Ahora, estábamos a medio hacer-medio acabar, pero yo no me encontraba allí. Mi mente había volado hacia otro sitio.

No te mandé un WhatsApp. En cambio, te llamé. Debes de recordarlo, porque no fueron una, sino tres veces. Y muy seguidas. Para mí era obvio que me estabas ignorando, así que para sentirme un poco satisfecha conmigo misma, te dejé un mensaje en el buzón de voz. Porque tenías—y sigues teniendo— contestador en el móvil. ¿Es que seguíamos en el 2006? ¿Pero cuántos años tenías? Era la primera vez que me lo preguntaba a mí misma, y tal y como me vino a la mente, también se marchó. Aquella duda desapareció de mi cabeza. En un visto y no visto.

—Hola.—Me mordí el labio, de repente muy cortada con la situación—. Soy yo, Julia. Julieta. ¿Te acuerdas de mí? Porque yo de ti, sí—suspiré sonoramente y me aparté el pelo de la cara, que tenía demasiado largo. Quizá me lo cortase...—. No sé qué es lo que te pasa o si te he hecho algo. Perdona si he hecho algo que te haya podido sentar mal.—Me di de bruces a mí misma mentalmente, por disculparme sin motivo alguno (al menos, aparente). Luego, bajé la voz, por si mi madre tenía la oreja puesta detrás de la puerta—. ¿Ha pasado algo con tu madre? ¿Está bien? Si es así, déjame decirte que lo entiendo, y que tienes todo el tiempo del mundo para reponerte. Y volver cuando quieras. No olvides que estoy aquí, ¿vale?

***

Sí estaba para ti. Lo sigo estando. Así que cogí el metro, el trayecto me pareció casi el doble de lo que en realidad era, compré en una

panadería cerca de tu casa tus dulces favoritos, después de perderme dos veces y equivocarme con el número del portal unas cuatro más. Tardé más en subir porque me tuve que parar en un piso a ayudar a una mujer a meter la compra en su casa, mientras que gritaba a los hijos, tachándolos de vagos, brutos y maleducados, para después darme las gracias e invitarme a un té. Cosa a la que me negué con la mayor rapidez y educación posible. Me moría de ganas por volver a verte. Y ahora que lo pienso, mejor haber muerto. Metafóricamente. Como lo nuestro. De momento.

Piqué en tu puerta con mis nudillos. Me abriste al segundo. ¿Estabas esperando algún pedido a domicilio? ¿Chino? ¿Comida tailandesa, quizá? No me quedé el tiempo suficiente como para averiguarlo. Es más, creo recordar que me echaste a patadas. ¿Te sientes culpable? Bueno es saberlo.

Y es que, encima, tu primera jodida reacción fue cerrarme la puerta en las narices. Y yo debí irme justo en ese momento, pero le dije adiós al orgullo que me quedaba.

Y tú... tú me trataste de aquella manera tan lejana, tan hiriente y sucia.

Volví a picar.

—¿Qué haces aquí?

Tu voz sonó tan áspera y cortante... Casi consiguió rajarme. Tan diferente de lo que había sido lo normal. No conocía esa faceta tuya y puede que me quedara un poco en *shock* porque no me lo esperé. Ahora, no sé por qué no me sorprendió.

—Yo...

—Vuelve a casa, Julia.

Te vi las intenciones antes de que movieras un solo músculo, y paré la puerta con mi mano, dando un golpe y abriéndola hasta el tope.

—¿No me vas a dejar pasar?

Pestañeaste dos veces seguidas. Era una especie de tic que te salía cuando estabas enfadado. Que a mí me encantaba, y que, desde ese momento, odié. Porque cuando llega esa persona, aprendes todo sobre ella, lo bueno y lo malo. Lo bueno lo adoras hasta lo enfermizo, lo malo... aprendes a vivir con ello. Porque lo quieres, y eres tú quien decide qué cosas pesan más. Yo había decidido quedarme contigo. Era

hora de ver tus cartas. Y las pusiste encima de la mesa. Así que por ese motivo sabía de qué humor estabas—y era claro que me culpabas a mí, o lo pagabas conmigo—. Lo que no conocía era el motivo, y aquello me estaba matando por dentro.

—Está bien. Hablaremos aquí.

—No aclaraste que vendrías.—Me sorprendió que mencionaras el mensaje de voz. Y no perdí oportunidad en lanzarte una pulla. Aunque fuera pequeñita.

—Si te lo hubiera dicho, no me habrías abierto la puerta—no dijiste una palabra—, ¿verdad?

Uno, dos, tres. Fueron los minutos que estuvimos en silencio.

—¿Qué pasa, Alex?

—Hemos acabado.

Algo dentro de mí se resquebrajó. Sonó un estruendo, como si se hubiera roto porcelana y se hubiera estrellado contra el suelo. Había sido mi corazón. Y lo habías roto tú y solo tú.

—¿Qué estás diciendo?

—No me vengas con esas. Sabes muy bien de lo que hablo.—Te quitaste las gafas y te pasaste las manos por la cara, cansado. Se te notaba en el rostro que estabas deshecho—. ¿Cuál era tu plan? ¿Destrozarme la carrera? ¿La de mi mejor amigo? ¿Sacar provecho de la historia y beneficiarte?

Yo, en ese momento, estaba llevando una visión de ti de muy malas maneras. Me quedé pasmada y desconcertada.

—Alexander, no sé de lo que me estás hablando.

—Venga ya, Julia. Que te vi. Basta ya de mentiras, joder. Me has jodido, pero bien—escupiste las siguientes palabras con odio sin reparar en el daño que me harías con ello—. Menuda manipuladora estás hecha.

Te crucé la cara. Eso te dejó sin palabras. A los dos.

—Lo creas o no, no sé de lo que me estás hablando. Pero en algo estoy de acuerdo contigo. Esto... esto está completamente roto. Adiós, Alexander.

Capítulo 34

Enero

Año nuevo, vida nueva. Pasado pisado, moverse, continuar, pasar página. Habíamos dejado nuestro hogar justo cuando la nieve había empezado a cuajar, mi madre se encontraba en uno de sus días malos, y las ganas de volver brillaban por su ausencia. Pero lo superamos, claro que lo hicimos. Con el espíritu irónico de Iris, ese aire melancólico por lo que dejábamos, la visión que tiene uno al estar en sus primeros días en una relación—la fase de luna de miel—, y mi lado positivo, junto con ver el mundo de color de rosa que habían estado un poquito desaparecidas últimamente. Pero que volvieron a nacer. Siempre lo hacían.

Bruno nos dejó en casa a media mañana, nos ayudó a subir las maletas que nos habíamos llevado, más el extra de equipaje que traíamos nuevo. Se duchó, se quedó a comer, y se echó la siesta a conjunto con nosotras—en la cama de cada una—, y él en el sofá. Y al final del día, tuvimos que echarlo a puntillas, haciéndole sentir culpable porque había quedado con Alberto, y por lo que se veía, la balanza se inclinaba más por la pereza que por las ganas de salir. Conseguimos que se fuera con él, y la paz volvió a nuestro pequeño piso coqueto (en el que, por cierto, durante el tiempo en el que estuvimos ausentes una gotera había aparecido por arte de magia. Nos

enteramos porque el casero nos llamó para pedirnos permiso para entrar—se ve que una vecina le avisó del desastre—. No nos importó mucho, porque para cuando llegamos, todo estaba solucionado). Yo me refugié en mi dormitorio; e Iris, en el suyo. Cada una con sus propias movidas y preocupaciones en la cabeza como para seguir fingiendo. Ya sé que no es nada comparable. Su situación, o como ella lo había llamado una vez «problema» (que no lo había vuelto a hacer, después del discurso que le solté de media hora), se trataba de una personita que llegaría para convertir el mundo en un lugar mejor. Y esa decisión la había tenido que tomar ella, única y exclusivamente. Yo podía apoyarla en todo lo que quisiera, pero no podía darle mi punto de vista porque no quería condicionarla más de por sí (creo que ese día por la tarde o al día siguiente por la mañana iba a hablar con Eloy y a poner las cartas encima de la mesa. Después, decidiría y actuaría con todas las consecuencias. Y yo, por supuesto, estaría a su lado). Y en cuanto a mí... llevaba casi dos semanas con una paranoia que cada vez iba a más. No entendía lo que había podido pasar contigo, con nosotros, para que todo hubiera acabado, según tú, claro. ¿Es que yo no tenía ni voz ni voto? Me merecía una explicación. Que al final tuve, aunque no por tu parte. Salí de mi ensoñación cuando Iris entró en mi dormitorio repentinamente. Yo solita me busqué las habichuelas.

Como ves, siempre he sido capaz de hacerlo.

—Julia, ¿estás sorda? Te he llamado tres veces.

Antes de enderezarme en la calma para poder mirarla cara a cara, me refregué los ojos, que estaban acuosos. Porque no quería sumarle más dramas de los que ya tenía de por sí.

—Lo siento. Estaba dormida.

—Ya.—Se removió en el colchón hasta que nuestros brazos y mangas de los jerséis se tocaron—. Y también llorando.

—Qué dices...

—Que nos conocemos, chiquitina.

—Será la regla que me tiene más sensible de lo normal.

—Ya, claro. Y a mí también.—Se tumbó y se metió debajo del edredón—. Ah, pues va a ser que no. Así que ya puedes estar soltando por esa boquita.

—Deberíamos levantarnos y vestirnos un poquito decentemente,

van a venir todos, ¿recuerdas?—dije, después de leer los últimos mensajes del grupo.

Ella cogió su móvil y se puso a escribir de un modo frenético, como cuando estás contando un cotilleo o te estás peleando con alguien a través de ello.

—Pues ya no.—Soltó el teléfono de mala manera sobre la cama. Después no sabía por qué le duraban tan poco. Esta chica...—. Lo he cancelado, no estás en condiciones para aguantar nada ni a nadie. Pero... acabo de avisar a Nat para que venga. Mira—dijo cuando sentimos una vibración—. Debe ser ella, seguro que acaba de salir de su residencia.

Y tal como predijo, Natalia llegó diez minutos después, empapada de pies a cabeza (estaba lloviendo afuera, parecía que el tiempo y yo nos acompañábamos en nuestro estado emocional). Nos dio un abrazo a cada una antes de soltar su abrigo y dejarlo en el perchero, eso sí, chorreando a más no poder. Iris me obligó a volver a la cama y las dos desaparecieron un rato, en el que cerré los ojos y me compadecí un poquito más de lo normal. Después de eso, aparecieron ante mí, apagaron la luz principal y encendieron las lamparitas. Y ambas se acostaron una a cada lado, dejándome a mí en medio. Iris traía un bol de palomitas, una tarrina de pistacho y chocolate y tres cucharas, junto con una botella de agua. Natalia, por su parte, había cogido el secador y se estaba secando completamente el pelo. Lo que nos faltaba era que se pusiera enferma ella también. Aunque las tres, en cierta manera, ya lo estábamos.

—Eh, tú, mueve el culo, que he traído chucherías. Las he dejado en la cocina.

—No me apetecen.

—Pero a mí sí.—Volvió a darle potencia al secador y habló alzando su voz—. Venga, que ya casi termino esto y empezará el drama.

No hizo falta que dijera más. En apenas dos minutos cada una estaba con su propia adicción, y ambas habían concentrado toda su atención a mí. Yo estaba pensando en lo que les tenía que contar y que casi me daba vergüenza soltarlo. Era demasiado largo... y demasiado doloroso. También eso, también.

Me crucé de piernas y me quité unas pelusas que tenía pegadas a

mis calcetines de andar por casa (esos que tienen huellas para que no resbalen y que son muy cuquitos, pero que al final de su corta vida terminaban llenos de mierda). Me había salido una metáfora perfecta para lo nuestro, mira tú por dónde.

—¿Te acuerdas que te comenté que había conocido a un chico?

—¿Perdona?—dijo Natalia.

—Sí.

—Bueno, pues...

—¿Pero eso cuándo ha pasado?

—En septiembre.—Iris me interrumpió diciendo que no le cuadraban las fechas, y les expliqué que lo había conocido en aquel mes en el que empezaron a caerse las hojas, el verano se despedía hasta el año siguiente y nuestra historia de amor comenzaba—. Era un poco raro, solo nos veíamos en el tren, en el que se supone que esta semana nos volveremos a ver... cosa que no viene a cuento, pero estoy nerviosa por ello.

—Normal. Y sí que tiene que ver. Es parte de la rayada mental que tienes en la cabeza.

Me encogí de hombros.

—Era especial, ¿sabéis? Además, es que sentía que nos conocíamos, pero de verdad. ¿Veis normal que en uno de los primeros días mirásemos una de mis películas favoritas y yo me quedase casi dormida en su hombro?

La pelirrubia negó con la cabeza, casi pareciendo enfadada, la morena suspiró de otra manera, mucho más dulce. Ya sabía de qué parte se situaban cada una.

—Que tenemos un montón de cosas en común: la escritura, la lectura; aunque lo vemos desde distintos puntos de vista... si bien tengo que admitir que eso es lo mejor. Y es que, además, está el tema de nuestras madres...

—¿Qué le pasa a su madre?

Natalia había comenzado a tocarme el pelo. Cogía un mechón y lo enrollaba en su dedo, formando una especie de tirabuzón.

—También está enferma. Y es crónico. Y mucho más jodido que lo de mi madre, porque lo de la mía tiene solución, lo de la suya... no.

—¿Y no crees que ha podido ser eso? Lo que ha mandado todo a tomar por culo.

—No. Porque... me dijo cosas que...—Resoplé. Inmediatamente sorbí por mi nariz para evitar el llanto y tragármelo—. No tienen ningún sentido y yo qué sé. Estoy jodida. Me enamoré de un tío al que creí conocer, y al que apenas conozco. Y luego, pasa lo que pasa. ¿Soy tonta?

—No. Eres tú... siempre en las nubes. Confiando en todos y pensando lo mejor. Y te mereces justamente al mejor, ¿entiendes lo que quiero decirte?

—Él no lo es.

Natalia era la parte metódica, sistemática y racional en estos asuntos. Y por regla general, solía tener la razón el 99,9% de las veces. Yo solo esperaba que en esa ocasión no la tuviera. Iris era todo lo contrario. Como yo, cuando ocurrían cosas así en nuestras vidas, su lado impulsivo se hacía cargo de ella, lo que provocaba que todo se descontrolara después. No se puede actuar en caliente. Nunca. Creo que eso ya lo has aprendido bien... Y después estaba yo, que quería creer que el amor lo podía todo, y ponía todas mis esperanzas en los finales felices.

—Pues yo creo que vais a volver. A lo que sea que erais.

—Pues yo creo que es gilipollas.

—¡Iris! No seas tan dura. ¿No ves que lo está pasando mal?—Alzó sus cejas perfectamente depiladas y entornó sus ojos en mi dirección, aunque yo solo miraba el fondo de la tarrina, que se dejaba entrever. Me estaba pasando con el azúcar. Pero un día malo lo tenía cualquiera. Y eso se puede perdonar, hay cosas que no, pero esta no era una de ellas.

—¿Lo quieres?—me preguntó la de los ojos verdes.

Tragué saliva antes de contestar y sacarme la cuchara de la boca.

—Yo solo sé que cuando me abraza... me siento segura.—Ese comentario hizo que nos quedásemos en silencio. Un silencio que se volvió incómodo, porque significaba algo demasiado grande que a ninguna de las presentes, salvo a mí, les incumbía. Así que decidí cambiar de tema a algo más alegre—. Y ya está. Siguiente tema, Nat. —Le toqué la mano, mientras intentaba controlar las lágrimas que estaban a punto de desbordarse por mis ojos—. ¿Qué tal los Reyes Magos con tu familia? ¿Se te ha hecho duro volver al pueblo?

—Bien y mal. Quiero mucho a mi familia, pero estaba muy harta

ya de ellos. Necesitaba volver y estar sola. Mi madre no paraba de quejarse para que la ayudara, por más que yo lo hiciera. Mi padre, entretanto, arreglando los estropicios de la casa, que se cae a pedazos, porque era donde vivían mis abuelos antes y es muy antigua. A Fer se le cayó un diente, y estaba superemocionado por conseguir su regalo, pero a Raúl se le escapó sin querer lo del Señor Pérez y se lio parda con los Pardo. A Naomi le han regalado un portátil y Noemí se ha enfadado por ello...

***

Dentro del caos en el que se convirtió mi vida, intenté volver a la normalidad. Estúpida de mí. Me engañé a mí misma creyendo que no me afectaría tu frenética e inesperada marcha. Qué tonta. ¿Cómo podría hacerlo si cada pedacito de mi rutina, de lo que me acostumbré a las calles de Salamanca, a ese tren que nos conectó... me recordaba a ti? Se me antojaba imposible, y pasé días sintiéndome morir. En esos casos lo que necesitaba era un salvavidas y ahí estaban los que siempre lo fueron: mis mejores amigos. Que me recordaron que una persona puede vivir sin otra, que el problema está en que no quiera hacerlo. Pero se puede. Y me lo quisieron demostrar. Sin embargo, a mí me seguía doliendo.

Capítulo 35

El segundo trimestre dio comienzo en la segunda semana de enero, con un viento de mil demonios que provocaba que tuviera los ánimos al nivel del suelo. Primero, porque la opción de ponerme vestidos quedaba relegada a un lado; segundo, porque mis esfuerzos por mantener el peinado que me había costado horrores hacerme por la mañana quedase totalmente arruinado; tercero, porque era lunes y todo el mundo sabe que los lunes siempre se hacen cuesta arriba, y para más inri, seguíamos peleados. Pero, manteniendo mi postura corriente, quería mostrarme positiva. Me había decidido que nada me arruinara el día. A fin de cuentas, había vuelto a la ciudad que se había convertido en mi segunda casa, estaba rodeada de mis amigos, me había visto esa mañana especialmente guapa en el espejo... hoy iba a ser diferente. No contemplaba otra opción para mí.

—Ah, y no te lo conté, pero... ¡mi padre ha conseguido un trabajo por fin!

Natalia y yo estábamos en el baño de la última planta de la facultad—le había entrado ganas de hacer aguas mayores (ella decía que tenía la barriga suelta después de tantas porquerías) y no era plan dejar todo el olor en el de la planta baja, que era el más concurrido.

—¿No me digas? ¿En serio? Qué bien, tía.

—Sí. Aunque es temporal. Se ha metido en una empresa pequeña

a hacer una sustitución, por una baja de paternidad. Ahora es fontanero.—Mi amiga se rio.

—Esos ganan mucho, ¿no?

—Sí.—La verdad es que veía que estaba realmente contenta—. No sé sabe cuánto va a estar. De momento mes y medio.—Se encogió de hombros—. Algo es algo.

—Eso lo es todo.

Bajamos en el ascensor—aunque yo hiciera un miniintento de utilizar las escaleras, porque me sentía mal al haber pasado tantos días sin ir al gimnasio, esa tarde lo retomaría—. Y al llegar a nuestra clase, casi todos nuestros compañeros ya estaban allí. Nos pusimos a hablar los unos a los otros. Del Baile de Invierno, de las notas, de las vacaciones, y de todo un poco.

—Es la tercera vez que hago la asignatura.

—A mí me han dicho que está amargado.

—¿Cuánto te está costando la matrícula?—preguntaron al primero que había hablado.

Este era un chico que, en lo demás, estaba en cuarto de carrera, pero que se le había atragantado esta asignatura hasta la saciedad. Y hasta que no se la sacase, no podía hacer las prácticas, ni el trabajo de fin de grado, ni tampoco tenía posibilidad alguna de poder obtener el título.

—Pues si cada crédito cuesta casi 20 euros, y esta asignatura tiene nueve créditos... No sé, pero haz esa cuenta y, después, multiplícalo por tres.

—¿Tan difícil es?—Me metí en la conversación, ya que me estaban empezando a asustar.

El chico de tez morena asintió con su cabeza, y luego se recolocó las gafas que se le habían bajado por el puente.

—La verdad es que el primer año no estudié, porque estaba muy confiado. Pero, en serio, el tío no puede ser más perro en ese sentido. Aprobaron tres el examen, al menos, en junio. La segunda, pasé de venir a clase, porque no quería verle la cara y me lo preparé por mi cuenta. Saqué menos nota que en el anterior.—Ese comentario provocó las risas de quienes estábamos pendientes a la conversación —. Y este, este es mi año. Me lo saco por mis cojones.

—Claro que sí, tío.

—Eh, eh, creo que ha llegado—susurró una chica pelirroja y con muchas pecas, que siempre vestía con un estilo impresionante y me quedaba mirándola un largo rato (ojalá no pensara nada malo. Le tenía envidia de la sana, nada más, quizá podría hacérselo saber. Quién sabe, a lo mejor me ayudaba a mejorar más mi aspecto).

Te vi antes de que tú me vieses a mí. Me quedé en estado de *shock* al reconocerte. Tanto que se me cayeron los libros que llevaba encima y casi—casi— se me cae también el portátil. De no ser por mi heroína y amiga, que lo salvó al vuelo. De verdad, le habría pasado algo y no sé qué hubiera hecho. En ese momento, no me habría importado. Creo que si me hubieran abofeteado tampoco lo habría notado. ¿Pero qué narices...? Y justo en ese instante, los engranajes en mi cabeza se movieron para encajar a la perfección, hasta que hicieron clic y lo entendí todo. Nuestras idas y venidas en el transporte (todas las semanas, que vaya casualidad, por cierto). Mi supuesto trabajo (que habías sacado a relucir tú solito, porque yo en ningún momento te dije que estuviera trabajando), el tuyo... Que tuvieran tanta similitud entre una cosa y la otra. Eras profesor de la facultad a la que yo asistía como alumna. Maldita sean las casualidades de la vida. Y te habías convertido en mi profesor. Era una cosa de locos.

Pero lo peor no era eso. Lo peor fue darme cuenta de que tú te habías enterado antes que yo. Seguramente también asististe a aquel baile y reparaste en mi presencia, por supuesto que tu reacción se explicaba con aquellos hechos, pero eso no lo justificaba. No te justificaba a ti y todas las consecuencias de después. Lo que más me dolió fue que dudaras de mí y que antepusieras tus razones y lógica antes de hablar conmigo. Que me tacharas de algo que no era. ¿Cómo pudiste...?

Llevabas, como siempre, unos pantalones chinos de color caqui, tu jersey preferido, en un tono mucho más oscuro, casi marrón chocolate, y una chaqueta con coderas. La verdad es que tenías toda la pinta de ser un intelectual, y lo eras. Vaya que sí. Tenías el pelo más largo que de costumbre y quizá más apagado. Hoy tiraba más a ceniza que a rubio. Llevabas puestas las gafas de vista, y desde la distancia, podía distinguir la mirada cansada y ojerosa. Y tu mal humor. Y tu enfado. Nada más que depositaste tus ojos en mis ojos. Eran puro fuego, y puedo jurar que me atravesaste con ellos. Vi cómo cerrabas la boca,

para no tirar de tu lengua y evitar prender la llama. Aunque estaba claro que en algún momento iba a explosionar y mancharlo todo. Estropearlo. Destruirlo.

La hora se me pasó rápida, para mi sorpresa. Nada más empezar te habías presentado escuetamente, con tu nombre y apellido, al que acababa de aprenderme «Alexander Rivas». Sin embargo, desde el principio dejaste bastante claro que no te llamásemos por tu nombre de pila. Nos pasaste tu correo electrónico del trabajo—aunque yo tenía el gran placer de poseer el personal— y nos informaste de cuándo eran sus tutorías, así como la programación que tenías preparada para el curso. Fue un no parar. Además de que nada más terminar la presentación, que casi toda la clase ya daba por finalizada la sesión, empezaste con el temario. Sí que daba un poquito de miedo. Aunque yo sintiera otra cosa. Mucho más apasionada e irracional.

Me hice la remolona y tardé más de lo habitual en recoger mis cosas, para que Natalia se acabara cansando de esperarme y se fuera. Nos veríamos en diez minutos de todas formas (y además, tenía que volver a ir al baño). Mi plan salió a la perfección, porque el aula se había quedado vacía. A excepción de nosotros dos.

—Ahora sé por qué eras y eres un experto en la materia.—Dejaste de recoger lo tuyo. Te quitaste las gafas y las dejaste tiradas de malas maneras sobre la mesa—. Por qué te sabes tantos poemas, sus trasfondos y por qué te gusta tanto.

—La clase ha acabado, señorita Alonso. Se puede ir.

—Casi tanto como te gustaba yo.

—Julia.—Cerraste la puerta con fuerza, pero sin pegar ningún portazo. No querías llamar la atención. Nunca habías pronunciado así mi nombre. De una manera tan fría y lejana, y lo noté en lo más hondo de mí—. ¿Qué quieres?

No hizo falta más para que me enervara de aquella manera, demasiado apresurado y sin quererlo. Me aproximé hasta llegar a tu mesa, con mi mochila cayéndoseme del hombro y escupiendo rabia por cada uno de mis poros. Si me conocías tan bien como decías, seguro que sabrías que era pura fachada. Me sentía endeble, como una pluma, lastimada y afligida, aunque intentase ocultarlo con todas mis fuerzas. Sé que en el fondo de tu corazón lo sabías.

—¿Cómo pudiste?—Había alzado la voz lo suficientemente alto para que ambos nos sintiéramos inseguros por si nos pudieran escuchar. Y mirásemos a la puerta con miedo—. ¿Cómo pudiste pensar que lo sabía?

Te levantaste de tu gran sillón que te hacía imaginar que nos diferenciaba de alguna manera en la que yo era inferior a ti, y tú te lo creías. Odiaba esa parte de ti.

Me sorprendió que cambiaras el tono a uno mucho más suave.

—Yo era el que no lo sabía. Casi no te conozco. Piénsalo. Acabamos de descubrir cómo nos apellidamos.—Señalaste el papel con el registro de asistencia donde yo había firmado, y a la pizarra donde habías escrito el tuyo—. No sé ni qué edad tienes. Esto está mal. ¿No lo ves?

—Lo puedo entender, pero no lo comprendo. Además, esos son tonterías, Alex. ¿De verdad no lo ves tú? Qué más da un número si sabemos lo que sentimos aquí.

Me pasé. Lo admito. No era el momento y el lugar, pero es que no soportaba por más tiempo estar alejada de ti. Y como tú te habías acercado, yo también lo hice. Te acabé poniendo la mano sobre el pecho, tan cálido y lleno de sentimiento. Me apartaste, pero algo en tu mirada cambió, había traspasado el hielo o lo que fuera que nos había separado.

Aunque tú todavía no te hubieras dado cuenta.

—Se acabó, Julia. Acéptalo.

—No.—Me giré cuando agarraste tu maletín y anduviste dos zancadas en dirección hacia la puerta—. Tenemos que hablar.

Me miraste una vez más antes de desaparecer por la puerta.

—No hay nada de qué hablar.

«Y una mierda que no», pensé.

Capítulo 36

Dos días después

Llevaba muy mal lo de no poder hablar de esto con nadie. Aunque les hubiera contado nuestra historia, y a medias a las chicas, eso había sido *a priori* de que conociera toda la verdad (ya que tú me llevabas ventaja en ese aspecto). Yo lo había etiquetado y clasificado como versiones distintas, al menos, de nosotros. Ya no éramos aquellos dos desconocidos que habían tenido un amor fugaz. No. Éramos Alex y Julia, con un pasado, presente y futuro en común. Con algo que nos unía aparte de la relación personal que habíamos llegado a formar. Y era una mierda pensar que eso era lo que había destrozado todo.

No, no podía hablar con las chicas. No sabía hasta qué punto estaba «mal» lo nuestro, como tú decías. No sabía si te referías a la legalidad del asunto o a temas morales y éticos, en donde entraba tu conciencia en juego. Te puedo asegurar que la mía estaba completamente tranquila (porque yo tenía en mente solucionar todo este embrollo, para bien o para mal. Ojalá hubiera terminado con un final bonito, y ojalá lo hubiéramos hecho juntos). Pero tampoco quería meter a mis únicas amigas y a las personas que quería ya fuera de mi círculo íntimo en una situación incómoda o comprometida. En otras palabras, no quería que les salpicara la mierda, puestos en el caso.

Así que cuando salí del gimnasio, después de haberme desfogado

todo lo que podía, pensando e imaginando que tú eras el saco de boxeo, y haberte dado una buena tunda, llamé a mi madre. Le conté una historia versionada en la que nos habíamos vuelto a ver por casualidad, yo te había cantado las cuarenta, tú te habías negado a mantener una conversación como dos personas adultas y civilizadas que pueden mantener una charla en condiciones (porque eso es lo que éramos, ¿no?), pero me di por vencida y me vine más abajo todavía cuando la noté ausente. Tardaba en contestar y, cuando lo hacía, única y exclusivamente respondía con monosílabos. Era por la medicación. Así que antes de colgar, le obligué a que se acostase un rato en la cama y descansara. Espero que me hiciera caso.

Y como llegué a casa y la tenía sola para mí, y yo me encontraba tan mal, tan de bajón y desesperada... no pude imaginar una idea mejor que la de llamarte. Una y otra vez. Sí, no debí hacerlo. Tenía que conservar la dignidad que me quedaba, aunque a esas alturas resultara ser bastante poca. Pero, sin embargo, no había nadie allí que me aconsejara para no hacerlo. Y sobre todo, para quitarme el teléfono de las manos.

—Hola otra vez, buzón del señor profesor. Solo llamaba porque creo de verdad que deberíamos hablar. Te echo de menos y no estoy bien.

Había dejado el bolso y lo demás en la mesita pequeña de la cocina, y me había sentado en la silla después de coger un vaso y una botella de licor de arándanos. Que terminó vacía.

Me estaba quitando las botas cuando te llamé por segunda vez.

—Perdona, que se ha cortado. Lo que te decía, eh... ahora no me acuerdo.—Y me reí, en ese momento—. Puede que sea la bebida. Estoy borracha y triste, menuda combinación de mierda.

Tardé más la siguiente. Porque tuve que ir al baño a hacer pis (se notaba ya todo lo que había tomado. Además, con el estómago vacío. Sabía que tenía que parar en cuanto me percaté de que me costaba mantener el equilibrio).

Me tiré en el sofá y puse el altavoz.

—Joder, qué poco dura esto. El caso es que he llamado a mi madre para contarle todo el drama este contigo. Tranquilo, que no le he contado nuestra relación especial, solo quería desahogarme. Pues no. Porque estaba mal, y yo me he puesto peor.

»Alex, por favor, no hagas esto. No nos hagas esto. Te necesito.

Capítulo 37

Dos semanas después nada mejoró. Creo que más bien fue al contrario. Tenía la esperanza de que nos volveríamos a encontrar el viernes, en nuestro camino a Madrid, pero no apareciste. Ni ese día, ni el domingo. Fueron unos días bastante duros, básicamente estaba pasando por una ruptura, extraña, pero ruptura. A fin de cuentas, éramos dos personas que habíamos pasado mucho tiempo juntos, y que de la noche a la mañana, habían hecho como si no se conociesen. No, yo no. Fuiste tú, plena y enteramente.

A todo esto, sumémosle que mi madre no se encontraba del todo bien. La noche del viernes tuve que avisar a nuestros queridos vecinos para que nos llevasen corriendo al hospital, de urgencia. A mi madre le había subido la tensión peligrosamente y ni se había dado cuenta, y por razones que desconozco—ya que no soy médica y ni me gustan estos temas—, perdió el conocimiento asustándome hasta la muerte. Cuando ya estuvo estable (la tuvieron en observación hasta el día siguiente) y la pudo ver su médico de siempre, nos habían confirmado que el culpable de ese «accidente» había sido la nueva medicación. Casi había podido con ella. Se la cambiaron por otra (también nueva) y me aconsejaron que estuviera muy pendiente de ella, al menos, las primeras cuarenta y ocho horas. Y por eso, y porque no me apetecía volver tan pronto y enfrentarme de cara con la realidad, no cogí el

tren el domingo. Y tampoco tuve noticias tuyas, con lo que no podía saber si es que no habías bajado esa semana a Madrid, o es que habías cogido otros horarios a conciencia para poder ignorarme a gusto o... no lo sé. No tenía ni idea. Y sinceramente, con lo que había pasado, en ese momento tú eras mi menor preocupación.

Me volví a Salamanca en el primer tren de la mañana del martes, por lo que me dio tiempo a dejar todas las cosas en mi piso y llegar a tiempo—esta vez siendo puntual, ¡vaya sorpresa!— al desayuno rutinario del grupo, en el Holiday Café. Y sí, dio grupo en general porque los chicos ya se habían acostumbrado a acompañarnos. Incluido Bruno y su amigo Alberto, con el que ya estábamos cogiendo confianza.

—Podéis conseguiros un hotel o podéis parar. Una de las dos, pero hacedlo ya.—Después de saludar a cada uno, por fin me senté en el último sitio que quedaba libre.

Miré a mi alrededor... allí faltaba gente. Y en ese momento, Bruno se dirigió a mí.

—Deja de arrugar la nariz de ese modo... no han venido.—Alcé mis cejas a modo de preguntas—. Iris y Eloy. Me han avisado para que no los esperásemos.

—A mí me parece muy «cuqui»—comentó mi queridísima amiga y la nueva novia de este último.

—Eso es porque tú lo eres de por sí.

—Oh, por favor, voy a vomitar—lo dije a la misma vez que Isaac hacía una mueca imitando la acción. Yo me reí y me eché hacia su lado—. ¿Dónde estabas el otro día? No te pillé en el gimnasio.

—Estudiando para las recuperaciones. Las extraordinarias.

—Pues termina ya, porque te echo de menos.

—Eso es lo que deberías hacer tú, tonto.—Se metió en la conversación Alberto. Tenía la cabeza rapada a conciencia, pareciendo lo que algunos llamarían «calvo», salvo que no lo era; llevaba una espesa barba casi negra, como su pelo. Y sus ojos, castaños, desprendían muchísima calidez. Se notaba que tenía a Bruno en gran estima.

Este le dio un último sorbo a su café y luego sacó de su cartera monedas sueltas hasta que le dio para poder pagar lo suyo y lo de su novia. Sonreí mientras que observaban cómo se despedían. Luego, los

más mayores desaparecieron. Solo quedábamos nosotros tres. Estuvimos más rato porque tardaron más de lo habitual en servirnos la comida. Nos lo terminamos a gran velocidad, y para cuando Natalia fue al baño a retocarse su maquillaje, nos quedamos solos. Y me di cuenta de que Isaac estaba más nervioso de lo normal. Lo achaqué a los exámenes.

—Vamos, no te preocupes. Seguro que esta vez lo sacas sin problemas.

Él ya se había colocado un cigarro en sus labios nada más que atravesamos la puerta y el frío nos recorrió de arriba abajo. Movió la cajetilla en señal de ofrecimiento, y aunque me apetecía sobremanera, me negué a aceptarlo por esa misma razón. Últimamente me había pasado. Encogiéndose de hombros, lo metió en el bolsillo de sus pantalones.

—No es por eso. Es... yo qué sé. Estoy un poco rayado. No es nada chungo.

—¿Qué?

—Todos se están echando pareja y, obviamente, pasan rato con ellas y yo... me estoy quedando en un segundo plano. Que es lo normal. Pero no sé, me siento solo.

—Que estés solo físicamente no quiere decir que lo estés realmente.

—Ya.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?—Yo era de las personas que creían que había que decir estas cosas buenas y bonitas en voz altas. Porque a veces lo damos por hecho, y nos olvidamos de lo bien que se siente al escucharlas.

Era muy irónico que contigo no me hubiese salido hacerlo. Ni una vez. Cuando, tal vez, eras la persona a la que más fuerte quería. Lo sabía en el fondo.

—Y yo a ti, chiquitina.

Lo abracé. Me encantaba que a todos se les hubiera pegado esa manía y apodo por el que hubo un tiempo solo me llamaba Iris. Ahora lo hacían todos y sin darse cuenta.

—¿Por qué no quedamos esta semana tú y yo y salimos a cenar por ahí?

—Como una cita de no-novios—afirmaste, más que preguntar.

—Suena genial, ¿no te parece?

—Suena cojonudo.

***

Natalia y yo nos perdimos primera hora. No nos importó mucho, era de las lecciones más fáciles, de una asignatura muy fresca y llevada a cabo por la profesora más divertida y dicharachera.

Pero, nada más rejuntarnos con los demás compañeros, vimos que cada grupito estaba demasiado sumido en lo suyo. Había un cotilleo nuevo. Se olía en el ambiente y puede que en menos de una hora ya fuera un secreto a voces. Natalia se puso en acción y se marchó durante cinco minutos para enterarse de lo que se cocía en el ala de las letras.

No tardó mucho.

Yo hablaba con una compañera que me caía demasiado bien como para no darle conversación cada vez que podía. Ahora el tema *top* era la nueva temporada de *La casa de papel,* que estaba a punto de estrenarse y cada una estábamos compartiendo nuestras teorías conspirativas y exteriorizando nuestra motivación interior. Era incluso relajante.

Pero, sobre todo, muy divertido.

—No sabéis de lo que me acabo de enterar.

—Ya estaba pensando que tardabas demasiado...—ironicé. Pero ambas nos abrimos con la silla, dejando un espacio para que se sentara sobre una de las mesas y nos contara el último salseo.

—El profesor Rivas ha dejado un mensaje al administrador y a conserjería.—Se me revolvieron las tripas nada más escuchar su nombre—. No tendremos clase la semana que viene.

—¡¿Qué dices?!—Mi compañera profesaba una ilusión nada sorprendente.

—¿Por qué?

—Eso es lo más interesante. Por lo visto, la gente de la clase ha preguntado, pero solo han conseguido que les digan que es por un asunto personal y nada más. Sin embargo, Carolina estuvo el otro día

en clase de Teatro con el profesor Christian... y ya sabéis cómo es. Vino superserio y determinado a no contar nada, y como que parecía estar afectado de verdad. Me ha dicho Carol que daba pena... Pues al terminar la clase lo escuchó hablar por teléfono. ¡Con él! Y, chicas, esto es fuerte. Parece ser que se le ha muerto la madre.

—Pobre. Lo tiene que estar pasando mal...

—Será todo lo malo que tú quieras, pero nadie se merece pasar por eso. Ojalá no tener que hacerlo nunca.

—Ya ves—comentó mi compañera—, solo de pensarlo me entra un miedo...

Natalia, sentada a mi lado desde una altura diferente, debió sentir mi pesar y mi mal cuerpo. Creo que le extrañó que no hubiera dicho ni mu todavía, así que me zarandeó con el brazo para que regresara de donde quiera que estuviera.

—Oh, Dios—fue lo único que pude llegar a decir—. Es tremendamente terrible. Yo... no puedo. Tengo que salir de aquí.

Capítulo 38

No me quedé haciendo el tonto. Me salté las clases. Me despedí de Natalia, poniéndole como excusa que se me había olvidado que tenía unas tutorías a esa hora. No volví, claro. Cogí dos autobuses, uno para llegar al centro de la ciudad, y después hice trasbordo con otro para llegar hasta donde vivía el chico que me estaba volviendo completamente loca, pero que quería tanto que hasta incluso dolía. El tiempo pasó deprisa, aunque tardé más de lo habitual por el tráfico. Cuando llegué al portal y me lo encontré abierto—por la gracia de Dios—, no me lo pensé dos veces. Entré y me colé. Y subí corriendo las escaleras, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos, y la mente nublada de la preocupación. Resbalé, tropecé, pero no me importó. Solo pensaba en llegar. Y, por supuesto, tú no me abriste la puerta a la primera. Pero ya ves que luego conseguí que lo hicieras. Del mismo modo en que antes me abriste los brazos. Quemé el timbre hasta el punto de que el vecino más próximo salió al pasillo por si estaban buscándolo a él. Y abriste. Se me cayó el mundo a los pies.

Todo el daño, los problemas, las discusiones, el orgullo... terminaron por olvidárseme. Mi única preocupación eras tú. Abriste la puerta con cara de querer matar a quien sea que se hubiera atrevido a molestarte. Pero eso cambió cuando te diste cuenta de quién era. La expresión de tu rostro mudó. Por un momento, conseguí ver un brillo

en tus ojos, aunque se esfumara demasiado rápido como para disfrutar de ello. Pero me dio esperanza. Sabía que me necesitabas cuando te echaste hacia un lado, sin decir nada, y me invitaste a pasar.

La verdad es que me asustaste. Tenías un aspecto horroroso, a decir verdad. Habías adelgazado hasta traspasar la línea de lo insano, con aspecto desaliñado (casi podía jurar que hacía días que no te duchabas. Porque eso se nota). Te habías dejado crecer la barba hasta el punto en que te cubría parte del rostro, echándote unos cuantos años más de los que te pertenecían. Y aquellas ojeras, negras, profundas, que te llegaban hasta el suelo. Y sacaban a relucir todo lo que habías estado sufriendo.

Pero me preocupé cuando no dijiste nada. Y yo ya llevaba el tiempo suficiente en aquel piso como para que alguno de los dos hubiera dicho una palabra. Pero no. Te sentaste en el sofá—en el que supuse que habías estado todo el día— y miraste al frente, donde estaba la televisión apagada. Nada más.

Yo hice lo único que pude hacer. Ser yo. Caminé despacio, porque una parte de mí temía que algunos de mis movimientos desencadenaran alguna reacción mala por tu parte. Y me senté muy recta—y muy cerca— al lado de ti. Supe que no todo estaba perdido, que lo arreglaríamos, y lo más importante, que estarías bien cuando, de forma imperceptible comenzaste a mover los dedos de tu mano buscando la mía. Cuando la encontraste te aferraste a mí, con fuerza. Y yo sentí todo el frío que llevabas por dentro. Casi como la tristeza, que era palpable. Apoyé mi cabeza en tu hombro, y tú apoyaste la tuya en la mía. Te oía respirar profundo. Como si no hubieras respirado bien desde hacía mucho.

—Lo siento.—Inhalaste hondo y, pasados unos minutos, susurraste contra mi pelo—. Gracias.

Cambiaste de postura y yo también. Quería que quedásemos frente a frente y poder mirarte a la cara sin más contemplaciones. Me dolió ver la mirada vacía en tu rostro, y cómo te rompías por dentro. Quise dar marcha atrás, a cuando nos acabábamos de conocer y todavía te quedaba tiempo para disfrutar con tu madre. Ya no. Habían cambiado tantas cosas desde entonces...

Aun así, no me habías soltado la mano en ningún momento. Es más, tenías puesta toda tu atención en ellas.

—Y siento... Siento...

—¿Haberte comportado como un idiota?—Ladeé mi cabeza hacia un lado y sonreí. Conseguí sacarte una sonrisa pequeñitísima.

—Está claro que no sabías nada. Y lo siento.

—Tranquilo. Eso ahora no tiene importancia. ¿Cómo estás?

Habíamos pasado de estar cara a cara a yo sentada—en una postura normal— y tú tumbado, con la cabeza en mis piernas y los pies colgando por fuera del reposabrazos del sofá. Sentía cómo te relajabas poco a poco mientras te acariciaba tu cabello con la punta de mis dedos.

—He perdido la cuenta de cuántas veces me han preguntado eso en las últimas... doce horas. Y esta ha sido la única vez que no me ha molestado.

—¿Cuándo...?

—Hace dos días. En realidad, ya son tres.—Confirmó después de mirar el reloj—. Pasé un día y algo más en el velatorio y después fue el funeral. Hoy lo he pasado en casa, autocompadeciéndome.

—Siento no haber podido ir...

—No lo sabías.—Te removiste, en señal de querer encogerte de hombros—. Y de todas formas, no hubieras podido ir. Al entierro fueron Christian—el que había sido mi profesor. Y el que era mejor amigo de Alex— y Félix, el rector de la universidad, y otros compañeros de departamento.—Parecías querer decir algo más, pero, al final, callaste. Ahora me arrepiento de no haberte preguntado—. Así que no importa.

—De todas formas, me hubiera gustado estar ahí para ti.

—Ahora lo estás. Y eso es lo importante.

Me besaste. Cuando no estabas en tus treces, ni mental ni físicamente preparado. Nuestra relación había sido como un huracán y tornado, todo en uno, que nos había movido los pies de la tierra para luego dejarnos igual. Salvo que ya no lo era. Lo había trastocado todo. Me besaste y yo te seguí el beso, porque lo anhelaba y deseaba. Porque te echaba de menos, y porque te quería. Pero tú... tú me besaste porque querías escapar del dolor. Y no pude frenarme—ni frenarnos— hasta que comenzaste a recorrer mi cuello, abriendo paso con tus labios y dejando un rastro de saliva que me resultaba demasiado apetecible, pero igualmente peligroso. Para los dos.

Con desánimo, te aparté con sumo cuidado. Justo antes de que me agarraras del cuello con tu mano y me acercaras a ti. Justo antes de que perdiera el control.

—Alex... no... No es buena idea.

—Julia...—Tu voz áspera y seductora me distrajo por un momento. Y nuestras lenguas se deslizaron otra vez. Cada vez me costaba más pensar con claridad. Hasta que sentí algo húmedo contra mi mejilla y la tuya. Hasta que me di cuenta de que estabas llorando e intentando contener las lágrimas cuanto podías.

—No podemos hacer esto. Ahora no.

—Te necesito. Por favor.

—No.

Me levanté, para así poner distancia entre los dos, y calmarme un poco antes de poder volver a hablar. Me sentía pesada y caliente. Tenía mucho, mucho calor. Ahora no era momento para eso.

Recogí mi bolso que se había caído al suelo, y lo interpretaste de muy mala manera e hizo que me siguieras por todo el salón, triste y desesperado.

—No te vayas, por favor, Julieta. Te necesito. No me dejes. No ahora.

No me quise marchar nunca. Y decidí que nunca lo haría mientras quisiéramos.

—No me voy a ir, Alex. Tranquilo.—Quité los mechones que te cubrían el rostro y aquellos ojos tan bonitos y tiernos—. Mira, vamos a hacer lo siguiente. Te vas a dar una ducha. Porque, lo siento, cielo. Pero eso sí que lo necesitas. Y yo, mientras tanto, voy a recoger un poquito el salón. Y después, preparo la cena. ¿Te parece?

—¿Te quedarás a dormir?

—Siempre.—Te miré entornando mis ojos, provocando en ti una reacción por atreverme a usar la palabra prohibida.

Y lo conseguí. Sonreíste enseñando los dientes, travieso. Y por un momento, volviste a brillar. Como a mí me gustaba. Como debía ser. Me señalaste con tu dedo índice antes de entrar al cuarto de baño.

—Esta vez, te lo perdono.

Llamé a mi madre para avisarle del cambio de planes de última hora para el fin de semana, sin contar nada demasiado íntimo y ajeno a ella. No quería decir nada sin tu consentimiento. Y estuve más

tiempo de lo normal hablando con ella porque no quería que se molestase. Y no sucedió, al contrario. Se puso loca de contenta porque podría ir con sus amigas de excursión al día siguiente. Así daba gusto.

Capítulo 39

Febrero

Me despertó el sonido de la cafetera e, inmediatamente después, me llegó el olor a café recién hecho. El estómago casi que me rugió. No me había dado cuenta de que llevaba sin comer desde el día anterior. Casi veinticuatro horas. Se me había olvidado por completo. Como también me había dado cuenta de que llevaba echada una manta que antes no tenía. Aquello me enterneció, así como me entristecí después al comprobar, obviamente, que estaba sola en aquel sofá donde compartimos tantos momentos de siesta y de sueños. No tenías planeado volver. Me quité aquellas mantas y sábanas de encima, y nada más ponerme en pie, noté cómo me dolía el pecho. Claro, me había quedado dormida con el sujetador puesto. Lo que no sé es cómo aguanté toda la noche. Cogí una de tus camisetas antiguas que guardabas para andar por casa, que habías dejado tirada sobre el suelo, y me la puse, luego deseché la idea de seguir con el sujetador.

Y aunque se suponía que debía sentir frío estando así por casa, no lo sentía en absoluto. Porque tenías la calefacción puesta en cada una de las estancias. Y salí dispuesta a buscarte, para encontrarme con otra cosa que me hizo especial ilusión. Un ramo de flores, del sitio que estábamos acostumbrados a frecuentar. Y a ti, con un pijama de invierno, de cuadros como si tuvieras cincuenta años, más o menos,

pero que contrarrestaba a la perfección con tu carita de recién despertado y tus ojos medios adormilados. El pelo lo tenías hecho un desastre, y sin embargo, me parecías tan sexy... Eso y la barba descuidada—pero aun así, mejor que ayer— de hacía días...

—¿Y esto?—Olí las flores, que me recordaban a la primavera, a nuevo, a limpio y a casa. Te giraste de nuevo un momento, para seguir preparando el desayuno. Tostadas con aceite y tomate.

Me pusiste el plato por delante y escogiste sentarte justo a mi lado. Me besaste en la frente y yo me derretí.

—Buenos días, Julieta.—Habías cogido como rutina llamarme así, decías que me venía al pelo—. Te las debía, ¿no crees?

—Es más grande de lo normal.—Más tarde que pronto me di cuenta de que había sonado muy mal lo que había dicho, pero no me dio tiempo a rectificar, tú ya me mirabas de una manera muy... sexual. Sí, no podía haberlo definido mejor—. Quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir.

Me pusiste la mano en el muslo, y yo me sentí estremecer por dentro, pero sobre todo, en la parte baja del estómago.

—Hay más flores de lo habitual.

—Sí, por cada semana que no he estado.

—Ajá... ¿y quién ha tenido la culpa de eso?

—Lo siento.

Comencé a comer mi tostada mientras tú dabas un sorbo a la taza.

—No importa.—Tragué—. ¿Estás mejor?

—Sí. Y gracias a ti.—Iba a quitarle importancia, pero no me dejaste—. No digas nada. Estaba muy jodido hasta que llegaste y... no tenías por qué. Menos cuando te traté como lo hice.

—Creías que...

—No es excusa, Julia. Debería haberte preguntado. Debería haber hablado contigo antes de suponer ciertas cosas. Antes de suponer que lo sabías.

—Pues sí. No te voy a quitar la razón en eso. Te comportaste como un idiota.

—Déjame compensártelo, al menos hoy. Dame este día.

Yo tenía que ir a mi casa. Por eso de pasar rato con mi familia y no dejarla tirada a la primera de cambio con el novio de turno. Bueno, «novio», en realidad no sabía si te podía llamar así. Creo que no, por

la connotación con la que lo dijiste, o lo de este día, que tenía que haberme dado una pista. Pero no lo hablamos, porque ambos teníamos dos dedos de frente, y queramos o no admitirlo, había sentimientos de por medio. Y aquellos sentimientos eran bidireccionales, al igual que muy confusos y profundos. Reales. Pero también, eras el chico con el que había tenido sexo aquella mañana. Repetidas veces. Hasta que estábamos tan cansados que no podíamos con nuestras almas y el sudor de uno se entremezclaba con el del otro. Y la verdad... hasta que no nos quedó protección. Eso fue lo que nos hizo salir de la habitación, irnos a la ducha y, próximamente, a Madrid también.

***

No te quería dejar solo. Y tú... tú querías ver a mi madre (cosa que creía que te podía hacer daño, ver justo aquella figura que acababas de perder físicamente, pero que seguía aquí. Contigo). Te quise mimar, accedí a todo lo que me pediste, me abrí en dos, me perdí para encontrarte a ti—y luego, ¿para qué? ¿Para que lo destrozaras todo? Te lo di todo y no le diste ningún valor. Tonta que fui, una completa tonta que está enamorada y que lo tiene todo a su fin.

—No me lo puedo creer, y entonces ¿qué va a hacer?

—No lo sé. Y espera.—Me paré en el umbral de mi puerta y le quité mi maleta de sus manos, que se había obcecado en llevar él—. De esto no podemos hablar ahí dentro, ¿vale?

—De acuerdo—contestaste, sin comprender mucho.

—Mi madre no puede enterarse. Dios, ni siquiera tú lo tendrías que saber.

Se me había escapado sin querer queriendo el secretito de Iris, aunque finalmente me desahogué con él. Porque necesitaba hablar de un tema tan importante como ese con alguien que no fuera ella. Tenía que estar siempre pendiente a que no le afectase nada de lo que dijera —en lo negativo, claro—, y era un alivio poder hablar sin tapujos. Soltarlo todo. En realidad, sabía que lo hacía porque eras tú... y eso, para mí, era suficiente. En aquel entonces.

—Eh...—Tiraste de mi muñeca, para acercarme a ti, y luego me

quitaste el pelo de la cara, para darme un beso en la mejilla—. Tranquila. Tus secretos están a salvo conmigo.

—¿Y los nuestros?

No hubo tiempo para contestaciones, ni para entablar una conversación, pasamos el resto del día con mi señora madre, a la que se le cambió la cara nada más verte—a mejor, por supuesto— y también la que no me prestó ninguna atención el resto del tiempo, ya que solo tenía ojos para ti. Y es que no sé cómo lo hacías, pero tenías encandilado a todo el mundo. O eso creía, hasta que llegó el domingo.

Después de estar toda la tarde junto a ella, llegó un punto en que vi tus señales—aunque no me lo dijeras— de que querías salir de allí. Pero, en el momento de las despedidas en la puerta, justo llegaron nuestros queridos vecinos. En ese momento era imposible que supieses quiénes eran para nosotras, a menos que me hubieras prestado un poquitín de atención. Lógicamente, hilaste las historias que con tanta ilusión te había contado en diferentes ocasiones y quince minutos después se acabaron las presentaciones. Para mí fue un momento muy importante, porque eran como mis segundos padres y quería que hubiera buenas vibraciones entre todos. Y creo que así fue, durante más o menos doce horas.

Nos quedamos a dormir en tu casa y estuvimos mejor que nunca. Con *Jóvenes eternamente* de fondo, vino blanco y tú como cocinillas, pasamos una de las noches más bonitas del año. Bailando, cantándonos al oído y llorando un poco. Porque la tristeza no se pasaba tan rápido, se quedaba ahí, quieta, en silencio, dispuesta a emerger en el peor momento y estropearlo todo. Pero no con nosotros. Le echamos valor, pudimos con ella. Y nos dijimos «te quiero», desde dentro, temblando por la reacción del uno y del otro, y seguíamos temblando con nuestra respuesta. Que fue devorarnos, decirnos todo sin decir una palabra, a través de las caricias, contando lunares y sueños. Sueños que estaban por venir y que nunca se cumplieron, para qué mentir. Y en esa noche, en la que olvidamos todo lo que estábamos pasando y cómo nos afectaría—y explotaría en la cara—. Todo eso lo aparcamos a un lado, lo encerramos en un cajón y tiramos la llave al mar—o al río, para ser el caso— y vivimos. Se nos grabó en la piel. Tu aroma, tus lunares, la manía de morderte los labios después de saborear los míos, y tu forma de hacerme sentir tan grande hasta el

punto de que no me trajeras la luna, sino que me hacías ver que yo podía llegar hasta ella. Se me grabó en la memoria la forma tan bonita que tenías de quererme. Y cómo lo susurraste antes de quedarte dormido.

Claro que todo lo bonito, en algún punto de la vida, acaba por terminarse. El cajón se abrió, la mierda desbordó y nosotros salimos a empujones de nuestra burbuja, por la que nos obligaron a salir. Hubo algo en tu mirada que te delató. En teoría no era nada, habíamos quedado con mi madre, Susana y Robert, para comer en uno de los restaurantes del barrio. Yo estaba demasiada concentrada en mi ración de patatas (porque sí, lo admito, era una de mis perdiciones), pero en ese momento algo hizo clic en la cabeza de alguien. Que todo estallara, o que llegara a ser el desencadenante de lo que vino más tarde. Me enteré mucho después—por su parte— que Robert te había reconocido. En una de las orlas de su hija, aparecías como parte del claustro, y no le costó mucho relacionar los conceptos. Y fue claro y directo, nada más que lo asimiló, fue a buscarte y te preguntó algo así como si eras consciente de dónde te estabas metiendo y las consecuencias que sufriría yo. Creo que lo quiso decir en modo de amenaza, pero me resultó más protector. Y creo que en el fondo esperaba que lucharas por mí. Casi tanto como yo misma quise que lo hicieras. Sin embargo, te quedaste en silencio mirándolo a los ojos y ya no necesitó respuesta. Hay veces en que las palabras sobran. Y esa no era una de estas. Por eso no me extrañó tanto cuando vino a calmarme, y cuando me lo contó ya no me dolió tanto. Te pueden querer de muchas maneras y no todas son correctas. Aunque lo deseemos con todas nuestras fuerzas.

Capítulo 40

En la vuelta, en el tren, camino a la ciudad universitaria, mantuvimos nuestra primera conversación seria y real. Nos dejamos al descubierto, delante de unos cientos de personas y paradas intermedias que congeniaban a la perfección con los silencios que aparecían debidos a los nervios. Entiéndenos, lo nuestro había sido cosa del destino, nos habíamos enamorado sin pretenderlo, sin siquiera ser conscientes. Y después, nos dimos la hostia, porque me niego a darte la razón y a todos los demás que pensaban que lo nuestro «estaba mal». Eso nadie podía decidirlo salvo nosotros dos. No les correspondía. En una relación de pareja no tiene cabida ni una persona más, ¿entiendes? Además, ¿quién tenía el poder de interceder en algo que nos pertenecía solo a nosotros dos? Éramos los únicos que sabíamos a ciencia cierta cómo nos sentíamos, en qué punto estábamos y a qué dirección nos dirigíamos. Claro que antes debíamos estar seguros de un par de cosas básicas.

Lo primero que tuvimos claro los dos es que ambos queríamos seguir juntos. No eran nuestra culpa las condiciones contextuales en las que nos había tocado vivir. Habíamos comenzado lo nuestro mucho antes de que supiéramos que mantendríamos una relación formal académica. Lo que nos preocupaba, y en lo que estuvimos bastante tiempo discutiendo, era cómo íbamos a seguir nuestra

relación personal. Aunque fuera lo más obvio y lo más básico, tardamos bastante en decidirnos por esa opción: mantendríamos lo nuestro en secreto, cosa que no nos hacía nada de gracia a ninguno de los dos, pero que, por el momento, lo veíamos necesario. En la facultad pasaríamos todo lo desapercibidos que pudiéramos. Actuaríamos como lo que éramos allí: profesor y alumna. Y fuera, seguiríamos como siempre, antes de que nos hubiéramos tomado aquel tiempo en el que a ti se te cruzaron los cables. A nadie le debería importar qué hacemos en nuestra vida privada, que para eso éramos dos adultos.

—Vale. ¿Y la edad, qué? ¿Cuántos años se supone que tienes?

Le pegué un mordisco a tu gofre solo porque me lo habías ofrecido y aquel regalo no me lo dabas todos los días.

—¿Y tú? Porque no sé hasta qué punto llega la diferencia entre «pedófilo» y «pederasta».—Quisiste hacerme reír, pero resultó todo lo contrario. Me puse más seria que nunca.

—No digas eso. Porque no hay nada más lejos de la realidad.

—Lo sé, Julia. Pero...

—Pero nada. Soy mayor de edad, no es que hablemos de que tenga dieciséis años y acabes en la cárcel. No, supero ya los dieciocho. Y tú también.

—Ya, la cosa está en cuanto los superas.

—¿Eso qué más da?

Me acariciaste con las yemas de los dedos la comisura de mis labios y parte de mi cara, y con solo eso podías pedirme la luna o lo que tú quisieras, que te lo daría todo.

—Veinte. ¿Y tú?

—Ah...—Te masajeaste la frente llena de arrugas y yo aparté tus manos. Luego, hice que nuestros labios se rozaran rápidamente.

—No puede ser tan malo.

—Veintiocho.

—¡Ves! No es para tanto. Me habías asustado. Vale, me sacas ocho años. ¿Cuál es el problema?

—¿Te los enumero?

El tren acababa de parar en otra parada, una marabunta de gente desapareció y otra la sustituyó. Una madre con su hija adolescente se sentaron al lado de nosotros. Una en frente de la otra.

Y te saqué la lengua.

—No, no hace falta, gracias.—Hice una pausa, después de mirar por la ventana los últimos rayos de sol—. ¿Y qué se supone que vamos a hacer?

—Seguir juntos, amor.—La chica que estaba a mi lado tenía puesta la oreja en nuestra conversación, aunque estuviera manteniendo una propia con su madre. Se había delatado por sus mejillas coloradas y por no parar de mirarnos. Claro que siempre más a ti. Tú también te diste cuenta, así que bajaste la voz—. No sé cómo lo vamos a hacer, pero no quiero estar sin ti. Ya he pasado por eso, y no puedo.

Creo que lloré. Un poco. Me puse sensible, la chica que hacía de público también se emocionó. Teníamos el mundo en contra de nosotros, tenía que ser secreto. Al menos, durante aquel trimestre en el que seríamos profesor-alumna, pusimos en peligro tu carrera y la base de mi futuro. Pero no nos importó. No con aquel atardecer de fondo, tú ofreciéndome el último trozo y nuestros meñiques entrelazados. Porque eso era el amor, ¿no?

Eso íbamos a hacer. Querernos mucho y bien.

***

Y con cuidado. De puntillas, a través de mensajes, notas escritas en los marcapáginas y secretitos entre los pasillos. Aunque esa no fuera nuestra intención en un principio, pero acabó siendo inevitable. La conexión era demasiado grande, y la atracción demasiado fuerte como para ignorarla. Así que teníamos que ir con muchísimo cuidado y máxima precaución. Acordamos no decírselo a nadie (cosa que yo llevaba bastante regular. Dadas las circunstancias, ya me estaba dando con un canto en los dientes por no habérselo contado a nadie aún, pero lo estaba consiguiendo. Día tras día. Poquito a poquito todo se podía).

Claro que hubo incentivos para que no pasara, y es que, en ese mes, ocurrieron además un montón de cosas. Empezamos duro con los trabajos de grupo, tuvimos que leer cinco libros la primera semana,

uno por cada asignatura. Y casi no nos vimos el pelo. El grupo en general, quiero decir. Hasta que llegó una mañana, la mañana en la que Iris me pidió que la acompañara al médico. Y nos pusimos en marcha.

Mi amiga había buscado, por internet, una clínica privada que tuviera muy buenas reseñas y en la que estuviera cubierta por su seguro médico. Pidió cita con una ginecóloga que estaba muy solicitada y, finalmente, consiguió que le dieran una. La visita fue todo lo bien que pudo ir. Ambas conectaron, se cayeron bien, e Iris confió plenamente en ella todas las dudas que tenía. Aunque nada más llegar y preguntar el porqué de la visita, mi amiga le dijo que estaba embarazada y la que se puso manos a la obra fue la profesional que teníamos enfrente.

Empezó por hacerle una analítica y confirmar lo que le estaba contando. Como supusimos, nos dio el sí, mientras nosotras, con los nervios a flor de piel y las manos entrelazadas, esperamos a oírlo. Le preguntó qué iba a hacer, y nos mostró todas las posibilidades y opciones que tenía, además de que nos explicó todo el asunto de la familia y seres queridos, todo lo que conllevaba, hasta el mínimo detalle. Y salimos de allí llorando cuando, por último, le hizo una ecografía y pudimos escuchar por primera vez el latido del bebé, que en ese momento tenía siete semanas. Nos dimos cuenta de lo que significaba y de lo grande e importante que era aquello. Que compartimos juntas. Y aquel día, lo empezamos a querer. Yo le hice un hueco en mi corazón, e Iris le dio el suyo. Aquel día vi cómo se convirtió en madre. Y lo orgullosa que estaba por ello.

Capítulo 41

Me encontré con Christian al salir del gimnasio, cuando Isaac ya se había marchado calle abajo y mi profesor me vio y se paró para saludarme. Él iba a entrar justo cuando yo salía. Mantuvimos una pequeña conversación, hablando de que aquello había sido una bonita casualidad, y nos enteramos de que vivíamos más cerca de lo que creíamos ambos, cosa que después nos vino de perlas. Ya entenderás el porqué. Charlamos un rato más sobre cómo había ido el curso y me comentó, también, que había habido un pequeño revuelo por lo del «profesor Rivas», es decir, por ti. Y yo... yo me hice completamente la loca, por no querer estar envuelta en nada que tuviera que ver contigo. Y lo conseguí. Porque era verdad que a mí no me iban los cotilleos, ni nada por el estilo. Y porque a Christian le caía en gracia. O al menos así era todavía.

Y además que me hice la loca de verdad, porque yo no sabía que habías vuelto esa semana a clase. Tristemente no habíamos tenido la oportunidad de hablar mucho, y el lunes me la perdí, ya que fui al médico con Iris. Así que a la siguiente sesión, la del jueves, no tuvimos problema para encontrar la excusa perfecta para quedarnos a solas después. Me dijiste delante de toda la clase si luego podía acudir a tu despacho, que tenía que justificar las faltas de asistencia. Y no hubo nadie que le diera la menor importancia.

Piqué solo una vez, pero a ti te eso te bastó para abrir la puerta y hacerme pasar, cogiéndome del brazo y tirando con la suficiente fuerza, pero sin hacerme daño. Me arrinconaste contra la puerta y me besaste con una pasión que me dejó obnubilada, e hizo que me temblasen las piernas.

—Eres tan preciosa...

Respiré hondo, luego de que nos separásemos.

—Seguro que eso se los dices a todas.

—Sabes que estás absolutamente equivocada.

—Vale, Romeo.—Te rodeé, porque necesitaba interponer espacio o, dentro de poco, lo que nos sobraría sería otra cosa, como la ropa. Me fui a sentar, pero fuiste más rápido que yo. Me cogiste rápido de la cintura y me colocaste en tu regazo. Pasamos unos minutos abrazados y disfrutando del momento—. ¿Por qué me has hecho venir aquí?

—Te echaba de menos.—Hiciste un mohín con tus labios—. El otro día no viniste a clase.—Me besaste en el cuello suavemente mientras yo te acariciaba la nuca con mis uñas—. Me abandonaste.

—No puedes ser tan exagerado.—Me removí entre tus piernas, pero me tenías muy bien agarrada con tus brazos.

Me miraste alzando las cejas, como diciendo «¿que no?».

Y seguí hablando.

—Fui con Iris al médico. Ya sabes...

—Oh. ¿Y qué tal?

—Bien.

—¿Nada más bien?

Me quité de encima y me senté en el sillón de al lado, que tenía la tapicería de cuero y era realmente cómodo. Me fijé por un instante en el despacho. Los colores eran oscuros, y la mesa y suelo estaban recubiertos de distintos tipos de madera, todos en tonos más o menos oscuros, unos tirando a la caoba, otros más al negro... Las paredes estaban decoradas por estanterías de arriba abajo, repletas de libros, tanto que no cabía ni uno más. De eso estaba segura. Había un ordenador de sobremesa, tu portátil personal y unos lapiceros en la mesa, junto a un estuche de pluma, encima de una carpeta o portfolio... lo que fuera. Todo estaba tan sumamente ordenado que me daba incluso miedo tocarlo.

Pusiste una mano sobre mi rodilla mientras que con la otra

jugabas con mi muñeca, acariciándola.

—Genial. En realidad, ha sido muy amable. Nos ha confirmado lo que ya sabíamos. Está embarazada de siete semanas. Y lo va a tener—dije, y pusiste cara de sorpresa.

—¿Y está segura de ello? No me mires así, amor. Es una decisión muy importante que tomar para hacerlo tan a la ligera.

Fruncí mis labios en una delgada línea, muy fina. Estaba a nada de enfadarme.

—Lo está. Lo ha pensado mucho.

—No lo suficiente, creo. Vamos, Julia, es algo que le va a cambiar la vida, para siempre.

—Sí. Y lo está deseando. Pero vamos, ya me queda claro cuál es tu punto si alguna vez nos pasara.—Me miraste circunspecto y me costó ver a través de tus ojos—. No, Alex, no estoy embarazada, si eso es lo que te estás preguntando.

—Eh, eh...

Yo me había levantado y paseaba sin parar por el pequeño espacio que podía. Me paraste, agarrándome de los hombros.

—No estoy hablando de nosotros, sino de ella. No tergiverses mis palabras.

Suspiré. Tenías razón.

—Ya lo sé. Es que es todo tan reciente. Está decidida a tenerlo, y creo que tiene cierta idea de lo que supone, pero no de lo que le está por venir. No quiero que sufra, ¿es mucho pedir?

—Eres la mejor amiga que muchos querrían tener.

—Y tú tienes la suerte de tenerme.

—Gracias a Dios.—Te besé la nariz, tiernamente. Y pasé los dedos por tus labios. Tú cerraste los ojos del gusto—. No quiero que nos peleemos.

—No lo hagamos, entonces.

—Y menos ahora, con lo que te tengo preparado.

Me quedé sorprendida, por un instante. Luego entendí el significado de tus palabras.

—¿Qué has hecho, Alexander?

Te mordiste los labios.

—¿Así que ahora soy Alexander? Es una sorpresa.—Admito que solté un pequeño gritito y di unos cuantos saltos a tu alrededor. Me

encantó ver tu sonrisa, y que además llegaras a reírte. Hacía mucho que no te veía hacerlo.

—¿Qué es, qué es? ¡Ay! Me encantan las sorpresas.

—Por lo cual, te conoces la definición, ¿verdad? No te voy a decir nada.

—Amor...

—No.—Conseguiste apartarte a tiempo—. Hasta mañana, nada.

—¡Ajá!—grité—. Lo que sea, va a ocurrir mañana.—Asentiste con tu cabeza—. ¿Una pista? Por favor...

Me acerqué a ti. No. Me lancé, más bien. Fui con la intención de devorarte la boca, y algo más. Pero tú cogiste el mando de la situación, y cuando me aventuré a meterte las manos por debajo de la camisa, me paraste los pies.

—Aquí no.—Pero luego, me lamiste el cuello, y se me nubló el juicio—. Mañana, en el tren, donde siempre. En presente.

Y cuando me condujiste a la puerta para despedirme, antes de abrir y comportarnos con frialdad y suma educación, me lo susurraste: «Tiene que ver con nosotros dos, solos, y muy lejos de aquí».

—Ha sido un placer, señorita Alonso.

Justo en ese momento, pasaron dos chicas que no me sonaban de nada, pero que seguro que eran alumnas del departamento de Literatura, que era donde nos encontrábamos. Iban con las libretas cogidas sobre el pecho y hablando animadamente.

Ni siquiera se dieron cuenta de que estábamos allí.

—Gracias. Y no volverá a pasar.

—Nos vemos la semana que viene.—Me guiñaste un ojo, y me pareciste el hombre más guapo de la Tierra.

—Sí. Adiós.

Caminé por el largo pasillo, con mi mochila colgada del hombro, a mi espalda, y con el maletín casi arrastras, porque pesaba muchísimo. Llevaba el ordenador (que, para ser sincera, ya tocaba cambiar), su cargador, una libreta, un libro de texto, mi agenda y el estuche. Tan imprescindibles en mi día a día. Y mientras iba sonriendo como una idiota y esperaba que llegara el ascensor, este apareció. Se abrieron las puertas y, ante mí, se presentó el profesor Gallego.

—Oh, Julia. ¿Qué haces aquí?

—Hola.—Sonreí. Y tuve ante mí su sonrisa ladeada. Nos rozamos

cuando él salió del cubículo y yo me disponía a entrar—. Nada, que tenía una tutoría.

—Ah, eso está bien.

—Sí.—Pulsé los botones—. Muy bien.

Capítulo 42

—¿Ahora?

—No, todavía no.

Yo tenía mis manos sobre los ojos, evitando así poder ver cualquier cosa, hasta que me anudaste la venda por detrás de mi cabeza. Parecía ser una sorpresa de las grandes. Y me la tenías preparada tú. Después de haber pasado toda la semana sin vernos—obviemos las clases porque en ellas prácticamente nos ignorábamos de mutuo acuerdo—, de haberse iniciado la chicha de lo que vendría en el cuatrimestre, de hablar mucho más con mi madre sobre la operación y de pasar tiempo con mis amigos...—sí, había quedado con Isaac para recordarle que el hueco que formaba en nuestro grupo se quedaría demasiado vacío sin él y sus sinsentidos—, aquí nos encontrábamos.

Habíamos arreglado que iría a tu casa con una mochila donde cupiera una muda de ropa. Sea lo que fuera, aquella noche dormiría contigo, en tu casa, y ya solo con la idea de pasar tiempo contigo en la intimidad me tenía en las nubes. Yo creía que el plan sería el de siempre. Cocinar juntos mientras escuchábamos música. Quizá leer juntos, ver alguna película que a mí me encantase... Ahora me río pensando en lo equivocada que estaba y en la poca confianza que depositaba en ti, en realidad. Porque ni de lejos habría apostado a que

fueras a haber hecho aquello por mí. Nadie lo había hecho entonces. Por eso y por otras cuantas razones de más pensaba que me querías hasta el infinito. Pero hay muchos tipos de amor, y algunos simplemente se acaban agotando. No te voy a pedir perdón por eso.

Y tanto que me equivocaba. En cuanto puse un pie en el piso que tan bien me conocía, me llevaste a empujones al dormitorio por razones diferentes a las que me pensaba, así que, sí, me encendiste como otras tantas veces y apagamos el fuego antes de marcharnos. Pero antes de eso, noté la emoción bullir sobre tu cuerpo. Tan exaltado, lleno de alegría como jamás te había visto. Estabas renaciendo, Alex, y permíteme otorgarme un poquito el mérito de aquello. Créeme, sé que no puedes obligar a nadie a salir del pozo si primero no quiere. Pero fui yo la que te di el empujón necesario para que abrieras los ojos a tiempo de que desaparecieras. Y lo que vino en consecuencia fue una versión mejorada hasta los topes del chico del que me enamoré cuando sus ojos aún parecían cuencas vacías y profundas. Allí rebosaban luz y vida.

—¿Cuánto queda?

—Bastante.—Te oí suspirar, cansado de tanta pregunta. Y justo un segundo después, el sonido de tu risa flotó en el aire.

—Nos acabamos de montar en el tren. Vamos a Madrid—comenté con voz orgullosa luego de haber destapado el pastel.

—No exactamente. Y no, desde luego.

—¿Entonces?

—Shhh...—Me callaste sobreponiendo el dedo índice sobre mis labios. Yo abrí la boca e intenté capturarlo entre mis dientes. Faltó poco—. Casi, pero no. Eso házmelo luego, cuando lleguemos. Ahora, toma.—Escuché cómo trastabillabas con lo que fuera y... luego, me cogiste la mano y me estiraste la palma. Noté los hilos del auricular—. Póntelos.

Nada más que me los coloqué, sentí cómo las vibraciones llegaban hasta mis oídos y la música fluyó.

Sí que llegamos a Madrid, aunque solo para hacer transbordo, y de camino para coger otro tren—que después me enteré que se trataba del AVE—, hicimos una breve parada en el quiosco de la pequeña floristería, que aunque no era habitual que comprásemos allí, fue inevitable que a mí se me fueran los ojos (porque me habías quitado la

venda temporalmente). Y te dije que necesitaba comprarle unas flores a mi madre. Aunque aquella vez quise jugármela y me decidí por una maceta de girasol, no dejaste que la comprara.

—¿Por qué?

—No me mires como si te hubiera roto el corazón.—Mientras, el empleado de mediana edad nos miraba muy divertido. Era raro que tuviera algún espectáculo frente a sus ojos, pero allí estábamos nosotros para dárselo—. Te lo he dicho, no nos vamos a quedar aquí. Ni vamos a ir a ver a tu madre, aunque me apetezca.

—Qué raro—dije irónicamente.

—Me apetece más estar contigo a solas, y hacer lo que tengo preparado para esta noche.—Me habías cogido de la cintura y acercado a ti, de una manera tan íntima que el de la floristería apartó los ojos, durante unos segundos, con las orejas totalmente rojas.

—¿Ah, sí? ¿El qué?—susurré sobre tus labios.

—Ya lo verás.

Y tanto que lo vi. Nada más llegar a los otros controles, me pusiste de nuevo la venda sobre los ojos, para no estropear la sorpresa. En realidad, en ese momento fue cuando empezó lo bueno. Con mis margaritas en la mano, nos enzarzamos en la búsqueda de nuestro vagón y nuestros asientos ya asignados. No sé cuánto tiempo estuvimos de viaje, porque me quedé dormida, pese a la música y al móvil. Y pese a haber estado un buen rato hablando con mi madre y con Iris sobre el mismo tema: que la incertidumbre me estaba matando y tenía ganas de ver lo que habías organizado. Para mí. El que te hubieras tomado tantas molestias por mí me hacía especial ilusión y hacía que mereciera la pena. A mí me gustaban las sorpresas, pero a ti más organizarlas. Formábamos un gran equipo.

Y aterrizamos en Valencia, metafóricamente, claro. Salimos de la estación y a ti te pareció el momento perfecto para descubrirme la ciudad tan bonita a la que me habías traído. Me dejaste descolocada, y me emocioné, todavía más cuando me explicaste la razón de llevarme allí. A la ciudad de las fallas, la paella y el mar. Recuerdo a la perfección nuestra conversación.

—Dios, tenemos que ir a la playa.

—Primero tenemos que ir al hotel. Y esta noche hay un concierto de Pol 3.14 por aquí cerca...

Abrí muchísimo los ojos, total y absolutamente sorprendida. Y loca de contenta.

—Alex, ¿qué estás diciendo?

Te sacaste la cartera del bolsillo trasero de los pantalones vaqueros que llevabas (y que te sentaban como un guante). Y de ahí vi cómo sacabas dos entradas para un concierto.

—Las tengo desde hace meses. Antes de...

No te dio tiempo a contestar, porque me lancé a tus brazos, puede que con demasiadas ganas, y tuviste que sacar fuerzas de flaqueza para no acabar los dos en el suelo. Te agarré la cara con ambas manos antes de estampar un gran beso en tus labios. Recuerdo reírnos mientras nos seguíamos besando. Recuerdo las mariposas en el estómago.

—Gracias, gracias, gracias.

—Te mereces eso y muchísimo más.

—¿Por qué?—pregunté con los ojos brillantes.

—Por esto—dijiste mientras dibujabas con tus dedos el perfil de mi sonrisa—. Y porque el mes que viene es tu cumpleaños y no pensé mejor regalo que este. Tengo que serte sincero.

Me serené. Debía hacerlo si no quería montar una escena. Arranqué de tus manos mi bolsa de viaje y comenzamos a andar en busca de la salida más cercana.

—Pero...—dije dándome la vuelta rápidamente. La coleta que llevaba hecha te pegó en el rostro. Diste un paso atrás, a la vez que intentabas no echarte a reír por mi entusiasmo. Que era muy contagioso, admítelo.

—Pero qué.

—No me puedo ir sin haber pisado la arena de la playa.

—Tranquila que eso no va a pasar.—Miraste distraído el móvil, creo que fue para asegurarte de la dirección en la que estaba el hotel, porque lo guardaste rápidamente.

—Y el mar. Quiero meterme en el agua y quiero nadar entre las olas. Y sentir la sal en mi piel. ¿Sabes que es curativo?

—¿Y tú que estamos en febrero?

—Menudo aguafiestas. Aun así, lo voy a hacer. Quién sabe cuándo volveré a ver el mar...

—Estás loca.

—Sí, por ti.

El concierto fue una de las experiencias más bonitas que he vivido en toda mi vida. Te lo dije, ya lo sabes. En la terraza de nuestro hotel (todavía sigo sin explicarme cómo conseguiste todo aquello sin quedarte tieso de dinero, y mira que me ofrecí una y mil veces a pagar lo mío, cosa a la que te negaste en rotundo, y a lo que yo respondí que no permitiría que corrieras con todos los gastos—te lo devolvería tarde o temprano y de una forma u otra—), con un máximo de treinta personas, después de haber cenado. Íntimo y precioso. El sitio estaba decorado de una forma *vintage*, y la iluminación solo contaba con muchas luces de todos los colores. Y las vistas: por un lado, a la ciudad. Por el otro, a la playa. Adonde iríamos justo después. No me defraudaste. Nos quitamos las zapatillas que llevábamos ambos, sin importarnos que se pudieran manchar, y caminamos por lo largo de la orilla, disfrutando del momento. Tú, yo, la luna, el mar, su olor. Era perfecto. Te reté y me encantó que no te echaras para atrás y lográsemos meternos solo por un instante en aquellas aguas heladas, por el recuerdo que nos llevaríamos de aquello. Por hacerme feliz. Y gritamos que nos queríamos, que estábamos enamorados el uno del otro y queríamos que lo supiera todo el mundo. Aquel día sí. Era posible. Fue bonito imaginarlo, pero mucho más creerlo.

***

Pero todo acabó demasiado deprisa. Volvía a ser domingo, y volvíamos a estar en Madrid. En nuestro presente. Pero con el recuerdo de lo que vivimos a cientos de kilómetros, de cuando fuimos uno y nada nos importó. Más que nosotros mismos. Volví a despertar más tarde que tú, cuando el sol estaba en su punto más alto sobre el cielo, y cuando el desayuno que me habías preparado hacía horas se había quedado frío. No importaba, porque no tenía hambre. Te di un beso de buenos días y me preparé un café mientras te veía estar

inmerso en el periódico. Otra vez con tus gafas de vista y relajado. Parecías feliz. El hoyuelo estaba más visible que nunca, y yo no podía disfrutar más de las vistas. Pasamos el rato cada uno con lo suyo (yo con las redes sociales, que las tenía muy olvidadas últimamente). Luego, me dispuse a darme una ducha calentita—creo que estaba a punto de coger un resfriado. Ya sé, culpa mía, pero mereció la pena—, en la que estuve casi media hora.

Y todo se desmoronó minutos después de envolverme con la toalla pequeña la cabeza y cubrir mi cuerpo con la otra. Salí en el momento exacto en el que la puerta de la entrada se abrió y ante nuestros ojos se nos presentó el profesor Gallego, o mejor dicho, tu mejor amigo, Christian. O nuestra peor pesadilla. Ahí comenzaron los miedos, la duda y el desconsuelo.

Capítulo 43

M*arzo*

Todo se detuvo. Mi cabeza, mi cuerpo, todos los que estábamos allí presentes, e incluso el tiempo. Algo se rompió en ese momento, podría calificarlo y llamar «magia» a lo que fue vida o tacharlo de una manera no-romántica y decir directamente que fue culpa nuestra y de nuestros sucios secretos. ¿Por qué tuvimos que ocultar algo que nos hacía tan bien y era tan bello? Po ti, claro está.

Luego de aquellos estúpidos y eternos minutos en los que nadie habló, ni se movió, ni pestañeó por miedo a que eso fuera verdad—que lo era—, sucedieron muchas cosas. Desde el sillón azul marino, el que a mí me encantaba (porque era allí donde nos tumbábamos juntos, tan juntos que estábamos casi uno encima de otro), tú abriste la boca, para cerrarla un milisegundo después, con la cara descompuesta, serio, el fracaso y el miedo en tus ojos. Yo lo vi, sí. Y también fui consciente de todo lo que quería decir, por supuesto. Lo único es que no quería reconocer que lo nuestro se había terminado. Porque eso habría significado perderte, y yo no estaba dispuesta a ello. Todavía no. Después sí.

Pero porque me di cuenta de que sí te quería, pero me quería mucho más a mí.

A Christian, por otra parte, le llegaba la boca hasta el suelo de la

estupefacción. Iba vestido como solía ir a la facultad, y ahí supuse que ese era su manera universal de vestir. Había tenido el abrigo colgando de su antebrazo, seguramente se lo habría quitado de camino al ascensor, o justo al bajar y encaminarse hacia aquí, pero ahora la prenda estaba en el suelo. No se había ni enterado de que se le había caído. Y yo... yo quise llorar. Me apretaba sobremanera la toalla por encima de mi pecho—porque lo único que nos faltaba era que se me cayera y me quedara desnuda delante de los dos—, la toalla de mi cabeza me pesaba mucho, así que hice lo único que podía en aquel momento sin despertarnos: quitármela. El pelo mojado se me pegó a la espalda. Y notaba las miles de gotitas recorrer mi piel, en busca de algo que no iban a encontrar, y luego, precipitarse sobre el suelo. Justo como yo, que había saltado con fuerza, sin miedos, y también sin paracaídas. Ahí sí que noté el frío. Lo recuerdo todavía ahora y se me ponen los pelos de punta.

—¿Ju-Julia?

Fue casi humillante que no dijeras nada. Pero yo estaba tan enamorada y ciega del subidón que suponías para mí que no lo quise ver. Tonta de mí. Así que la que tuvo que saltar para salvar lo que quedaba de «nosotros» fui yo, por supuesto.

—Prof...—Me callé a tiempo de empeorar las cosas más todavía—. Christian.

—P-p-p-pero ¿qué estás haciendo aquí? ¿Y así?

Los ojos azul cristalino de tu mejor amigo miraban en todas las direcciones. Casi que me resultó adorable, porque se notaba que no quería fijar la vista en mí. Le daba vergüenza verme así. Así que sus ojos iban y venían, de ti a mí (de cuello hacia arriba). Y casi pude observar el instante en que advertí la determinación y comprensión en aquel mar azul. Tu mirada era transparente.

Gracias a Dios parecía que te habías despertado del letargo en el que te habías sumido hacía rato. Te quitaste el periódico de encima y reaccionaste. Por los dos. Yo es que no sabía qué decir—creía que no me correspondía a mí decir nada—, por lo que me mantuve calladita mientras observaba qué ibas a contar y cómo. Eso me tenía sumamente expectante.

—Christian... puedo explicarlo.—«Puedo» y no «podemos». Mal, Alex, mal. Hasta en eso te equivocaste. Siempre «yo, yo, yo». Siempre

tan egoísta. Sorpresa, no eras—ni eres— el centro del universo.

Y por primera vez, vi al moreno enfadado. No, no, no era enfado lo que sentía, sino dolor. Ahora era capaz de entenderlo. La expresión en su rostro lo decía todo. La mandíbula apretada, la boca cerrada, el rechinar de sus dientes, la mirada perdida. Con su mejor amigo, contigo.

—¿Explicarme que te estás tirando a una alumna? ¿Quieres decirme eso?—Aquellas palabras fueron como una bofetada. Me sentí insultada, humillada, vejada. Por él, por ti. Porque bajaras la cabeza y no me defendieras. Pero también me enfadé y salté en defensa (de los dos, pero sobre todo de mí), por supuesto.

—Las cosas no son así de fáciles, ¿vale?

Pero Christian te miraba solo a ti. Tú te giraste un momento en mi dirección—porque estábamos como si fuera una fila india, o como si jugásemos al burro. Tú en medio de los dos.

—Julia, ve al cuarto a cambiarte de ropa, por favor.

Ahí me di cuenta de que, en efecto, no llevaba ropa en absoluto. Me morí de vergüenza, casi de la misma forma que tu mejor amigo. Mientras tú seguías con el aire de «soy-tu-protector» tatuado en la frente. Menos mal que el otro rompió el silencio, arreglando un poco la cosa. Uno de los tres tenía dos dedos de frente. Bien, poco a poco.

—Siento cómo he hablado antes.

Sabía que se estaba disculpando directamente conmigo. Y yo sonreí, en un ambiente tan cargado y tenso que se agradeció. Me di la vuelta y me encerré—por diez minutos— en el dormitorio. El tiempo justo para salir con la dignidad y decencia que me quedaban.

Cuando volví a aparecer, ambos estabais sentados sobre la mesa que decoraba el comedor. Tú te masajeabas la frente—señal de que estabas muerto de preocupación—, Christian hacía todo lo posible por no mirarte, mientras le daba vueltas una y otra vez a la cucharilla que movía su café, aunque ya no hiciera falta. Yo me alisé el peto de ante color borgoña que llevaba. Porque no sabía qué hacer con las manos (estaba claro que yo tenía que controlar la situación, y la ansiedad me estaba matando). Así que a paso lento, demasiado lento, me acerqué a la cocina, me serví otra taza de café y me dirigí a la mesa. Y me senté a tu lado. Porque en aquellos momentos creí que seguíamos siendo un frente unido, cojo, pero unido.

—A ver. ¿Habéis hablado mientras yo no estaba?—Como ninguno levantó la vista de la mesa, y aunque sé que las vetas de la madera podían ser sumamente interesantes, teníamos que hablar. Los tres—. Me tomaré eso como un no. ¿Podemos hablar las cosas como adultos? —Me hice un moño, más porque no podía estarme quietecita que por otra cosa—. ¿No?

—¿Desde cuándo?

La voz de Christian no se parecía para nada a la de normal. Ronca, sin emoción, seca. Levantó los ojos y fue como una ráfaga. A ti eso te dolió, lo sentí por cómo te removiste en la silla.

—Septiembre—contesté.

—¿Ella era la chica de la que me hablabas? Joder, Alexander...

Me asusté cuando el golpe que habías dado a la mesa resonó en toda la estancia.

—No lo entiendes, Christian. Nos conocimos antes de...

—¿Antes de que supieras que era tu alumna?—Casi que escupió la última palabra.

Y luego desvió la vista hacia mí, pidiéndome perdón con los ojos.

—¡Sí!—gritaste—. Nos conocimos en el tren. Ella también es de Madrid, y coge el tren todas las semanas, al igual que yo. Empezamos siendo dos desconocidos que se atraían mutuamente. Y no había nada de malo en ello.

—Quizá. Pero eso cambió en el momento en el que te enteraste. ¿Fue en el evento de Navidad? ¿Por eso te fuiste de esa manera, tan cabreado con el mundo?

Asentiste con la cabeza.

Yo miraba todo desde afuera, con el corazón en la boca y los nervios sintiéndolos hasta en la yema de mis dedos. Esto me superaba. Tenía un miedo atroz que me consumía por dentro. Miedo por los dos. Y por cómo esto afectaría a vuestra relación. Se veía que erais amigos de verdad, de los de toda vida. Y que os queríais. Yo no quería romper eso.

—Sí. Pero ya era demasiado tarde. Ya estaba enamorado de ella.

Eso fue como detonar una bomba. Te miré, con una mezcla de dulzura y preocupación por todo. Christian estaba cada vez más estupefacto y no paraba de repetir, una y otra y otra vez.

—Joder, joder, joder.—Mientras se atusaba el pelo con ansia.

—Lo intenté dejar, ¿vale? Me aparté. Me enfadé con ella. Pero no podía, y cuando murió mi madre...

Ahí apreté tu mano, porque sabía que me necesitabas.

—Está mal, Alexander.

—¿Por qué, Christian?—hablé después de un largo rato sin decir nada—. Soy mayor de edad, tengo 20 años; él, 28. ¿Y qué? Nos conocimos como cualquier pareja, de casualidad, en la calle. Porque el destino quiso. ¿Tenemos la culpa? Ya te lo digo yo que no. ¿Está mal que nos queramos? Porque si es así, que baje Dios y lo vea. Porque yo no puedo más con tus prejuicios.

—No son prejuicios, Julia. Es mucho más complicado que eso.

—Lo complicáis vosotros. Los dos—dije mirándoos a ambos—. Lo que quiero saber es si nos vas a delatar, si vas a traicionar a tu amigo y destrozarnos.

—Eso no es justo.

—No, no lo es. Pero así es como están las cosas.—Me terminé el café, y la silla chirrió contra el suelo cuando la arrastré hacia atrás y me levanté—. Y ahora, si me disculpáis, yo me voy a ir.—Tuviste la decencia de mirarme arrepentido—. Tranquilo, quiero ir a ver a mi madre antes de volver a Salamanca. Y de verdad creo que necesitáis hablar los dos.

Desaparecí cinco minutos mientras recogía mis cosas. Me costó dar con el móvil y el cargador. Revisé la bolsa de viaje y me pinté los labios, en el mismo tono que de mi ropa. Cuando abrí la puerta, pude escuchar cómo hablabais en susurros.

Y sí, os escuché. No me culpes. Pero tranquilo, que no lo entendí. Lo hice mucho después.

«¿Sabe lo de...?».

«No. Y por ahora va a seguir así».

«Es imposible que esto salga bien».

Capítulo 44

Alex: Creo que me va a explotar la cabeza.

Julia: ¿Tan mal ha salido la cosa?

Te lo pregunté preocupada. Literalmente había dormido solamente un par de veces y no podía más con la incertidumbre. Eran las 5:34 a. m.

Alex: Ni te lo imaginas.

Julia: No creo que fuera peor que verlo interpretar improvisadamente Hamlet en clase.

Me guardé el móvil debajo de la almohada, porque no quería tenerlo muy lejos. En aquellos momentos, aun creía que te necesitaba lo suficiente como para estar bien conmigo misma. Si los dos estábamos bien, todo iría bien. Sí, si ya lo sé. Menuda chorrada más grande.

Alex: Ya lo creo que sí, lo he visto hacerlo. Más veces que tú.

Julia: ¿Entonces ha ido bien? ¿Os habéis matado? ¿Seguís siendo amigos?

Me dio miedo ver la respuesta, porque dependiendo del sí o del no, sabía que las cosas cambiarían. Solo esperaba que a mejor.

Alex: Creo que sí.

No contesté. No porque no quisiera, sino porque algo me distrajo. El ruido, las voces, la discusión, un jarrón rompiéndose contra el suelo, el arrepentimiento, las ilusiones rotas, la herida abierta.

Me levanté de un salto de la cama, dejando tras mi paso un calcetín en esta y medio puesto en el pie derecho. Con mi moño deshecho casi caído y mis ojeras por delante, salí a ver qué es lo que estaba sucediendo en mi sala de estar. Y sobre todo para calmar los aires. No me hizo falta preguntar, ni abrir siquiera la boca, cuando vi ante mis ojos al novio de mi mejor amiga y a la susodicha con el escobón y recogedor, barriendo aquel destrozo, mientras el chico apartaba la alfombra y los demás muebles. Vi en sus caras que estaban manteniendo una conversación. Vi en sus ojos el arrepentimiento, la vergüenza, y en los míos, la incomodidad, que le hacía un hueco al miedo. Dios, me latía el corazón demasiado rápido. Un día de estos no sobreviviría a estos disgustos.

—Julia... no es lo que piensas.

Yo estaba pensando lo peor, por supuesto. Como se hubiera atrevido a ponerle una mano encima, e incluso solo pensarlo, lo mataría. Yo y todos los de detrás.

Caminé hacia mi mejor amiga, con los brazos cruzados sobre mi pecho.

—Cuidado. No andes descalza. Te puedes cortar.

—¿Cómo te atreves, pedazo de cabrón...?—El moreno me miró con ojos de corderito, completamente asustado. Y es que le hubiera pegado de verdad.

—¡¿Qué?! No, chiquitina, te estás equivocando.—Iris se puso entre los dos, evitando que me adelantara y le cruzara la cara—. Nunca me haría daño. Yo... acabamos de llegar de casa de Isaac y estaba tan revolucionada y nerviosa que se lo he soltado de sopetón, nada más entrar por la puerta. Casi se desmaya, se ha apoyado mal y bueno... la mala suerte de la muerte del jarrón. Que descanse en paz.

—¿Y las voces?

Eloy la miró acusatoriamente con las manos abiertas a la altura de la cabeza, como diciendo «yo de eso no tengo culpa».

—¿Qué?—dijo la pelirrubia—. Cuando me asusto grito, ¡lo siento! ¡Que Dios me perdone!

—Espera.—El futuro padre primerizo se levantó del suelo y se enderezó en toda su plenitud. Deseaba que el bebé tuviera una mezcla de los dos físicos, porque menudos genes tenían aquellos dos...—. ¿Tú lo sabías? ¿Se lo dijiste a ella antes que a mí?

—Es mi mejor amiga.

—Y yo, el padre, Iris; eso no es excusa.

Sonreí cómplice. Esto iba a terminar bien. Serían felices para siempre, tenía que ser así.

Me inmiscuí.

—En eso tiene razón.

—Tú mantente calladita. Que se te da muy bien últimamente.

—Esa pullita sobraba.

—Que te crees tú que a mí se me va a olvidar que me estás ocultando algo. No, bonita, no.

—¿Y no te olvidas de que tú y yo tenemos una conversación más importante pendiente? Y que me gustaría hablarlo ahora, por ejemplo —ironizó el moreno.

—Oh, bebé. No te pongas así, ahora hablamos.

—Sí.—Me levanté del sofá, en el que me había dejado estar tumbada durante toda la conversación. Pero sí que debían hablar, era una cosa primordial (también puede que tuviera que ver con que yo no quisiera hacerlo de lo mío) y me dispuse a marchar—. Yo me voy a mi habitación, os dejo a solas, parejita.

***

El lunes hablamos después de clase. Aunque en el más estricto sentido de la palabra. Y casi que hablamos por señas. Había una chica que también hacía la asignatura (aunque en el turno de tarde) que «necesitaba hablar urgentemente con el profesor Rivas», esas fueron

sus palabras, no las mías. Y yo solo saqué en claro que 1) Christian no diría nada—al menos, por el momento—, 2) no habíais mantenido una conversación desde entonces y 3) todo el asunto te estaba afectando sobremanera. Así que me puse manos a la obra para solucionarlo.

Puede que me acercara a la biblioteca porque tuviera una idea remota sobre que Christian estaría por allí. Está bien, lo sabía. Era tan predecible como mis ganas de protegerte de todo lo que pudiera. Y también puede que hubiera esperado cuarenta minutos, hasta que llegó el momento y la hora en que se decidió por ir a Recepción. Puede que a darle algo de conversación a la bibliotecaria, Teresa, o a ligar con el chico (más o menos de vuestra edad y sobrino de la susodicha, que se había ofrecido a ayudarla por las tardes), que se encargaba de ordenar los libros y volver a ponerlos en su lugar después de la catalogación. O de vuelta de préstamos. No lo sé (porque seamos sinceros. Christian era—y es—, más servicial que tú, eso no podemos negarlo ni cuestionarlo), pero yo optaba más por la segunda opción que por la primera, porque uno no es de piedra, y ya sabes... El caso es que me estoy enrollando. Esa tarde fui con un único objetivo y salí con más dudas en la cabeza que con las que entré. Y eso ya es un decir...

—Lo siento, cariño. Pero voy a tener que amonestarte.

Yo tenía los brazos cruzados sobre la mesa, toda estirada y melodramática.

—No me digas eso, Teresa.

—Debiste entregar estos libros hace cuatro días.—Me habló mirándome a través de sus gafas de ojo de gato.

Se trataban de unos libros de poesía y relatos cortos de estilo contemporáneo, que había utilizado para tu clase. Y era cierto que se me había olvidado la fecha de entrega, pero también que me aproveché de ello. Por partida doble, incluso.

—¡No estaba en la ciudad!—dije en voz más alta de lo normal—. Por favor, Teresa.

—¿Por favor qué? ¿Qué pasa aquí?

Bingo. Me di la vuelta, toda sobreactuada y con la sensación de que merecía un Óscar por mi actuación. ¿Era muy tarde para cambiarme de carrera? Yo creo que no.

—Christian.—Tuve la poca vergüenza de parecer abochornada de

verdad, como si no hubiera planeado aquel encontronazo. Pero es que me salió de fábula.

—Hola, Julia. ¿Qué te ocurre? ¿Cuál es el problema?

Tuvo la decencia de parecer como siempre. Como si no supiera lo nuestro. Como si no supiera lo tuyo, tampoco.

—Estoy atrasada con los plazos. Y ahora voy a tener que esperar dos semanas para poder sacar otro libro.

Me ayudó a conseguir que la bibliotecaria hiciera la vista gorda. Eso era lo que pasaba con vosotros dos. Teníais a todos los que quisierais en la palma de la mano, y podíais hacer y deshacer a vuestro antojo. Eso era muy peligroso, y a los otros—a mí, por ejemplo— nos tocaba pagar las consecuencias. Se lo agradecí, y los dos nos encaminamos hacia la salida porque, oh, qué casualidad, ya hacía mucho rato que los dos estábamos en la biblioteca y era hora de volver a casa. Y sí que actuamos como siempre, las mismas trivialidades que nos habíamos dicho los meses antes, las bromas, el tiempo, el amor... hasta que nos metimos en el ascensor y nos callamos. Rompí el silencio mientras me ataba el cinturón de mi abrigo en la cintura.

—Gracias, no tenías por qué.

—Teresa es muy estricta con las normas. Supongo que te he echado un cable para hacerte la vida más fácil.

—¿Y eso se aplica a más cosas?

—Julia...

Ladeé mi cabeza, y no pude evitar sonreír. Él acabó diciendo:

—No, no diré nada. No me meteré en vuestra relación. No soy quién para meterme en medio. Pero, por el amor de Dios, no me metáis vosotros tampoco.

—¿Te refieres a lo que no sé?

Me mordí los labios para evitar sonreír. Era tan ingenuo de una manera que lo hacía parecer más dulce, si es que aquello era posible.

—No sé de lo que estás hablando.

—Oh, sí que lo sabes.

Las puertas se abrieron y aparecimos en el *hall*, solos. Fuera llovía a cántaros. Se avecinaba tormenta.

—De acuerdo. Sí. Pero me refería exactamente a esto. No me corresponde a mí contarte... los estúpidos secretos de tu estúpido

novio. Porque sois novios, ¿no? ¡Agg!—se quejó—. Da igual lo que seáis. En tal caso, no me lo digáis. Me está empezando a doler la cabeza—dijo meneándola.

—Cuéntamelo, Christian.

—Pregúntaselo a él. Pero, Julia...—Rebuscó en el paragüero hasta dar con el suyo, lo sacudió y lo abrió, antes de salir a la calle—. De verdad, no te conviene. No sabes lo que...—Meneó su cabeza una vez más. Chasqueó la lengua, molesto, como si le enfadase lo que fuera que me estuviera ocultando—. Habla con él.

—Se supone que es tu amigo. ¿Cómo hablas así de él?

—Es mi amigo, sí. Pero también es estúpido.

Capítulo 45

No me atreví a preguntarte. Llámame cobarde, asustadiza o lo que tú quieras, pero yo preferí seguir creyendo en ti, y en lo que teníamos. Así que me pasé la semana centrada en otras cosas, como, por ejemplo, en que el viernes por la mañana mi madre tenía cita en el médico para la revisión de la operación y su posterior recuperación. Se operaba en dos semanas. Por lo que el jueves, después de haber asistido a tus clases, preparé mi mochila con todo lo que necesitaría ese largo fin de semana y cogí el último tren de la tarde, después de haberle comprado a mi madre, por fin, la maceta con los girasoles.

Estaba ansiosa, por varios motivos. El primero, lo obvio, me preocupaba que algo pudiera salir mal. Lo segundo, el sábado era mi cumpleaños. Tú lo sabías, claro. A mí me encantaba celebrar todas las fiestas habidas y por haber, y esta era una de ellas. No, era más especial. El sábado lo celebraríamos yendo al Pollo Tiko, como todos los años, y los de siempre. Ni parejas, ni amigos: la familia. Todo lo que necesitaba. Había quedado el lunes para comer con Natalia y unas compañeras de clase (lo que denominábamos nuestro grupito) para celebrarlo y por la noche tenía una cena romántica contigo. No pude celebrar ninguna de esas dos cosas. Todo se estropeó antes. El viernes, en la consulta del médico.

—¿Con ganas ya de deshacerte de la silla, Pilar?

—No sabes cuánto.

—Bien, muy bien. Esa es la actitud. Ya se puede vestir—dijo, dirigiéndose más bien a mí. Mi madre y yo nos miramos por encima de su cabeza y vi cómo ponía sus ojos en blanco. Me contuve la risa por los pelos. Y la «ayudé» a vestirse. Porque claro, una mujer de cuarenta y cinco años no sabe vestirse. Casi cuando se apoyó en mí para hacer fuerzas con los brazos ya refunfuñó, pues imagínate. Qué narices...

Yo me senté en la silla y aparté la de mi lado para que mi madre se pudiera acercar. Cogí la carpeta que contenía todo el papeleo de aquellos dos horribles años entre aquellas paredes tan feas.

—Está todo listo. Te va a operar Joaquín González, que es el jefe de cirugía de ortopedia, el mejor de la ciudad. Y que, por suerte, tenemos en nuestro hospital.

—Ya lo conocimos en la última cita que tuvimos.

—Bien, muy bien.

Le dio a unos papeles que debíamos de llevar el día de la operación.

—Tienes que ingresar a las ocho de la mañana. En ayunas.—Y casi cuando nos estábamos a punto de ir, nos paró los pies, poniéndolos de vuelta contra el suelo—. Hay un pequeño problema.

—¿Qué problema?

—Parte de la recuperación, de la rehabilitación, no está cubierta por el seguro.

—Eso es imposible—dije yo.

—No olvidemos que en el accidente se dio parte de que tú eras la culpable.—Lo miré con ganas de matarlo—. Eso es lo que pone en los papeles. Yo solo os informo.

—¿Y cuánto vamos a tener que dar nosotras?

—El 50%. Ya sabéis, las sesiones de la fisioterapia, quizá los psicólogos si hicieran falta. Las medicinas.

El quejido ahogado de mi madre lo dijo todo.

***

Llamé a quien más necesitaba en aquellos momentos, a quien siempre había recurrido cuando sentía que el mundo se me desmoronaba encima. Mi apoyo, mi otra mitad. Que, aunque hacía tiempo que no quedábamos (a solas), porque habíamos llegado a formar un grupo de lo más apañado..., yo sabía que solo hacían falta tres palabras para hacer magia, para que estuviera allí. Porque lo dejaría todo por mí, igual que yo por él.

—Bruno, ¿puedes venir?

Debió de notar que estaba llorando, y que la situación era de extrema urgencia, así que, directamente, me preguntó:

—¿Dónde estás?

—En casa, en Madrid.

Me respondió que estaba en el trabajo, pero que saldría pitando para acá, aunque le dije que no hacía falta, que por esperar unas cuantas horas no me moriría. Pero es que cuando decía que es cabezón como él solo, no me quedaba corta. Por supuesto se presentó en las dos horas y media que se tardaban en llegar, que era la distancia que nos separaba aquel día. Llegó, me abrazó, me ofreció ir a tomar un helado, cosa a la que me negué, y luego, como vio que no le quedaban más opciones que esa, me ofreció un cigarro, cosa que acepté, y con gusto. No te voy a mentir.

Se lo conté todo, con pelos y señales. Que mi madre estaba tan cagada que había estado pensando en olvidarse de la operación. Tuvimos una pelea tan gorda que acabó con los platos rotos contra la pared y los pedazos de estos contra el suelo. El miedo, el llanto, los gritos. Mi casa no parecía mi casa. Y él me escuchó, pacientemente, dejándome que me desahogara contra su pecho, mientras me acariciaba el pelo y me susurraba que todo saldría bien. Pero es que yo en ese momento lo veía imposible. Y siempre había creído en los imposibles, ya lo sabes.

Y el sábado hubo tarta, y sueños no pedidos en el momento de apagar las velas. Hubo regalos, pero la felicidad, la paz, la magia habían desaparecido. Todos estábamos abatidos, como si hubiéramos presenciado una gran pérdida. Nos pasamos casi toda la velada haciendo cuentas con el gestor de Robert y Susana, que se habían empecinado en ayudarnos en lo que pudiesen, que para nosotras, era mucho. Significaba el mundo, pero no era suficiente. No estaban

demasiado bien económicamente (aunque sí que mejor que nosotras). Pero nos negamos en rotundo. No queríamos nada de ellos.

Debíamos encontrar otra solución, y a ser posible que fuera rápida. Y yo la encontré.

Aunque me doliese, yo la encontré.

Capítulo 46

Paréntesis

Y desde ese momento, todo fue cuesta abajo y sin frenos. En todos los aspectos de mi vida. Por supuesto, el día de mi cumpleaños me había llegado un ramo de rosas blancas a mi casa, con veintiuna flores, todas de tu parte. Y nada más que te lo agradecí, me cantaste el *Cumpleaños feliz*, me preguntaste qué tal estaba mi madre, y yo me vine abajo completamente. Creo que te asustaste. Quiero pensar que sí. Eso es lo que hace la gente que te quiere en esas situaciones. Pero es que después, después dudé muy fuerte si tú alguna vez me habías querido. Y te voy a explicar paso a paso el porqué.

Te ofreciste en venir a recogerme a la estación y pasar la noche en tu casa, pero es que Iris y Bruno habían ido a la suya propia, y como era obvio, este nos trajo de vuelta. Y no es que no te quisiera ver, es que no tenía fuerzas, te lo juro. No tenía más fuerzas que para llorar y compadecerme de mí misma. No tenía fuerzas de quererte, de mirarte a los ojos y pensar que podíamos con todo, cuando no era así. Cuando yo lo sabía en el fondo. No tenía fuerzas para engañarme a mí misma y pensar que no me estabas ocultando algo, porque, joder, lo hacías. ¿No te comían los demonios por dentro? ¿No te reconcomía la culpa? ¿Cómo pudiste hacernos esto? ¿Cómo pudiste hacérmelo a mí?

Ahora creo que fue una señal divina. Porque el lunes se supo toda

la verdad. La descubrí, y no me hiciste falta. Ni tú, ni el profesor Christian. Ni mis amigas. Todo fue por el morbo que da cotillear sobre el personal de la universidad. Es lo que ocurre cuando una sociedad se mueve por el morbo de las narices. En la asignatura de Edición literaria—una de mis favoritas, tanto por el contenido en sí como por la profesora— mientras trabajábamos en colaboración con una revista de literatura de ensayos, críticas, etcétera, llamó a la puerta otra profesora del mismo departamento y se acercó a la maestra que, casualidades de la vida, estaba en mi mesa, asesorándonos en ese momento.

—Tengo una mala noticia que darte.

En ese momento no le prestaba mucha atención, porque seamos sinceros, no era muy dada al cotilleo. Pero mi amiga sí.

—No me digas que nos han quitado el presupuesto.

—Eh, profe, la merienda se mantiene, ¿no?

—Claro que sí, la comida no nos la quita nadie.

—Pero la programación, sí.

Las dos mujeres de edades parecidas se miraron entre sí, y ahí sí que captaron mi atención. Aunque tengo que decir que el mérito se lo llevó Natalia, al darme un codazo en las costillas para que prestara atención.

—Ha vuelto.

—¿Quién?—preguntó la pelirroja, confusa, ajena a los chismorreos comunes de por allí—. Tendrás que ser un poco más precisa. Te recuerdo que soy nueva aquí.

—Patricia.—Meneó la cabeza, y de su boca salieron unos quejidos, al ver que no la comprendía—. La esposa del profesor Rivas. La coordinadora del departamento, que nos va a cambiar la programación a mitad del curso y nos va a hacer la vida imposible...

Pero yo ya no escuchaba nada. Aquellas palabras fueron como un puñetazo en la garganta o una patada en el estómago. Me entraron ganas de vomitar, me levanté corriendo de mi sitio y fui en dirección de la papelera que más cerca estuviera. Y lo solté todo. Del asco, de la rabia que me entró. De las mentiras. Eso fue lo peor, sin duda. El sentirme traicionada. Por ti.

Capítulo 47

Lo más irónico de la situación (y de que yo no tenía ni una pizca de ganas de verte—y mucho menos— de hablar contigo) fue que tras terminar aquella asignatura, me tocaba la tuya. Y es que estaba tan en *shock*, que, en vez de inventarme una escusa para no ir a clase, me dejé llevar por el gentío—y por Natalia— y acabé en el aula esperando a que llegaras.

Actuaste como siempre, como «nosotros» desde que nos conocíamos, solo que en este rol, entraste por la puerta, diste los buenos días y, como todos los otros días, tus ojos buscaron los míos. Nos miramos solamente por unos instantes, pero aquella vez no me encontraste. Yo estaba seria, con unas ganas de llorar infinitas y el dolor en mitad del pecho y que no se iba. Por mucho que yo quisiera. Como era obvio—o a mí me gusta pensar que lo era—, notaste que pasaba algo. Y te pasaste toda la clase con el ceño fruncido y las arrugas en la frente, por la preocupación. Incluso me obligaste a participar en las actividades propuestas en clase, aunque yo no me hubiera presentado voluntaria.

—¿Te espero fuera?

—¡No!—Se que lo dije demasiado alto y rápido. Estando incluso nerviosa.

Entiéndeme, en ese momento, no quería que estuviéramos a solas

por nada del mundo.

Noté cómo no me quitabas los ojos, confundido y circunspecto.

—Ah. Es que como tardas una eternidad...

—Nat. Un segundo, ¿vale? Solo me falta el...

No acabé la frase, guardé el estuche y subí la cremallera. De camino a la puerta, estabas apoyado en la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Quise que no me afectara que estuvieras tan guapo, con esa camisa azul cielo que te quedaba tan ceñida y tan... Vi cómo movías los labios, pero giré mi cabeza a cosa hecha. No quería saber lo que me querías decir. Pero tú no estabas dispuesto a dejarme marchar.

—Señorita Alonso.

—Hasta el jueves—contesté.

—Me gustaría que hablásemos de un asunto.

Me hice la tonta. Tú parecías cabreado.

—No tenemos que hablar. Lo resolvimos el otro día.

Natalia estaba absorta en su móvil (cómo no). Pero cuando la puerta se abrió y apareció personal de administración, concentró toda su atención en aquella mujer. Como nosotros.

—Buenos días.

—Hola, Inés. Dime.—Pero seguías mirándome. Estábamos enganchados, y ninguno tenía intención de dejarlo escapar. Nos estábamos desafiando.

—Tu mujer te estaba buscando. Llegó a primera hora.

—Vamos, Julia. Que tengo hambre.

Giré por un instante y asentí con mi cabeza.

Y cuando te miré por última vez, lo supe. Ambos lo sabíamos. Me habías engañado. Me habías estado mintiendo tanto tiempo... Me habías hecho pedazos. Y acababas de romper lo que quedaba de nosotros. Lo pudimos sentir. ¿Verdad? Yo lo sentí.

Aquí adentro.

—Sí, vámonos. Que aquí hemos acabado.

Nos colgamos del brazo, pero cuando estábamos cruzando el umbral de la puerta, me paraste los pies.

—Julia, ven a mi despacho más tarde si no quieres suspender.

Natalia ahogó un gemido de la sorpresa. Habías sonado tan cabreado como nunca lo habías estado. Aunque en el fondo no se

trataba de eso, no. Para nada. Tenías muchísimo miedo, ¿verdad? Qué pena que ese mismo miedo te hizo actuar de la manera en lo que hiciste.

Ni me giré.

—Eso parece una amenaza, profe.

—Es un aviso.

En la cafetería de la facultad, mientras nos comíamos un menú del día, Natalia me hizo un interrogatorio por el pollo que me acababas de montar. Y no sé cómo salí ilesa sin decir ninguna mentira (claro que para ti, eso era muy difícil). Me excusé asegurando que estarías amargado por la vuelta de tu esposa y que estarías de un humor de perros. Por eso y por yo qué sé más. ¿Sabes lo que me dijo? Que nunca le habías hablado así a otro alumno. Así que nuestra relación «profesional» sí que era distinta. Al fin y al cabo, esto no era un cuento de hadas, yo no era una princesa que necesitaba que la salvase, y nosotros no nos queríamos tanto. Ni tendríamos un final feliz. No sé si a lo que vivimos se le puede llamar siquiera un «final».

Pero cuando nos despedimos, me aconsejó que fuera a verte si no quería pasarme todo el verano pringando con tu asignatura de mierda (según sus palabras, que no las mías). Y como estaba tan cabreada en ese momento, no me lo pensé dos veces.

Pegué una vez a tu puerta, y me abriste incluso antes de apartar mi mano.

—Hola.

—Hola. Pasa, por favor.

Caminé de largo y tiré en la papelera el chicle que me estaba comiendo, antes de sentarme en las sillas frente a tu escritorio. Oí cómo te tragaste todo lo malo que querías decir y, en cambio, ahogaste un suspiro, fuerte.

Y en vez de sentarte en tu sillón de profesor y mirarme con superioridad, te plantaste a mi lado. Te agachaste y me abrazaste. Casi te solté un guantazo. Me aparté tan rápido como si me hubiera quemado con agua ardiendo.

—No tienes ningún derecho a hacer eso.

—Julia, lo siento muchísimo.

—¿Ah sí?—Me reí, irónicamente, en voz alta. Y echándome la cabeza para atrás. Conteniendo mis ganas de llorar—. ¿Qué sientes?

¿Qué mentiras sientes, cuál de ellas?

—Solo te oculté lo de mi matrimonio porque...

Incliné mi cabeza mirando hacia arriba, a tus ojos azul bebé, que ahora me resultaban tan desconocidos. Tú cogiste la silla y te sentaste a mi lado.

—¿De verdad tienes los santos cojones de decir «solo»?

—Perdóname. Puedo explicártelo.

—¿Explicarme el qué? ¿Qué todo fue una farsa? ¿Que todos esos «te quiero» eran palabras vacías?—En aquel momento yo ya estaba llorando, se me caían las lágrimas a borbotones y tenía la vista nublada. No me tragaba tu mirada de lástima.

—Todo eso fue verdad. Te quiero, Julieta. Siempre te quise, desde la primera vez que te vi, tardé seis minutos. Te lo juro. Me volví loco por ti.—Yo negaba con mi cabeza y me cogiste de la mano—. Patricia y yo estamos separados. Desde hace un año. Acabamos de una forma horrible. Yo me volví horrible. Cambié. Sabes cómo era, no creía en el amor ni en esas chorradas, pero...

—Te quisiste reír de alguien que sí lo hiciera.

—No. Tú me enseñaste lo que era de verdad el amor. No es completar a la persona, sino compartir la vida con ella. Apoyarse en los momentos difíciles y no esperar que te solucione los problemas, sino que esté contigo cuando tengas las fuerzas para solucionarlo. Que los celos no son bonitos, ni es una competición por ver quién es mejor...

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque cuando te conocí, vi que no era eso lo que yo quería. Y que siempre te busqué a ti. A tu sonrisa, las flores y Pol 3.14. Tu dulzura y tu manera de vivir la vida, con la perspectiva de ver el vaso medio lleno y no al revés. De defender el amor a ciegas incluso después de saber lo absurdo. Eres tú recién despertada, con una sonrisa y las legañas en los ojos. Con una taza de café... Yo... yo siento haberte mentido. ¿No podemos dejarlo atrás?

—No, Alexander, no.

—¿Por qué no?

—¡Porque para mí la confianza lo es todo! Y tú la has roto entera, sin importarte nada. ¿Te acuerdas cómo te enfadaste cuando pensabas que yo lo sabía? ¿Y esto qué? Desde el principio. Que estás casado,

¡por Dios!

—Separado—rectificaste.

—Para mí es lo mismo. Y la mentira... Es demasiado. Los secretos. Tu matrimonio. La facultad. Mi madre... no puedo. Siento que me falta el aire.

—¿Qué le pasa a tu madre?

—¡Si hubieras podido venir a mi fiesta de cumpleaños lo sabrías, joder! Pero como no... No puedo más. No puedo más.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué va a pasar con lo nuestro, con nosotros?

—Ya no hay ningún «nosotros». Nos lo hemos cargado.

—No puedes...

—Alexander, ya basta. ¿Crees que esto no nos va a afectar? Ya lo verás mañana, cuando tengas la mente despejada o hables con tu mujer. Porque si ha vuelto es porque quiere volver contigo.

—Yo no quiero volver con ella.

—¡Y yo no quiero estar en medio!

—No me importa, Julia. Es el pasado.—Vi cómo se te empezaron a llenar los ojos de lágrimas. Yo casi que me estaba quedando seca, y sin voz, también. Casi no me salían las palabras.

Y estaba tan cerca de la puerta. Casi estaba fuera. Necesitaba irme, o no sobreviviría a aquello.

—¡A mí sí me importa! Esto ya no es igual. Y estoy cansada de que sea difícil. No debería serlo. Tú mismo lo dijiste.

—¿Entonces?

—Entonces nada, Alexander. A partir de ahora, tú eres mi profesor y yo, la alumna. Como lo que debimos ser.

—No es justo.

—Nada lo es.

***

Los días siguientes se sucedieron de una forma demasiado rápida y dolorosa como para recordarlo. Pero aun así, lo haré. Mi escenario se basó en mi dormitorio, el lugar donde me sentí más segura y en el que

tenía fuerzas para respirar y poco más. No salí de la cama, ni cuando vino Natalia, y con Iris, mucho menos. Tampoco fue suficiente el helado ni la sesión improvisada de belleza que montaron en menos que canta un gallo. Lo único que sabían es que había pasado algo gordo con «el chico misterioso», pero no el qué. Yo les dije que se había terminado, pero no me creyeron, pensaron que sería como las otras veces, y no las culpo. Porque es que no sabían la historia. Y se las contaría, claro que sí. Pero no ahora, mi corazón no lo soportaría. Me tenían que dar unos cuantos días. Iris me conocía demasiado bien como para no saberlo, por eso ella estaba tranquila, al contrario que la morena. Tampoco fue suficiente la visita de Bruno, aunque me sentí mejor charlando con él, viendo películas de acción de las malas y jugando a las consolas que se trajo. Al menos con él conseguí despejarme. Y se lo agradecí. A todos.

Lo malo de pasar por una ruptura es que tienes mucho tiempo libre para pensar y regodearte en tu miseria. Para echar de menos. Para buscar posibles soluciones a algo que no lo tiene y, finalmente, para sanar las heridas. Para que ya no piquen ni escuezan (al menos, por el momento). Para olvidar lo que había significado estar entre tus brazos—sentir que estaba en casa—, para luego ser nada. Para olvidar la traición, las mentiras y el dolor. Para recordar todo lo bueno. Porque lo malo se iría, con el tiempo, lo que no sabía era cuánto iba a tardar en desaparecer. Todavía era pronto.

También creía que era pronto para salir de fiesta con mis amigos el jueves, pero es que me obligaron a hacerlo. Porque «no hemos celebrado tu cumpleaños» y «como sigas con estos ánimos yo me muero porque no sé qué más hacer» eran dos hechos tan reales que no me podía negar. Así que mis dos buenas amigas se juntaron empleando sus dotes e influencias en las redes sociales para acabar averiguando que aquella noche había una fiesta de en una de las discotecas más famosas de la ciudad. Y ahí que nos plantamos.

La noche empezó muy bien, pero acabó más bien regular. Al principio me lo pasé bien, me estaba riendo mucho con Isaac, al que no paraba de robar chicles de menta y él a mí, cigarrillos. Aquella tarde había comprado un paquete de tabaco y ya iba casi por la mitad. Pero cuando empecé a beber y beber hasta que tragué más de la cuenta y más de lo que mi cuerpo podía soportar, todo se fue al

garete. Me lancé a los brazos del latino. Que se comportó como un caballero, y a pesar de que yo sabía que me tenía ganas porque estaba un pelín colado por mí, no hizo nada. Y no me lancé una vez, no, sino tres veces. Fue humillante, más para él que para mí. Y cuando vi que no tenía nada que hacer, fui a por la segunda ronda. Cogí el móvil.

Julia: Te echo de menos. Me has hecho mucho daño y, aun así, te echo de menos.

Aunque eran las 4:37 a. m., tú estabas pendiente del móvil. ¿O era de mí? Así que te vi en línea y comenzamos a hablar (no habíamos tenido contacto desde ese fatídico día). Aunque nunca deberíamos haberlo tenido.

Alex: Lo siento.

Julia: Me siento fatal conmigo misma y encima ya no te tengo.

Alex: Te quiero.

Auch. Eso dolió.

Julia: Me siento perdida. Dios... no debería haber salido.

Alex: ¿Dónde estás?

Julia: He salido de fiesta. Como si te importara de verdad.

Cada vez tardabas menos en contestar.

Alex: Me importas y lo sabes.

Julia: De todas formas, me voy a ir ya. Les estoy arruinando la noche a los demás.

Alex: Ni se te ocurra irte sola. ¿Dónde estás?

¿En ese momento? En busca del baño. Había perdido de vista al grupo, por un momento, y cuando encontré a Alberto (medir 1.94 cm

tenía que tener sus ventajas) le comenté que iba al baño y que después me iría a casa en taxi, que me encontraba mal. Cinco minutos más tarde, en la cola, noté que me vibraba el móvil y que tenía quince llamadas perdidas tuyas. Me sentí bien. Reconfortada y, por un momento, querida. Después, me acordé de todo lo que me habías hecho. Pero te llamé, porque estaba borracha y quería que sufrieras por mi estado.

—¿Qué?

—¿Dónde cojones estás, Julia?

Seré una bruja, pero corté la llamada. El móvil volvió a sonar y yo lo ignoré, mientras que me repasaba los labios en el espejo. Los llevaba rojo pasión, o como yo lo llamaba «rojo putón».

—Te están llamando.

Miré al grupo de chicas que también estaban esperando.

—Es mi ex.—Eso sí que escocía—. Estuvo conmigo mientras seguía con su novia. Yo no lo sabía.

No sé por qué se los conté, pero eso era lo que solía pasar en el baño de las chicas de las discotecas. Eso parecía una hermandad y no un sitio para hacer pis.

—Menudo capullo. No se lo cojas.

—Se siente culpable por dejarme sola.

—Se lo merece.

—Mándale una foto ahora. Hagámonos una foto como si te lo estuvieras pasando de puta madre—dijo la más bajita de todas ellas.

—Eso, ¡no lo necesitas!—Esa creo que fue la que llevaba unas gafas de pega.

Nos pusimos en grupo y nos hicimos una foto, serias y de coña. Cuando me volviste a llamar cinco veces más, desistí.

—A mí no me hables así.

—¡Argg! Perdona.—Pausa—. Quiero saber dónde estás para ir a recogerte. Me da miedo que vayas sola por ahí.

Pues te jodes.

—No puedes venir. Están aquí Natalia y los demás.

—Joder.—Sí. Joder—. Pásame la ubicación y sal en diez minutos. Ahora veré cómo lo hago.

Y yo, como la gilipollas que soy (y porque quería verte) hice lo que me pediste. Sin rechistar. Me despedí de aquellas chicas tan majas

luego de hacer pis. A los quince minutos llegó un coche que me sonaba (pero que no era el tuyo) y yo anduve los metros que nos separaban. El conductor abrió la puerta y vi cómo Christian se bajaba del coche, buscándome. Me metí dentro con apenas un saludo. Obviamente, no podías venir y dejar que te vieran. Eso sería muy peligroso. Para los dos. En cambio, enviaste a tu amigo, según él «porque vivía cerca»—cosa que era verdad, pero me daba igual—; a él también lo podían ver y liarse gorda. Y, de hecho, sí que nos vieron. A los dos.

Si para dramas, los míos...

Capítulo 48

—Me lo tenías que haber dicho.

—Técnicamente lo hice.

—No.—En ese momento cambió de marchas, y después paró el coche en un semáforo.

—Sí. No me correspondía a mí decírtelo.

Cogí mi bolso y me puse a buscar como una loca, la ansiedad me estaba matando.

—¿Te importa que fume?

El coche se desvió hacia un lado antes de que recuperara el control del volante. Parecía que lo había sorprendido. Y para mal.

—Claro que me importa—dijo como que demasiado indignado—. Y no, no vas a fumar en mi coche. ¿En serio fumas?—Estaba asqueado. Eso me quedaba claro.

Luego, mientras conducía por las pequeñas callejuelas de la ciudad, intentó mantener el control mientras buscaba el teléfono móvil y se ponía a trajinar con él.

—¿En serio coges el móvil mientras conduces?—Mi tono era exacto al suyo.

—Estoy avisando a Alexander de que ya estás conmigo. Porque está claro que tú no lo vas a hacer.

Por supuesto que no.

Ya sabía por qué me había venido a buscar Christian, vivíamos en la misma zona. Prácticamente en el mismo barrio. Ahora que lo pensaba, me resultaba muy raro no habérmelo encontrado antes. Salimos del coche, que estaba a dos calles de su piso. A mi pesar y para más vergüenza, me tuve que apoyar en él para caminar, porque estaba realmente muy mareada y me costaba mantenerme recta. Al final, nada más llegamos a su portal, me tuve que parar un momento. Necesitaba hacerlo. Notaba el suelo moviéndose bajo mis pies. ¿Cómo acabé?, te preguntarás. Vomitando en los setos que decoraban la entrada, muriéndome del asco y la vergüenza a partes iguales y, más tarde, cuando ya no me quedaba nada que soltar, pidiéndole perdón a tu amigo. Estaba aguantando más de lo que debería.

Entramos en su piso. Yo con mis tacones en la mano—porque no aguantaba más—; él, pareciendo muy cansado. Seguramente lo habrías sacado de la cama. Era tan tarde... y yo me sentía tan mal por todo.

—Perdona.

—No me has manchado. No te preocupes. ¿Te encuentras mejor?

Negué con mi cabeza.

—No me refiero a eso, sino a todo. Eres el único que lo sabe, o lo sabías, ya no lo sé... y te estamos mareando muchísimo. Te estás comiendo todos los marrones.

Me guio hasta el salón y me invitó a ponerme cómoda. También trajo un Nestea y unas barritas de chocolate, por si así me sentía mejor. Después, se acomodó a mi lado.

—Ya me los comía, lo que pasa es antes no conocía a la susodicha. Eso no quita que no me acojone la situación. Los dos sabéis que se puede armar gorda si alguien...

—Lo sé. No te preocupes más. Ya todo se ha acabado.

—Me da en la nariz que no.—En ese momento sonó su móvil—. Mira, el rey de Roma. Dice que viene para acá.

Yo me levanté.

—¡No! Por favor, no quiero verlo ahora mismo. Y menos así—dije echándome un vistazo a mí misma.

—Está muy decidido.

—Dile que mañana. Por favor. Necesito al menos aclararme la

mente. No puedo mantener esa conversación con él estando en pedo. No puedo.

—Está bien. Y mira... si sales al balcón puedes fumar.—Yo no paraba de estar inquieta con las manos, y parece ser que lo notó—. Pero no cojas una pulmonía, o si no Alexander me matará.

***

Lo último que recuerdo es quedarme dormida en el sofá viendo la televisión, mientras Christian se estaba duchando, para despejarse. Según él, iba a ser una noche larga. Para mí no lo fue. No recuerdo la colcha, ni haber apagado la televisión ni las cortinas corridas. Y lo primero que vi, nada más abrir los ojos, fueron los tuyos. Tan nítidos, vibrantes y bonitos. Creí estar soñando. Ojalá. Al menos en mis sueños seguíamos bien. Hasta que me di cuenta de que estaba despierta. Me entró frío, así que temblé. Aunque también por verte. Porque no me lo esperaba. Porque había planeado irme antes de que llegaras. Porque era demasiado pronto. Mi amor por ti latía a cada segundo, aunque yo no quisiera. Es lo que tiene que cerebro y corazón vayan por separado. Que uno gane al otro. Solo que aquella vez, tú habías ganado, pero también habías perdido. A mí.

Me senté muy pegada al otro extremo del sofá, en el que habías decidido unirte. Quería estar lo más alejada de ti. Me acerqué las piernas, con la intención de enterrar mi cara en estas y quizá (solo quizá) desaparecer. Pero no. Eso no era ningún sueño.

—Estamos solos. Christian se ha ido a desayunar. Para dejarnos...

—Pelear.

—No. Hablar. No quiero que nos peleemos nunca más.

—Bueno, tranquilo. Que eso ya no va a pasar.

—Quiero estar bien contigo, Julieta. Quiero que vuelvas.

Hablamos bajito. Tan bajito que no sé ni cómo podíamos escucharnos. Con miedo de que al alzar la voz salieran los malos modos y el genio. Y se rompiera el ambiente que habíamos creado. Pero ya no estábamos para peleas. Estábamos hartos, cansados. De los secretos, de no poder querernos como queríamos. Era una real mierda.

Yo estaba en las nubes, como siempre, y tú no parabas de hablar.

—Anoche...

—Lo de anoche fue un error.

—Lo de anoche ha sido la única cosa buena de toda la semana. Porque ha sido la única vez que he sabido de ti. Esto es insoportable. Me duele aquí.—Te señalaste el pecho.

Y yo me lo toqué como un acto reflejo.

—Y a mí.

—¿Me quieres?

Asentí con mi cabeza.

—Te quiero de la mejor manera que sé. Con los ojos cerrados y los pies fríos debajo de la cama. Y con las manos hormigueándome y el cuerpo temblando. Te quiero por lo que eres y por lo que me haces ser.

No lo soportamos más. Ninguno de los dos. No sé cómo acabé encima de ti, en tu cuello. Con los recuerdos de lo que sentía como casa y que ahora ya no era nada.

Abrí mis ojos cuando vi que se te habían escapado un par de lágrimas.

—¿Entonces qué estamos haciendo?

—Dejarlo antes de que sea demasiado tarde.

***

Me tuve que ir. Porque cuando inspeccioné mis cosas y miré el móvil, se desató la locura y todo se me vino encima. Tenía no sé cuántos mensajes de WhatsApp y tropecientas llamadas. De todos mis amigos. Los que más me preocuparon fueron los de mi mejor amiga. Me tuve que ir de la casa con la conversación a medias y con mil cosas más por decir. Quedamos en que lo llamaría «al menos» para dejarlo todo claro. Para tener una última conversación. Para devolvernos las cosas. Para que me diese mi regalo de cumpleaños. El cumpleaños más triste de la historia. Que levante la mano quien se creyera esa «última» charla. Ya te lo digo yo: nadie.

Y cuando llegué a mi piso y metí la llave dentro de la cerradura,

vi que no estaban echadas todas las vueltas. Que Iris estaba en casa y que me tocaba otra conversación intensita para la que no estaba nada preparada. Me recibió en la entrada con los brazos cruzados y una cara de decepción y enfado de la hostia. Me asusté, porque no sabía a cuento de qué iba todo eso. Me habían visto con Christian. ¿Te lo puedes creer? La única vez que no hacía nada «mal» y me descubren. Es que era de risa. Pero ella... ella era más lista que eso. Se lo había tomado personalmente. Había ido aquella misma mañana a la facultad a hablar con él, lo había hecho salir de clase para preguntarle si estaba liado conmigo. No sé cómo Christian aguantó el tipo. No había muchos que aguantaran delante de ella. Le confesó que era gay, que estaba ayudando a una alumna que se había encontrado indispuesta en la calle. Le dijo hasta donde vivía. Pero no se lo tragó. A ver, era verdad, y yo lo corroboré. Pero ahí no acababa la historia, ella lo sabía tan bien como yo. Como todos.

Y no aguanté más. Ya no más. La presión era insoportable, y se lo conté. Todo. Con pelos y señales. Incluso la historia detrás de tus cicatrices o cómo te sale el hoyuelo de la izquierda que abre las puertas al cielo, también se lo conté. Y el peso que me quité de los hombros, durante unos instantes fue inmenso. Estaba agradecida de que nos hubieran pillado o medio-pillado. Pero ya estaba hecho.

Y luego, me fui directa para tu casa. Ya sabes lo que conversamos allí. Que hablarías con tu mujer, me juraste una y otra vez que os divorciaríais, que la sacarías de tu vida, que me querías a mí en ella, que no podías vivir sin mí... etcétera.

Y yo te creí. A medias. Quise creerte, de verdad que sí. Pero me era muy difícil. Además de que era todo tan enrevesado... porque yo sí podía vivir sin ti, solo que no quería hacerlo. Era todo un verdadero lío.

Capítulo 49

Alex: Lo solucionaré. Te lo prometo. Te quiero.

Vi el mensaje, claro que lo vi. Nada más me llegó. También supe que me estuviste buscando toda la semana, y que incluso hablaste con mis amigos preguntándoles por mí. Hasta ese punto llegaste. Ellos no te pudieron decir mucho, porque no sabían nada, aparte de lo obvio. Que no quería hablar contigo. Necesitaba que el tiempo corriese y ver qué nos depararía. Si el destino nos quería juntos, juntos íbamos a estar. Tarde o temprano. Pero ahora necesitaba interponer distancia entre ambos. Pensar. En lo mejor para mí, para ti, para nosotros. Para todos (ya que estaba tanta gente inmiscuida en lo nuestro, también a ellos les afectaba aquello, de manera directa o indirecta. Pero así era). E incluso me mandaste más mensajes, fuiste al tren, lo cogiste, aunque no tuvieras por qué. Pero esa semana yo fallé. Por varias razones.

El domingo habíamos organizado una comida familiar. Con las parejas inclusive (excluyéndome a mí, claro). Mi madre lo sabía, Robert lo sabía, mis amigos lo sabían, pero Susana, no. Y se podía armar una buena si llegara a enterarse de aquella manera, con ella había que ir poquito a poquito. Como si se tratara de un bebé. Y hablando de bebés...

Era el momento. O día. Ocasión. El caso es que estábamos allí

todos Con Natalia y con Eloy, la comida era en casa de mis queridos vecinos y estaban de muy buen humor. Aunque no todos. Había alguien que no me dirigía la palabra y con el que tendría que hablar sí o sí, sin demoras y sin tonterías. Necesitaba su apoyo y saber que estaba ahí, con todas las consecuencias. Ya lo sabía, pero necesitaba que me lo demostrasen.

La primavera estaba acercándose y hacía muy buen tiempo. El solecito pegaba que daba gusto. Comimos en el jardín. Y cuando terminamos el postre, Iris nos repartió a cada uno un regalito. Era de tamaño pequeño y estaba envuelto con un papel de regalo muy cuqui. En color pastel. Tenía un cordoncito cada uno, acompañado de un papel en el que nos decía que nos quería de una manera personalizada. La mía fue: «Te quiero, chiquitina. Aunque creo que alguien te va a quitar ese puesto». A mí no me importaba nada en absoluto. Los abrimos todos a la vez, para encontrarnos el mismo objeto de diferente color. El favorito de cada uno. Desde el verde, pasando por el amarillo... y el rojo, claro. Al principio se quedaron en *shock*. Como para que no, ¿sabes? Pero luego, no hubo ni condescendencia, ni malos modos ni caras de enfado... todo lo contrario. Se tomaron la noticia todo lo bien que esperábamos e incluso mejor. Susana nos dijo que ya lo sabía, que una madre sabe esas cosas y añadió que veía a su hija más gordita. Y que en veinte años eso no había ocurrido. Además, afirmó que estaba más sensible, suave y que le estaba sentando realmente de maravilla. Robert se emocionó para sorpresa de muchos. Y aceptó con los brazos abiertos al que sería su yerno, porque «había participado en darle lo mejor de su vida», cosa con la que nos reímos mucho.

Quizá hubo problemas con el otro miembro de la familia Carrillo, que estaba empecinado en vernos aún como niñas cuando hacía mucho que dejamos de serlo. En algunos aspectos. En otros, lo seguiríamos siendo para siempre. Y luego de dejarles espacio y tiempo, me tocó a mí. Su ojito derecho—quiera o no quiera admitirlo Iris—. Y lo tranquilicé, asegurándole que había sido todo consentido, de mutuo acuerdo. Me estaban empezando a molestar ese tipo de preguntas, pero lo entendía. Y se dio por vencido cuando le aseguró por vigésima vez que estaba bien aunque siguiera sangrando por dentro. Todo iba viento en popa hasta que apareciste, y se fue al

garete. Otra vez. Por ti. Por tomar las decisiones que nos concernían a los dos tú solo. Eso iba a terminar a la de ya.

Me tuve que interponer entre vosotros dos para que Bruno no te metiera una paliza. Los dos hombres de mi vida juntos y en contra de sí. Por una estupidez. Por hacer las cosas mal. Y le tuve que pedir por favor que nos dejara a solas. No creo que te lo tomaras como una victoria, pero él sí se lo tomó como una derrota. Y me sentí agotada. Otra vez tendría que ir detrás de él. Solo quería arreglarlo todo, que estuviera bien. Y respirar tranquila y en paz.

Hablamos. Te pedí tiempo. Lo comprendiste. Me pediste que te informara de la operación de mi madre, que era el próximo lunes. Accedí. No más contacto. Por el momento. Por nuestro bien. Te marchaste. Y un trocito de mí se fue contigo. Un trocito de ti se quedó aquí, conmigo.

Capítulo 50

Abril

Julia: Acaba de entrar al quirófano. La operación dura tres horas.

Alex: Saldrá todo genial, ya lo verás.

En un principio, me había imaginado que estarías aquí, pero sí. Lo sé.

Dos horas y media más tarde, había recibido unos cuantos mensajes más.

Iris: Chiquitina, avísame nada más que sepa algo. Mi madre me está volviendo loca.

Aunque ya había estado hablando con Susana por teléfono.

También me había llegado un vídeo por *stories* de mejores amigos en Instagram, de parte de Natalia. Salía con todos sus hermanos, gritando y mandándome ánimos.

Julia: ¡Gracias! Diles que tengo muchas ganas de verlos otra vez. ¡Tenemos que llevarlos al cine! Se lo prometimos.

Natalia: Deja, deja... que a estos ya se les ha olvidado. No ves que entre todos tienen dos neuronas y media.

Me pusieron de mejor humor, y lograron que me olvidara de lo que estaba pasando en la sala de operaciones. Cuando ya había desayunado, leído una revista de cotilleos, limado las uñas, comprado una botella de agua y unos fritos de la máquina expendedora, volvía a tener muchas notificaciones.

Alex: ¿Alguna noticia? No dejo de pensar en ti.

No tengo que aclarar quién era, ¿verdad?

Bruno: ¿Cómo está mi mami favorita?

Ese era Bruno y a él sí que lo llamé. Estuvimos charlando un rato hasta que salieron los cirujanos para hablar conmigo. Todo había ido de perlas. Ahora tenía que estar como mínimo dos horas en recuperación, hasta que pudieran subirla a planta, y luego teníamos que quedarnos un día allí, mínimo, para ver si todo había salido bien.

Julia: Ya estoy con ella. Está un poco grogui, pero todo bien.

Alex: Me alegro muchísimo.

Julia: Ya te contaré cuando te vea... Gracias.

Alex: Te quiero.

En aquellas veinticuatro horas, habían llegado a la habitación (que hasta el momento teníamos para nosotras solas) tres ramos de flores distintos, muchas rosas sueltas, chocolate y una tarjeta que decía: «Espero que te mejores pronto», de tu puño y letra. Las enfermeras y enfermeros bromeaban con que mi madre tenía un admirador secreto (porque nunca dejabas firma), y ella no los corrigió. Porque sabía que yo no estaba de ánimos como para «manejar» la situación aún.

Además, se me había sumado una preocupación más a la cabeza.

Sí, todo había ido sobre ruedas. Pronto dejaríamos a un lado la silla de las narices, y volveríamos a la «normalidad» en un abrir y cerrar de ojos. Claro que, para eso, era imprescindible la rehabilitación, y esta no sería posible si no podíamos pagarla. Y ahora mismo, según como estábamos, era imposible. Solo había una única solución posible, que irónicamente, acabaría arreglando los problemas de más.

Por triste y doloroso que fuera, lo nuestro tenía que acabar. No podía echar por tierra todo tu trabajo, ni tu carrera profesional. Eso te destrozaría. Tú amabas el trabajo, los libros y la escritura, y yo no podría seguir contigo sin más, sabiendo que en un futuro te arrepentirías, y cuando me mirases a los ojos, el amor desaparecería para convertirse en rencor. No me quedaría para verlo. No dejaría que sucediese. Tampoco podía dejar que salpicase la vida de nuestros amigos, que se habían jugado el cuello por nosotros y que podían sufrir las consecuencias solo por apoyarnos. Y no, tampoco podía perder mi futuro. Lo siento. Puede que sonara egoísta, pero el amor no era suficiente. Al final, justo como tú querías, abrí los ojos y vi la realidad. El amor era absurdo, fruto de nuestros deseos. Pero en la vida había mucho más. Como me habías enseñado.

Capítulo 51

La decisión estaba tomada. Solo hacía falta actuar. Solo que tu querida esposa no me dejó hacerlo. Al volver a la facultad, una semana después, quería disfrutar de los últimos días de rutina que me quedaban antes de acabar con todo. Pero se vino abajo antes de poder hacerlo. Al menos, había disfrutado de mi asignatura favorita una vez más, y sabía que me iría con buen sabor de boca. Pero ni la comida de aquel día pude disfrutar. Estaba hablando con Natalia sobre los trabajos que teníamos en conjunto y cómo lo abordaríamos. Yo tenía mi secreto en la punta de la lengua; sin embargo, no quería que se enterara nadie hasta que estuviera hecho. Para no poder echarme atrás. Estaba demasiado sensible, pero ya sabías cómo nos llevábamos la impulsividad y yo. Éramos mejores amigas.

Los altavoces resonaron por toda la estancia, además de en el resto de la facultad, y mi nombre se oyó hasta en los baños. Estoy segura de ello. Me llamaban al despacho del rector. Al decanato. Directa a la morgue. Y cuando estuve en aquel rellano esperando para pasar, creía que se me iba a salir el corazón del pecho. No me recibió una secretaria, ni un administrativo normal y corriente, sino el vicedecano y el propio decano. Dios, es que me quería morir. Más cuando vi que de allí salía una mujer rubia, exuberante, muy alta y con toda la elegancia del mundo que yo no tenía. Ni se dignó a

mirarme. Pero yo sabía quién era, sabía su nombre y sus apellidos, y sabía—aunque quería hacer como que no— que era una amenaza para ella. Para conseguir lo que quería. Como si fueras un objeto de usar y tirar. En vez de darme envidia, me dio un asco terrible.

—Puedo suponer por cómo se comporta, que sabe por qué está aquí.

Yo tragué saliva. Ambos hombres me miraban por encima del hombro, con superioridad, marcando los límites que tanto nos diferenciaban (en algunos niveles, en lo moral, no, por ejemplo). Los dos estaban vestidos con trajes muy cuidados, eran serios y formales. Yo estaba sola y completamente asustada.

—La profesora Patricia Velázquez nos ha contado algo sobre usted.—«Puede ir al grano», pensé—. Es una acusación muy grave, y dado que llevamos muchísimo tiempo trabajando con ella, codo con codo, nos es muy difícil pensar que sus acusaciones sean puestas en vano.

Claro, y a la alumna, que es la última mierda, que le den.

—¿Estoy expulsada?

—No obstante—siguió hablando el otro caballero—, debemos dar un voto de confianza a nuestros estudiantes. Hemos escuchado su versión de la historia, ahora queremos escuchar la suya.

—¿Me podéis decir exactamente qué os ha dicho?

Me resultaba muy raro no verte por allí. Porque si supieran la verdad, estaba segura de los dos estaríamos aquí, en este despacho. Y sería el última día en la universidad para los dos.

—Nos ha mostrado las pruebas de que está acosando a Alexander Rivas. Su profesor de Poesía y Literatura Contemporánea. Hemos visto las fotos... señorita Alonso.

Sí. Tu mujer te había cogido el móvil sin que te dieras cuenta. Pero en vez de decir la verdad, le había ido con el cuento a los jefazos tergiversando la historia. Supongo que prefería quedar por encima de mí aunque se engañara así misma. Tú mismo me lo confirmaste, tiempo después. La vergüenza sería demasiado para ella y no iba a permitir que su dignidad quedara por los suelos. Porque te hubieras enamorado de una niñata. Que sería pasajero. Que yo no era nada al lado de ella. Lo dejaste pasar, porque no creíste que fuera capaz de hacer nada. Pues mira, sí que lo fue. Con tal de no perderte, y que no

te saltara la mierda, se inventó una historia en la que yo te había acosado. Había robado imágenes tuyas personales de las redes sociales y había utilizado Photoshop para ponernos juntos. Incluso había creado conversaciones inventadas soñando que estaba contigo. Y que, en realidad, lo que me pasaba se debía a una enfermedad mental. Es decir, que estaba loca. Por ti. Literalmente. Yo creo que la demente más bien era ella. Hasta qué punto podía llegar una persona a estar tan desesperada como para planificar todo aquello. Además de que se hizo la víctima, diciendo que no me quería denunciar, ni tú tampoco. Que tú habías hablado conmigo en privado para que dejase esa locura antes de que se convirtiera en asuntos de mayores. Y es que creo que de verdad se creyó ella misma la historia.

Me dio pena. Me daba pena, porque yo utilicé su versión para corroborar la mía, y además expliqué que mis problemas familiares me habían llegado a afectar hasta ese punto de creer en un amor platónico que «no existía». Dejé la carrera, abandoné la facultad con la poca dignidad que me quedaba y se lo conté a mis amigos, que pusieron el grito en el cielo y me preguntaron que cómo podía tolerar aquello. Se indignaron y me dijeron que no lo permitirían, en la medida de lo posible. Que era decir «no» y punto. No se podían meter más en el tema porque ya estaba zanjado. Disfruté de la ciudad, dando un paseo de más de tres horas y visitando la biblioteca y el gimnasio por última vez. Lo que me daba miedo, terror y pánico, es que no sabía nada de ti. Y no sabía cómo tomármelo. A la salida, mientras se levantaba el viento y comenzaba a anochecer, me encontré de frente con Isaac. Nos quedamos lo que para mí fue demasiado tiempo mirándonos sin decir nada, y solo bastaron dos frases para que, al final, todo estuviera bien. Yo me sintiera bien.

—Siempre fue él—dije, mientras me encogía de hombros, con las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta vaquera.

—Nunca tuve ninguna oportunidad.—Masticó el chicle, que sabía que era de sabor a menta.

—Lo siento.

De camino a casa, me acordé de la vez que perdimos las llaves. Que no sabíamos dónde la habíamos metido. Lo absurdo de la situación. Las risas. Lo felices que éramos sin saberlo. Y lloré. Lloré mientras escuchaba nuestra canción y la llovizna comenzaba a caer

sobre mi cabeza, llegando hasta mis pies. La ciudad se estaba despidiendo de mí. Y lloré todavía más cuando te encontré en la puerta, con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Con el pelo demasiado largo y rubio. Con lo guapo que eras, demasiado para tu propio bien. Con la verdad en los ojos y la comprensión. Nos sentamos en los escalones de mi portal lo que me parecieron horas. «Es lo mejor. Necesito el dinero y dejar de complicarte la vida». «Somos las personas adecuadas en el momento más inoportuno».

El aire frío nos envolvió.

También el fracaso, la aceptación y la pérdida.

Capítulo 52

Mayo

—Julia, ponte en la caja que hay mucha cola.

—Está bien. Gracias.

Esa había sido mi encargada. Trabajaba en una cafetería de esas que son una franquicia y siempre están a reventar, no porque sean tan buenas, sino porque la fama las precede. Además, se encontraba en una de las callejuelas de la Gran Vía. Siempre estábamos hasta los topes.

Me recogí el pelo en una coleta y me coloqué la gorra reglamentaria que iba con el uniforme. Y que gracias a Dios solo nos la poníamos de cara al público.

—Buenos días. ¿Qué le pongo?

—Te has cortado el pelo.

Levanté mis ojos de la caja registradora, luego de activarla con mi código y ponerla en marcha. No podía ser verdad, mis oídos me debieron jugar una mala pasada. Me estaban engañando... de una manera bastante cruel. Pero cuando te vi, supe que era verdad. Eras tan real que dolía.

Dolías con solo mirarte y de lo guapo que estabas. Tú, en cambio, te habías dejado crecer muchísimo el pelo y te llegaba hasta los hombros. Lo tenías más rubio. Y te habías dejado la barba. Uff. Alex,

ufff.

—Tú no.

Sí, me corté el pelo. Me abandoné, lloré mucho. Vi películas de amor absurdo. Comí poco, adelgacé. Y renací. Pero no te había olvidado.

—Estás preciosa.

Mi encargada se nos quedó mirando de una forma extraña. Parecía morirse por saber el chisme y también quería matarme por no agilizar el trabajo.

—¿Su pedido?

—Toma.—Me entregaste la nota a la misma vez que otra compañera se ponía a mi lado. La cola comenzó a bajar en grandes cantidades.

Ordené tu pedido y lo serví. Me dijiste que teníamos que hablar. Y yo lo sabía. Me cogí el descanso y nos sentamos en una de las mesas del fondo, donde teníamos un poquito de privacidad.

—Te veo muy bien.—Yo fui la primera en hablar, porque me habías dejado descolocada presentándote aquí, sin decir nada. ¿Cómo te habías enterado...? No me lo digas. Las chicas.

—¿Tú estás bien?—Revoloteé mis ojos—. ¿Tu madre? ¿Cómo va?

Nos dio la risa. Los dos estábamos muy nerviosos por el reencuentro y se notaba. Yo más, porque no sabía qué querías.

—Sí. Con mucho trabajo. Estoy a jornada completa y no me da la vida. Y mi madre, bien; el otro día probó las muletas por primera vez. Está ilusionada, pero hasta las narices. Va por días.

—Seguro que cada día mejor.

Asentí.

—¿A qué has venido, Alex?

—A por ti.—Yo empecé a negar con la cabeza, pero me paraste—. Lo he dejado, ¿vale? He dimitido.

—Alex, por Dios...

—No hagas como si fuera un drama. Hacía tiempo que no estaba contento. Qué le voy a hacer, no me gusta la gente.—Yo me reí. Eras de lo que no hay...—. También quería enseñarte esto.

Sacaste de tu maletín el portátil, tan parecido al que tú me regalaste. Aunque el mío era más ligero. Lo encendiste y trajinaste con él hasta dar a parar con lo que querías. Era los papeles del divorcio. La

separación de bienes. La firma de Patricia en esta. Nuestra vía libre.

—¿Lo ves? Ya podemos estar juntos. Puedes volver a la universidad, te da tiempo para preparar los exámenes y acabar el curso bien. A tu tiempo. Ya he hablado con dirección.

—¿Pero, Alex..., y tu trabajo? ¿Qué haces ahora?

—No te lo vas a creer. Me he metido de lleno en el mundo editorial. Ahora decido qué novelas absurdas se publican y cuáles no. Me gusta bastante. Son realmente entretenidas y esclarecedoras...

—No te creo.

No te creía porque ese siempre había sido mi sueño, y al final fuiste tú quien lo cumpliste. La verdad es que la vida daba demasiadas vueltas como para planificarla. Porque de repente ocurre algo que hace que te caigas al suelo, para luego levantarte con muchas más fuerzas de las que imaginaste. Porque ambos habíamos estado viviendo un infierno desde nuestra separación. «Separación» física, y ninguna otra. Porque nos habíamos colado entre nuestras entrañas, y nos rozamos el alma. Porque yo no te había olvidado. Y tú tampoco a mí.

—Te tenía por una persona de fe.

—Has cambiado.

Asentiste con la cabeza mientras te recolocabas de nuevo las gafas en su sitio.

—Tú también.—Sonreí sin enseñar los dientes, nerviosa por lo que estaba por venir—. Pero eso no quiere decir que sea malo.

—Me preocuparía si pensases lo contrario.

Entonces, me di cuenta de que en tus ojos ya no se percibía ningún halo de tristeza, sino de alivio. Parecías más seguro y determinado que nunca, y eso despertó en mí aquello que llevaba un mes enterrado, la esperanza.

—Estamos de acuerdo, entonces.

—No voy a volver a la universidad—afirmé en rotundo. Tú tragaste saliva, abriste la boca para rebatir, pero luego te arrepentiste —. Al menos, no este año—comenté en voz baja. Entonces, inclinaste la cabeza, algunos mechones dorados cayeron sobre tus ojos y te los apartaste. Tu mirada era transparente—. No me puedes negar que he echado el curso a perder. Los últimos meses, me vengo a referir.

—Pero...

—Pero nada, Alexander. Aparco los estudios por ahora, que no los dejo. Ya regresaré. De cierta manera, ya lo he hecho.

«A ti, a nosotros». Y lo entendiste. Me sonreíste, me quisiste besar. De hecho, nos besamos en medio del local. Tú podrías haber cambiado, pero no tus labios, tu sabor tan característico. Había vuelto a casa.

Epílogo

Cuatro años después

Es irónico y casi poético que terminemos donde empezamos. En aquellos pasadizos a varios metros por debajo del suelo que, durante mucho tiempo, recorrimos solos, en silencio. Buscándonos sin ni siquiera saber que existíamos, que nos encontraríamos. Siendo otras personas totalmente diferentes. Porque claro que habíamos cambiado. Tú ya no eras «el chico de los ojos tristes», pero es que yo tampoco era esa enamorada del amor, que suspiraba y gritaba contra los cuatro vientos que todo era posible, porque sencillamente, no lo es. Ya no solo por lo que aprendimos el uno del otro, sino por nosotros mismos. Yo por fin supe mantener los pies en la tierra el tiempo suficiente para entender que no todo tiene por qué tener un final feliz, como también que los finales tristes no son malos; quizá a veces sean necesarios. Y que el amor romántico no es lo que nos venden en las películas.

Porque para llegar a tener un amor como el nuestro, como nosotros, «Nosotros» en mayúsculas y como una nueva definición de pareja, de conjunto, de un todo, hay que creer, luchar y trabajar por él. Porque no todo va a ser bonito y perfecto. Ahora lo sé, lo sé porque lo he vivido contigo. Lo viví cuando seguías empecinado en que volviera a estudiar de inmediato, y tuvimos una pelea de las gordas por ello. Porque eso me tocaba decidirlo a mí y solo a mí. Lo

experimenté cuando quise que nos fuéramos a vivir juntos de manera precipitada y tú me paraste los pies, con paciencia y con cariño, explicándome que las cosas se hacen bien o no se hacen. Lo sentí—y lo siento— cada vez que amanezco a tu lado. Cada vez que buscas mi espalda para depositar un beso en ella antes de salir de la cama. Y quise que nuestro amor fuera tan puro, tan intenso y verdadero como cuando fuimos a visitar a Iris, meses después, al hospital, cuando dio a luz a su primer hijo. Lo es. Y lo será, solo que a su debido tiempo.

Decidimos dejar el pasado atrás, comenzar desde cero, aunque quizá con alguna trampa, porque lo que es en esencia, lo que somos esencialmente, ya lo conocíamos. Y creo que eso fue lo mejor que pudimos hacer. Porque todo salió como debía ser.

Tú te embarcaste de lleno con los proyectos de la editorial donde trabajabas y en donde encontraste tu pasión. Yo conseguí el dinero y el tiempo para invertirlos bien, en mí, en mi madre, y en nosotros. Crecimos, maduramos, y como he dicho antes, nos enfadamos trillones de veces y nos reconciliamos trillones de veces y una más. Nos pensamos bien las cosas: como tu empresa se encontraba en Madrid, te mudaste definitivamente allí, y luego, yo contigo. Al año después, me matriculé en la universidad a distancia en Madrid, para poder seguir trabajando a medida que seguía con mis estudios. Para subsistir al mismo tiempo, juntos, en la vida. Mi madre dejó una de las muletas luego de muchos meses, y aunque sigue con otra, es totalmente independiente. Es increíble verla disfrutar como siempre quiso hacerlo. Mi madre adora vivir en todos los sentidos y significados de la palabra. Yo la adoro en sí, porque es la mujer que me dio la vida; y tú, más de lo mismo, por esa razón.

Y entonces, con el paso del tiempo, llegó el destino y decidió que era mi momento. La hora de cumplir mi sueño, aunque tú tuviste que ver, por supuesto. En uno de nuestros aniversarios te regalé estas palabras, este diario que me lleva acompañando desde el principio. Recuerdo ver lágrimas resbalar por tus mejillas cuando lo acabaste, luego hacer el amor y pasarnos horas hablando sobre ello. Me pediste perdón infinitas veces, cuando no hacía falta. Cuando yo ya te lo había perdonado todo. Por todo el daño que me hiciste, todas esas heridas que creaste, que supiste cerrar después. Y yo te pedí perdón también, por supuesto. Porque me habías hecho el regalo más

maravilloso y no supe verlo en aquel momento. Porque me devolviste todas las flores que nunca tuve y más. Jamás pasó fecha, momento, ni lugar en que no me las regalaras. El jarrón no volvió a estar vacío. Y yo ya no sé cómo agradecértelo. A ti, a nosotros, al destino.

Ahora siento paz, escribiendo este último párrafo. No quiero recordar cuando nos sentamos en el sofá, después de terminar de cenar. Yo entre tus piernas y con nuestros rostros a centímetros de distancia y me lo propusiste, porque me pongo a sudar y los nervios trepan por mi espalda de nuevo, sin aviso. Cuando me pediste, por favor, que enseñásemos al mundo nuestra historia de amor. Porque aquella sería la declaración más bonita jamás hecha. De verdad. Porque la gente tenía el derecho de conocerla, de enamorarse de nosotros, de creer, de abrir sus ojos y soñar. Justo como yo te enseñé. Y te contesté que sí. Porque te quise en ese instante, y te sigo queriendo. Porque quiero quererte siempre. En presente.

Fin

Nota de autora

Despedirse siempre duele. Aunque se trate del adiós de una persona, de un período de tiempo en el que estabas inmerso y que después, simplemente, acaba. Duele despedirse del final de una novela. Porque llegó a su término. Se sufre, claro que sí. Eso me está ocurriendo ahora con *Devuélveme todas las flores*. No es ninguna tontería. Me ha acompañado durante tres largos e intensos años. El primero; cuando aún le buscaba forma, sentido y sitio en mi cabeza, necesitaba conocer a Alex y Julia en profundidad antes de ponerme con ellos de manera más seria; luego, en el segundo año me lancé a plasmarlos en el papel; y el tercero, única y exclusivamente me dediqué a pulir la novela. A darle vueltas, leerla de principio a fin, de fin a principio. Corregir. Reescribir. Corregir otra vez.

Y mientras yo le daba los últimos detalles al mundo que había creado, el de fuera, el de verdad, se desquebrajaba. Yo me encontraba lejos de mi familia, sin los abrazos de mi padre y sin los *body* de mi madre. Con los «te quiero» por teléfono. Con todas las personas presentes en mi vida que siempre me han apoyado, haciéndolo desde la distancia. Con él dándome ánimos cuando más lo necesitaba, para el final. Cuando una parte de mí se queda aquí, y toca pasar página.

Ahora Alex y Julia han volado y lo han hecho con vosotros de la

mano. Así que, querido lector o lectora, que has llegado por casualidad, sin querer o queriendo, espero que comprendas lo que he querido transmitir con su historia. Con todos los tipos de amor que he querido reflejar. Porque todos existen y conviven entre sí: la familia, la amistad, el romántico, el más importante y olvidadizo: el propio.

Espero que hayas encontrado lo que andabas (o no) buscando.

Y espero, también, que disfrutes de esta historia, porque técnicamente eres parte de ella.

Si te ha gustado

Devuélveme todas las flores

te recomendamos comenzar a leer

Simplemente tú

de *Girl-chick*

Capítulo 1

Una noche...

Belle se bajó de su lujoso auto deportivo rojo. Alisó la corta e insinuante falda plateada que tendía a subírsele por lo ceñida que le quedaba destacando sus largas piernas, y acomodó bien el escote delantero de su elegante blusa de satén negra. Se inclinó sobre el espejo retrovisor y retocó sus labios exuberantes con color rojo carmín nada moderado. Se enderezó en toda su altura y se felicitó con orgullo a sí misma por verse tan bien. Lucía radiante, encantadora, y sobre todo sexi. No podía negar que en el fondo era toda una vanidosa y se lo creía. Tenía mucha autoestima de sobra, desde que había empezado a *valorarse* a sí misma.

Lo único importante para que su noche fuera igual de exitosa que todas las anteriores. Y es que Belle disfrutaba ir de fiesta y acumular conquistas propias de una noche de juerga, solo para reírse, divertirse y nada más. No buscaba compromiso serio con nadie. Es más, haber tenido uno que casi le destrozó el corazón, era la causa de que flirteara de ese modo descarado y al día siguiente no le importara nada. De igual forma, hoy sería su última juerga de viernes. El lunes empezaría a trabajar juiciosa como asistente del mejor abogado de la ciudad en un prestigioso bufete.

«Mi última noche para divertirme y romper algún corazón», pensó engreída al ver la fachada del Triumph. Una impresionante discoteca ubicada en el viejo Manhattan. La había seleccionado Tina, su mejor amiga y cómplice de todas sus travesuras para divertirse esa noche.

Liberarse de sus padres, luego de sufrir la peor frustración que puede sufrir una mujer enamorada del hombre equivocado, fue el detonante que la ayudó a decidir que viviría su vida a tope. El desengaño le enseñó que ya estaba cansada de ser la hija remilgada, mojigata y perfecta del senador Michael Abbot. Alejarse de su sombra le ayudarían a tener el espacio que necesitaba para no seguir asfixiándose en su propia miseria.

Una noche, un coqueteo, y nada más...

Se había convertido en su lema para vengarse simbólicamente de todos los hombres, en nombre de uno solo. Luego del desengaño sufrido sintió que necesitaba rescatar su dignidad, por eso no le molestaba hacerlo, le satisfacía. Lo único que sí le molestaba era que iba a tener que dejarlo en pausa por un tiempo mientras se adaptaba a su primer gran empleo. Tampoco era tan irresponsable, siempre se había destacado por ser inteligente y bien portada; sin embargo, esperó tres meses luego de graduarse de abogada en derecho penal y administrativo para poder tener un nuevo comienzo en el mundo laboral. No tendría un puesto de abogada titular, pero trabajaría al lado de uno muy importante para aprender la práctica del ejercicio y empezar a convertirse en una más adelante.

Belle mordió su labio al avistar un potencial grupo de cuatro hombres en la entrada. Todos interesantes, vestidos de traje y con las corbatas zafadas o sin ellas, una muestra de lo mucho que han trabajado todo el día y vienen para desestresarse o tener un escarceo. A excepción de uno. No perdió la atención en el que completaba el cuarteto e iba un poco rezagado. De lejos podía avistar lo guapo que era y que sobresalía de entre todos ellos por ser el más prolijo. Sin duda un obseso del trabajo como su padre. Siempre impecable. No los perdió de vista hasta que todos ingresaron por completo.

—¿Ya viste a tu próxima víctima? —Tina pronunció a su lado. Se veía tan animada como ella—. Porque yo sí —añadió con esmero.

—Ni se te ocurra. El último es mío —le riñó cariñosamente.

—Demasiado arreglado —murmuró con desánimo su amiga—. Yo me quedo con el que no trae corbata. Demasiado interesante.

—Tiene pinta de lobo feroz —Belle le expuso elocuente, como si tantas noches de juerga y haciendo de las suyas la hubieran aleccionado sobre los hombres; sin embargo, después de su tragedia amorosa algo le enseñó que también eran tan indescifrables como ellas.

—¡Y eso me encanta! —Flipó a su lado su amiga—. Anda, ya va siendo hora de entrar —la animó empujándola con la cadera al tiempo que ponía una sugestiva sonrisa en su rostro.

Belle sacudió su cabeza convencida de que tenía la mejor amiga del mundo. Mientras caminaban hacia la entrada haciendo resonar la puntilla de sus hermosos tacones, pensaba en que era muy afortunada

de tenerla. Sobre todo, ella, quien no era insignificante. Ser la hija de Michael Abbot no solo era ser la hija consentida de un millonario, sino de un importante político que vivía de su prestigio y apariencia. Y cuando eres hija de alguien así, las amistades reales son nulas, y casi que inservibles.

Pero Tina no era así. Era diferente, e increíblemente la conoció la primera noche que había decidido irse de fiesta luego de recomenzar su vida, lejos de su familia y donde nadie la conocía para ahogar su pena en licor. Fue precisamente ella quien la rescató de las manos de pulpo de un borracho pervertido que pretendía aprovecharse de su vulnerabilidad. La llevó a su casa a pasar la tremenda perra que se había montado, y desde entonces se hicieron amigas. Más adelante decidió mudarse con ella. Llevan dos años viviendo juntas y, desde ese entonces, Belle no piensa ni un segundo en regresar a su casa, a su antigua vida, y menos a ser quien era.

Una chica sin moral. Eso le restregó a la cara su propio padre después de que ella le confesara de quien estaba enamorada. Y esperó que esa persona la hubiera apoyado, pero no lo hizo. En su lugar la despreció y la dejó cargando toda la culpa… *sola.*

Sacudió su cabeza junto con el pesar que le causaba recordar su triste historia. La de una pobre niña rica. Habían pasado tres años de eso. Ya no era esa estúpida chica. Había cambiado, y no iba a seguir creyéndolo nunca más.

Animadas, entregaron la doble invitación *vip* al apuesto grandulón de la entrada y luego de darles el visto bueno levantó la cadena y las dejó pasar a sus anchas. Ambas eran conscientes de la mirada del hombre clavada en sus partes traseras. En respuesta se contonearon más a gusto. Provocar siempre era parte del plan.

Capítulo 2

Un coqueteo...

Ambos rostros se iluminaron al atravesar el vestíbulo de la discoteca al enfrentarse con el ruido de la música amenizada por un *dj*, y las luces estroboscópicas que sobresalían del techo bañando todo el espacio interior. Estaba realmente lleno, tanto la primera como la segunda planta que debía ser de los reservados. La pista estaba a rebosar de cuerpos que se movían desenfrenados ante la enérgica mezcla del *dj*. Eso emocionó a las dos chicas, que no perdieron tiempo y se dirigieron directamente a la zona del común: la barra del bar. Había mucha gente pidiendo bebidas, o sentadas bebiéndoselas que dificultaba un poco el acercamiento. Sin embargo, Tina tenía su as bajo la manga. Conocía al chico del bar.

No era una de sus esporádicas conquistas, sino alguien a quien conoció en la celebración de su más reciente trabajo. Incluso logró que le consiguiera las dos entradas de lujo con las que lograron su admisión. Tina era modelo cotizada de catálogo de ropa interior y eso la llevaba a las fiestas sociales de las innumerables marcas con las que trabajaba. Durante toda la velada, el chico no pudo evitar observarla y admirarla desde su puesto de *bartender*. Finalmente, Tina accedió a acercarse cuando se sintió aburrida y cansada de sonreír. Y no solo logró pasar un buen rato charlando con el agradable chico llamado Chad, sobre mezclas de bebidas espectaculares, sino que también consiguió la promesa de dos entradas *vip* para la disco de moda donde trabajaba y a la que ella ansiaba ir.

Chad, el chico del bar, les hizo espacio para atenderlas personalmente.

—¡Esto es mejor de lo que pensaba! —exclamó en agradecimiento al chico.

Ambas tomaron asiento en las butacas altas que acababan de

desocupar. O él las hizo desocupar.

—Me alegra que vinieras —agradeció el chico con la mirada fija en Tina. Belle intuyó sin nada de asombro el enamoramiento del chico por su amiga, y no lo culpaba, pero lo lamentó por él—. Digo, las dos —añadió apenado, al apartar la vista y fijarse en ambas.

Quizás se percató de lo tonto que se veía embobado con Tina. Belle no pudo evitar reír con el inocente chico. No en vano ella y Tina habían congeniado. Ambas practicaban la misma filosofía. Tina, al igual que ella, también había sido víctima de un desalmado hijo de puta que la dejó dos días antes de la boda porque no pudo con la presión de que ella modelaba ropa interior.

—¿Qué tienes para ofrecernos? —preguntó Belle animada, llamando la atención del chico.

—Puedo prepararles mi especialidad de cócteles con frutas —ofreció animado.

—¿Que tal el de cerezas que prometiste prepararme? Quiero probarlo —eligió Tina con entusiasmo.

—También quiero probarlo —Belle dimitió con agrado ante la caprichosa petición de su amiga.

—Entonces serán dos cócteles especiales de cereza —festejó el chico emocionado empezando a tomar un cilindro para hacer la mezcla.

Su amiga se excusó para ir al baño dejando a Belle sentada frente a la barra, observando cómo el chico hacía su magia para preparar los dos cócteles.

—Te daré un consejo —pronunció hacia el chico quien de inmediato captó su atención sin perder la concentración de sus movimientos—. Olvídate de ella. Te romperá el corazón.

Belle no intentaba ser mala, solo realista. Y darle al chico un poco de ella era lo mínimo que podía hacer por él.

—Gracias por el consejo; pero sé tomar mis propias decisiones —replicó el chico nada amedrentado. Quien extrañamente no mostraba molestia a la advertencia de Belle de que no se hiciera ilusiones con su amiga.

Eso la conmovió.

—Bueno, solo cumplo con avisarte —argumentó—. Y solo porque me caes bien —finalizó con una sonrisa que no tenía nada que ver con

coquetería. Y se sintió a gusto, aún no empezaba con sus propios planes.

O eso pensaba ella, inocente de los ojos grises que no perdían de vista ninguno de sus movimientos y gestos, acechándola desde uno de los reservados en la segunda planta.

—Y te lo agradezco —pronunció engreído el chico poniendo frente a ella un vaso de cóctel y llenándolo con líquido rojizo armonizado con un leve aroma a cítricos y licor.

Con un coqueto asentimiento que hizo negar y rodar los ojos al *bartender* lo tomó entre sus dedos y después de brindar a su salud, le dio un pequeño sorbo. Quedó maravillada con el sabor, tanto que se relamió los labios con picardía. El chico agradeció el gesto sin tomarlo a más. Eso le gustó, le comenzaba a agradar.

—Tienes razón. Está excelente —Belle alabó la destreza del chico. Él sonrió en agradecimiento—. No olvides mi consejo. —Le recordó levantando su bebida para beber y señalar que se acercaba su amiga.

—Y tú, lo que pienso de ello —reconvino en el mismo tono, sin dejar de observar extasiado cada parte de la buena anatomía de la chica que lo había cautivado.

Dada la complicidad con que charlaban, algunos incautos pensarían que estaban coqueteando. Y tal vez, como el incauto que no dejaba de observarla con cierto recelo. El hombre no podía negarlo, incluso sus amigos lo habían azuzado para que hiciera un movimiento y la abordara antes de que se le adelantaran. Estaba intrigado cien por ciento por la rubia coqueta y descarada que se había sentado en la barra. Acalló con su mano los abucheos de su grupo, y decidió que tenían razón. Era hora de dejar de ser un mero observador. Se levantó del sillón arreglando sus puños y corbata, acción que le ganó la rechifla de sus amigos, y caminó en dirección del lugar donde se encontraba la extraña mujer que lo había trastornado como nunca desde que pisó la entrada del salón contoneando sus curvas con altanería, y ondeando su melena con la irreverencia propia de una diva que sabe lo que posee. Y su polla empezándose a poner dura, lo reconocía.

Encontrar el amor cuando te has perdido a ti mismo es como tirarte al vacío para renacer después.

Julia es el arcoíris que se deja entrever en un día de lluvia, fatigoso y turbio. Siempre lleva un libro en las manos, y se le pierde unas doscientas cincuenta y tres veces al día. Es observadora, escurridiza y muy despistada con sus cosas, pero no con las importantes. Tiene unas infinitas ganas de comerse el mundo y eso es justamente lo que planea hacer.

Alexander es el color gris. Hace tiempo que no se encuentra a sí mismo. Deja pasar los días como si no fueran la cosa más importante del mundo. Con una personalidad enrevesada y lo que algunos podrían denominar como «un carácter fuerte», lleva a sus espaldas demasiado peso. Va dando palos de ciego que no llevan a ninguna parte, en el fondo sabe que algo no encaja, pero él qué.

Alexander y Julia se encuentran en una situación similar. Ambos están pasando por un momento difícil de sus vidas, rodeados de muchos cambios. Se conocen en uno de los miles de viajes que tienen que

hacer en tren, pasan muchas horas juntos y un día se enamoran.
Ha sido el destino, o puede que ellos mismos lo hayan conducido hacia lo inevitable. Se apoyan mutuamente, porque lo necesitan.
Sin embargo, cuando otro cambio sacude sus vidas, un descubrimiento hará que rompan con todo lo que han vivido. ¿Lucharán por ello o dejarán que desaparezca ante sus ojos?

Paula Garrido. Nacida en la Costa del Sol un mes de junio a las puertas del verano. Graduada en Educación Primaria, acaba de finalizar sus estudios de Máster de Creación Literaria. Gracias a la gran pasión que siente por los libros se sumergió en el mundo de la escritura y todavía no ha salido de él. Siempre está creando historias, escuchando música y en su propia burbuja.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Paula Garrido
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-36-0

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Devuélveme todas las flores

Prólogo
Primera Parte. La vida es sueño
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Segunda parte. Las ilusiones rotas
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Paula Garrido
Créditos